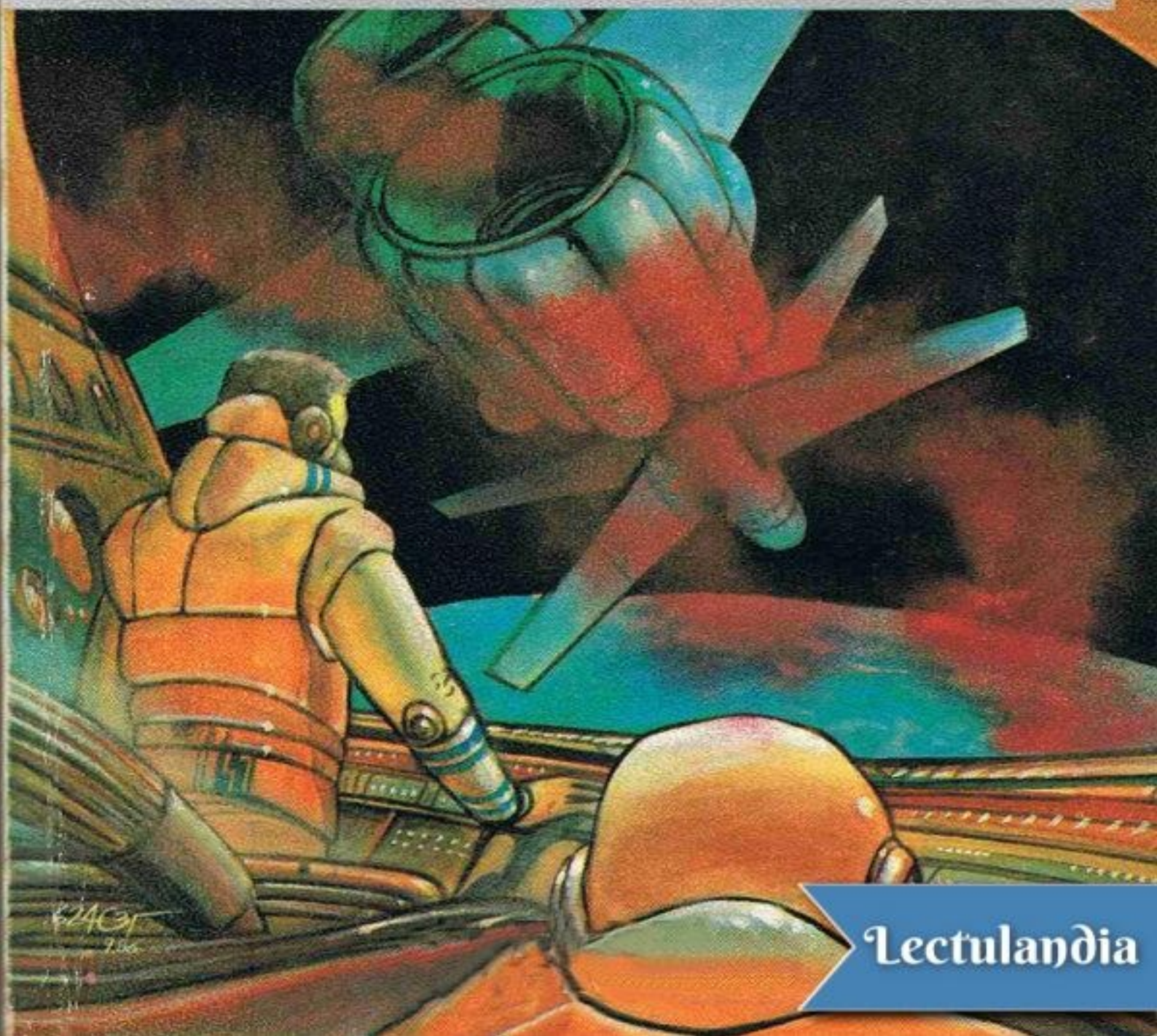


CIENCIA FICCIÓN

Arthur C. Clarke

# REGRESO A TITAN

Un gran libro sobre las relaciones futuras de la Tierra con sus colonias espaciales, lleno de profundas precisiones científicas e históricas: una novela de ciencia ficción de rabiosa actualidad.



Lectulandia

La acción transcurre en el año 2276, durante el Quinto Centenario de la Independencia de los Estados Unidos. La Tierra es el centro de un imperio conformado por las colonias situadas en la Luna, Marte y Titán, satélite de Saturno. La colonia de Titán se encuentra bajo el liderazgo de los Makenzie, una «dinastía» integrada por clones. El más joven de éstos, Duncan Makenzie, efectuará un viaje a la Tierra, en búsqueda de conocimiento, poder e influencia para respaldar sus planes políticos en Titán.

El libro que escribió Clarke para conmemorar el Bicentenario de los Estados Unidos.

**Lectulandia**

Arthur C. Clarke

# **Regreso a Titán**

**Fantasía de amor y discordia**

ePub r1.0

viejo\_oso 15.10.13

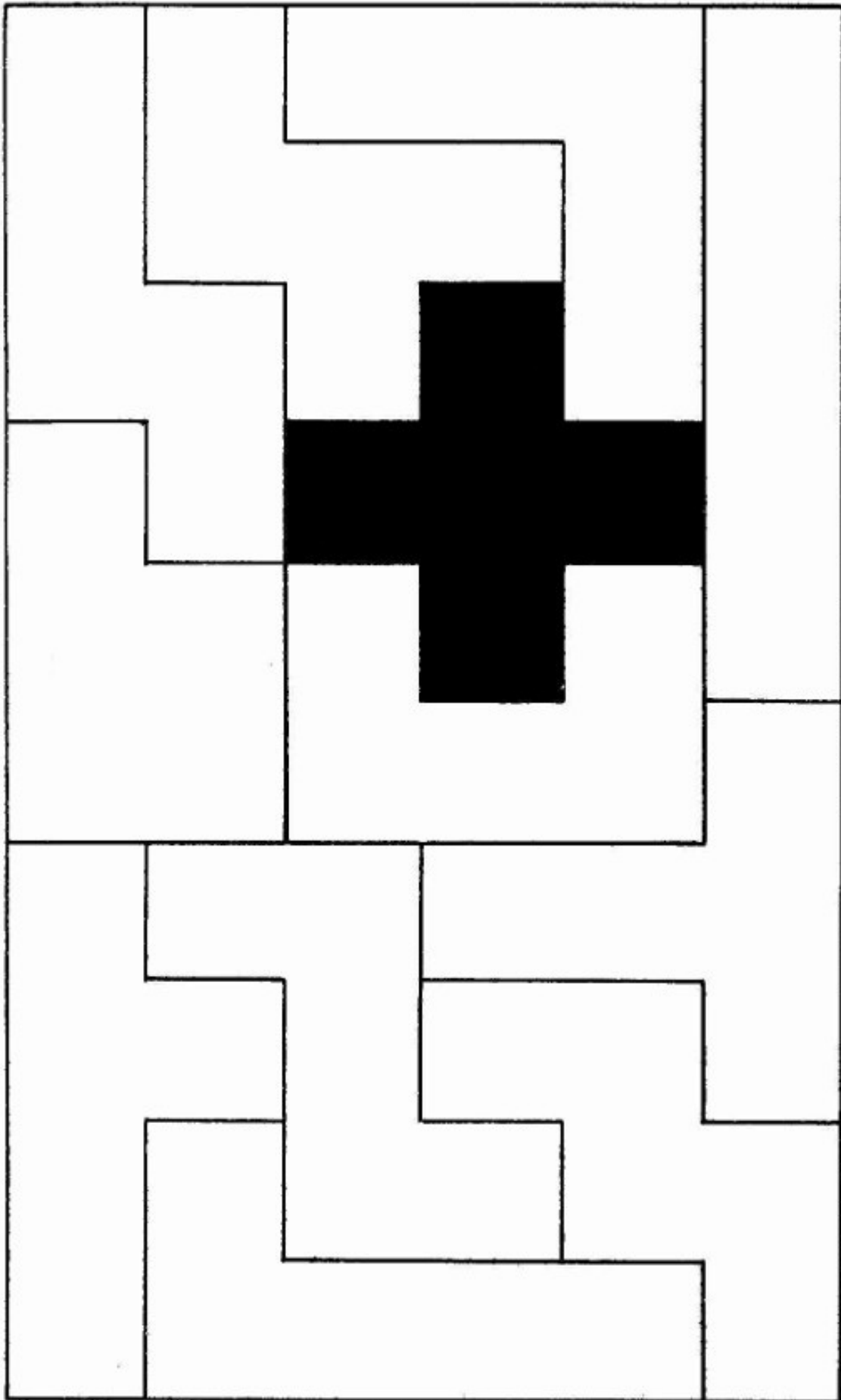
Título original: *Imperial Earth*  
Arthur C. Clarke, 1975  
Traducción: José Ferrer Aleu  
Portada: Antoni Garcés

Editor digital: viejo\_oso  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



*A un amigo perdido*

Recordadlos tal como fueron; y tachadlos

Ernest Hemingway

Pues cada cual tiene sus quehaceres y deseos

*Hamlet, Acto I, Escena 4.*

# I TITÁN

# CAPÍTULO 1

## Un grito en la noche

Duncan Makenzie tenía diez años cuando descubrió el número mágico. Fue por pura casualidad; había intentado llamar a la abuela Ellen, pero debió distraerse y tocar unas teclas equivocadas. Inmediatamente comprendió que había cometido un error, porque el vídeo de la abuela tenía un retraso de dos segundos, incluso en Auto-Record. En cambio, este circuito se animó en el acto. Sin embargo, no hubo sonido de llamada, ni imagen. La pantalla permaneció completamente vacía, sin siquiera una señal de interferencia. Duncan presumió que había pulsado un canal de sólo audición o bien una estación que tenía la cámara desconectada. En todo caso, no era el número de la abuela, y se dispuso a cortar el circuito.

Entonces advirtió el sonido. Al principio, creyó que alguien respiraba suavemente junto al micrófono del otro extremo, pero pronto comprendió su error. Aquel delicado susurro tenía una calidad extraña, inhumana; carecía de todo ritmo regular, y había largos intervalos de silencio total.

Mientras escuchaba, Duncan experimentó una creciente impresión de pavor. Aquí había algo completamente ajeno a su normal experiencia cotidiana, y así lo reconoció casi en seguida. En sus diez años de vida, se habían grabado en su mente las impresiones de muchos mundos, y nadie que hubiese oído este sonido insuperablemente evocador habría podido olvidarlo nunca. Escuchaba la voz del viento, que suspiraba y murmuraba a través del paisaje inanimado a cien metros por encima de su cabeza.

Duncan se olvidó completamente de la abuela y elevó el volumen a su máximo nivel. Se tendió en la litera, cerró los ojos y trató de proyectarse en el mundo desconocido y hostil, del que estaba protegido por todos los aparatos de seguridad que podían suministrar trescientos años de tecnología del espacio. Algún día, cuando hubiese pasado sus pruebas de supervivencia, subiría a aquel mundo y vería con sus propios ojos los lagos y las quebradas y las nubes bajas de color naranja, iluminadas por los débiles y fríos rayos del lejano sol. Había esperado este día con ilusión serena, más que con emoción —los Makenzie tenían fama de poco emocionales—, pero ahora se dio cuenta, de pronto, de su carencia. Algo parecido a lo que le habría ocurrido a un niño de la Tierra que, en un desierto polvoriento muy lejos del océano, hubiese aplicado una caracola sobre su oído y escuchado, con enfermiza añoranza, la música del mar inalcanzable.

Aquel sonido no tenía nada de misterioso, pero ¿cómo llegaba hasta él? Podía proceder de uno cualquiera de los cien millones de kilómetros cuadrados que se



extendían sobre su cabeza. En alguna parte —tal vez en un proyecto de construcción o en una estación experimental abandonados— había quedado conectado un micrófono, expuesto a los vientos helados y venenosos del mundo superior. No era probable que pasase mucho tiempo inadvertido; más pronto o más tarde, sería descubierto y desconectado. Había tenido suerte al captar este mensaje del exterior mientras aún estaba aquí; aunque hubiese conocido el número que había marcado accidentalmente, difícilmente habría podido establecer de nuevo el circuito.

La cantidad de material audio-visual que Duncan había almacenado bajo la rúbrica de VARIOS era notable, incluso para un niño curioso de diez años. Y no es que careciese de habilidad para la organización —era éste el talento más celebrado de los Makenzie—, sino que le interesaban más cosas de las que era capaz de catalogar. Sólo ahora empezaba a descubrir, a duras penas, que una información indebidamente clasificada podía perderse irremediablemente.

Reflexionó intensamente durante un minuto, mientras el viento solitario sollozaba y gemía y traía el frío del espacio a su pequeño y cálido cubículo. Entonces marcó ÍNDICE ALFA - SONIDOS DE VIENTO - DEPÓSITO PERMANENTE.

En cuanto tocó la tecla o EJECUCIÓN, empezó a captar aquella voz del mundo superior. Si todo iba bien, podría llamarla siempre que quisiera, empleando la rúbrica SONIDOS DE VIENTO del índice. Aunque se equivocase y el programa de búsqueda del tablero no localizase la grabación, ésta estaría en *alguna parte* de la memoria permanente e imborrable de la máquina. Siempre cabía la esperanza de que algún día pudiese encontrarla de nuevo por casualidad, como le ocurría continuamente con información que había registrado en VARIOS.

Resolvió continuar la grabación durante unos minutos más, antes de repetir la frustrada llamada a la abuela. Por lo visto, el viento debió amainar cuando pulsó la tecla EJECUCIÓN, puesto que hubo un largo y desalentador silencio. Después, surgió algo nuevo de este silencio.

Fue algo débil y remoto, pero que daba la impresión de una fuerza formidable. Primero fue un grito sutil, que creció en intensidad a cada segundo, pero sin acercarse. Este grito se elevó rápidamente hasta convertirse en un alarido demoníaco sobre un fondo de trueno, y se extinguió con la misma rapidez. Desde el principio hasta el fin duró menos de medio minuto. Y sólo quedó el suspiro del viento, todavía más desolado que antes.

Durante un largo y delicioso momento, Duncan saboreó el placer único del miedo sin peligro; después, reaccionó como lo hacía siempre que descubría algo nuevo o excitante. Pulsó el número de Karl Helmer y le dijo:

—Escucha *esto*.

A tres kilómetros de distancia, en el extremo norte de la ciudad de Oasis, Karl escuchó hasta que el débil grito se extinguió en el silencio. Como siempre, su rostro

no reflejó lo que pensaba; después, dijo:

—Oigámoslo otra vez.

Duncan volvió a pasar la grabación, confiando en que pronto se aclararía el misterio. Porque Karl tenía quince años y, por consiguiente, lo sabía todo.

Los turbadores ojos azules, aparentemente cándidos, pero llenos de secretos, miraron fijamente a Duncan. La sorpresa y la sinceridad de Karl resultaron totalmente convincentes cuando exclamó:

—¿No lo has reconocido?

Duncan vaciló. Había pensado en varias posibilidades obvias, pero, si se equivocaba, Karl se burlaría de él. Era mejor no arriesgarse...

—No —respondió—. ¿Y tú?

—Naturalmente —dijo Karl, dando a su voz un tono de superioridad absoluta. Hizo una pausa, para producir efecto, y se acercó a la cámara, de modo que su cara apareció enorme en la pantalla—. Es un *Hidrosauro* enfurecido.

Durante una fracción de segundo, Duncan lo tomó en serio..., que era exactamente lo que había pretendido Karl. Después, reaccionó rápidamente y se echó a reír.

Pues el *Hidrosaurus Res*, monstruo que exhalaba gas metano, era un chanza inventada por ellos, un producto de sus imaginaciones juveniles, excitadas por imágenes de la antigua Tierra y de sus maravillas en los albores de la creación. Duncan sabía perfectamente que nada vivía ahora, ni había vivido nunca, en el mundo al que llamaba su casa; sólo el Hombre había pisado su helada superficie. Sin embargo, si el *Hidrosauro* hubiese existido, este horrible sonido habría podido ser muy bien su grito de guerra, al saltar sobre el manso *Carboterio*, mientras éste chapaleaba en un lago de amoníaco...

—¡Oh! Yo sé lo que ha producido este ruido —dijo afectadamente Karl—. ¿No lo adivinas? Era una cuba de hidrógeno haciendo su recogida. Si llamas a Control de Tráfico, te dirán adónde se dirigía.

Después de su broma, la explicación de Karl era indudablemente correcta. Duncan había pensado ya en ella; sin embargo, había esperado algo más romántico. Aunque tal vez era excesivo lo de los monstruos de metano, una vulgar nave espacial constituía un fastidioso contraste. Se sintió desengañado y lamentó haber dado a Karl una nueva oportunidad de destruir sus sueños. Karl era bastante aficionado a hacerlo.

Pero, como todos los jóvenes sanos de diez años, Duncan era resistente. La magia no había sido destruida. Aunque las primeras naves se habían elevado de la Tierra trescientos años antes de nacer él, la maravilla del espacio no se había agotado todavía. Quedaba aún bastante romanticismo en aquel grito proferido desde el borde de la atmósfera, mientras la cuba en órbita recogía hidrógeno para alimentar el comercio del Sistema Solar.

Dentro de pocas horas, el precioso carguero seguiría en dirección al Sol, dejando atrás las otras lunas de Saturno y el gigantesco Júpiter, para encontrarse con una de las estaciones de energía que giraban alrededor de los planetas interiores. Tardaría meses —incluso años— en llegar allí; pero no había prisa. Mientras el barato hidrógeno fluyese por la invisible tubería a través del Sistema Solar, los cohetes de fusión podrían volar de un mundo a otro, como surcaban antaño los transatlánticos los mares de la Tierra.

Duncan comprendía esto mejor que la mayoría de los chicos de su edad; la economía del hidrógeno era también la historia de su familia, y dominaría su propio futuro cuando fuese lo bastante maduro para tomar parte activa en los negocios de Titán. Hacía ahora casi un siglo que el abuelo Malcolm se había dado cuenta de que Titán era la llave de todos los planetas, y había empleado astutamente este conocimiento en beneficio de la humanidad... y en el suyo propio.

Así, pues, Duncan siguió escuchando la grabación, cuando Karl hubo cortado. Una y otra vez, reprodujo aquel grito triunfal y poderoso, tratando de determinar el momento exacto en que se había sumido definitivamente en las profundidades del espacio. Durante años, persistiría en sus sueños; él se despertaría por la noche, convencido de que había vuelto a oírlo a través del techo de roca que protegía Oasis del hostil desierto superior.

Y, cuando al fin volvía a dormirse, siempre soñaba en la Tierra.

# CAPÍTULO 2

## Dinastía

Malcolm Makenzie había sido el hombre adecuado en el momento adecuado. Otros, antes que él, habían mirado codiciosos a Titán; pero él había sido el primero en inventar todos los detalles de ingeniería y en concebir el sistema completo de colectores, compresores y depósitos baratos y que no volvían a usarse, capaces de conservar el hidrógeno líquido con un mínimo de pérdida en su ruta hacia el Sol.

En la década de 2180, Malcolm había sido un joven y prometedor ingeniero aeroespacial de Port Lowell, que intentaba construir naves espaciales que pudiesen transportar cargas útiles en la tenue atmósfera marciana. En aquellos tiempos se llamaba Malcolm Mackenzie, pues el error de la computadora que había cambiado irremediablemente el apellido no se produjo hasta que emigró a Titán. Después de malgastar cinco años en fútiles intentos de corrección, Malcolm se había resignado al fin a lo inevitable. Fue una de las pocas batallas en que los Mackenzie habían aceptado la derrota, pero ahora estaban orgullosos de tener un apellido único.

Cuando hubo terminado sus cálculos y robado a la computadora gráfica el tiempo necesario para preparar una hermosa serie de dibujos, el joven Malcolm se había dirigido a la Oficina de Planificación del Departamento Marciano de Transportes. No preveía severas críticas, pues sabía que sus datos y su lógica eran impecables.

Una gran nave espacial impulsada por fusión podía gastar diez mil toneladas de hidrógeno en un solo vuelo, simplemente como fluido inerte de propulsión. El noventa y nueve por ciento de él no intervenía en la reacción nuclear, sino que era expulsado por los motores sin sufrir el menor cambio, a velocidades de varios kilómetros por segundo, impulsando a las naves en sus viajes interplanetarios.

En la Tierra había gran cantidad de hidrógeno, que podía extraerse fácilmente de los mares; pero el coste necesario para elevar millones de toneladas al año en el espacio era terrible. Y los otros mundos deshabitados —Marte, Mercurio, Ganímedes y la Luna— servían de poco, pues no tenían excedentes de hidrógeno.

Desde luego, Júpiter y los otros Gigantes Gaseosos poseían cantidades ilimitadas de este elemento vital, pero sus campos de gravitación lo guardaban con más efectividad que un dragón vigilante enroscado alrededor de un mítico tesoro de los dioses. En todo el Sistema Solar, Titán era el único sitio donde la Naturaleza ofrecía la paradoja de una baja gravedad y una atmósfera notablemente rica en hidrógeno y sus compuestos.

Malcolm estaba en lo cierto al presumir que nadie impugnaría sus cifras ni negaría la viabilidad de su plan; pero un amable y veterano administrador se empeñó

en aleccionar al joven Makenzie sobre los hechos políticos y económicos de la vida. Este aprendió entonces, con extraordinaria rapidez, todo lo referente a las curvas de crecimiento y a los descuentos y a los tipos interplanetarios de depreciación y al desuso tecnológico, y comprendió, por primera vez, la razón de que la moneda, el solar, no estuviese respaldada por oro, sino por kilowatios-hora.

—Es un antiguo problema —le había explicado pacientemente su mentor—. En realidad, se remonta a los primeros tiempos de la astronáutica, en el siglo XX. No podíamos tener vuelos espaciales comerciales mientras no hubiese colonias extraterrestres florecientes, y no podíamos tener colonias hasta que hubiese un transporte espacial comercial. En esta especie de círculo vicioso, existe un ritmo de crecimiento muy lento hasta que se llega al punto de arrancada. Entonces, las curvas se elevan súbitamente, y empieza el negocio...

Lo mismo puede decirse de su plan de abastecimiento en Titán. ¿Tiene usted alguna *idea* de la inversión inicial que sería necesaria? Posiblemente, sólo el Banco Mundial podría suscribirla...

—¿Y el Banco de Selene? ¿No tiene fama de ser más emprendedor?

—No debe creer todo lo que ha leído sobre los Gnomos de Aristarco; son tan precavidos como todos los demás. *Tienen* que serlo; los banqueros de la Tierra pueden seguir respirando, aunque hagan una mala inversión...

Pero fue el Banco de Selene quien, tres años más tarde, puso los cinco megasolares para el estudio inicial de viabilidad. Entonces, se interesó también Mercurio y, por último, Marte. Malcolm no era ya un simple ingeniero aeroespacial. Se había convertido, por añadidura, en experto financiero consejero de relaciones públicas, autoridad en medios de comunicación y político astuto. En el increíblemente breve período de veinte años, los primeros cargamentos de hidrógeno salieron de Titán en la dirección del Sol.

La hazaña de Malcolm había sido extraordinaria, y se explicaba ahora detalladamente en docenas de textos escolares, todos ellos respetuosos aunque algunos pocos halagadores. Lo que le daba su carácter extraordinario —incluso único— era la manera en que Malcolm había convertido su bien ganada experiencia tecnológica en experiencia administrativa. El proceso había sido tan imperceptible que nadie se había dado cuenta de lo que sucedía. Había habido otros ingenieros que se habían convertido en jefes de Estado; pero él era el único que —según señalaban agriamente sus críticos— había fundado una dinastía. Y lo había hecho con tantas probabilidades en contra que habrían desanimado a hombres menos resueltos.

En 2195, cuando tenía cuarenta y cuatro años, se había casado con Ellen Killner, recientemente emigrada de la Tierra. Su hija Anitra fue la primera criatura que nació en la pequeña comunidad fronteriza de Oasis, entonces única base permanente de Titán, y pasaron varios años antes de que los amantes padres advirtiesen la cruel

jugarreta que les había hecho la Naturaleza.

Ya de pequeña, Anitra era muy hermosa, y la gente pronosticaba, confidencialmente, que, cuando se hiciese mayor, sería una niña completamente mimada. Inútil decir que todavía no había psicólogos infantiles en Titán; por consiguiente, nadie advirtió que la pequeña era demasiado dócil, buena y... silenciosa. Tenía casi cuatro años cuando Malcolm y Ellen tuvieron que reconocer que Anitra nunca podría hablar y que, en realidad, no había nadie dentro de la adorable envoltura que ellos habían confeccionado.

La culpa la tenían los genes de Malcolm, no los de Ellen. En algún momento, durante sus viajes de ida y vuelta entre la Tierra y Marte, un fotón errante, que había estado cruzando el espacio desde los albores cósmicos, había destruido sus esperanzas para el futuro. Malcolm consultó a los mejores cirujanos genéticos de cuatro mundos y se convenció de que el daño era irreparable. Y lo más estremecedor era que, en realidad, Anitra había tenido suerte; los resultados habrían podido ser mucho, muchísimo peores...

Para pesar y alivio de todo un mundo, Anitra había muerto antes de cumplir seis años, y el matrimonio Makenzie feneció con ella, en una ráfaga de dolor y recriminación. Ellen se entregó al trabajo y Malcolm partió para la que había de ser su última visita a la Tierra. Estuvo casi dos años ausente y, en este tiempo, realizó muchas cosas.

Consolidó su situación política y estableció la pauta del desarrollo económico en Titán para el próximo medio siglo. Y consiguió el hijo en el que tenía puesto ahora todo su corazón.

A principios del siglo XXI se había logrado el «cloning» humano: creación de copias exactas de otro individuo, partiendo de todas las clases de células del cuerpo, *menos* las sexuales. Aunque esta tecnología había sido perfeccionada, nunca había alcanzado mucha difusión, en parte por objeciones éticas y en parte porque sólo circunstancias excepcionales podían justificarla.

Malcolm no era rico —desde hacía cien años, no había grandes fortunas personales—, pero tampoco era pobre. Empleó una hábil combinación de dinero, halagos y sutiles medios de presión, para alcanzar su objetivo. Cuando regresó a Titán, trajo consigo al niño que era su gemelo idéntico... pero medio siglo más joven.

Cuando Colin creció, no se distinguía en nada de su padre clónico a la misma edad. Físicamente, era su copia exacta en todos los aspectos. Pero Malcolm no era un Narciso interesado en crear un mero duplicado de sí mismo, sino que quería un socio, al mismo tiempo que un sucesor. Por consiguiente, el programa educativo de Colin se concentró en los puntos flacos de Malcolm; aunque con un buen fundamento científico, se especializó en Historia, Derecho y Economía. Así como Malcolm era un ingeniero-administrador, Colin fue un administrador-ingeniero. Tenía sólo veinte y

pico años cuando actuaba ya como delegado de su padre en todo lo que era legalmente permisible y, a veces, en lo que no lo era. Juntos, los dos Makenzie formaban una combinación indestructible, y tratar de establecer sutiles distinciones entre sus psicologías era uno de los pasatiempos predilectos en Titán.

Tal vez porque no se había visto obligado a luchar por ningún gran objetivo, ya que todos sus fines habían sido formulados antes de su nacimiento, Colin era más amable y campechano que Malcolm, y, por consiguiente, más popular que éste. Nadie que fuese ajeno a la familia Makenzie llamaba nunca al viejo por su patronímico; en cambio, pocos llamaban por su apellido a Colin. No tenía verdaderos enemigos, y sólo había una persona en Titán que le tuviese antipatía. Al menos, se presumía que Ellen, la apartada esposa de Malcolm, se la tenía, pues se negaba a reconocer su existencia.

Quizá consideraba a Colin como un usurpador, como un inaceptable sustituto del hijo que nunca podría tener. Si era así, resultaba extraño que sintiese tanta simpatía por Duncan.

Pero Duncan había sido clonizado de Colin casi cuarenta años más tarde, y, en esta época, Ellen había sufrido ya una segunda tragedia, que nada tenía que ver con los Makenzie. Para Duncan, seguía siendo la abuela Ellen, pero, ahora, era ya lo bastante mayor para darse cuenta de que en el corazón de ella se combinaban dos generaciones y de que llenaba un vacío que habría sido inimaginable o increíble en edades más tempranas.

Si la abuela tenía alguna verdadera relación genética con él, sus rastros debieron perderse hacía siglos en otro mundo. Y sin embargo, por un extraño capricho del azar y de la personalidad, se había convertido para él en el fantasma de la madre que nunca había existido.

## CAPÍTULO 3

### Invitación a un centenario

—¿Y quién diablos es George Washington? —preguntó Malcolm Makenzie.

—Un maduro agricultor virginiano, que manda en un lugar llamado Mount Vernon.

—Bromeas.

—No. Desde luego, no existe ninguna relación. El viejo George no tuvo hijos... Pero este es su verdadero nombre, y él es perfectamente auténtico.

—Supongo que lo habrás comprobado en la Embajada.

—Naturalmente, y me dieron un informe en cincuenta líneas de su árbol genealógico. Es algo imponente: figura en él la mitad de la aristocracia americana de los últimos trescientos años. Montones de Cabot y de Du Pont y de Kennedy y de Kissinger. Y, con anterioridad, un par de reyes africanos.

—Puede impresionarte *a ti*, Colin —terció Duncan—, pero, después de echar un vistazo al programa, todo me parece un poco infantil. Hombres maduros, pretendiendo ser personajes históricos. ¿Van a echar *realmente* té en el puerto de Boston?

Antes de que Colin pudiese responder, el abuelo Malcolm tomó la palabra. Las discusiones entre los tres Makenzie —rarísimas veces escuchadas por los extraños— tenían más de monólogos que de debates. Debido a que sus tres *personas* se diferenciaban únicamente por accidentes de su pasado y de su educación, los verdaderos desacuerdos entre ellos eran virtualmente inexistentes. Cuando había que tomar alguna decisión difícil, Duncan y Colin adoptaban puntos de vista opuestos y los discutían en presencia de Malcolm, el cual escuchaba sin decir palabra, aunque sus cejas podían ser muy elocuentes. Raras veces emitía su juicio, porque los dos abogados solían llegar a una síntesis sin grandes dificultades; pero, cuando lo hacía, quedaba con ello zanjado el asunto. Era una bonísima manera de gobernar una familia... o un mundo.

—No sé nada acerca del té, que sin duda representaría un despilfarro a cincuenta solares el kilo, pero eres demasiado severo con el señor Washington y sus amigos. Cuando *nosotros* tengamos quinientos años a nuestra espalda, estará justificado un poco de pompa y ceremonia. Y no olvides nunca que la Declaración de Independencia fue uno de los acontecimientos históricos más importantes de los últimos tres mil años. De no haber sido por ella, *nosotros* no estaríamos aquí. A fin de cuentas, el Tratado de Fobos empieza con estas palabras: *Cuando, en el curso de los sucesos humanos, se hace necesario que un pueblo...*



—Muy inadecuado en aquel contexto. En términos generales, la Tierra se alegró mucho de librarse de nosotros.

—Absolutamente cierto, pero procura que no lo oigan los terrícolas.

—Todavía estoy confuso —dijo Duncan, en tono quejumbroso—. ¿Qué quiere exactamente de nosotros el buen General? ¿Cómo podemos los toscos coloniales contribuir al acto?

—Es sólo un profesor, no un general —replicó Colin—. Estos ya no existen, ni siquiera en la Tierra. A mi modo de ver, bastarán unos pocos discursos bien pergeñados, estableciendo los paralelismos que podáis descubrir entre nuestras situaciones históricas. Un cierto matiz exótico, ¿sabéis?, unos toques de la frontera, donde los hombres viven todavía peligrosamente. La acostumbrada virilidad bárbara, tan irresistible para los decadentes terrícolas de ambos sexos. Y, sobre todo, una discreta pero auténtica gratitud por el inesperado obsequio de un billete de vuelta de la Tierra a Titán y de los gastos pagados para una estancia de dos meses. Esto resuelve varios de nuestros problemas, y debemos agradecerlo.

—Es verdad —respondió sinceramente Duncan—, aunque eche por tierra nuestros ambiciosos planes para los próximos cinco años.

—No los estropea —dijo Colin—, sino que los favorece. Tiempo ganado es tiempo creado. Y el éxito en política...

—... depende de la buena administración de lo imprevisto, según una de tus máximas predilectas. Bueno, esta invitación es ciertamente imprevista, y yo trataré de administrarla bien. ¿Has enviado un mensaje oficial dando las gracias?

—Sólo un acuse de recibo rutinario; sugiero que tú, Duncan, lo continúes con una nota personal al presidente..., digo, al profesor Washington.

—Ambos títulos son adecuados —dijo Malcolm, releyendo la invitación oficial—. Aquí dice: «Presidente del Comité de Celebración del Quinto Centenario, y Presidente de la Sociedad de Historia de Virginia.» Por consiguiente, podéis elegir.

—Tenemos que tener mucho cuidado con esto, o alguien suscitará la cuestión en la Asamblea. ¿Es una invitación oficial o personal?

—No es de Gobierno a Gobierno, celebro decirlo, puesto que la patrocinó el Comité. Y la comunicación iba dirigida al Honorable Malcolm Makenzie, *no* al Presidente.

El Honorable Malcolm Makenzie, también Presidente de Titán, estaba visiblemente complacido por esta distinción.

—¿Debo advertir en ello la mano delicada de tu buen amigo, el embajador Farrell? —preguntó Colin.

—Estoy seguro de que nunca se le ocurrió esta idea.

—Lo mismo digo. Bueno, aunque, legalmente, pisemos terreno firme, esto no impedirá las críticas. Habrá las acostumbradas protestas contra los privilegios y nos

acusarán una vez más de gobernar Titán para nuestro beneficio personal.

—Quisiera saber quién hizo circular la palabra *feudalismo*. Tendré que averiguarlo.

Colin prescindió de la interrupción del viejo. Como Jefe de Administración, tenía que enfrentarse con los problemas cotidianos del gobierno de su mundo, y no podía permitirse la ligera irresponsabilidad que empezaba a mostrar Malcolm en su vejez. No era verdadera senilidad —Malcolm sólo tenía ciento veinticuatro años—, sino más bien la actitud indiferente y olímpica de un hombre que estaba de vuelta de todo y había realizado todas sus ambiciones.

—Hay dos puntos a favor nuestro —siguió diciendo Colin—. No se invierten fondos oficiales; por consiguiente, no pueden criticarnos por gastar dinero del Gobierno. Y dejémonos de falsa modestia: la Tierra *esperará* a un Makenzie. Si no acudiésemos, podría incluso considerarse como un insulto. Y, como Duncan es el único que puede ir, queda zanjado el asunto.

—Desde luego, tienes toda la razón. Pero no todo el mundo lo verá de esta manera. Todas las familias querrán enviar a sus hijos e hijas más jóvenes.

—Nada puede detenerles —terció Duncan.

—¿Cuántos pueden permitirselo? *Nosotros* no podíamos.

—Habríamos podido, si no hubiésemos pensado en gastos extraordinarios y cuantiosos. También pueden los Tanaka-Smith, los Mohadeen, los Schwartz, los Dewey...

—Pero no los Helmer, según creo.

Colin dijo esto ligeramente, pero sin humor, y se produjo un largo silencio mientras los tres Makenzie pensaban lo mismo. Después, Malcolm dijo, pausadamente:

—No menospreciéis a Karl. Nosotros sólo tenemos poder e inteligencia. Pero el tiene genio, y los genios son siempre imprevisibles.

—Pero está loco —protestó Duncan—. La última vez que nos vimos, trató de convencerme de que hay vida inteligente en Saturno.

—¿Y lo consiguió?

—Casi.

—Si está loco, cosa que dudo mucho, a pesar de su famosa crisis, es aún más peligroso. Sobre todo para ti, Duncan.

Duncan no intentó siquiera replicar. Sus más ilustrados y viejos dobles comprendían sus sentimientos, aunque no pudiesen compartirlos del todo.

—Hay otro punto —dijo reflexivamente Malcolm— que puede ser el más importante de todos. Es posible que sólo tengamos diez años para cambiar toda la base de nuestra economía. Si puedes encontrar una solución a este problema durante tu viaje, o incluso un *indicio* de solución, serás un héroe cuando vuelvas a casa.

Nadie criticará ninguna de tus demás actividades, sean públicas o privadas.

—Es una misión fantástica. Yo no soy mago.

—Entonces, tal vez será mejor que empieces a tomar lecciones. Si el Impulso Asintótico no es pura magia, no sé lo que es.

—¡Un momento! —dijo Colin—. ¿No llegará dentro de pocas semanas la primera nave de Impulso-A?

—La segunda. Hubo aquella nave de carga, la *Fomalhaut*. Yo estuve a bordo, pero no me dejaron ver nada. *Sirius* será la primera nave de pasajeros, y entrará en órbita de aparcamiento..., veamos, dentro de unos treinta días.

—¿Puedes estar listo para entonces, Duncan?

—Lo dudo mucho.

—Claro que puedes.

—Quiero decir, *fisiológicamente*. Incluso con un programa de urgencia, se necesitan meses para prepararse para la gravedad de la Tierra.

—¡Hum! Sin embargo, es una oportunidad demasiado buena para desperdiciarla; todo coincide estupendamente. Y, a fin de cuentas, tú naciste en la Tierra.

—También tú. ¿Y cuánto tiempo tardaste en prepararte, cuando volviste allá?

Colin suspiró.

—Me parecieron siglos. Pero, ahora, deben haber mejorado sus técnicas. ¿Acaso no tienen un neuroprogramador que te aplican mientras duermes?

—Dicen que produce unos sueños horribles, y yo necesitaré dormir lo más posible. Sin embargo, lo que es bueno para Titán...

No tuvo necesidad de completar la cita, que había sido acuñada por algún cínico desconocido cincuenta años atrás. En treinta años, Duncan no había dudado nunca realmente de esta vieja máxima, creada un día para zaherir y adoptada hoy, virtualmente, como una divisa familiar.

Lo que era bueno para los Makenzie era sin duda bueno para Titán.

# CAPÍTULO 4

## La Luna Roja

De los ochenta y cinco satélites naturales conocidos, sólo Ganímedes, señor del sistema de Júpiter, superaba en tamaño a Titán, y aún por un pequeño margen. Pero, en otro aspecto, Titán no tenía rival: ninguna otra luna de *ningún* otro planeta tenía más que un vestigio de atmósfera. La de Titán era tan densa que, si hubiese estado compuesta de oxígeno, el hombre habría podido respirar fácilmente en ella.

Cuando se descubrió esta circunstancia, a finales del siglo XX, planteó a los astrónomos un misterio de primera clase. ¿Por qué un mundo que no era mucho mayor que la Luna, ésta totalmente desprovista de atmósfera, tenía *una* atmósfera... particularmente rica en hidrógeno, que era el más ligero de todos los gases? Normalmente, éste habría tenido que disolverse en el espacio, mucho tiempo atrás.

Pero no era éste el único enigma. A semejanza de la Luna, casi todos los demás satélites eran virtualmente incoloros, al estar cubiertos de piedras y de polvo producido por inmensos períodos de bombardeo meteórico. En cambio, Titán era *rojo*, tan rojo como Marte, cuyo siniestro resplandor recordaba a los hombres de la antigüedad la sangre y la guerra.

Los primeros cohetes robot resolvieron algunos de los misterios de Titán, pero, como ocurre siempre, suscitaron un montón de nuevos problemas. El color rojo procedía de una capa de nubes bajas y espesas, compuestas, en su mayor parte, de la misma asombrosa mezcla de materias orgánicas de la Gran Mancha Roja de Júpiter. Debajo de estas nubes, había un mundo cuya temperatura era cien grados superior a lo que habría debido ser; ciertamente, había regiones en Titán donde un hombre necesitaba poco más que una máscara de oxígeno y un sencillo traje de dobles paredes aislantes del calor, para moverse al aire libre. Para sorpresa de todos, Titán había resultado ser el lugar más hospitalario del Sistema Solar, después de la propia Tierra.

Parte de este inesperado calor se debía a un efecto de invernadero, al atrapar la atmósfera de hidrógeno los débiles rayos del remoto Sol. Pero otra buena cantidad procedía de fuentes internas; la región ecuatorial de Titán abundaba en lo que, a falta de una expresión mejor, podríamos llamar volcanes fríos. En raras ocasiones, algunos de éstos vomitaban agua.

Esta actividad, provocada por calor radiactivo generado en las profundidades del núcleo de Titán, lanzaba a la atmósfera millones de toneladas de compuestos de hidrógeno, que compensaban continuamente el que se perdía en el espacio. Desde luego, llegaría un día en que se agotarían las reservas enterradas —como se habían

agotado los campos de petróleo en la Tierra—, pero los geólogos habían calculado que Titán podría mantener su posición en el espacio al menos durante dos mil millones de años. Las más vigorosas actividades de minería atmosférica del hombre tendrían una influencia desdeñable en esta cifra.

Como la Tierra, Titán tenía diversas estaciones, aunque resultaba difícil aplicar la palabra «Verano» a un mundo donde la temperatura raras veces excedía de los cincuenta grados bajo cero en pleno mediodía. Y como Saturno tardaba casi treinta años en dar la vuelta alrededor del Sol, cada una de las estaciones de Titán equivalía a más de siete años de la Tierra.

El pequeño Sol, que tardaba ocho días en cruzar el cielo, se dejaba ver muy pocas veces a través de la capa de nubes, y había muy poca diferencia de temperatura entre el día y la noche, o, dicho sea de paso, entre los polos y el ecuador. Titán carecía, pues, de clima; pero, en ocasiones, podía producir un tiempo atmosférico de singulares características.

El fenómeno meteorológico más impresionante era el llamado «Monzón de Metano», que casi siempre —aunque no invariablemente— se producía al comenzar la primavera en el hemisferio septentrional. Durante el largo invierno, una parte del metano de la atmósfera se condensaba en lugares fríos y formaba lagos poco profundos de hasta mil kilómetros cuadrados, pero raras veces de más de unos pocos metros de profundidad, y a menudo llenos de témpanos de hielo de amoníaco de fantásticas formas. Sin embargo, se requería la bajísima temperatura de menos ciento sesenta grados para mantener el metano en estado líquido, y en ninguna parte de Titán solía durar mucho un frío tan intenso.

Un viento «cálido» o un desgarrón en las nubes, y los lagos de metano se transformaban súbitamente en vapor. Era como si, en la Tierra, se evaporase uno de los océanos, aumentando súbitamente cientos de veces su volumen y cambiando con ello completamente el estado de la atmósfera. El resultado sería catastrófico, como casi lo era algunas veces en Titán. El viento registraba velocidades de quinientos kilómetros por hora, o, mejor dicho, se calculaba esta velocidad por los efectos ulteriores. El vendaval duraba sólo unos pocos minutos; pero incluso este tiempo era excesivo. Varias de las primeras expediciones habían sido aniquiladas por el Monzón, antes de que se pudiese predecir su llegada.

Antes de los primeros aterrizajes en Titán, a principios del siglo XXI, algunos exo-biólogos optimistas habían esperado encontrar vida alrededor de los relativamente cálidos oasis de cuya existencia se tenía conocimiento. Esta esperanza tardó mucho en desvanecerse e incluso se reanimó, durante un tiempo, por el descubrimiento de las extrañas formaciones cerúleas de las famosas Cuevas de Cristal. Pero, a finales de aquel siglo, se tuvo casi completa seguridad de que nunca habían existido formas indígenas de vida en Titán.

Nunca había existido la menor esperanza de encontrar vida en las otras lunas, cuyas condiciones eran mucho más hostiles. Sólo Japeto y Rea, de tamaño menor a la mitad de Titán, tenían un vestigio de atmósfera. Los restantes satélites eran áridos agregados de roca o enormes bolas de nieve, o una mezcla de ambas cosas. A mediados del siglo XXIII, se habían descubierto más de cuarenta, la mayoría de los cuales tenían menos de cien kilómetros de diámetro. Todos los exteriores —a veinte millones de kilómetros de Saturno—, se movían en órbitas retrógradas y saltaba a la vista que eran visitantes temporales, procedentes del cinturón de asteroides. Se discutía mucho si debían considerarse como satélites auténticos. Aunque algunos habían sido explorados por los geólogos, eran muchos los que nunca habían sido examinados, salvo por sondas espaciales; pero no había razones para presumir que guardasen grandes sorpresas.

Tal vez un día, cuando Titán hubiese prosperado y empezase a resultar un poco aburrido, las generaciones futuras aceptarían el reto de aquellos pequeños mundos. Algunos optimistas habían hablado de poner bolas de nieve ricas en carbono en zoos orbitales, donde se cocerían bajo el calor de sus propios soles de fusión y darían origen a extrañas formas de vida. Otros habían soñado en lugares particulares de placer y en residencias de recreo de gravedad reducida, y en islas espaciales para hacer experimentos de estilos de vida super-tecnológicos. Pero todo esto eran fantasías de un utópico futuro. Ahora, Titán necesitaba toda su energía para resolver la crisis inminente en este año de 2276.

## CAPÍTULO 5

### Política del tiempo y el espacio

Cuando sólo dos de los Makenzie hablaban entre sí, su conversación era aún más rotunda y telegráfica que cuando estaban presentes los tres. La intuición, los fenómenos de ideas paralelas y la experiencia compartida, llenaban las lagunas que habrían hecho totalmente incomprensible su discurso a los extraños.

—¿Resolver? —preguntó Malcolm.

—¿Nosotros? —replicó Colin.

—¿Treinta y uno? ¡Chico!

Lo cual podría traducirse así al español vulgar:

—¿Crees que podremos resolver el asunto?

—¿Te cabe alguna duda de que *nosotros* podamos hacerlo?

—¿A los treinta y un años? No estoy seguro. No es más que un chico.

—De todos modos, no tenemos alternativa. Es una oportunidad que nos brinda Dios, o que nos brinda Washington, y que no podemos despreciar. Necesitaremos una instrucción urgente sobre asuntos de la Tierra, aprender todo lo necesario sobre los Estados Unidos...

—Ahora que lo pienso... ¿Qué *son* los Estados Unidos en la actualidad? He perdido la cuenta.

—Actualmente, hay cuarenta y cinco Estados. Tejas, Nuevo Méjico, Alaska y Hawai, han ingresado en la unión, al menos para el año del Centenario.

—¿Qué significa exactamente esto, desde el punto de vista legal?

—Poca cosa. Pretenden gozar de autonomía, pero pagan sus tributos regionales y mundiales como todos los demás. Es un típico compromiso terrestre.

Malcolm, que recordaba sus orígenes, creía a veces necesario defender su mundo nativo contra estas cínicas observaciones.

—Con frecuencia desearía que tuviésemos aquí un poco del espíritu de compromiso de los terrícolas. Sería buena cosa inyectarle una pequeña dosis al primo Armand.

En realidad, Armand Helmer, Interventor de Recursos, no era primo de Malcolm, sino sobrino de su ex esposa Ellen. Sin embargo, en el pequeño mundo cerrado de Titán, todos, salvo los recientes inmigrantes, estaban emparentados entre ellos, y las expresiones tío, tía, sobrino o primo, eran empleadas con despreocupada inexactitud.

—El primo Armand —dijo Colin, con cierta satisfacción— se sentirá bastante trastornado cuando se entere de que Duncan va a ir a la Tierra.

—¿Y qué va a hacer? —preguntó Malcolm, a media voz.

Era una buena pregunta, y, durante un momento, ambos Makenzie reflexionaron sobre la creciente rivalidad entre su familia y los Helmer. Según como se mirase, era una rivalidad bastante normal; tanto Armand como su hijo Karl habían nacido en la Tierra y traído consigo, a través de mil millones de kilómetros, aquella enojosa aureola de superioridad con frecuencia característica de la Tierra madre. Algunos inmigrantes conseguían desprenderse de ella, aunque la operación era difícil. Malcolm Makenzie sólo lo había conseguido después de estar en tres planetas y de vivir cien años; pero los Helmer ni siquiera lo habían intentado. Y, aunque Karl sólo tenía cinco años cuando abandonó la Tierra, parecía haber dedicado los siguientes treinta a hacerse más terrícola que los propios terrícolas. Y no podía ser mera coincidencia que todas sus esposas hubiesen venido de la Tierra.

Sin embargo, esto había sido materia de diversión, más que de molestia, hasta hacía unos doce años. De muchachos, Duncan y Karl habían sido inseparables, y no había habido motivos de conflicto entre las familias hasta que el rápido auge de Armand en la jerarquía tecnológica de Titán le había situado en una posición de poder. Ahora, el Interventor no disimulaba su creencia de que tres generaciones de Makenzie eran más que suficientes. Aunque él no había inventado la famosa frase de «Lo que es bueno para los Makenzie...», la citaba con evidente satisfacción.

Digamos, para ser justos con Armand, que éste parecía concentrar sus ambiciones en su único hijo, más que en él mismo. Esto habría sido suficiente para crear cierta tensión en la amistad entre Karl y Duncan, pero ésta habría sobrevivido probablemente a las presiones paternas en ambas direcciones. Lo que había producido la ruptura definitiva seguía todavía envuelto en cierto misterio y guardaba relación con una crisis psicológica que había sufrido Karl hacía quince años.

Había salido de ella con todas sus capacidades intactas, pero con un marcado cambio en su personalidad. Después de graduarse *cum laude* en la Universidad de Titán, se había dedicado a toda una serie de actividades de investigación, desde mediciones de ondas de radio galácticas hasta estudios sobre los campos magnéticos alrededor de Saturno. Toda esta obra tenía importancia práctica, y Karl había representado también un valioso papel en el establecimiento y mantenimiento de la red de comunicaciones de la que dependía la vida de Titán. Sin embargo, sería más justo decir que sus intereses eran más teóricos que prácticos, y a veces trataba él de explotar esto, cuando surgía en su blanca cabeza el antiguo debate de «Las Dos Culturas».

A pesar de dos siglos de invectivas por parte de ambos bandos, nadie creía realmente que los Científicos, con «C» mayúscula, fuesen más cultos (fuese cual fuere el significado de esta palabra) que los Ingenieros. La pureza del conocimiento teórico era una aberración filosófica que, más de mil años más tarde, habría movido a risa a los pensadores griegos que la habían inventado. El hecho de que el más grande



escultor de la Tierra hubiese empezado su carrera como diseñador de puentes, y de que el mejor violinista de Marte hiciese todavía un trabajo original sobre la teoría de los números, no demostraban nada en uno u otro sentido. Pero los Helmer gustaban de sostener que había llegado la hora del cambio; los ingenieros habían gobernado Titán durante un tiempo suficiente, y ahora *tenían* los perfectos sustitutos, que infundirían distinción intelectual a su mundo.

A sus treinta y seis años, Karl poseía todavía el encanto que había cautivado a sus compañeros; pero eran muchos —y entre ellos Duncan— los que pensaban que esta cualidad estaba ahora subrayada por algo duro, calculador y ligeramente repelente. Todavía podía ser amado, pero había perdido la capacidad de amar; y era extraño que ninguno de sus espectaculares matrimonios hubiese fructificado.

Si Armand quería desafiar el régimen Makenzie, la falta de heredero de Karl no era su único problema. Dijesen lo que dijesen los Siete Mundos acerca de su independencia, el centro de poder seguía estando en la Tierra. Así como, dos mil años atrás, los hombres acudían a Roma en busca de justicia, de prestigio o de conocimientos, así el Planeta Imperial llamaba en esta época a sus hijos desperdigados. Nadie podía ser tomado en serio en el campo de la política solar, si no se había enterado personalmente de los esquemas clave de los asuntos terrestres y no había encontrado su camino, al menos una vez, en el laberinto de la burocracia de la Tierra.

Y, para esto, *había* que ir a la Tierra. Como en los tiempos de los Césares, no había alternativa. Los que pensaban —o decían pensar— de otra manera, se exponían a ser marcados con el temido calificativo de «coloniales».

La cosa habría sido diferente si la velocidad de la luz hubiese sido infinita; pero era sólo de mil millones de kilómetros por hora, y, por consiguiente, la conversación simultánea sería siempre imposible entre la Tierra y cualquiera que estuviese más allá de la órbita de la Luna. El pueblo electrónico global, que había existido durante siglos en la madre Tierra, no podría extenderse jamás al espacio; y los efectos políticos y psicológicos de esto eran enormes y todavía no comprendidos del todo.

Durante generaciones, los habitantes de la Tierra se habían acostumbrado a hallarse en presencia los unos de los otros con sólo pulsar un botón. Los satélites de comunicaciones habían hecho posible, y después inevitable, la creación del Estado Mundial. Y, a pesar de muchos antiguos temores, era un Estado que seguía regido por hombres y no por máquinas.

Había quizás un millar de individuos clave y diez mil personas importantes, y todos ellos hablaban continuamente entre sí, de un polo a otro. Las decisiones necesarias para gobernar un mundo tenían que tomarse a veces en cuestión de minutos, y, para esto, eran indispensables conversaciones instantáneas cara a cara. Esto era fácil de arreglar en una fracción de segundo-luz, y, durante trescientos años,

los hombres habían dado por descontado que la distancia no era ya obstáculo entre ellos.

Pero, con el establecimiento de la primera Base Marciana, esta simultaneidad había terminado. La Tierra podía hablar a Marte; pero sus palabras tardaban al menos tres minutos en llegar allí, y la respuesta, otro tanto en llegar a la Tierra. La conversación resultaba pues imposible, y todos los asuntos debían tratarse por telex o su equivalente.

Esto debía ser una solución bastante buena en teoría, y, con frecuencia, lo era. Pero había desastrosas excepciones, costosas y a veces fatales confusiones interplanetarias, debidas al hecho de que los dos hombres que se hallaban en los extremos opuestos del circuito no se conocían de veras, ni comprendían su recíproca línea de pensamiento, porque nunca habían estado en contacto personal.

Y el contacto personal era esencial en los más altos niveles de gobierno y de administración. Los diplomáticos lo sabían desde hacía miles de años, y de aquí su aparato de misiones y enviados y visitas oficiales. Sólo después de establecido este contacto, con las inevitables estimaciones de carácter, y forjados los sutiles lazos de la mutua comprensión y del interés común, podían concertarse negocios, con cierto grado de confianza, a través de las comunicaciones a larga distancia.

Malcolm Makenzie no habría alcanzado nunca su elevada posición en Titán, de no haber sido por las amistades que había contraído al regresar a la Tierra. Había habido un tiempo en que le había parecido extraño que una tragedia personal le hubiese conducido a un poder y una responsabilidad superiores a todos los sueños de su juventud; pero, a diferencia de Ellen, había enterrado su pasado muerto y éste había dejado de preocuparle hacía mucho tiempo.

Cuando Colin había repetido la maniobra, cuarenta años después, y regresado a Titán con el pequeño Duncan, la posición del clan se había fortalecido enormemente. Para la mayoría de los humanos, la luna más grande de Saturno se identificaba ahora virtualmente con los Makenzie. Nadie podía aspirar a desafiarles, si no podía contrarrestar la red de contactos personales que habían establecido, no sólo en la Tierra, sino en todos los demás lugares importantes. Era a través de esta red, más que de los canales oficiales, como los Makenzie hacían Cosas, según tenían que reconocer, de mala gana, sus propios adversarios.

Y ahora, una cuarta generación se disponía a consolidar la dinastía. Todos sabían que esto ocurriría en definitiva, pero nadie esperaba que ocurriese tan pronto.

Ni siquiera los Makenzie, y menos los Helmer.

## CAPÍTULO 6

### Junto a las lindas orillas de Loch Hellbrew

En tiempos pasados, Duncan montaba siempre en bicicleta o tomaba una carretilla eléctrica, cuando iba a visitar a la abuela Ellen para llevarle algún recado. En cambio, esta vez, anduvo los dos kilómetros de túnel desde la ciudad, llevando cincuenta kilos de peso cuidadosamente repartidos, lo cual sólo significaba un exceso de diez kilos. Si hubiese sabido que existieron antaño los contrabandistas, habría sentido una fuerte afinidad con éstos, ya que solían llevar lingotes de oro en sus elegantes chalecos.

Colin le había regalado el complicado arreo de bolsas y correas, con un no muy sincero «¡Gracias a Dios que nunca tendré que volver a usarlo! Sabía que lo tenía en alguna parte, pero he tardado dos días en encontrarlo. Es bien cierto que los Makenzie nunca tiramos nada».

Duncan descubrió que necesitaba las dos manos para levantar aquella prenda de la mesa. Cuando descorrió la cremallera de una de sus muchas y pequeñas bolsas, vio que contenía una varilla de un metal opaco, del tamaño de un lápiz y extraordinariamente pesada.

—¿Qué es? —preguntó—. Parece más pesado que el oro.

—Y lo es. Una superaleación de tungsteno, si no recuerdo mal. La masa total es de setenta kilos, pero no la lleves toda desde el primer momento. Yo empecé con cuarenta kilos y añadí dos cada día. Lo importante es llevar el peso bien distribuido y evitar las escoriaciones.

Duncan hizo unos cálculos aritméticos y descubrió que los resultados eran muy desalentadores. La gravedad de la Tierra era cinco veces mayor que la de Titán, y este ingenio diabólico doblaría simplemente su peso local.

—Es imposible —dijo tristemente—. Nunca seré capaz de andar por la Tierra.

—Bueno, yo lo hice, aunque no me resultó fácil al principio. Haz todo lo que te digan los médicos, aunque te parezcan tonterías. Pasa todo el tiempo que puedas en el baño o acostado. No te avergüences de usar sillas de ruedas o aparatos protésicos, al menos durante las dos primeras semanas. Y no trates nunca de correr.

—¡De correr!

—Más pronto o más tarde, te olvidarás de que estás en la Tierra y te romperás una pierna. ¿Te apuestas algo?

Las apuestas era uno de los vicios útiles de los Makenzie. El dinero se quedaba en la familia, y el que perdía aprendía siempre una lección valiosa. Aunque a Duncan le parecía imposible imaginar una quintuple gravedad, era innegable que Colin había

pasado un año en la Tierra y había sobrevivido para contarlo. Por consiguiente, no era una apuesta prometedora.

Ahora empezaba a creer en la predicción de Colin, y apenas si advertía el exceso de masa..., al menos cuando andaba en línea recta; sólo cuando trataba de cambiar de dirección, se sentía presa de una fuerza irresistible. Sin contar los visitantes de la Tierra, él era ahora, probablemente, el hombre más vigoroso de Titán. Y no era que su cuerpo cobrara nueva fuerza, sino, más bien, que recobraba poderes latentes que habían estado adormilados, esperando el momento en que serían requeridos. Unos pocos años más, y sería demasiado tarde para lo que intentaba ahora.

El túnel, de cuatro metros de anchura, había sido perforado con rayos láser, hacía unos años, a través del borde del pequeño cráter que rodeaba Oasis. En su origen, había sido una conducción de substancias petroquímicas amoniacaes del justamente llamado Loch Hellbrew, una de las principales fuentes de recursos naturales de la región. La mayor parte del lago había servido para alimentar las industrias de Titán; después, la extracción del calor interno del satélite, como parte del proyecto de ingeniería planetaria local, había hecho que se evaporase el resto.

Se habían producido algunas discretas protestas cuando Ellen Makenzie había declarado sus intenciones, pero el Departamento de Recursos había extraído del túnel el resto de los vapores de hidrógeno-metano, y ahora inventariaba su oxígeno, para anual disgusto de los interventores de cuentas, como parte de la reserva de aire de la ciudad. Había dos mamparos accionados a mano, además del sistema de seguridad de la propia ciudad. Cualquiera que pasase del segundo mamparo, lo hacía a su propio riesgo; pero éste era despreciable. El túnel había sido perforado en roca maciza, y, como la presión interior era mayor que la ambiente, no había peligro de que los venenos de Titania se filtrasen dentro de él.

Media docena de túneles laterales, todos ellos cerrados ahora, partían del paisaje principal. La primera vez que Duncan había estado allí, siendo pequeño, había tenido la impresión de que los cerrados pasadizos estaban llenos de misterio y de magia; ahora, sabía que sólo conducían a unas cámaras desde hacía mucho tiempo abandonadas. Sin embargo, aunque se había desvanecido todo misterio, todavía le parecía que aquellos corredores eran frecuentados por dos fantasmas. Uno de ellos era el de una niña que había sido conocida y amada por sólo un puñado de pioneros; el otro era el de un gigante llorado por millones de personas.

El apellido de Robert Kleinman había dado pie a innumerables chistes, pues el hombre tenía casi dos metros de estatura y una complexión proporcionada. Y su talento había corrido parejas con su físico; había sido primer piloto a los treinta años de edad, a pesar de que era difícil adaptarle a los equipos espaciales corrientes. Duncan no le había considerado nunca particularmente guapo, pero, en esto, había tenido que inclinarse ante la opinión de un pequeño ejército de mujeres, incluida

Ellen Makenzie.

La abuela había conocido al capitán Kleinman un año después de su separación definitiva de Malcolm; tal vez hubo una reacción emocional por parte de ella; pero no, desde luego, por parte de él. Sin embargo, a partir de aquel momento, el Capitán no había mirado nunca a otra mujer, y su intriga amorosa había tenido fama en muchos mundos. Había durado todo el período de planeamiento y preparación de la primera expedición a Saturno, y de colocación del *Challenger* en órbita de Titán. Y, para Ellen Makenzie, no había terminado nunca, sino que se había fijado para siempre, en el momento en que la nave había sucumbido misteriosa e inexplicablemente a su destino, entre los huracanes de la Zona Templada del Sur.

Avanzando más despacio que cuando había iniciado su marcha, Duncan llegó al último mamparo. El día en que la abuela había cumplido los cien años, los miembros más jóvenes de la familia habían pintado aquel mamparo con brillantes colores fluorescentes, que no se habían marchitado en absoluto durante los otros doce años transcurridos desde entonces. Como Ellen no se había referido nunca a ello, y sabía hacer oídos sordos cuando no quería contestar a las preguntas, no había manera de saber si le había gustado aquel obsequio.

—Estoy aquí, abuela —dijo Duncan, a través del antiguo teléfono interior que un admirador anónimo había regalado a Ellen, hacía mucho tiempo. (Llevaba ostensiblemente la marca «Made in Hong Kong» y la fecha de 1995. Aunque avergüence decirlo, se había producido un intento de robo del aparato, a pesar de que el latrocinio era virtualmente desconocido en Titán; probablemente fue un bromazo infantil o un acto simbólico anti-Makenzie.)

Como de costumbre, no hubo respuesta; pero la puerta se abrió al instante, y Duncan entró en el pequeño vestíbulo. El electrociclo de la abuela estaba en el mismo sitio donde había permanecido desde hacía años. Duncan comprobó la batería y dio una patada a los neumáticos, como hacía siempre concienzudamente. No había que hinchar éstos ni cargar aquella; si la anciana quería de pronto bajar a la ciudad, nada se lo impediría.

La cocina, que era una unidad sacada intacta de una pequeña nave orbital de pasajeros, estaba un poco más aseada que de costumbre; sin duda una de las asistentes voluntarias acababa de hacer su visita semanal. Sin embargo, el acostumbrado y agrio olor a lenta desintegración culinaria y a un inadecuado reciclaje flotaba en el ambiente, y Duncan contuvo la respiración mientras corría hacia el cuarto de estar. Nunca aceptaba más que una taza de café de la abuela, pues temía un envenenamiento accidental si probaba los productos de su robot recuperador. En cambio, Ellen parecía medrar con todo esto; en el curso de los años, debió de establecerse una especie de simbiosis entre ella y su cocina. Esta justificaba aún la garantía de «seguridad» del fabricante aunque producía los más peculiares olores.

Indudablemente, la abuela no los advertía; y Duncan se preguntaba qué haría ella cuando se produjese el desastre definitivo.

El cuarto de estar principal aparecía tan atestado como de costumbre. Adosada a una de las paredes, estaba la estantería de piedras cuidadosamente rotuladas: una mineralogía completa de Titán y de las otras lunas exploradas de Saturno, así como muestras de cada uno de los anillos. Desde que Duncan podía recordar, siempre había habido una sola sección vacía, como si, todavía ahora, esperase la abuela el regreso de Kleinman.

La pared opuesta mostraba una profusión menor de equipos de comunicaciones y de información, así como estantes de micromódulos que, si hubiesen estado completamente llenos, habrían contenido más conocimientos que todas las bibliotecas de la Tierra hasta el siglo XXI. El resto de la estancia era un pequeño y compacto taller, y la mayor parte de su suelo estaba ocupado por máquinas que habían fascinado a Duncan en su infancia y que asociaría con la abuela Ellen mientras ésta viviese.

Había microscopios petrológicos, utensilios para cortar y pulir, limpiadores ultrasónicos, cuchillos láser y todos los brillantes adminículos propios de los gemólogos y los joyeros. Con los años, Duncan había aprendido el empleo de la mayoría de ellos, aunque sólo había asimilado una fracción de la habilidad de su abuela y carecía casi totalmente del talento artístico de ésta. En cambio, compartía en alto grado su interés por las matemáticas, revelado por la pequeña computadora y la consiguiente exhibición holográfica.

La computadora, lo mismo que la cocina, hubiese debido ser retirada hacía tiempo. Pero era completamente autónoma y evitaba a la abuela tener que acudir a los inmensamente más grandes depósitos de conocimientos de la ciudad. Aunque su computadora tenía una memoria apenas superior a la de un cerebro humano, era suficiente para sus más bien modestos fines. Su interés por los minerales la había conducido, inevitablemente, a la cristalografía; después, a la teoría de grupo, y después, a la inofensiva obsesión que había dominado una gran parte de su existencia solitaria. Hacía veinte años, en este mismo salón, se la había contagiado a Duncan. En el caso de éste, la dolencia había dejado de ser virulenta, pues había hecho todo su curso en pocos meses; pero él comprendía, con divertida tolerancia, que sufriría recaídas ocasionales durante toda su vida. ¡Cuan inverosímil era que cinco cuadrados perfectamente idénticos pudiesen crear un universo que ni el hombre ni la computadora serían jamás capaces de explorar en su totalidad...!

Nada había cambiado en la familiar estancia desde su última visita de hacía tres semanas. Incluso podía imaginarse que la abuela no se había movido; seguía sentada detrás de su mesa de trabajo, clasificando piedras y cristales, mientras, a su espalda, la pantalla de dígitos daba las soluciones a algún problema analizado por la

computadora. La abuela llevaba, como de costumbre, una bata larga que le daba el aspecto de una matrona romana, aunque Duncan tenía la seguridad de que ningún vestido de matrona romana había aparecido tan deshilacliado o, si había de ser completamente franco, tan necesitado de ir a la lavandería. Desde que Duncan la conocía, el cuidado que prestaba Ellen a su equipo no se había extendido nunca a su apariencia personal.

Ella no se levantó, sino que ladeó ligeramente la cabeza para que él pudiese darle el acostumbrado y cariñoso beso. En el momento de hacerlo, Duncan advirtió que al menos el mundo exterior había sufrido un cambio.

La vista desde la ventana mirador de la abuela era famosa, pero sólo de oídas, pues eran pocos los que habían tenido el privilegio de observarla con sus propios ojos. La morada había sido en parte excavada en una cornisa que dominaba el lecho seco del Loch Hellbrew y el cañón que conducía a él, de modo que, desde ella, se disfrutaba de un panorama de 180 grados en la zona más pintoresca de Titán. A veces, cuando rugía la tormenta en las montañas, la vista desaparecía durante horas detrás de nubes de cristales de amoníaco; pero hoy, el tiempo era claro y Duncan podía abarcar al menos veinte kilómetros de paisaje.

—¿Qué pasa allí? —preguntó.

Al principio, había pensado que era uno de los surtidores ígneos que brotaban a veces en zonas inestables; pero, en tal caso, la ciudad habría estado en peligro, y él habría tenido noticia anticipada de ello. Después, se dio cuenta de que la brillante pero brumosa columna de luz que ardía regularmente en la cresta del monte, a tres o cuatro kilómetros de distancia, sólo podía ser obra del hombre.

—Hay un fusor funcionando en Huygens. No sé lo que estarán haciendo, pero estarán quemando oxígeno.

—¡Oh! Es uno de los proyectos de Armand. ¿No te fastidia?

—No. Creo que es hermoso. Además, necesitamos el agua. Mira aquellas nubes de lluvia..., lluvia *de verdad*. Y creo que algo está creciendo allí. He advertido un cambio de color de las rocas desde que empezó la llamarada.

—Es muy posible. Los bio-ingenieros llegarán a dominar esta materia. Llegará un día en que podrás contemplar un bosque, en vez de esas rocas desnudas.

Duncan bromeaba, naturalmente, y ella lo sabía. Salvo en zonas muy restringidas, no podía crecer vegetación al aire libre. Pero empezaban a hacerse experimentos como éste, y un día...

Allá arriba, en el monte, funcionaba una instalación de fusión de hidrógeno, que derretía la corteza de Titán para liberar todos los elementos necesarios para las industrias del pequeño mundo. Y, como la mitad de aquella corteza estaba compuesta de oxígeno, ahora sólo necesario en pequeñísimas cantidades para las economías de ciclo cerrado de las ciudades, dejaban simplemente que se quemase.

—¿Te das cuenta, Duncan —dijo súbitamente la abuela—, de la claridad con que esa llama simboliza la diferencia entre Titán y la Tierra?

—Bueno, allí no necesitan fundir las rocas para tener todo lo que necesitan.

—Estaba pensando en algo mucho más fundamental. Si un morador de la Tierra necesita fuego, enciende un chorro de hidrocarburos y lo deja arder. Aquí hacemos exactamente lo contrario. Prendemos fuego a un chorro de oxígeno y lo dejamos arder en nuestra atmósfera de hidro-metano.

Era éste un hecho tan elemental —ciertamente, una vulgaridad ecológica— que Duncan se sintió desilusionado; había esperado una revelación más sorprendente. Y su cara debió reflejar sus pensamientos, pues la abuela no le dio ocasión de replicar.

—Lo que trato de explicarte —dijo— es que tu adaptación a la Tierra puede ser menos fácil de lo que te imaginas. Puedes saber, o *pensar* que sabes, las condiciones que encontrarás allí; pero este conocimiento no se funda en la experiencia. Esta te faltará, cuando la necesites con urgencia. Los instintos adquiridos en Titán pueden darte soluciones erróneas. Por consiguiente, actúa con calma, y piénsalo dos veces antes de hacer algo.

—No tendré más remedio que actuar despacio; mis músculos cuidarán de ello.

—¿Cuánto tiempo estarás ausente?

—Aproximadamente un año. La invitación oficial es por dos meses, pero, como me pagan el viaje, tendré dinero para una estancia mucho más prolongada. Y sería una lástima desaprovechar la ocasión, ya que es la única que tendré.

Trataba de dar a su voz un tono alegre y optimista, aunque sabía perfectamente lo que estaba pensando Ellen. Ambos comprendían que ésta podía ser su última entrevista; ciento catorce años no era una edad excesiva para una mujer..., pero, sinceramente, ¿qué objeto tenía ya la vida de la abuela? ¿La esperanza de volver a verle, cuando regresase de la Tierra? Le complacía pensar que sí...

Pero había otra cuestión, a la que nunca se aludía, pero que flotaba en el ambiente. La abuela sabía perfectamente cuál era el objeto principal de su visita a la Tierra, y este conocimiento debía ser, incluso después de tantos años, como un puñal clavado en su corazón. Nunca había perdonado a Malcolm. Nunca había aceptado a Colin. ¿Continuaría aceptándole a él, cuando volviese con el pequeño Malcolm?

Ahora, ella revolvía uno de los cajones de su mesa de trabajo, con una torpeza que nada tenía que ver con sus normales movimientos exactos.

—Aquí tienes un recuerdo, para que lo lleves contigo.

—¡Oh! ¡Es precioso!

No lo había dicho por cumplido; una auténtica sorpresa había forzado su reacción. La cajita plana y con tapa de cristal que sostenía entre las manos era la más exquisita obra de arte geométrico que jamás hubiese visto. Y la abuela no habría podido elegir un objeto más evocador de su juventud y del mundo que había sido siempre el suyo,



aunque ahora se disponía a abandonarlo.

Mientras contemplaba fijamente el mosaico de piedras de colores que llenaba exactamente la cajita, saludando a cada una de las formas familiares como a un viejo amigo, sus ojos se empañaron y los años parecieron volver atrás. La abuela no había cambiado; pero él sólo tenía entonces diez años...

## CAPÍTULO 7

### Una cruz de titanita

—Ya eres lo bastante mayor, Duncan, para comprender este juego..., aunque es mucho más que un juego.

Sea lo que fuere, pensó Duncan, no parece muy emocionante. ¿Qué se puede hacer con cinco cuadrados idénticos de plástico blanco, de un par de centímetros de lado?

—Ahora —siguió diciendo la abuela—, el primer problema es ver cuántos dibujos *diferentes* puedes hacer, juntando todos estos cuadrados.

—¿Dejándolos planos sobre la mesa?

—Sí, y con los bordes coincidiendo exactamente. No está permitida ninguna superposición.

Duncan empezó a mover los cuadrados.

—Bueno —empezó—, puedo ponerlos en línea recta, así... Después, puedo torcer el de la punta para hacer una L..., y el del otro extremo para hacer una U...

Rápidamente, hizo media docena de combinaciones con los cinco cuadros, y, después, vio que se repetía.

—Creo que esto es todo... ¡Oh! ¡Qué estúpido soy!

Había olvidado la figura más fácil, la cruz o X, poniendo un cuadro en el medio y los otros cuatro a su alrededor.

—La mayoría de la gente —dijo la abuela— empieza por *ésta*. No sé qué significa esto, en lo que respecta a tus procesos mentales. ¿Crees que has encontrado todas las combinaciones?

Duncan siguió moviendo los cuadrados y acabó por descubrir otras tres figuras. Después, lo dejó.

—Esto es todo —anunció, confiadamente.

—Entonces, ¿qué me dices de *ésta*? —dijo la abuela, moviendo rápidamente las piezas para hacer una figura que parecía una F un poco gibosa.

—¡Oh!

—¿Y ésta?

Duncan empezaba a sentirse bastante tonto, pero experimentó cierto alivio al proseguir la abuela:

—Lo has hecho muy bien; sólo te dejaste estas dos. En total, pueden hacerse *doce* combinaciones, ni más, ni menos. Aquí están. Por más que te esfuerces, no encontrarás ni una más.

Apartó a un lado los cinco pequeños cuadrados y puso sobre la mesa una docena

de piezas de plástico de brillantes colores. Cada una de ellas tenía una forma diferente, y, juntas, formaban la serie completa de las doce figuras que, según reconocía Duncan, eran las únicas que podían formarse con los cinco cuadrados iguales.

Pero, seguro que había algo más. El juego no podía terminar tan pronto. No; la abuela guardaba algo en su manga.

—Ahora, escucha con atención, Duncan. Cada una de estas figuras, que se llaman pentóminos, tiene evidentemente el mismo tamaño que las otras, toda vez que están constituidas por cinco cuadrados idénticos. Como hay doce de ellas, la suma *total* de sus superficies es sesenta cuadrados. ¿De acuerdo?

—Pues... sí.

—Ahora bien, sesenta es un número redondo que puede dividirse de muchas maneras. Empecemos por diez multiplicado por seis, que es la operación más fácil. Esta es el área de esta cajita: diez unidades por seis unidades. Por consiguiente, las doce piezas deberían adaptarse exactamente a ella, como en un simple rompecabezas.

Duncan buscó la trampa —la abuela era muy aficionada a las paradojas verbales y matemáticas, no todas ellas comprensibles para una víctima de diez años—, pero no pudo encontrar ninguna. Si la caja tenía el tamaño que decía la abuela, las doce piezas debían ajustarse perfectamente a ella. A fin de cuentas, la caja y las piezas tenían un área de sesenta unidades.

—¡Un momento...! El área podía ser la misma, pero la *forma* podía ser diferente. Tal vez no había manera de hacer que las doce piezas coincidiesen con la caja rectangular, aunque la dimensión fuese la misma.

—Lo dejo en tus manos —dijo la abuela, cuando él llevaba varios minutos revolviendo las piezas—. Pero te prometo una cosa: *puede* hacerse.

Diez minutos después, Duncan empezó a dudar. Era bastante fácil hacer caber diez piezas en el marco, e incluso, en una ocasión, había logrado meter once. Desgraciadamente, el hueco que quedaba en el rompecabezas no tenía la misma forma de la pieza que le quedaba en la mano, aunque, desde luego, tenía la misma área. El hueco era una X, y la pieza, una Z...

Al cabo de media hora, estaba a punto de reventar por el fracaso. La abuela le había dejado completamente solo, mientras ella sostenía un serio diálogo con la computadora; pero, de vez en cuando, le lanzaba una mirada divertida, como diciéndole: «¿Lo ves? No es tan fácil como te parecía...»

Duncan era terco, por la edad que tenía. La mayoría de los niños de diez años habrían abandonado mucho antes. (No se le ocurrió pensar, hasta años más tarde, que la abuela quería someterle también a un test psicológico.) Hasta pasados casi cuarenta minutos, no se decidió a pedir ayuda...

Los dedos de la abuela revolotearon sobre el mosaico. La X, la U y la L, giraron

dentro del marco, y, de pronto, la cajita quedó exactamente llena. Las piezas del rompecabezas se habían adaptado perfectamente.

—Bueno, ¡tú sabías la solución! —dijo débilmente Duncan.

—¿La solución? —replicó la abuela—. ¿Te atreverías a calcular de cuántas maneras *diferentes* pueden adaptarse esas piezas a la caja?

Aquí había trampa: Duncan estaba seguro de ello. Él no había encontrado ninguna solución en casi media hora de esfuerzos, y había intentado al menos cien combinaciones. Pero era posible que hubiese... ¡oh!, tal vez una docena de soluciones.

—Yo diría que puede haber veinte maneras de poner esas piezas en la caja —respondió, resuelto a no arriesgarse.

—Prueba otra vez...

Era una señal de peligro. Debía haber, aquí, mucho más de lo que se veía a simple vista; por consiguiente, lo más prudente era no comprometerse.

—No puedo imaginarlo.

—Eres un chico sensato. La intuición es un guía peligroso, aunque, a veces, es el único que tenemos. *Nadie* pudo imaginar jamás la verdadera cifra. Hay más de *dos mil* maneras diferentes de poner estas doce piezas en su caja. Para ser exacto, 2.339. ¿Qué te parece?

Era inverosímil que la abuela le mintiese; sin embargo, Duncan se sintió tan humillado por no haber encontrado una sola solución, que estalló:

—¡No lo creo!

La abuela no solía mostrar enojo, aunque a veces adoptaba una actitud fría y retraída cuando él la molestaba. Pero, esta vez, se limitó a soltar una carcajada y a dar unas instrucciones a la computadora.

—Mira eso —dijo.

Apareció un mosaico de brillantes colores en la pantalla, mostrando la serie de doce pentóminos ajustada al marco de seis por diez. La imagen duró unos segundos y fue substituida por otra, visiblemente distinta, aunque Duncan no pudo recordar la otra distribución que acababa de ver. Después, otra... y otra, hasta que la abuela interrumpió el programa.

—Incluso a este ritmo veloz, tardaríamos cinco horas en verlas todas. Y puedes creerme si te digo que, aunque ningún ser humano las ha comprobado una por una, ni podría hacerlo, son *todas* diferentes.

Duncan contempló durante largo rato la colección de doce figuras sencillas y engañosas. Al asimilar lentamente lo que le había dicho la abuela, tuvo la primera revelación matemática auténtica de su vida. Lo que al principio parecía un simple juego infantil le había revelado unos horizontes infinitos, aunque ni el más brillante niño de diez años habría podido sospechar la inmensidad del universo que se abría

ante él.

Este momento de pasmo y de maravillado despertar había sido puramente pasivo; su satisfacción intelectual fue mucho más intensa cuando descubrió su propia y primera solución al problema. Durante semanas, llevó siempre consigo la caja de plástico y la serie de doce pentóminos, para jugar con ellos en todos los momentos de ocio. Llegó a considerar las doce formas como amigos personales, llamándoles por las letras a las que más se parecían, aunque, en ciertos casos, con un esfuerzo de imaginación; el grupo irregular F, I, L, P, N, y la última secuencia alfabética T, U, V, W, X, Y, Z.

Y de pronto, en una especie de trance o éxtasis geométrico que no se volvería a repetir, descubrió cinco soluciones en menos de una hora. Newton, Einstein o Chen Tsu, no pudieron sentirse más cerca de los dioses de las matemáticas en sus momentos de veraz inspiración...

No tardó mucho tiempo en comprender, sin incitación alguna de su abuela, que podía ser también posible arreglar las piezas en formas diferentes del rectángulo de seis por diez. Al menos en teoría, los doce pentóminos podían cubrir exactamente rectángulos de cinco por doce unidades, de cuatro por quince unidades, o incluso la estrecha franja de tres unidades de anchura por veinte de longitud.

Sin demasiado esfuerzo, descubrió varios ejemplos de rectángulos de  $5 \times 12$  y de  $4 \times 15$ . Después, pasó una semana desalentadora tratando de alinear las doce piezas en una franja perfecta de  $3 \times 20$ . Una y otra vez consiguió rectángulos más cortos, pero siempre le sobraban unas cuantas piezas; hasta que decidió que esta forma era imposible.

Dándose por vencido, volvió junto a su abuela... y recibió una nueva sorpresa.

—Me alegro de que lo hayas intentado —dijo ella—. Generalizar, explorar todas las posibilidades: esto son las matemáticas. Pero estás en un error. *Puede* hacerse. Sólo hay dos soluciones, y, si descubres una, tendrás también la otra.

Más animado, Duncan continuó su búsqueda con renovado vigor. Después de otra semana, empezó a darse cuenta de la magnitud del problema. El número de maneras diferentes en que podían colocarse doce objetos, esencialmente en línea recta, teniendo además en cuenta que la mayoría de ellos podían situarse al menos en cuatro orientaciones distintas, era abrumador.

Una vez más, apeló a su abuela, señalando la injusticia de las probabilidades. Si había sólo dos soluciones, ¿cuánto tiempo se necesitaba para encontrarlas?

—Yo te lo diré —respondió ella—. Si fueses una computadora desprovista de cerebro, y colocases las piezas a razón de una por segundo en cada una de las posiciones posibles, podrías formar toda la serie en... —hizo una pausa para mayor efecto— ...un poco más de seis *millones* de años.

¿Años de la Tierra o años de Titán?, pensó Duncan, espantado. Pero esto

importaba poco...

—Pero tú no eres una computadora sin cerebro —siguió diciendo la abuela—. Puedes ver inmediatamente qué categorías no se adaptan a tu objeto, y, por consiguiente, puedes prescindir de ellas. Prueba otra vez...

Duncan obedeció, aunque sin mucho entusiasmo y con poco éxito. Y entonces, tuvo una brillante idea.

A Karl le interesó el problema y aceptó inmediatamente el desafío. Tomó la serie de pentóminos, y Duncan no volvió a saber de él durante varias horas.

Después, le llamó, y parecía un poco confuso.

—¿Estás *seguro* de que puede hacerse? —preguntó.

—Absolutamente seguro. En realidad, hay dos soluciones. ¿No has encontrado ninguna? Creía que estabas muy fuerte en matemáticas.

—Y lo estoy. Por *esto* sé lo difícil que es este trabajo. Hay más de mil billones de combinaciones a comprobar.

—¿Cómo lo has averiguado? —preguntó Duncan, contento de saber que había algo que confundía a su amigo.

Karl miró un pedazo de papel cubierto de números y figuras.

—Bueno, excluyendo las posiciones prohibidas, y considerando la simetría y la rotación, se obtiene un factorial de doce veces dos al veintiuno; ¡tú comprenderás por qué! Es un número importante, ¿no?

Y levantó una hoja de papel en la que había escrito, en grandes caracteres, la imponente serie de dígitos:

1 004 539 160 000 000

Duncan miró el número con satisfacción; no dudaba de la aritmética de Karl.

—Luego, lo has dejado correr.

—¡*No!* Sólo te digo lo difícil que es —dijo Karl, y, con hosca determinación, desconectó la línea.

Al día siguiente, Duncan tuvo una de las mayores sorpresas de su joven vida. Un Karl de ojos legañosos, que por lo visto no había dormido desde su última conversación, apareció en la pantalla.

—Aquí lo tienes —dijo, con voz tan fatigada como triunfal.

Duncan apenas podía dar crédito a sus ojos; estaba convencido de que las probabilidades contra el éxito eran tan grandes que lo hacían imposible. Pero allí estaba la franja rectangular, de tres pulgadas de anchura y veinte de longitud, formada con la serie completa de las doce piezas.

Con dedos ligeramente temblorosos de fatiga, Karl tomó las dos secciones de los extremos y las hizo girar, dejando intacta la porción central del rompecabezas.

—Y aquí está la segunda solución —dijo—. Ahora, me voy a dormir. Buenas noches... o buenos días, pues no sé en qué hora estamos.

El amoscado Duncan permaneció largo rato contemplando la pantalla en blanco. Todavía no comprendía lo que había pasado; sólo sabía que Karl había triunfado, contra todo lo que razonablemente cabía esperar.

Y no era que esto molestase a Duncan; quería demasiado a Karl para dolerse de su pequeña victoria, y, ciertamente, los triunfos de su amigo le alegraban, aunque fuesen a sus expensas. Pero aquí había algo extraño, algo que era casi mágico.

Fue la primera visión que tuvo Duncan del poder de la intuición y de la misteriosa capacidad de la mente de adelantarse a los hechos y atajar en los caminos de la lógica. En unas pocas horas, Karl había resuelto un problema que normalmente habría requerido billones de operaciones y habría tenido ocupada, durante un número apreciable de segundos, a la computadora más rápida que existía.

Un día, Duncan se daría cuenta de que todos los hombres poseían este poder, pero sólo podían usarlo una vez en la vida. En Karl, esta dote estaba excepcionalmente desarrollada; de ahora en adelante, tendría que tomar en serio incluso sus más desaforadas especulaciones.

Esto había sido hacía veinte años. ¿Dónde había estado, entre tanto, la pequeña serie de figuras de plástico? No podía recordar cuándo las había visto por última vez.

Pero aquí estaba de nuevo, reencarnada en minerales de colores: el peculiar granito de color de rosa de los Montes de Galileo, la obsidiana de la Meseta de Huygens, el pseudo-mármol de la Escarpa de Herschel. Y aquí —era increíble, pero la duda era imposible en este caso— estaba la más rara y misteriosa de todas las piedras preciosas de este mundo. La «X» del rompecabezas era de titanita; su matiz azul negruzco, con fugaces manchitas doradas, era inconfundible. Era la pieza más grande que Duncan hubiese visto jamás, y su valor era incalculable.

—No sé qué decir —balbuceó—. Es preciosa... Nunca había visto nada parecido.

Rodeó con sus brazos los delicados hombros de la abuela... y descubrió, para su desconsuelo, que estaban agitados por un temblor incoercible. La tuvo cariñosamente abrazada hasta que dejó de temblar, sabiendo que no había palabras para estos momentos, y comprendiendo, más que nunca, que él era el último amor de su vida y que iba a dejarla abandonada a sus recuerdos.

## CAPÍTULO 8

### Gente en los pasillos

En aquellos últimos días, todo lo que hacía Duncan tenía para éste un matiz de tristeza y de finalidad. A veces, esto le intrigaba; habría tenido que estar excitado, esperando la gran aventura que sólo un puñado de hombres de su mundo podrían emprender alguna vez. Y, aunque nunca había perdido el contacto con sus amigos y su familia por más de unas pocas horas, estaba seguro de que un año de ausencia pasaría muy de prisa, entre las maravillas y distracciones de la Tierra.

Entonces, ¿por qué su melancolía? Si se despedía de las cosas de su juventud, sólo era por una temporada, y las apreciaría más a su regreso.

*A su regreso.* Este era, desde luego, el meollo del problema. En realidad, el Duncan Makenzie que partiría ahora de Titán no regresaría nunca; éste era, precisamente, el objeto de la operación. Como Colin hacía treinta años, y como Malcolm cuarenta años antes de esto, partiría por la ruta del Sol en busca de conocimientos, de poder, de madurez y... sobre todo, del sucesor que no podía darle su propio mundo. Pues, al ser un duplicado de Malcolm, llevaba en su aparato genital el gen maldito de los Makenzie.

Más pronto de lo que había esperado, tenía que preparar a su familia para el nuevo aditamento. Después del número acostumbrado de experiencias previas, se había juntado con Mirissa hacía cuatro años, y quería a los hijos de ésta igual que si hubiesen sido de sus propias carne y sangre. Clyde tenía ahora seis años, y Carline, tres, y éstos parecían, a su vez, querer tanto a Duncan como a sus verdaderos padres, que eran ahora considerados como miembros honorables del Clan Makenzie. Algo muy parecido había sucedido en la generación de Colin —éste había adquirido o adoptado tres familias— y en la de Malcolm. El abuelo no había querido casarse de nuevo después de abandonar a Ellen, pero nunca había estado mucho tiempo sin compañía. Sólo una computadora podía registrar las idas y venidas en la periferia del Clan; a menudo parecía que la mayoría de los habitantes de Titán estaban emparentados entre sí de alguna manera. Uno de los principales problemas de Duncan era, ahora, saber quienes se ofenderían gravemente si no se despedía de ellos.

Aparte del factor tiempo, tenía otras razones para reducir al mínimo el número de sus despedidas. Todos sus amigos y parientes —así como algunos desconocidos— parecían tener algo que encargarle, algún recado que querían que hiciese en cuanto llegase a la Tierra. O, peor aún, querían que les trajese algún artículo esencial («No te costará ningún trabajo»). Duncan calculaba que tendría que fletar un carguero especial, si atendía a todas las demandas.



De momento, tenía que dividir en dos categorías las cosas que había de hacer. Estaban aquellas que *debía* hacer antes de salir de Titán, y aquellas que podía demorar hasta que estuviese a bordo de la nave. Entre estas últimas, estaba el estudio de los asuntos corrientes de la Tierra, que seguían escapándosele, a pesar de los frenéticos intentos de Colin de estar al día a este respecto e informarle debidamente.

Tampoco era tarea fácil cumplir todos sus deberes oficiales, y Duncan se daba cuenta de que, dentro de unos años, sería casi imposible. Intervení­a en demasiadas cosas, aunque esto era una cuestión de premeditada política familiar. Más de una vez se había lamentado de que su título de Ayudante Especial del Jefe de Administración le daba responsabilidades, pero no autoridad: «¿Sabes lo que significa la autoridad en nuestra sociedad? Dar órdenes a personas que las cumplen... *si* y cuando quieren.»

Esto era, desde luego, una burda calumnia contra la burocracia de Titán, que funcionaba sorprendentemente bien y con un mínimo de papeleo. Precisamente porque todos los individuos clave se conocían, podían despacharse muchísimos asuntos por medio de contactos personales. Todos los que habían venido a Titán habían sido seleccionados por su inteligencia y su habilidad, y sabían que la supervivencia dependía de la colaboración. Los que se sentían inclinados a abandonar sus responsabilidades sociales, tenían que aprender primero a respirar metano a cien grados bajo cero.

Al menos se había ahorrado un posible engorro. Difícilmente habría podido salir de Titán sin despedirse de su antaño íntimo amigo; pero, afortunadamente, Karl estaba ausente de su mundo. Hacía unos meses, se había marchado en una nave de ida y vuelta, al encuentro de un vehículo terrestre de observación que navegaba entre las lunas exteriores. Por ironía del destino, Duncan había envidiado a Karl su posibilidad de ver algunos mundos desconocidos; ahora, sería Karl quien le envidiaría a él.

Podía imaginarse el sentimiento de frustración de Karl, cuando se enterase de que Duncan estaba en camino de la Tierra. Pero esta idea le producía más tristeza que satisfacción; los Makenzie, fuesen cuales fueren sus defectos, no eran vengativos. Sin embargo, Duncan no podía dejar de preguntarse cuántas veces soñaría Karl en la ruta del Sol y de recordar los lejanos tiempos en que las emociones de ambos habían estado ligadas a la Madre Tierra.

Duncan acababa de cumplir dieciséis años, y Karl tenía veintiuno, cuando la nave de línea *Mentor* había hecho su primera —y muchos esperaban que fuese la última— visita a Titán. Era un carguero transformado, impulsado por fusión, lento pero económico, con tal de que pudiese repostar hidrógeno suficiente en los puntos estratégicos.

El *Mentor* se había detenido en Titán, para repostar por última vez, antes de emprender la última etapa de un Gran Viaje que le había llevado a Marte, Ganímedes, Europa, Palas y Japeto, con vuelos adicionales a Mercurio y Eros. En cuanto hubiese

cargado unas quince mil toneladas de hidrógeno, a ser posible después de desembarcar a todos los pasajeros, su agotada tripulación pensaba volver a la Tierra por la órbita más rápida que pudiese calcular.

Este viaje debió parecer una buena idea, cuando un consorcio de Universidades terrestres lo había planeado hacía varios años. Y lo había sido, a la larga, pues los graduados del *Mentor* habían demostrado su valía en todo el Sistema Solar. Pero, cuando la nave había empezado a vacilar en la órbita de aparcamiento, bajo el mando de un capitán prematuramente canoso, pareció que toda la empresa iba a terminar en un desastre de primera magnitud.

No se había pensado lo bastante en el problema de mantener entretenidos sin peligro a quinientos jóvenes adultos, durante un viaje de seis meses a bordo de una nave espacial, por muy grande que fuese ésta; más tarde se supo que el profesor de Derecho encargado de mantener la disciplina se había quejado amargamente de la falta absoluta de inyectables y gases adormecedores. Por lo demás, no había habido defunciones ni dolencias graves —salvo un simple caso de embarazo—, y todos habían aprendido mucho, aunque no precisamente en los sectores pretendidos por los organizadores. Así, por ejemplo, las primeras semanas se habían empleado principalmente en hacer experimentos sexuales en la ingravidez, a pesar de las advertencias de que esto era una afición muy cara para los obligados a pasar la mayor parte de su vida sobre superficies planetarias.

Según creían muchos, otras actividades a bordo habían sido menos inofensivas. Se tenía noticia de que se había fumado *tabaco*, lo cual no era ilegal, pero sí poco sensato cuando había tantas alternativas nada peligrosas. Pero aún eran más alarmantes los insistentes rumores de que alguien había introducido de contrabando, a bordo del *Mentor*, un Amplificador de Emociones. Las llamadas «Máquinas de Placer» estaban prohibidas en todos los planetas, salvo en casos de severo control médico. Pero siempre habría personas para quienes la realidad no era suficiente y que trataban de probar algo mejor.

A pesar de los horribles chismes radiados desde otros puertos de escala, Titán había esperado con ilusión la llegada de los jóvenes visitantes. Se pensaba que éstos añadirían color a la escena social y contribuirían a establecer buenos contactos con la Madre Tierra. Y, a fin de cuentas, sólo estarían una semana...

Afortunadamente, nadie soñaba que serían dos meses, aunque esto no fue por culpa del *Mentor*, sino sólo de Titán.

Cuando el *Mentor* se situó en órbita de aparcamiento, la Tierra y Titán se hallaban enzarzados en una de sus periódicas disputas sobre el precio del hidrógeno, F. O. B. Potencial Gravitacional Cero (Referencia Solar). El proyectado aumento del 15 por 100, chillaban los terrícolas, produciría el colapso del comercio interplanetario. Todo lo que fuese menos del 10 por 100, juraban los de Titán, ocasionaría su inmediata

bancarrota e impediría toda importación de artículos caros que la Tierra trataba siempre de vender. Para cualquier historiador de la economía, era un debate fastidiosamente familiar.

Incapaz de conseguir una cotización segura, el *Mentor* permanecía en órbita, con los depósitos de combustible vacíos. De momento, el capitán no se preocupó demasiado; no les venía mal un poco de descanso, a él y a la tripulación, sobre todo ahora que los pasajeros habían sido transportados a Titán y se habían desparramado por la faz del mísero satélite. Pero, una semana se convirtió en dos, en tres y en un mes. Llegado este momento, Titán estaba dispuesto a aceptar casi todas las condiciones; desgraciadamente, el *Mentor* no tenía ahora ninguna trayectoria óptima y tendría que esperar otras cuatro semanas a que se abriese la próxima ventana de lanzamiento. Mientras tanto, los quinientos invitados se divertían, en general mucho más que sus anfitriones.

Pero, para los jóvenes titanianos, fueron unos días excitantes, que recordarían durante toda la vida. Medio millar de fascinadores extranjeros habían llegado a un pequeño mundo donde todos se conocían, y prodigaban los relatos —muchos de ellos verdaderos— sobre las maravillas de la Tierra. Eran hombres y mujeres, de apenas veinte años, que habían visto bosques y praderas y mares y agua líquida, que habían paseado sin protección al aire libre, bajo un sol cuyo calor podían sentir...

Sin embargo, este mero contraste de ambientes podía ser una fuente de peligro. Los terrícolas no podían andar sueltos por ahí, ni siquiera dentro de las zonas habitables. Tenían que llevar escolta, con preferencia personas responsables y de edad no muy distinta de la del grupo, para cuidar de que no se matasen o matasen a sus anfitriones, por descuido.

Naturalmente, había momentos en que les fastidiaba esta bienintencionada supervisión e incluso trataban de librarse de ella. Un grupo lo consiguió, y tuvo mucha suerte, pues sólo padeció unas cuantas bocanadas lacerantes de amoníaco. El daño fue tan leve que los locos aventureros sólo necesitaron unos vulgares trasplantes de pulmones; pero, después de esta experiencia, no hubo más contratiempos serios.

Había otros muchos problemas. La simple mecánica de absorber quinientos visitantes era todo un desafío para una sociedad cuyo nivel de vida era todavía un poco espartano y cuya capacidad de alojamiento era limitada. Al principio, todos los inesperados huéspedes fueron alojados en una maraña de pasillos de una mina abandonada, convertidos apresuradamente en dormitorios. Después, cuando pudieron tomarse las disposiciones oportunas, fueron destinados —como refugiados de una ciudad bombardeada en una antigua guerra— a los hogares con capacidad bastante para recibirles. En esta fase, no faltaron amables voluntarios, como Colin y Sheela Makenzie.

El departamento estaba solitario, ahora que el seudoretoño de Duncan, Glynn, se

había marchado a trabajar al otro lado de Titán; el otro hijo de Sheela, Yuri, hacía diez años que estaba ausente. Aunque el N.º 402, Segundo Nivel, de Meridian Park, era poco espacioso en relación con las viviendas de la Tierra, el Ayudante de Administración, Colin —en aquella época tenía este cargo—, había elegido a una de las desterradas para su adopción temporal.

Y así había entrado Calindy en la vida de Duncan... y en la de Karl.

## CAPÍTULO 9

### Un don fatal

Catherine Linden Ellerman había celebrado su veintiún aniversario justo antes de que el *Mentor* llegase a Saturno; la fiesta había sido memorable en todos los aspectos y dado el último brillo de plata a los ralos cabellos del capitán. Calindy había salido incólume de todo; después de su belleza, ésta era su más notable característica. En medio del caos—incluso de un caos creado por ella misma—, era el centro tranquilo de la tormenta. Con su aplomo impropio de sus años, pareció al joven Duncan la encarnación de la cultura y el refinamiento de la Tierra. Un decenio y medio más tarde, Duncan sonreía aún taimadamente al pensar en su propia *naïveté*; pero ésta no estaba del todo infundada. En todo caso, Calindy era un fenómeno notable.

Duncan sabía, desde luego, que todos los moradores de la Tierra eran ricos. (¿Podía ser de otra manera, si cada uno de ellos era heredero de cien mil generaciones?) Pero le pasmaba la exhibición de joyas y de sedas de Calindy, sin darse cuenta de que variaba con consumada habilidad un vestuario limitado. La prenda más imponente era un abrigo de belleza extraordinaria—el único que se había visto en Titán—, de color dorado y confeccionado con pieles de un animal llamado visón. Esto era típico de Calindy; nadie más que ella podía haber soñado en llevar un abrigo de pieles a bordo de una nave espacial. Y no lo había hecho—según pretendía un rumor malicioso— porque hubiese oído decir que hacía frío en los alrededores de Saturno. Era demasiado inteligente para tamaña estupidez y sabía exactamente lo que hacía: había traído su abrigo de visón simplemente porque era hermoso.

Tal vez porque sólo podía verla a través de una neblina de adoración, no podía nunca imaginarla Duncan, en años posteriores, como una persona real. Cuando pensaba en Calindy y trataba de evocar su imagen, no veía a la muchacha real, sino solamente a su propia copia de ella, en una de las Burbujas estéreo que se habían hecho populares en los años cincuenta.

¡Cuántos miles de veces no había tomado en sus manos aquella esfera visiblemente sólida pero casi ingrávida, y la había sacudido delicadamente, activando de este modo la onda de cinco segundos! A través de la magia sutial de moléculas de gas organizadas, cada una de las cuales soltaba su quantum programado de luz, la cara de Calindy aparecía entre una bruma giratoria; menuda, pero perfecta de forma y de color. Al principio, se mostraba de perfil; después, se volvía y, de pronto—Duncan no sabía nunca el momento en que esto iba a producirse—, aparecía la débil sonrisa que sólo Leonardo había sabido captar en una época remota. No parecía sonreírle a él, sino a otra persona, por encima de su hombro. Y la impresión era tan

fuerte que, más de una vez, Duncan se había vuelto, sorprendido, para ver quién estaba detrás de él.

Entonces, la imagen se desvanecía, la ampolla se volvía opaca y él tenía que esperar cinco minutos para que el sistema se cargase una vez más. Lo mismo daba; sólo tenía que cerrar los ojos para seguir viendo aquella cara de óvalo perfecto, la delicadeza marfileña de su tez, los lustrosos cabellos negros recogidos en un moño y fijados con una peineta de plata que había pertenecido a una princesa española, cuando Colón era pequeño. A Calindy le gustaba representar personajes, aunque sin tomarse en serio a ninguno de ellos, y Carmen era una de sus preferidas.

Sin embargo, cuando entró en la casa de los Makenzie, era la aristócrata desterrada que aceptaba graciosamente la hospitalidad de unos amables provincianos, con los pocos recuerdos familiares que había podido salvar de la Revolución. Pero, como esto no impresionaba a nadie, salvo a Duncan, volvió a ser rápidamente la aplicada antropólogo que tomaba notas para su tesis sobre los extraños hábitos de las sociedades primitivas. Este papel era al menos en parte auténtico, pues Calindy se interesaba realmente en los diferentes estilos de vida, y, por ciertas circunstancias, Titán podía ciertamente calificarse de mundo primitivo o, al menos, subdesarrollado.

Así, por ejemplo, los terrícolas, que tenían fama de poco impresionables, se horrorizaban de veras al conocer familias de Titán que tenían tres —¡y hasta cuatro!— hijos. Los millones de niños esqueléticos del siglo XX seguían pesando en la conciencia del mundo, y ciertos trágicos pero comprensibles excesos, como la campaña de «Linchamiento de Padres», por no hablar del incendio del Vaticano, habían dejado cicatrices permanentes en el psiquismo humano. Duncan recordaba todavía la expresión de Calindy cuando había descubierto una familia de seis miembros; una expresión en que el horror se mezclaba con la curiosidad, hasta que ambos fueron disimulados por la urbanidad terrestre. Él le había explicado pacientemente estos hechos vitales, haciéndole observar que no había nada externamente sagrado en el dogma de Crecimiento Cero, y que Titán necesitaba *realmente* doblar su población cada cincuenta años. En definitiva, ella lo había aceptado lógicamente, pero había sido incapaz de hacerlo emocionalmente. Y era la emoción la que daba fuerza impulsora a la vida de Calindy; su voluntad, su belleza y su inteligencia estaban simplemente al servicio de aquélla.

A pesar de ser joven y proceder de la Tierra, no era aficionada a la promiscuidad; una vez, le dijo a Duncan —y él la creyó— que nunca había tenido más de dos amantes al mismo tiempo. En Titán, para gran desconsuelo de Duncan, sólo tuvo uno.

Aunque los Helmer y los Makenzie no hubiesen estado emparentados a través de la abuela Ellen, era inevitable que ella conociese a Karl, en uno de los innumerables conciertos y fiestas y bailes organizados para los exiliados del *Mentor*. Por consiguiente, Duncan no tenía que censurarse por haberles presentado; en definitiva,

habría sido lo mismo. Sin embargo, siempre cabía una duda...

Karl tenía entonces casi veintidós años, uno más que Calindy, aunque era mucho menos experimentado que ella. Todavía poseía la complexión ligeramente musculosa de los originarios de la Tierra, pero se había adaptado tan bien en la baja gravedad que sus movimientos eran más graciosos que los de la mayoría de los hombres que había pasado toda su vida en Titán. Parecía poseer el secreto de la fuerza sin tosquedad.

Y, en el sentido literal de la expresión, era el Niño de Oro de su generación. Aunque fingía disgusto por esta frase, Duncan sabía que estaba secretamente orgulloso del título que alguien le había dado en su adolescencia: «El chico de cabellos como el sol.» La descripción sólo podía haber sido inventada por un visitante de la Tierra. A ningún titaniano se le habría ocurrido, aunque todos reconocían que era muy apropiada.

Pues Karl Helmer era uno de esos hombres a quienes, en un momento de buen humor, habían otorgado los dioses el don fatal de la belleza.

Sólo años más tarde, y en parte gracias a Colin, empezó Duncan a comprender todos los *matices* del asunto. Poco después de cumplir él los veintitrés años, los Makenzie recibieron la última postal del Día de las Estrellas que les envió Calindy.

—*Todavía* no sé si cometí un error —dijo tristemente Colin, mientras manoseaba el brillante rectángulo de papel que había transmitido la convencional felicitación a través de la mitad del Sistema Solar—. Pero entonces me pareció una buena idea.

—Bueno, no creo que, a la larga, resultase perjudicial.

Colin le miró de un modo extraño.

—No lo sé. Sin embargo, la cosa no salió como yo esperaba.

—¿Y *qué* esperabas?

A veces era una gran ventaja, y a veces algo sumamente turbador, tener un padre que era su gemelo de cuarenta años. Este sabía todos los disparates que él haría, porque los había cometido con anterioridad. Era imposible ocultarle el menor secreto, porque sus procesos mentales eran virtualmente idénticos. En esta situación, la única política sensata era una sinceridad total, en la medida en que los seres humanos eran capaces de ella.

—No estoy muy seguro. Pero, desde el momento en que vi a Calindy, resplandeciendo como una nova en medio de las sombras y el caos de la vieja mina abandonada, quise saber más acerca de ella..., quise incorporarla a mi vida. *Tú* sabes lo que quiero decir.

Duncan sólo pudo asentir con la cabeza, en muda muestra de conformidad.

—A Sheela no le importaba... A fin de cuentas, no soy un raptor de niñas. Y ambos esperábamos que Calindy te daría algo más en que pensar, aparte de Karl.

—De todos modos, estaba ya superando eso. Era demasiado frustrador.

Colin rió entre dientes, comprensivo.

—Me lo imagino; Karl se estaba haciendo muy famoso. La mitad de la gente de Titán estaba enamorada de él en aquellos tiempos..., y sigue estándolo, dicho sea de paso. Por esto debemos mantenerlo alejado de la política. Recuérdame, otro día, que te hable de Alcibíades.

—¿Quién?

—Fue un antiguo general griego, demasiado inteligente y atractivo para su propio bien. O para el de los demás.

—Aprecio tu interés —dijo Duncan, con ligerísimo sarcasmo—. Pero esto aumentó mis problemas en un cien por ciento. Como ella me dio a entender claramente, yo era demasiado joven para Calindy, y, desde luego, Karl se interesaba solamente en ella. Para empeorar las cosas, ni siquiera les importaba que yo compartiese su cama..., con tal de que no les estorbare. En realidad...

—¿Qué?

El rostro de Duncan se ensombreció. Era raro que no hubiese pensado antes en esto, con lo evidente que era.

—Les importaba, ¡por mil diablos! *Disfrutaban* teniéndome allí, ¡sólo para incordiarme! Al menos, Karl.

Debió ser una revelación abrumadora, y, sin embargo, no le hirió tanto como hubiese debido esperar. Debía saber desde hacía mucho tiempo, aunque sin reconocerlo, que había un rasgo definido de crueldad en el carácter de Karl. Ciertamente, hacía con frecuencia el amor sin ternura ni consideración; en ocasiones, esto había asustado a Duncan hasta ponerle al borde de la impotencia. Y hacer *esto* a un joven viril de dieciséis años no era grano de anís.

—Me alegro de que lo hayas comprendido —dijo sombríamente Colin—. Tenías que descubrirlo por ti mismo; si nosotros te lo hubiésemos dicho, no nos habrías creído. Pero, hiciese lo que hiciese Karl, bien pagado lo tiene. Su crisis nerviosa fue *grave*. Y, francamente, no creo que su recuperación sea tan completa como dicen los médicos.

Esta idea fue también nueva para Duncan, que empezó a darle vueltas en su cabeza. Aquella crisis de Karl seguía siendo un profundo misterio que la familia Helmer no había comentado nunca con los extraños. Los románticos daban una explicación sencilla: se le había partido el corazón al perder a Calindy. Duncan siempre había encontrado esto difícil de aceptar; Karl era un tipo demasiado duro para languidecer como un personaje de un antiguo melodrama, sobre todo teniendo en cuenta que había al menos mil voluntarias dispuestas a consolarle. Sin embargo, era innegable que la crisis nerviosa se había producido pocas semanas después de que el *Mentor* partiese, al fin, hacia la Tierra.

Después de esto, se había producido un cambio completo en su personalidad:



siempre que Duncan se había encontrado con él, en los últimos años, le había parecido casi un extraño.

Físicamente, seguía tan guapo como siempre, o tal vez más, debido a su madurez. Y todavía sabía mostrarse simpático, aunque caía en súbitos silencios, durante los cuales parecía encerrarse dentro de sí mismo sin motivo aparente. Pero faltaba la verdadera comunicación; tal vez nunca había estado allí...

No; esto era injusto y falso. Habían compartido muchos momentos, antes de que Calindy entrase en sus vidas. Y uno, aunque sólo uno, después de marcharse ella.

Este había sido el dolor más profundo que había experimentado Duncan. Se había quedado mudo de aflicción al despedirse en la estación terminal del módulo, la estación Meridiana, rodeados de grandes grupos de otros pasajeros. Para su propia sorpresa, Titán había descubierto de pronto que añoraría a sus jóvenes visitantes; casi todos éstos iban acompañados de un grupo lloroso de residentes locales.

El dolor de Duncan se mezclaba también con una fuerte proporción de celos. Nunca había averiguado cómo se las había apañado Karl —o Calindy—, pero lo cierto era que habían volado juntos en el módulo y se habían despedido a bordo de la nave. Por esto, cuando Duncan vio a Calindy por última vez, y ella le saludó con la mano desde la barrera de Lazareto, Karl estaba aún con ella. En aquel momento de desolación, no presumió que volvería a verla.

Cuando, cinco horas más tarde, regresó Karl en el último vuelo del módulo, estaba pálido y macilento, y había perdido su acostumbrada vivacidad. Sin decir palabras, había entregado a Duncan un paquetito envuelto en papel de brillantes colores y con esta inscripción: CON EL CARIÑO DE CALINDY.

Duncan lo había abierto con dedos temblorosos; en su interior, había una burbuja estéreo. Paso un buen rato antes de que pudiese ver, a través de sus lágrimas, la imagen que contenía.

Más tarde, aquel mismo día, mientras estaban los dos sumidos en igual desolación, Duncan formuló de pronto una pregunta obligada:

—¿Qué te ha dado *a ti*, Karl?

Hubo una súbita pausa en la respiración del otro, y Duncan sintió que el cuerpo de Karl se ponía tenso y se apartaba de él. Fue un movimiento casi imperceptible; probablemente, Karl no se dio cuenta de él.

Cuando le contestó, su voz era tensa y curiosamente defensiva.

—Es..., es un secreto. Nada importante; tal vez un día te lo diré.

Pero, ya entonces, supo Duncan que nunca lo haría; y comprendió también que era aquélla la última noche que pasaban juntos.

# CAPÍTULO 10

## El fin del mundo

Los Vehículos de Suspensión sobre el Suelo eran muy atractivos en un medio de baja gravedad y densa atmósfera, aunque tendían a alterar el paisaje, especialmente cuando éste se componía en su mayor parte de nieve esponjosa. Sin embargo, este problema afectaba únicamente a los que viniesen detrás. Cuando alcanzaba su velocidad normal de doscientos kilómetros por hora, el alitrineo dejaba atrás su ventisca privada, y la vista al frente era estupenda.

Pero ahora no viajaba a doscientos kilómetros por hora, sino a trescientos, y Duncan empezaba a lamentar no haberse quedado en casa. Sería una estupidez romperse la cabeza en una misión que no exigía en modo alguno su presencia, sólo dos días antes de su partida hacia la Tierra.

Sin embargo, no había verdadero peligro; discurrían sobre un liso y plano manto de nieve de amoníaco, en un terreno considerado como desprovisto de grietas. La velocidad máxima era segura y estaba plenamente justificada. Era una oportunidad demasiado buena para despreciarla, tanto más cuanto que la había esperado durante años. Nadie había observado aún un gusano de cera en su fase activa, y éste estaba sólo a ochenta kilómetros de Oasis. Los sismógrafos habían registrado sus señales características, y la computadora del medio ambiente había dado el toque de alerta. El alitrineo volaba desde hacía diez minutos.

Ahora se acercaba a las bajas vertientes del Monte Shackleton, el discreto y pequeño volcán que, después de profunda reflexión, había sido aceptado como vecino por los primeros colonos. Los gusanos de cera estaban casi siempre asociados a volcanes, y algunos de ellos formaban verdaderos festones a su alrededor, «como una explosión en una fábrica de spaghetti», según había dicho un primitivo explorador. No era de extrañar que su descubrimiento hubiese causado gran excitación; vistos desde el aire, se parecían mucho a los túneles de protección construidos por las termitas y otros insectos sociales de la Tierra.

Para amargo desconsuelo de los exobiólogos, habían resultado ser un fenómeno puramente natural: el equivalente, a una temperatura muchísimo más baja, de los tubos de lava de la Tierra. La cabeza de un gusano de cera se movía, según los registros sísmicos, a una velocidad de hasta cincuenta kilómetros por hora, y preferían las inclinaciones de menos de diez grados; pero incluso se habían dado casos de marcha *cuesta arriba*, cuando la presión impulsora era lo bastante fuerte. Cuando había pasado el núcleo de substancias petroquímicas calientes, quedaba un tubo hueco de hasta cinco metros de diámetro. Los gusanos de cera constituían uno

de los fenómenos más benignos de Titán; no sólo eran una fuente valiosa de materias primas, sino que podían adaptarse rápidamente como lugares de almacenamiento e incluso como alojamientos temporales de superficie..., si uno podía acostumbrarse a la rica orquestación de olores alifáticos.

Había otro motivo para imprimir al alitrineo su máxima velocidad: era la estación de los eclipses. Dos veces cada año saturnino, y en los equinoccios, el Sol se desvanecía detrás de la invisible masa del planeta, hasta seis horas seguidas. La luz no se extinguía poco a poco, como en la Tierra, sino que la monstruosa sombra de Saturno se extendía con impresionante brusquedad sobre Titán, sumiendo en una repentina e inesperada noche al viajero imprudente que no hubiese comprobado su calendario.

El eclipse de hoy debía producirse dentro de una hora, lo cual les daría, a menos que tropezasen con algún obstáculo, tiempo suficiente para llegar al gusano de cera. El trineo descendía ahora por un angosto valle flanqueado de bellos riscos de amoníaco teñidos con todos los matices del azul, desde el zafiro más pálido hasta el añil más fuerte. Alguien había dicho que Titán era el mundo más colorido del Sistema Solar, sin excluir la Tierra; si la luz del sol hubiese sido allí más poderosa, habría sido realmente abigarrado. Aunque predominaban los rojos y los anaranjados, todos los colores del espectro eran visibles en alguna parte, aunque raras veces por mucho rato en el mismo sitio. Las tormentas de metano y las lluvias de amoníaco esculpían continuamente el paisaje.

—Oiga, Trineo Tres —dijo de pronto el Control de Oasis—. Estarán de nuevo en campo abierto dentro de cinco kilómetros, menos de dos minutos a su velocidad actual. Después, hay una subida de diez kilómetros hasta el Glaciar de Amundsen; desde allí, podrán ver el gusano. Pero creo que llegarán demasiado tarde, pues casi ha alcanzado el Fin del Mundo.

—¡Maldición! —dijo el geólogo, que conducía el trineo con habilidad y sin el menor esfuerzo—. Lo temía. Algo me dice que *nunca* conseguiré atrapar a un gusano en movimiento.

Redujo bruscamente la velocidad, cuando una ráfaga de nieve disminuyó la visibilidad a poco más de cero, y, durante unos minutos, navegaron guiados por el radar a través de una niebla blanca y brillante. Una película de pegajosa aguanieve de hidrocarburo empezó a cubrir las ventanillas delanteras, y pronto las habría tapado del todo si el conductor no hubiese puesto remedio inmediato. Un agudo zumbido llenó la cabina, al empezar a oscilar los limpiaparabrisas de plástico con frecuencia casi supersónica, y, cuando fue barrido el obstáculo visual, apareció un dibujo fascinador de ondas permanentes.

Cruzaron la pequeña tormenta, y la negra pared del Glaciar de Amundsen se irguió en el horizonte. Dentro de unos pocos siglos, aquella montaña deslizante

llegaría al Oasis, y habría que hacer algo para remediarlo. Durante los años de verano, la viscosidad de las ceras y aceites impregnados de carbono se rebajaba hasta el punto de que el glaciar avanzaba a la impresionante velocidad de varios centímetros por hora; en cambio, durante el largo invierno, permanecía inmóvil como una roca.

Hacía muchísimo tiempo, el calor local había derretido parte del glaciar y formado el Lago Tuonela, casi tan negro como su progenitor, pero decorado con grandes ondulaciones y espirales en los puntos donde materiales más ligeros habían sido fijados en dibujos turbulentos, por toda la eternidad. Todos los que contemplaban por primera vez el fenómeno desde el aire se creían muy originales al exclamar: «¡Caramba! Parece exactamente una taza de café cuando se empieza a remover la crema.»

Al deslizarse el trineo sobre el lago, el dibujo se desvaneció en unos minutos, pues la proximidad impedía observar debidamente sus remolinos. Después, llegaron a una larga cuesta, salpicada de grandes piedras que sólo podían evitarse dando toda su fuerza a los propulsores inferiores. Esto redujo la velocidad a menos de cien kilómetros, y el trineo ascendió trabajosamente la cuesta, en zigzag, mientras el conductor lanzaba maldiciones y miraba continuamente su reloj.

—¡Allí está! —gritó Duncan.

A pocos kilómetros de distancia, surgiendo de la bruma que siempre envolvía las laderas del Monte Shackleton, veíase una fina línea blanca que parecía un trozo de cuerda tendido en el paisaje. Se estiraba cuesta abajo hasta desaparecer en el horizonte, y el conductor hizo girar el trineo para seguir su rastro. Pero Duncan sabía que era demasiado tarde para lograr su objetivo principal; estaban demasiado cerca del Fin del Mundo. Minutos más tarde, llegaron allí, y el trineo se detuvo a respetuosa distancia.

—No voy a acercarme más —dijo el conductor—. No me gustaría que nos pillase una ráfaga al reseguir el borde. ¿Quién quiere salir? Nos quedan treinta minutos de luz.

—¿Que temperatura hay? —preguntó alguien.

—Templada. Sólo cincuenta bajo cero. Bastarán los trajes de una sola capa.

Hacía varios meses que Duncan no había salido al espacio descubierto, pero había algunas técnicas que nadie que viviese en Titán se permitía olvidar jamás. Comprobó la presión del oxígeno, el depósito de reserva, la radio, el ajuste del cierre del cuello, todos los pequeños detalles de los que dependía la esperanza de una vejez tranquila. El hecho de que estaría a cien metros de un lugar seguro, y rodeado de otros hombres que podrían ayudarle inmediatamente, no le hizo escatimar sus precauciones.

Los *verdaderos* viajeros espaciales menospreciaban Titán en ocasiones, con desastrosos resultados. Parecía demasiado fácil moverse en un mundo donde los

trajes presurizados eran innecesarios y donde todo el cuerpo podía exponerse a la atmósfera ambiente. Tampoco había que preocuparse por las congelaciones, ni siquiera en la noche de Titán. Mientras el termotraje conservase su integridad, los ciento cincuenta vatios de calor del propio cuerpo podían mantener indefinidamente una temperatura confortable.

Estos hechos podía producir una impresión de falsa seguridad. Un desgarrón en el traje —que sería inmediatamente advertido y reparado en un medio vacío— podía tomarse aquí como una pequeña molestia hasta que fuese demasiado tarde y los dedos de las manos y los pies se desprendiesen congelados. Y, aunque parecía increíble que alguien pudiese ignorar un aviso del oxígeno o llegar hasta el punto del que no se vuelve, esto *había* ocurrido. El envenenamiento por amoníaco no es, desde luego, la muerte más dulce.

Duncan no dejaba que estos hechos le oprimiesen, pero siempre los tenía presentes en el fondo de su conciencia. Mientras caminaba en dirección al gusano, pisando una fina corteza que parecía cera congelada, comprobaba continua y automáticamente las posiciones de sus compañeros más próximos, para el caso de que le necesitasen, o él los necesitase.

La pared cilíndrica del gusano se cernía ahora sobre él, fantásticamente blanca, tejida con pequeñas escamas o plaquitas que se desprendían poco a poco y caían al suelo. Duncan se quitó un guante y puso la mano desnuda sobre el tubo. Estaba ligeramente caliente y tenía una suave vibración; el núcleo de líquido cálido todavía pulsaba en su interior, como sangre en una arteria gigantesca. Pero el propio gusano, controlado por las fuerzas interactivas de la tensión superficial y de la gravedad, se había suicidado.

Mientras los otros se dedicaban a sus mediciones, fotografías y obtención de muestras, Duncan caminó hacia el Fin del Mundo. No era su primera visita a aquél famoso y espectacular paisaje, pero no por ello fue menos fuerte su impresión.

Casi a sus pies, el suelo se hundía verticalmente más de mil metros. En la cara del acantilado, el gusano decapitado vertía lentamente estalactitas de cera. De vez en cuando, brotaba un glóbulo oleoso, que caía despacio sobre la capa de nubes que se extendía en lo hondo. Duncan sabía que el verdadero suelo estaba un kilómetro más abajo, pero el mar de nubes que se extendía hasta el horizonte no se había roto nunca desde que los hombres lo habían observado por primera vez.

En cambio, en lo alto, el cielo estaba muy despejado; aparte de un pequeño cirro de etileno, nada los oscurecía, y el sol era fuerte y brillante como nunca. Duncan podía incluso distinguir, a treinta kilómetros al norte, el inconfundible cono del Monte Shackleton, con su perpetuo chorro de humo.

—Apresúrense a tomar las fotografías —dijo una voz en su radio—. Le quedan menos de cinco minutos.

A un millón de kilómetros de distancia, la invisible masa de Saturno se deslizaba en dirección a la brillante estrella que inundaba el extraño paisaje con una luz diez mil veces más brillante que la Luna llena de la Tierra. Duncan retrocedió unos pasos del borde del abismo, pero de modo que aún podía ver la capa de nubes; confiaba en que así podría observar la sombra del eclipse corriendo en su dirección.

La luz menguó, menguó, y se extinguió. Duncan no llegó a ver la sombra que corría; pareció como si se hubiese hecho de noche en un instante.

Miró hacia el sol desvanecido, con la esperanza de percibir la falsa corona. Pero sólo había allí un resplandor menguante que reveló, por unos segundos, el borde curvo de Saturno, al pasar inexorablemente el mundo gigante por el cielo. Más allá, había una débil y lejana estrella, que también desaparecería dentro de un momento.

—El eclipse durará veinte minutos —dijo el conductor del alitrineo—. Si alguien quiere permanecer en el exterior, debe alejarse del borde, pues podría desorientarse fácilmente en la oscuridad.

Duncan apenas le oyó. Algo le atenazaba la garganta, casi como si una ráfaga del amoníaco circundante se hubiese introducido en su traje.

No podía apartar la mirada de aquella débil y pequeña estrella, antes de que Saturno la borrara del cielo. Y siguió mirando hacia aquel punto durante mucho rato, cuando había desaparecido ya, con todas sus promesas de calor y de cosas maravillosas, y sus numerosos siglos de civilización.

Por primera vez en su vida, Duncan Makenzie había contemplado el planeta Tierra a simple vista.

## **II TRÁNSITO**

# CAPÍTULO 11

## *Sirius*

Después de trescientos años de naves espaciales, la mayoría de las cuales eran depósitos de combustible, *Sirius* resultaba un tanto inverosímil. Parecía tener demasiadas ventanas, y había escotillas de entrada en los lugares más imprevisibles, algunas de ellas todavía abiertas para la carga del vehículo. Menos mal que embarcaba *un poco* de hidrógeno, pensó agriamente Duncan; hacer el viaje de ida y vuelta sin repostar más de una vez, habría sido añadir un insulto a la defensa económica. Según se rumoreaba, era capaz de hacerlo, aunque a costa de doblar el tiempo de trayecto.

También resultaba difícil creer que este cilindro corto y grueso, con el liso y brillante anillo de la pantalla de radiación, que rodeaba la unidad impulsora como una enorme sombrilla, fuese uno de los objetos más veloces construidos por el hombre. Sólo las sondas interestelares, ahora en los abismos de sus viajes de siglos, podían superar su velocidad máxima teórica: casi el uno por ciento de la velocidad de la luz. En la práctica, no llegaba a la mitad de esta velocidad, ya que tenía que llevar material propulsor suficiente para frenar y encontrar su punto de destino. Sin embargo, podía hacer el viaje de Saturno a la Tierra en veinte días, a pesar de una pequeña desviación para evitar los peligros —sobre todo psicológicos— del cinturón de asteroides.

El vuelo de cuarenta minutos desde la superficie hasta la órbita de aparcamiento no era la primera experiencia espacial de Duncan; había hecho algunos breves viajes a las lunas próximas, a bordo de este mismo módulo. La flota de pasajeros de Titán se componía exactamente de cinco naves, y, como ninguna de ellas poseía el caro lujo de la gravedad centrífuga, había que llevar puestos los cinturones de seguridad durante todo el trayecto. El pasajero que quisiese probar la diversión y las sorpresas de la ingravidez, disponía de menos de dos horas para ello a bordo del *Sirius*, antes de que empezase a funcionar el módulo impulsor. Aunque Duncan se había sentido siempre completamente seguro en la caída libre, dejó que los camareros lo hiciesen flotar, como un paquete ingrávido e inerte, a través de la cámara intermedia y dentro de la nave.

Habría sido exceso de optimismo esperar que el Comité del Centenario le hubiese reservado un camarote *individual* —sólo había cuatro de ellos en la nave—, y Duncan sabía que tendría que compartir un doble. L.3 era una pequeña celda con dos literas plegables, un par de armarios, dos asientos, también plegables, y una pantalla de visión. No había ninguna ventanilla que diese al espacio; esto, según explicaba



minuciosamente el folleto *¡Bien venidos a Bordo!*, habría creado inadmisibles riesgos estructurales. Duncan no lo creyó en absoluto y se preguntó si los ingenieros no habrían temido que algún pasajero, atacado de claustrofobia, intentase salir violentamente al exterior.

Tampoco había instalación sanitaria; éstas se hallaban en un pequeño departamento contiguo al servicio de los cuatro camarotes que le rodeaban. Bueno, sólo sería un par de semanas...

Duncan se animó un poco, después de haber cobrado confianza suficiente para empezar a explorar su pequeño mundo. Aprendió rápidamente a calcular su situación, siguiendo las indicaciones de los mapas de a bordo: había que pensar en *Sirius* como una torre cilíndrica de diez pisos. Los cincuenta camarotes estaban repartidos entre los pisos sexto y séptimo; inmediatamente debajo, en el piso quinto, estaban el salón, las diversiones y el comedor.

Fuera de estos tres pisos, todas las dependencias estaban prohibidas a los pasajeros. Hacia arriba, estaban las instalaciones de Sustento de la Vida, las Cámaras de la Tripulación y, formando una especie de galería con visibilidad a todo su alrededor, el Puente. En la otra dirección, los pisos restantes contenían la Cocina, el departamento de Equipajes, el Carburante y el Sistema de Propulsión. Era una disposición lógica, pero Duncan necesitó algún tiempo para descubrir que la Oficina del Sobrecargo estaba en el piso de la Cocina; el Quirófano, junto al departamento de Equipajes; el Gimnasio, en el piso de Sustento de la Vida, y la Biblioteca, en un pasillo de emergencia, entre los pisos sexto y séptimo.

Al explorar su nueva residencia, Duncan tropezó con una docena de pasajeros que, como él, realizaban un viaje de exploración, y cambió con ellos los discretos saludos propios de unos desconocidos que pronto se conocerán tal vez demasiado. Había repasado ya la lista de pasajeros, para ver si había algún conocido a bordo, y había encontrado algunos nombres de Titán que le eran familiares, pero que no correspondían a amigos íntimos. También había descubierto que compartía el camarote L.3 con una doctora llamada Louise Chang; pero su despedida de Mirissa le había afectado demasiado para que «Louise» despertase en él algo más que un ligerísimo interés.

En todo caso al regresar al L.3, se había encontrado con que la doctora Chang era una sabia viejecita, que sin duda pasaba de los ciento cincuenta y que le saludó con distraída cortesía que, ni siquiera en la última etapa del viaje, pareció ser un verdadero reconocimiento de su existencia. Pronto descubrió que era uno de los físicos matemáticos más eminentes del Sistema Solar, y la primera autoridad sobre fenómenos de resonancia entre los satélites de los planetas exteriores. Durante medio siglo, había tratado de explicar por qué los huecos de los anillos de Saturno no estaban exactamente en los lugares exigidos por las mejores teorías.

Las dos horas transcurrieron lentamente, hasta que, al fin, parecieron acelerarse para llegar al momento del esperado anuncio: «Les habla el Capitán Ivanov, y es la hora menos cinco minutos. Todos los miembros de la tripulación ocuparán sus sitios, y todos los pasajeros deben ceñirse los cinturones de seguridad. La aceleración inicial será de una centésima de gravedad, diez centímetros por segundo cuadrado. Repito: una centésima de gravedad. Se mantendrá durante diez minutos, mientras se hacen las pruebas de rutina en el sistema de propulsión.»

¿Y si las pruebas dan resultado negativo?, se preguntó Duncan. ¿Saben los matemáticos lo que ocurriría si el Impulso Asimptótico empezase a funcionar mal? Pero esta línea de ideas no resultaba provechosa, y la abandonó en seguida.

«Menos cuatro minutos. Los camareros comprobarán los cinturones de todos los pasajeros.»

Pero *esta* orden no podía ser cumplida. Había 325 pasajeros, la mitad de ellos en sus respectivos camarotes, y la otra mitad en los dos salones, y no había manera de que los atareados tripulantes se asegurasen del buen comportamiento de todas las personas a su cargo. Habían dado una vuelta por la nave media hora antes de la partida y repetido la inspección cada diez minutos, y, si algún pasajero se había soltado en el intermedio, la culpa sería exclusivamente suya. Y si alguien resultaba lesionado por una centésima de *g* —pensó Duncan—, lo tendría bien merecido. Los impactos de esta aceleración tenían aproximadamente la fuerza de una esponja grande y mojada.

«Menos tres minutos. Todos los sistemas funcionan normalmente. Los pasajeros del Salón B podrán ver la salida de Saturno.»

Duncan se permitió un ligero suspiro de satisfacción. Precisamente por esto se hallaba ahora en el Salón B, después de haber consultado con uno de los tripulantes. Como Titán daba siempre la misma cara al planeta, el espectáculo de la gran esfera elevándose sobre el horizonte no podía presenciarse nunca desde la superficie del satélite, incluso en el caso de que las nubes casi perpetuas de hidrocarburo lo permitiesen.

La capa de nubes estaba ahora a mil kilómetros debajo de la nave, ocultando el mundo al que protegían del frío del espacio. Y de pronto —*inesperadamente*, aunque él lo había estado esperando—, Saturno se elevó como un fantasma dorado.

En todo el universo conocido, no había nada comparable con la maravilla que ahora estaba presenciando. De tamaño cien veces mayor que la pequeña Luna que flotaba en los cielos de la Tierra, el aplanado globo amarillo parecía un objeto-lección de meteorología planetaria. Sus entrelazadas franjas de nubes cambiaban de aspecto casi cada hora, mientras, a miles de kilómetros abajo, en la atmósfera de hidrógeno-metano, erupciones de causa todavía desconocida hacían surgir burbujas más grandes que continentes terrestres de un núcleo oculto. Se hinchaban y estallaban al alcanzar

los límites de la atmósfera, y, en pocos minutos, la evolución furiosa de Saturno, que giraba en diez horas sobre su eje, las convertía en largas cintas de colores que llegaban a envolver la mitad del planeta.

Duncan recordó con espanto que, en alguna parte de aquel infierno, había muerto el Capitán Kleinman hacía setenta años, y, con él, una parte de la abuela Ellen. Desde entonces, nadie había intentado volver allá. Saturno seguía representando una de las más grandes aventuras sin terminar en el Sistema Solar; casi tanto, tal vez, como la del humeante infierno de Venus.

Los propios anillos eran tan indiscernibles que era fácil pasarlos por alto. Por una ironía cósmica, todos los satélites interiores estaban casi en el mismo plano de la delicada y fina estructura que hacía de Saturno un planeta único. Vistos de lado, como ahora, los anillos sólo eran visibles como unas finísimas líneas de luz que sobresalían a ambos lados del planeta; sin embargo, formaban una ancha y oscura franja de sombra alrededor del ecuador.

Dentro de pocas horas, cuando *Sirius* se elevase sobre el plano orbital de Titán, los anillos se desplegarían en toda su magnificencia. Y sólo esto, pensó Duncan, habría sido bastante para justificar su viaje.

«Menos un minuto...»

No había oído la señal de los dos minutos; sin duda el gran mundo que se elevaba sobre el nuboso horizonte le había hipnotizado. Dentro de sesenta segundos, el ordenador automático del corazón de la unidad de propulsión iniciaría sus misteriosas operaciones finales. Fuerzas que sólo unos cuantos hombres podían imaginar y que ninguno de ellos podía comprender en realidad, despertarían furiosas, arrancarían a *Sirius* de las garras de Saturno y lo lanzarían, en la dirección del Sol, hacia el lejano objetivo de la Tierra.

«... diez segundos... cinco segundos... ¡ignición!»

Era extraño que en un mundo que había permanecido tecnológicamente anticuado durante al menos doscientos años, hubiese sobrevivido la jerga de la astronáutica. Duncan apenas tuvo tiempo de hacerse esta observación, cuando sintió que se iniciaba el impulso. Desde exactamente cero, su peso aumentó hasta poco menos de un kilo; fue algo que apenas si abolló el cojín sobre el que había estado flotando, y, si lo advirtió, fue principalmente porque disminuyó la tensión de su cinturón de seguridad.

Otros efectos fueron apenas menos dramáticos. Hubo un cambio definido en el *timbre* de los confusos ruidos que nunca faltan a bordo de una nave espacial cuando actúan sus corazones mecánicos; y Duncan creyó oír un débil silbido que venía de muy lejos. Pero nunca pudo estar seguro de ello.

Y entonces, a mil kilómetros debajo de él, vio la prueba indiscutible de que *Sirius* se alejaba ciertamente de su órbita. La nave se había sumido en la noche en el curso

de su último giro alrededor de Titán, y la pálida luz del sol se había desvanecido rápidamente en el mar de nubes, allá en lo hondo. Pero, ahora, había despuntado una nueva aurora, en una ancha faja sobre la cara del mundo que estaba a punto de abandonar. Detrás de la nave que aceleraba su marcha, una estela de plasma incandescente, de cien kilómetros de longitud, derramaba quintillones de unidades de luz en el espacio y a través del purpúreo paisaje de nubes de Titán. *Sirius* avanzaba en la dirección del Sol con más magnificencia que el propio astro rey.

«Diez minutos desde la ignición. Comprobados satisfactoriamente todos los aparatos de propulsión. Ahora aumentaremos nuestro impulso de crucero al nivel de punto dos gravedades: doscientos centímetros por segundo cuadrados.»

Y ahora, por primera vez, el *Sirius* mostró lo que era capaz de hacer. En un suave aumento de potencia, el impulso y el peso se multiplicaron por veinte, y la nave se mantuvo firme. El resplandor de la luz sobre las nubes inferiores era ahora tan fuerte que dañaba la vista; Duncan se atrevió a echar un vistazo al disco ascendente de Saturno, para ver si también él mostraba alguna señal de este fuerte y nuevo sol. Podía oír, débil pero inconfundible, el regular zumbido que sería la música de fondo de la vida en la nave hasta que terminase el viaje. Debe ser pura coincidencia — pensó— que la pasmosa voz del Impulso Asimptótico sonase tan parecida a la de los viejos cohetes químicos que abrieron el espacio al hombre. El plasma que surgía del reactor de la nave se movía mil veces más de prisa que los gases de escape de cualquier cohete, incluso nuclear; pero la razón de que produjese este ruido aparentemente familiar era un problema imposible de resolver por una *ingenua* intuición mecánica.

«Hemos alcanzado el grado de crucero de un quinto ge. Los señores pasajeros pueden desabrocharse los cinturones y moverse libremente; pero se ruega precaución hasta que estén completamente adaptados.»

Yo no tardaré mucho, pensó Duncan, mientras se desabrochaba el cinturón; la aceleración de la nave le devolvía su peso normal en Titán. Los residentes de la Luna se habrían sentido también allí como en su casa, mientras que los marcianos y los terrícolas habrían experimentado una deliciosa impresión de euforia.

Las luces del salón, que casi se habían apagado para que se pudiese disfrutar mejor del espectáculo, recobraron poco a poco su brillo normal. Las pocas estrellas de primera magnitud que habían sido visibles desaparecieron de pronto, y el giboso globo de Saturno se volvió blanquecino y pálido, perdiendo todos sus colores. Duncan podía restablecer la escena corriendo las negras cortinas alrededor de la cámara de observación, pero sus ojos tardarían varios minutos en readaptarse. Se preguntaba si el esfuerzo valía la pena, cuando alguien decidió por él.

Hubo un «ding-dong-ding» musical, y una nueva voz, que sonaba como procedente de un nivel social superior en varios grados al del Capitán, anunció

lánguidamente: «Les habla el mayordomo. Se ruega a los señores pasajeros que tomen nota de que el primer turno para la comida es a las mil doscientas; el segundo turno, a las mil trescientas, y el tercero, a las mil cuatrocientas. Por favor, *no* traten de hacer ningún cambio sin consultarme. Gracias». Un «dong-ding-dong» menos perentorio señaló el final del mensaje.

Duncan descubrió inmediatamente que la contemplación de las maravillas del universo despertaba el apetito. Eran casi las once y media, y se alegró de que le correspondiese el primer turno. Se preguntó cuántos pasajeros hambrientos se dirigirían ahora al mayordomo, para pedirle que anticipase el suyo.

Gozando de la sensación de un peso artificial que, salvo en caso de accidente, permanecería constante hasta la mitad del viaje, Duncan fue a incorporarse a la cola que, con creciente velocidad, se estaba formando en la cafetería.

Y tuvo ya la impresión de que sus primeros treinta años de vida, en Titán, pertenecían a otra existencia.

## CAPÍTULO 12

### Últimas palabras

Durante un momento más, la dolorosa y familiar imagen permaneció fija en la pantalla. Duncan podía ver, detrás de Mirissa y de los niños, los dos sillones del cuarto de estar, la fotografía de la abuela (ligeramente torcida, como de costumbre), la ventanilla por la que pasaban la comida, la puerta del dormitorio principal, el armario de los libros, con los pocos pero inestimables tesoros que habían sobrevivido a dos siglos de viajes interplanetarios... Este era su universo: contenía todo lo que él amaba y que ahora abandonaba. Pertenecía ya al pasado.

Sólo estaba a tres segundos de distancia, pero era suficiente. Sólo había viajado un millón de kilómetros en menos de medio día; pero la impresión de separación era casi total. Era intolerable tener que esperar seis segundos entre cada pregunta y su respuesta, porque, cuando llegaba la respuesta, había olvidado la pregunta y empezaba ya a decir otra cosa. Y así, la proyectada conversación había degenerado rápidamente en una serie de pausas y de comienzos, mientras él y Mirissa se miraban desolados, esperando cada cual a que empezase a hablar el otro... Se alegró de que terminase la ordalía.

Esta experiencia le hizo sentir, más que nada hasta entonces, la inmensidad absoluta del espacio. Empezó a sospechar que el Sistema Solar no había sido concebido para la conveniencia del Hombre, y que los presuntuosos intentos de la criatura humana de aprovecharlo en su propio beneficio serían frustrados con frecuencia por leyes que escapaban a su control. Duncan había presumido, durante toda su vida, que, donde quiera que estuviese, podría hablar instantáneamente con sus amigos o con su familia. Sin embargo, ahora —¡incluso antes de dejar atrás las lunas exteriores de Saturno!—, le habían arrancado aquel poder. Durante los próximos veinte días, compartiría una solitaria y aislada burbuja de humanidad, podría mantener relaciones con los otros pasajeros, pero se vería privado de todo contacto verdadero con el resto del género humano.

Este sentimiento de auto-conmiseración sólo duró unos segundos. Esta impresión de aislamiento resultaba también estimulante, liberadora, y más aún si pensaba que estaba iniciando uno de los viajes más largos y más rápidos que podía hacer el hombre. Los viajes a los planetas exteriores eran rutinarios y tranquilos; pero eran también raros, y sólo una pequeñísima parte de la raza humana podía permitírselos. Duncan recordó una frase terrestre predilecta de Malcolm, generalmente empleada en contextos diferentes, pero aplicable a todas las ocasiones: «Cuando una cosa es inevitable, tranquilízate y disfrútala.» Haría lo posible por disfrutar de este viaje.

Sin embargo, Duncan estaba rendido cuando subió por fin a su litera, al término de su primera jornada en el espacio. La tensión de las innumerables despedidas, no sólo de su familia, sino de sus muchísimos amigos, le había dejado emocionalmente seco. Por si esto fuera poco, estaban todas las acuciantes preocupaciones de la partida. ¿Había olvidado algo? ¿Había dejado de llevarse algún artículo de importancia vital? ¿Habían cargado todo su equipaje? ¿Había pasado por alto alguna despedida esencial? Era inútil preocuparse por estos asuntos, ahora que se alejaba de casa a una velocidad que aumentaba a razón de veinticinco mil kilómetros por hora, *cada* hora; y, sin embargo, no podía dejar de hacerlo. Aunque estaba terriblemente cansado, su cerebro hiperactivo no le dejaba dormir.

Se necesita verdadero genio para hacer que una cama resulte incómoda a un quinto de gravedad, y afortunadamente, los proyectistas del *Sirius* no habían aceptado este desafío. Al cabo de una media hora, Duncan empezó a relajarse y a poner orden en sus atropellados pensamientos. Se enorgullecía de ser capaz de dormir sin necesidad de ayudas artificiales, y también parecía capaz de prescindir de la electronarcosis. Esta se consideraba, desde luego, como absolutamente inofensiva; pero él no se sentía nunca completamente despierto al día siguiente.

Vas a dormirte, se dijo. No te enterarás de nada hasta la hora del desayuno. Todos tus sueños serán felices...

Un ruido parecido al carraspeo de un pequeño volcán echó por tierra todos sus esfuerzos de los diez últimos minutos. Inmediatamente, volvió a sentirse despierto del todo y se preguntó qué desastre le había ocurrido a *Sirius*. Sólo después de varios segundos de ansiedad se dio cuenta que algún inoportuno compañero de viaje había sentido la necesidad de visitar el retrete contiguo.

Maldijo entre dientes y trató de volver a su anterior estado de ánimo y a los umbrales del sueño. Pero fue inútil; las múltiples voces de la nave llamaban imperativamente su atención. Pareció haber perdido el dominio de la parte analítica de su cerebro, y empezó a clasificar todos los ruidos del universo circundante.

Habían pasado horas desde que había advertido realmente el lejano y fantástico zumbido de la propulsión. Cada segundo, el *Sirius* expulsaba cien gramos de hidrógeno a un tercio de la velocidad de la luz; una pérdida de masa insignificante, pero que representaba un número significativo de millones de gigawatios. Todas las fábricas de la Tierra, durante los primeros siglos de la Revolución Industrial, no habrían igualado la fuerza que ahora le impulsaba en la dirección del Sol.

El incongruente, débil y tenue silbido no era realmente molesto; pero otros sonidos peculiares y heterogéneos se confundían con él. ¿Qué podía producir aquel «Buzz... clic, clic... buzz», y aquel suave «zum... zum... zum...», y aquel «gorgoteo», y aquel «jui, jui, jui» intermitente, que era el más enloquecedor de todos?

Duncan se volvió en la litera y metió la cabeza debajo de la almohada. Pero no

hubo diferencia, salvo que la almohada filtró los sonidos más agudos y aumentó los de baja frecuencia.

También percibió mejor la rítmica pulsación de la propia litera, aproximadamente de diez ciclos por segundo y magníficamente calculada para producir ataques epilépticos.

Bueno, ahora había *algo* nuevo. Era una especie de cansino «clec-pum, clec-pum, clec-pum», que podía haber sido producido por un antiguo motor de combustión interna en sus últimas fases de decrepitud. Pero Duncan dudaba mucho de que pudiese haber motores de c.i., nuevos o viejos, a bordo del *Sirius*.

Se volvió hacia el otro lado y sintió sobre la mejilla izquierda la corriente de aire, ligeramente fría, del ventilador. Tal vez si prescindía de ella, la sensación se desvanecería en el umbral de la conciencia. Sin embargo, el mero esfuerzo para no advertirla, hacía que centrarse aún más su atención sobre aquella molestia.

Al otro lado del delgado tabique, las tuberías de la nave volvieron a dar fe de su presencia con una serie de apagados ruidos. Había una burbuja de aire en algún sitio del sistema, y Duncan tuvo la absoluta seguridad de que todos los perfeccionamientos técnicos del *Sirius* serían incapaces de expulsarla antes de que terminase el viaje.

¿Y qué era esto? Era un sonido gangoso, sibilante, tan irregular que ningún mecanismo mal ajustado era capaz de producirlo. Duncan yacía en la oscuridad, estrujándose el cerebro en busca de una explicación, mientras su fastidio se transformaba lentamente en alarma. ¿Debía llamar al camarero e informarle de que algo andaba mal?

Todavía no había decidido lo que debía hacer, cuando un súbito y explosivo cambio de tono e intensidad del ruido le explicó su procedencia. Gruñendo y maldiciendo su mala suerte, se resignó a pasar la noche sin dormir.

La doctora Chang roncaba...

Alguien le sacudió delicadamente. Murmuró un «Dejadme en paz», pero, poco a poco, emergió de su profundo sueño.

—Si no se da prisa, va a perderse el desayuno —le dijo la doctora Chang.



## CAPÍTULO 13

### El viaje más largo

—Les habla el Capitán. Durante los próximos quince minutos, imprimiremos a la nave velocidad para salir de la eclíptica. Esta será su última oportunidad de tener una buena vista de Saturno, para lo cual orientaremos la nave de manera que aquel sea visible a través de las ventanillas del Salón B. Gracias.

«Gracias, *a usted*», pensó Duncan, aunque menguó su agradecimiento al llegar al Salón B. Esta vez, eran demasiados los pasajeros previamente avisados por los servidores de la nave. Sin embargo, consiguió hacerse con un buen sitio, aunque tuvo que estar de pie.

Aunque el viaje no había hecho más que empezar, Saturno parecía ya muy lejano. El planeta se había reducido a una cuarta parte de su tamaño acostumbrado; ahora era sólo como el doble de la luna, vista desde la Tierra.

Pero si había disminuido de tamaño, había aumentado en espectacularidad. El *Sirius* se había elevado varios grados sobre el plano ecuatorial del planeta, y, por fin, pudo ver Duncan los anillos en toda su magnificencia. Finas aureolas concéntricas de plata, parecían tan artificiales que resultaba casi imposible creer que no eran obra de unos artesanos cósmicos que empleaban mundos como materia prima. Aunque, a primera vista, los anillos parecían sólidos, Duncan pudo ver, al observarlos con más atención, que el planeta relucía a través de ellos, contrastando extrañamente su luz amarilla con la inmaculada y nívea blancura de aquéllos. Cien mil kilómetros más abajo, la sombra de los anillos formaba una franja oscura a lo largo del ecuador; fácilmente habría podido tomarse por un extrañamente oscuro cinturón de nubes, en vez de un efecto de algo que se extendía a gran distancia en el espacio.

Las dos divisiones principales de los anillos aparecían a la primera mirada; pero una inspección más cuidadosa revelaba al menos una docena de más débiles fronteras, donde se manifestaban bruscos cambios en el brillo de las secciones adyacentes. Desde que se habían descubierto los anillos, en el siglo XVII, matemáticos como la doctora Chang había tratado de explicar su estructura. Se sabía, desde hacía mucho tiempo, que las fuerzas de atracción de las múltiples lunas de Saturno dividían los miles de millones de partículas en órbita en franjas separadas; pero los detalles del fenómeno no se habían aclarado todavía.

También existían ciertas variaciones dentro de las propias franjas individuales. Así, por ejemplo, el anillo exterior mostraba un claro aspecto moteado o granujiento, y un pequeño coágulo de luz cerca de su extremidad oriental. ¿Sería —pensó Duncan— una luna a punto de nacer, o los últimos restos de otra que había sido destruida?

Lo preguntó tímidamente a la doctora Chang.

—Se han tomado en consideración ambas posibilidades —dijo ella—. Mis estudios hacen que me incline a favor de la primera. Con un poco de suerte, esta condensación puede convertirse en otro satélite dentro de unos pocos miles de años.

—No estoy de acuerdo, doctora —terció otro pasajero—. No es más que una fluctuación estadística en la densidad de las partículas. Es un fenómeno muy frecuente, que no suele durar más que unos pocos años.

—Los *pequeños*, sí. Pero éste es demasiado intenso y se produce demasiado cerca del borde del anillo B.

—Pero el análisis de Vanderplas del problema de Jano...

En aquel momento, pareció que los dos sabios representaban una escena de una vieja película del Oeste. Ambos llevaron simultáneamente una mano a la cadera, sacaron sus pequeñas computadoras y se retiraron, murmurando ecuaciones, al fondo del salón. A partir de entonces, se olvidaron completamente del Saturno *real*, cuyo estudio había motivado su largo desplazamiento, y que, probablemente, no volverían a ver jamás.

—Les habla el Capitán. Hemos terminado nuestro ajuste de velocidad y vamos a orientar la nave en el plano de la eclíptica. Espero que hayan disfrutado de una buena vista. Saturno estará ya muy lejos, cuando vuelvan a verlo.

No hubo la menor sensación de movimiento, pero el grande y anillado globo empezó a descender lentamente al otro lado de la ventana de observación. Los pasajeros que estaban en primera fila se inclinaron hacia delante para seguirlo, y se oyó un coro de desilusionados «¡Oh!» al perderse definitivamente de vista, debajo de la ancha plancha que rodeaba la parte inferior de la nave. Esta lámina de metal tenía solo un objeto: cerrar el paso a toda radiación que pudiese desprenderse hacia delante de los chorros propulsores. La simple visión momentánea de aquel brillo intolerable, semejante al resplandor de una supernova en el instante de la detonación, podía causar una ceguera total, y unos pocos segundos de exposición habrían sido letales.

El *Sirius* apuntaba casi directamente al Sol, al acelerar su marcha en dirección a los planetas interiores. Mientras siguiesen aquel rumbo, nada podrían ver de lo que dejaban atrás. Duncan sabía que, cuando volviese a percibir Saturno a simple vista, éste no sería más que una estrella como cualquier otra.

Un día después, la nave, que se movía a una velocidad de trescientos kilómetros por segundo, pasó junto a otro hito. Desde luego, hacía horas que había salido del campo de gravitación del planeta; ni Saturno, ni desde luego el Sol, podían capturarlo. La frontera que cruzaba ahora el *Sirius* era puramente convencional: la órbita de la luna más exterior.

Mnemósine, de sólo quince kilómetros de diámetro, podía jactarse de poseer dos modestos récords. Tenía el período más largo de todos los satélites, pues tardaba nada

menos que 1.139 días el girar alrededor de Saturno, a una distancia media de veintiún millones de kilómetros. Y también tenía el día más largo de *todos* los cuerpos del Sistema Solar, pues su tiempo de rotación era, sorprendentemente, de 1.143 días. Aunque parecía evidente que estos dos hechos tenían que estar relacionados entre sí, nadie había sido capaz de dar una explicación plausible al extraño comportamiento de Mnemósine.

Por pura casualidad, el *Sirius* pasó a menos de un millón de kilómetros de aquel mundo diminuto. Al principio, incluso a través del potentísimo telescopio de la nave, Mnemósine no fue más que una luna en cuarto creciente, sin ningún rasgo característico; pero, a medida que se convirtió rápidamente en una media luna, surgieron en ella manchas de luz y de sombra que, en definitiva, resultaron ser cráteres. Esto era típico de todos los satélites densos, del «tipo Mercurio» —en oposición a las bolas de nieve interiores, como Mimas, Encélado y Tetis—, pero, para Duncan, tenía un interés especial. Era algo más que el último hito en la ruta de la Tierra.

Karl estaba allí, desde hacía muchas semanas, con el servicio conjunto de Inspección Titán-Terrestre de los Satélites Exteriores. Este servicio se había estado realizando desde que Duncan podía recordar —la superficie total de todas las lunas representaba una sorprendente cifra de millones de kilómetros cuadrados— y el equipo ITTSE hacía concienzudamente su trabajo. Había habido quejas acerca del coste, y los críticos no habían callado hasta que se les había prometido que la inspección sería tan completa que nunca habría que volver a las lunas exteriores. Sin saber por qué, Duncan dudaba de que se cumpliera esta promesa.

Observó cómo el pálido creciente de Mnemósine se convertía en luna llena, mientras se hundía a estribor al seguir la nave su rumbo en la dirección del Sol, y se preguntó, un instante, si debía enviar a Karl un saludo de despedida. Pero, si lo hacía, el destinatario podía interpretarlo como una burla.

Duncan necesitó varios días para adaptarse al complicado horario de la vida a bordo; horario dominado por el hecho de que el comedor (según era llamado pomposamente el departamento contiguo a la cafetería) sólo tenía capacidad para un tercio de los pasajeros. Por consiguiente, durante nueve horas del día, había un centenar de personas comiendo, mientras que otras doscientas pensaban en la próxima comida o se quejaban de la última. Esto hacía muy difícil la tarea del sobrecargo, que cuidaba también de los pasatiempos a bordo; y la circunstancia de que la mayoría de los pasajeros se resistían a someterse a su organización hacía aún más penosa su labor.

Sin embargo, la jornada se estructuraba en una serie de actos que tenían asegurado un público, gracias al aburrimiento general. A las 8 de la mañana, había un programa de noticias de la Tierra, que se repetía a las 10, y se daba el último

noticiario a las 7 y a las 9 de la tarde. Al empezar el viaje, las noticias de la Tierra llegaban con un retraso de al menos una hora y media, pero este tiempo se iba reduciendo a medida que el *Sirius* se acercaba a su punto de destino. Cuando llegó a su definitiva órbita de aparcamiento, a mil kilómetros sobre el Ecuador, la demora era prácticamente nula y las sesiones podían fijarse al fin por las señales horarias de la radio. Los pasajeros que no advertían esto se exponían a una confusión total o, peor aún, a llegar tarde a la comida.

En la pequeña biblioteca, los pasajeros tenían a su disposición todo tipo de entretenimientos visuales, incluidos varios millones de volúmenes de ficción y de no-ficción, así como la mayoría de los tesoros musicales de la humanidad; en la estancia cabían, apretadas, diez personas. Sin embargo, había dos sesiones de cine cada noche en el salón principal, y la elección se hacía —según afirmaba el sobrecargo— por el democrático sistema del sufragio universal. Allí estaban casi todas las películas clásicas desde principios del siglo XX. Por primera vez en su vida, Duncan vio *Tiempos Modernos*, de Charlie Chaplin; buena parte del repertorio de Disney; *Hamlet*, de Olivier; *Pather Panchali*, de Ray; *Napoleón Bonaparte*, de Kubrick; *Moby Dick*, de Zymanowski, y otras muchas obras maestras que sólo conocía de nombre. Pero lo que tenía más éxito era *Si Hoy es Martes, Ese Debe ser Marte*, selección de las innumerables películas de viajes espaciales realizadas en los tiempos anteriores al verdadero vuelo espacial. Esto producía invariablemente una gran excitación entre el público, y resultaba difícil creer que tales producciones hubiesen estado un tiempo prohibidas en las naves espaciales, porque algún torpe burócrata había temido que los desastres que se representaban en ellas —como llegar por accidente a un planeta distinto del de destino— pudiesen alarmar a los pasajeros nerviosos. En realidad, esto producía el efecto contrario: los pasajeros se reían a mandíbula batiente.

Pero Duncan, conciencizado como todos los Makenzie, empezó a trabajar desde el segundo día de viaje.

Se había fijado tres tareas importantes: una física, y dos, intelectuales. La primera, realizada bajo la mirada dura y fría del médico de a bordo, consistía en prepararse para vivir en la gravedad de la Tierra. La segunda era aprender todo lo posible sobre su nuevo lugar de residencia, a fin de no parecer un paleta a su llegada. Y la tercera, preparar su discurso de acción de gracias, o al menos, escribir un guión bastante detallado y que podría revisar, en caso necesario, durante su estancia.

El proceso de adaptación requería una sesión de quince minutos, dos veces al día, en la centrifugadora de la nave o en la «pista de carreras». La centrifugadora no gustaba a nadie; ni siquiera la mejor música de fondo podía aliviar el aburrimiento de los continuos giros en la diminuta cabina, hasta que las piernas y los brazos parecían de plomo. En cambio, la pista de carreras era tan divertida que funcionaba a todas

horas, e incluso había entusiastas que trataban de prolongar su tiempo.

Parte de su atractivo se debía, indudablemente, a la novedad. ¿Quién se habría imaginado encontrar *bicicletas* en el espacio? La pista era un estrecho túnel de fuertes peraltes, que daba la vuelta a toda la nave y se parecía bastante a un antiguo acelerador de partículas..., con la diferencia de que, en este caso, eran las propias partículas quienes producían la aceleración.

Cada noche, antes de acostarse, Duncan penetraba en el túnel, montaba en una de las cuatro bicicletas y empezaba a pedalear despacio por la pista de sesenta metros. Tardaba cosa de medio minuto en la primera vuelta; después, aumentaba gradualmente el ritmo hasta alcanzar la máxima velocidad. Esto hacía que se elevase más y más en el peralte, hasta situarse casi en ángulo recto con el suelo. Al propio tiempo, sentía que su peso aumentaba progresivamente; el velocímetro de la bicicleta había sido calibrado de manera que expresaba fracciones de gravedad, por lo que Duncan sabía siempre exactamente lo que hacía. Cuarenta kilómetros por hora —diez vueltas al *Sirius* en un minuto— era el equivalente de una gravedad terrestre. Después de varios días de práctica, Duncan podía mantener esta velocidad durante diez minutos, sin demasiado esfuerzo. Al terminar el viaje, podía tolerarla indefinidamente, como tendría que hacer cuando llegase a la Tierra.

La pista de carreras era particularmente emocionante cuando había en ella varios corredores y, sobre todo, cuando éstos corrían a diferentes velocidades. Aunque estaba rigurosamente prohibido el adelantamiento, éste constituía una tentación irresistible. Y la pista de carreras proporcionó también a Duncan un recuerdo más material, un pergamino seudomedieval que declaraba, para aquellos a quienes pudiese interesar, que DUNCAN MAKENZIE, DE LA CIUDAD DE OASIS, TITÁN, HA IDO EN BICICLETA DESDE SATURNO A LA TIERRA, A UNA VELOCIDAD MEDIA DE 2.176.420 KILÓMETROS POR HORA.

La preparación mental de Duncan para la vida en la Tierra le ocupaba un tiempo mucho mayor, pero era menos agotadora. Tenía ya buenos conocimientos sobre la historia, la geografía y los asuntos corrientes de la Tierra; pero, hasta ahora, habían sido principalmente teóricos, pues no habían tenido para él una aplicación directa. La Tierra estaba muy lejos, tanto astronómica como psicológicamente. En cambio, ahora, se acercaba millones de kilómetros todos los días.

Y, más importante aún, estaba rodeado de habitantes de la Tierra. Sólo había siete pasajeros de Titán a bordo del *Sirius*; por consiguiente, la proporción era de cincuenta a uno. Tanto si le gustaba como si no, Duncan sufría un rápido lavado de cerebro y se amoldaba a otra cultura. Sin darse cuenta, empezaba a emplear figuras de dicción propias de la Tierra y adoptaba la entonación ligeramente cantarina que era ahora universal en ésta; también utilizaba progresivamente palabras de origen chino. Todo esto era de esperar; lo que le resultaba más turbador era la impresión de que su propio

mundo, al alejarse en el espacio, se hacía cada vez más irreal. Sospechaba que, antes de que terminase el viaje, se habría vuelto medio terrícola.

Pasaba mucho tiempo contemplando escenas típicas de la Tierra, escuchando debates políticos famosos y tratando de comprender el estado de la cultura y de las artes, a fin de no aparecer como un completo bárbaro de la oscuridad exterior. Cuando no estaba sentado en la cámara de vídeo, lo más probable era que estuviese hojeando un librito denso y que llevaba el título optimista de *La Tierra en Diez Días*. Le gustaba poner a prueba retazos de su recién descubierta información, comunicándoselos a sus compañeros de viaje, observando sus reacciones y comprobando su propia comprensión de aquéllos. A veces, la respuesta era una mirada inexpresiva; otras, una sonrisa ligeramente condescendiente. Pero todos se mostraban muy corteses con él, y, al cabo de un tiempo, Duncan se dio cuenta de que había cierta verdad en el viejo *cliché* de que los terrícolas no eran nunca *impensadamente* rudos.

Desde luego, era absurdo medir por el mismo rasero a quinientos millones de personas, o siquiera a las trescientas cincuenta que iban en la nave. Sin embargo, Duncan se sorprendió al descubrir con qué frecuencia resultaban exactas sus ideas preconcebidas, e incluso sus prejuicios. Al principio, Duncan lo encontró fastidioso; después, comprendió que varios milenios de historia y de cultura justificaban cierto orgullo.

Todavía era demasiado pronto para responder a una pregunta largamente debatida en todos los otros mundos; «¿Está la Tierra en decadencia?» Los individuos a quienes había conocido a bordo del *Sirius* no mostraban la menor huella de la gastada hipersensibilidad que solía achacarse a los moradores de la Tierra; pero, naturalmente, no eran ejemplares que permitiesen un juicio imparcial. Cualquier persona que tuviese ocasión de visitar los lejanos confines del Sistema Solar debía poseer cualidades o recursos excepcionales.

Tendría que esperar a llegar a la Tierra, antes de atreverse a calcular su decadencia con mayor exactitud. Podía ser una labor muy interesante... si el tiempo y su presupuesto le permitían el esfuerzo.

## CAPÍTULO 14

### Himnos de imperio

Ni en cien años, pensó Duncan, habría podido preparar deliberadamente esto. Había sido, ciertamente, una magnífica administración de lo imprevisto. Colin se sentiría orgulloso de él...

Todo había empezado de un modo completamente accidental. Al descubrir que el Ingeniero Jefe llevaba el nada raro apellido de Mackenzie, era natural que se presentase a él y comparasen sus árboles genealógicos. Bastó un primer vistazo para comprobar que cualquier parentesco debía ser muy remoto; Warren Mackenzie, doctor en Astrotecnología (Propulsión) era pecoso y pelirrojo.

Pero no importaba, pues el hombre se alegró de conocer a Duncan y de charlar con él. Había nacido una sincera amistad, antes de que Duncan decidiese aprovecharse de ella.

—A veces tengo la impresión —se lamentó ligeramente Warren— de que soy un *cliché* viviente. ¿Sabe usted que hubo un tiempo en que todos los ingenieros navales eran escoceses, y que por esto se nos llamaba Mac-y-lo-que-fuese?

—No lo sabía. ¿Por qué no habían de ser alemanes o rusos? Estos iniciaron todo el asunto.

—Está usted fuera de onda. Me refiero a las naves que flotan en el agua. A los primeros barcos de vapor, con motores de pistones que accionaban ruedas de paletas, a principios del siglo XIX. Pues bien, la revolución industrial empezó en Gran Bretaña, y el primer motor a vapor práctico fue realizado por un escocés. Así, cuando los barcos a vapor empezaron a operar en todo el mundo, los Macs fueron con ellos. Nadie más podía comprender unas piezas de maquinaria tan complicadas.

¿*Complicados* los motores a vapor? Bromea usted.

—¿Ha observado alguno de ellos? Lo son mucho más de lo que pueda imaginarse, aunque se tarda poco en comprenderlos... En todo caso, mientras duraron los barcos de vapor, solamente unos cien años, los gobernaron los escoceses. Me interesa mucho aquel período; tiene algunos parecidos sorprendentes con el nuestro.

—Prosiga; me sorprende usted.

—Bueno, aquellos viejos barcos eran increíblemente lentos, al menos los de carga. Por consiguiente, los viajes largos podían durar semanas en la Tierra. Lo mismo que los espaciales.

—Comprendo. En aquellos tiempos, los países de la Tierra estaban casi tan apartados entre sí como los planetas.

—Bueno, algunos de ellos. La analogía más perfecta es la antigua

Commonwealth Británica, el primero y último imperio mundial. Durante casi cien años, países tales como Canadá, la India y Australia, dependieron únicamente de los barcos de vapor para relacionarse con Inglaterra; el viaje de ida podía durar un mes o más, y, en ocasiones, sólo se realizaba una vez en la vida. Sólo los ricos o los personajes oficiales podían permitírselo. Y, lo mismo que hoy, la gente de las colonias no podían siquiera *hablar* con la madre patria. El aislamiento psicológico era casi total.

—Pero, ¿no tenían teléfonos?

—Sólo para el uso local, y en número reducido. No olvide que estoy hablando de los comienzos del siglo *veinte*. La comunicación universal en el globo no llegó hasta finales del mismo.

—Me parece que la analogía es un poco forzada —protestó Duncan, que estaba intrigado, aunque no convencido, y dispuesto a escuchar los argumentos de Mackenzie, sin mayores motivos... por ahora.

—Puedo darle algunas pruebas más en defensa de mis teoría. ¿Ha oído hablar de Rudyard Kipling?

—Sí, aunque no he leído nada de él. Era un escritor, ¿no? Anglo-americano, de una época intermedia entre Melville y Hemingway. La literatura inglesa es una asignatura casi desconocida para mí. La vida es demasiado corta.

—Por desgracia, sí. Pero yo *he* leído a Kipling. Fue el primer poeta de la era de las máquinas, y alguien cree que fue también el mejor escritor de novelas cortas de su siglo. Naturalmente, yo no puedo juzgar esto; pero Kipling describió precisamente el período de que le estoy hablando. Por ejemplo, el *Himno de McAndrews*, un viejo ingeniero que canta los pistones y las calderas y las bielas que empujan a su nave alrededor del mundo. Su tecnología, ¡y no hablemos de su teología!, se extinguió hace trescientos años; pero el espíritu que la alentaba está tan vivo como siempre.

»Y escribió poemas e historias sobre lugares lejanos, que hacen que parezcan tan remotos como los planetas en el día de hoy... y, a veces, ¡incluso más exóticos! Una de sus obras que prefiero es *La Canción de las Ciudades*; no comprendo la mitad de sus alusiones, pero sus referencias a Bombay, Singapur, Rangún, Sydney, Auckland..., me hacen pensar en la Luna, Mercurio, Marte, Titán...

Mackenzie hizo una pausa y pareció un poco confuso.

—Yo traté también de hacer algo por este estilo; pero no tema, no voy a fastidiarle con mis versos.

Duncan pronunció las palabras de ánimo que sabía que eran esperadas. Y tuvo la seguridad de que, antes de que terminase el viaje, el otro le pediría una crítica (léase, elogio) de sus esfuerzos literarios.

Fue, éste, un oportuno recordatorio de sus propias responsabilidades. Aunque el viaje estaba en sus comienzos, convenía que empezase a trabajar.



Exactamente diez minutos, ni un segundo más, había decretado George Washington. Ni siquiera el Presidente podía emplear más de quince, y todos los planetas dispondrían de un tiempo igual. El acto debía durar dos horas y media en total, desde el momento de entrar en el Capitolio hasta la salida para acudir a la recepción en la Casa Blanca...

Sin embargo, parecía ligeramente absurdo viajar tres mil millones de kilómetros para pronunciar un discurso de diez minutos, aunque se tratase de una ocasión única como un quingentésimo aniversario. Duncan no iba a gastar más que el mínimo necesario de aquel tiempo en formalidades corteses; como había observado Malcolm, la sinceridad de un discurso de gracias suele ser inversamente proporcional a su duración.

Para divertirse —y, más importante, para recordar más tarde a los otros participantes—, Duncan había tratado de componer una introducción formal, fundada en la lista de invitados suministrada por el profesor Washington. Empezaba así: «Señora Presidente, señor Vicepresidente, honorable señor Presidente del Tribunal Supremo, honorable señor Presidente del Senado, honorable señor Presidente de la Cámara de Representantes, Excelentísimos Señores Embajadores de la Luna, de Marte, de Mercurio, de Ganímedes y de Titán —al llegar a este punto inclinaría ligeramente la cabeza en dirección al embajador Farell, si podía distinguirlo en la atestada galería—, distinguidos representantes de Albania, Austrandia, Chipre, Bohemia, Francia, Khmer, Palestina, Kalinga, Zimbawe, Eire...» Calculó que, si citaba las cincuenta o sesenta regiones que todavía insistían en alguna forma de reconocimiento individual, gastaría la cuarta parte de su tiempo antes de empezar. Evidentemente, esto sería absurdo, y confió en que todos los oradores pensarían igual que él. Duncan decidió prescindir del protocolo y optar por una digna brevedad.

«Pueblos de la Tierra» sería una expresión que abarcaría mucho terreno; para ser exacto, cinco veces la extensión de Titán, según una imponente estadística que Duncan se sabía de memoria. Pero, con esto, excluiría a los visitantes. ¿Qué tal resultaría «Amigos de otros mundos»? No; sería demasiado afectado, ya que la mayoría de ellos serían perfectos desconocidos. Tal vez: «Señora Presidente, distinguidos invitados, amigos conocidos y desconocidos de muchos mundos...» Esto estaba mejor; sin embargo, no acababa de gustarle del todo.

Había en esta cuestión, pensó Duncan, mucho más de lo que se veía a simple vista. Muchas personas le aconsejarían de buen grado; pero, siguiendo la buena y antigua tradición de los Makenzie, estaba decidido a ver lo que podía hacer él solo, antes de pedir ayuda a otros. Había leído en alguna parte que la mejor manera de aprender a nadar era que le arrojasen a uno en aguas profundas. Duncan no sabía nadar —habilidad singularmente inútil en Titán—, pero podía apreciar la analogía. Su carrera política solar empezaría con un espectacular chapuzón ante millones de

espectadores.

No era nervioso; a fin de cuentas, se había dirigido a todo su mundo, como testigo experto, en el curso de debates técnicos ante la Asamblea. Se había desenvuelto bien, al sopesar los complicados argumentos en pro y en contra de minar los glaciares de amoníaco del Monte Nansen; incluso Armand Helmer le había felicitado, a pesar de que habían llegado a conclusiones opuestas. En aquellos debates, que afectaban al futuro de Titán, había tenido una responsabilidad real, y su carrera habría podido terminar súbitamente si hubiese cometido alguna tontería.

Su público terrestre sería quizás mil veces más numeroso, pero también mucho menos crítico. Ciertamente, sus oyentes se mostrarían benévolos, a menos que cometiese el imperdonable error de aburrirles.

Sin embargo, todavía no podía garantizar que no fuese así; pues aún no tenía la menor idea de cómo utilizaría los diez minutos más importantes de su vida.

# CAPÍTULO 15

## En el nódulo

En los mares de la Tierra, lo llamaban el «Paso del Ecuador». Cuando un barco pasaba de un hemisferio al otro, se celebraban alegres ritos y ceremonias, durante los cuales, todos aquellos que cruzaban por primera vez el ecuador eran sometidos a ingeniosas burlas por parte del dios Neptuno y su Corte.

En los primeros siglos de vuelo espacial, el tránsito equivalente no involucraba cambios físicos; sólo la computadora de navegación sabía cuándo una nave dejaba de caer hacia un planeta y empezaba a hacerlo hacia otro. Pero ahora, con el advenimiento de los viajes de aceleración constante, que podía mantener el impulso durante todo un viaje, el Punto Medio o de «Giro» tenía un significado físico real y, en consecuencia, aumentaba el impacto psicológico. Después de vivir y moverse durante días en un aparente campo de gravitación, los pasajeros del *Sirius* perderían su peso durante varias horas y podrían sentir, al fin, que estaban *realmente* en el espacio.

Podrían observar la lenta rotación de los astros al girar la nave ciento ochenta grados y tomar exactamente el rumbo contrario a su primitiva línea de impulsión, para reducir poco a poco la enorme velocidad adquirida en los diez días precedentes. Podrían saborear la idea de que se movían más de prisa que cualquier otro ser humano en un curso de la Historia, y podrían considerar también la emocionante perspectiva de que, si no lograba reemprender su marcha, el *Sirius* alcanzaría en definitiva las más próximas estrellas, en poco más de mil años...

Todo esto era posible; sin embargo, como la naturaleza humana tiene ciertas condiciones invariables, la mayoría de los pasajeros del *Sirius* pensaban en otras posibilidades.

Era la única ocasión que tendrían la mayoría de ellos de experimentar la ingravidez el tiempo bastante para disfrutar de ella. ¡Sería un crimen desperdiciar la oportunidad! No era de extrañar que el volumen más popular de la biblioteca de la nave, en los últimos días, hubiese sido el NASA SUTRA, un viejo libro y un viejo chiste, explicado tan a menudo que ya no tenía gracia.

El capitán Ivanov negó, con un matiz de indignación bastante convincente, que el horario de la nave hubiese sido establecido para complacer los bajos instintos de los pasajeros. Cuando se había suscitado el tema en la mesa del Capitán, el día antes del Giro, Ivanov había formulado un argumento muy plausible.

—Es el único momento lógico para hacer la maniobra —había explicado—. Entre cero y cero cuatro, todos los pasajeros estarán en sus camarotes... durmiendo. Por

consiguiente, las molestias serán mínimas. No *podríamos* hacerlo durante el día; recuerden que las cocinas y los retretes no funcionarán mientras permanezcamos en la ingravidez. ¡No lo olviden! Lo recordaremos a todos a última hora de la tarde, pero siempre hay algún idiota que se confía o que bebe demasiado, y no tiene la cordura suficiente para leer las instrucciones escritas en las bolsitas de plástico que encontrarán en sus camarotes.

Duncan se había sentido tentado; Mirissa empezaba a desvanecerse, y no faltaban las oportunidades. Había recibido inconfundibles señales desde varias direcciones, y para grupos con todos los valores de  $n$ , desde uno hasta cinco. No le habría sido fácil elegir; pero el hado le había ahorrado el trabajo.

Había pasado una semana entera, y faltaban sólo tres días para el Giro, cuando su creciente amistad con el primer ingeniero Mackenzie le inspiró la confianza suficiente para hacerle algunas amables insinuaciones. Estas no habían sido rechazadas de plano, pero saltó a la vista que Warren necesitaba algún tiempo para sopesar las posibilidades.

Comunicó a Duncan su decisión con sólo doce horas de antelación.

—No diré que esto pueda costarme mi empleo —dijo—, pero sí que puede resultarme muy enojoso, si llega a descubrirse. Pero usted *es* un Makenzie, ayudante especial del Administrador, etcétera. Si ocurriese lo peor, cosa que no espero, podríamos decir que su petición es oficial.

—Desde luego... Lo comprendo perfectamente y aprecio de veras lo que está usted haciendo. No le dejaré en la estacada.

—Ahora, hay que fijar el momento. Si todo discurre normalmente, y no tengo motivos para pensar lo contrario, estaré listo dentro de un par de horas y podré despedir a mis ayudantes. Estos se largarán como meteoros, pues puede estar seguro de que tienen *algún* plan, y el lugar quedará a nuestra entera disposición. Le llamaré a las cero dos, o lo antes posible después de esta hora.

—Espero que no le estropearé ningún..., bueno..., ningún plan personal que pueda tener.

—En realidad, no. Ya no hay ninguna novedad. ¿De qué se ríe?

—Se me ha ocurrido pensar —respondió Duncan— que, si alguien nos sorprendiese a las dos de la mañana del día del Giro, tendríamos una coartada perfecta...

Sin embargo, sintió una débil impresión de culpa cuando echó a andar por el pasillo detrás de Warren Mackenzie. La ingrávida —pero en modo alguno insomne— nave, habríase dicho desierta, pues nadie tenía ahora motivos para bajar del departamento de carga al Piso Tercero. Ni siquiera tendrían que simular que su empresa era absolutamente inocente.

Pero la impresión de culpa persistía, y Duncan sabía el por qué. Abusaba de la

amistad para un propósito secreto, dando a entender que su interés por el Impulso Asimptótico no era más que el que cabía esperar de cualquier persona con antecedentes científicos o de ingeniería. Pero quizás Warren no era tan *naïve* como parecía; difícilmente podía ignorar que el sistema suponía una amenaza para toda la economía de la sociedad de Duncan. Incluso era posible que tratase de ayudarle, con mucho tacto.

—Tal vez se sentirá desilusionado —dijo Warren, al cruzar la divisoria que separaba los pisos Tres y Dos—. No hay mucho que ver. Pero lo que hay es suficiente para infundir malos sueños a algunas personas, y éste es el motivo de que evitemos las visitas.

Pero no el motivo principal, pensó Duncan. El Impulso no era exactamente un secreto; existía una inmensa literatura sobre el tema, desde los más esotéricos documentos matemáticos hasta divulgaciones tan elementales que equivalían a poco más de: «Abróchese las botas, y adelante.» Pero era justo decir que la Autoridad de Transportes Espaciales de la Tierra se mostraba curiosamente evasiva en lo tocante a los detalles prácticos, y sólo su propio personal tenía acceso al pequeño planeta donde se montaba el aparato. Las pocas fotos que había del Asteroide 4.587 eran borrosas instantáneas telescópicas que mostraban dos estructuras cilíndricas, de más de mil kilómetros de longitud, que se extendían en el espacio a ambos lados del pequeño mundo, que era casi como una mota invisible entre aquéllas. Se sabía que eran los aceleradores que lanzaban materia a tal velocidad que se fundía para formar el nódulo o singularidad en el corazón del Impulsor; pero esto era todo lo que se sabía, fuera de la ATE.

Duncan flotaba ahora a pocos metros detrás de su guía, a lo largo de un pasillo revestido de tuberías y de cables: toda la instalación anónima de los vehículos marítimos, aéreos o espaciales, durante los últimos trescientos años. Sólo la notable cantidad de asideros y la profusión de gruesos colchones revelaban que aquello era el interior de una nave diseñada para no depender de la gravedad.

—¿Ve usted aquel tubo? —dijo el ingeniero—. El tubito rojo.

—Sí. ¿Qué tiene de particular?

Desde luego, Duncan no se habría fijado en él; tenía aproximadamente el grueso de un lápiz.

—Es el principal alimentador de hidrógeno, tanto si lo cree como si no. Nada menos que cien gramos por segundo. O sea, ocho toneladas al día, cuando está a pleno rendimiento.

Duncan se preguntó lo que habrían pensado los ingenieros de los antiguos cohetes de esta diminuta conducción de combustible. Trató de imaginarse las monstruosas tuberías y bombas de los Saturnos que habían llevado por primera vez al hombre a la Luna: ¿cuál era su grado de consumo de combustible? Estaba seguro de que

consumía más en un segundo que el *Sirius* en un día. Este era un buen indicio de lo que había progresado la tecnología en tres siglos. ¿Qué sería dentro de otros tres...?

—Cuidado con la cabeza... Esos son espirales de desviación. No nos fiamos de los superconductores de temperatura de las habitaciones: éstos son aún buenos y viejos criogénicos.

—¿Espirales de desviación? ¿Para qué?

—¿Ha pensado alguna vez en lo que ocurriría si el chorro tocase accidentalmente una parte de la nave? Esos espirales lo mantienen centrado y también nos dan todo el control vectorial que necesitamos.

Ahora estaban junto a un cilindro macizo —y sin embargo sorprendentemente pequeño— semejante a un cañón naval del siglo XX. Era la cámara de reacción del ingenio, y Duncan no pudo dominar una impresión de pasmo casi supersticioso al enterarse de lo que era aquello que estaba a pocos centímetros de él. Fácilmente habría podido rodear con los brazos el tubo de metal, y, ¡qué extraña era la idea de abrazar una singularidad y, con ella, si eran correctas algunas teorías, todo un universo...!

Hacia la mitad de aquel tubo de cinco metros de longitud, había sido extraída una pequeña porción de la cubierta, como la puerta de una diminuta cámara acorazada de un banco, y sustituida por una ventana de cristal. A través de esta abertura evidentemente temporal, un microscopio, montado en un brazo giratorio que permitía apartarlo una vez utilizado, enfocaba el interior de la unidad impulsora.

El ingeniero se situó en posición, agarrándose a unas anillas convenientemente fijadas en la cubierta, miró por el ocular y realizó unos delicados ajustes micrométricos.

—Eche un vistazo —dijo, cuando se sintió satisfecho.

Duncan flotó hasta el ocular y se sujetó con bastante torpeza. No sabía lo que esperaba ver, y recordó que los ojos tienen que adaptarse para que puedan transmitir impresiones inteligibles al cerebro. Una cosa absolutamente fuera de lo acostumbrado podía resultar literalmente invisible; por consiguiente, no se sintió desilusionado al mirar por primera vez.

Lo que vio no tenía absolutamente nada de extraño: era un simple enrejado de líneas finas como cabellos, que se cruzaban en ángulo recto para formar un retículo parecido a los empleados corrientemente en mediciones ópticas. Aunque escrutó el bien iluminado campo visual, no pudo descubrir nada más; igual habría podido estar explorando una hoja de papel en blanco.

—Mire a la cruz del centro —dijo su guía— y haga girar el botón hacia la izquierda, *muy* despacio. Media vuelta debe ser suficiente, en cualquier dirección.

Duncan obedeció; sin embargo, siguió sin ver nada durante unos segundos. Entonces advirtió que un bulto diminuto se deslizaba a lo largo de la línea al mover él

el microscopio; era como si mirase el retículo a través de una lámina de cristal que tuviese una pequeña burbuja o un defecto.

—¿Lo ve?

—Sí..., aunque *apenas*. Es como una lente del tamaño de una cabeza de alfiler. A no ser por el enrejado, pasaría inadvertido.

—¡El tamaño de una cabeza de alfiler! La *mayor* exageración que he oído en mi vida. El Nódulo es más pequeño que un núcleo atómico. Desde luego, usted no lo ve en realidad, sino sólo la distorsión que produce.

—Y, sin embargo, hay allí miles de toneladas de materia.

—Bueno, una o dos —dijo el ingeniero, en tono algo evasivo—. Ha hecho una docena de viajes y se está acercando a la saturación; pronto tendremos que instalar uno nuevo. Claro que seguiría absorbiendo hidrógeno mientras se lo suministrásemos; pero no podemos arrastrar por ahí demasiada masa innecesaria, so pena de perder en eficacia. Es como en las viejas naves marítimas, que se cubrían de lapas y perdían en velocidad si no eran limpiadas a menudo.

—¿Qué hacen con los nódulos viejos, cuando son demasiado macizos para su empleo? ¿Es verdad que dejan que caigan en el Sol?

—¿De qué serviría? Un nódulo atravesaría el Sol y saldría por el otro lado. Francamente, no sé qué hacen con los viejos. Tal vez los amontonan en un gran nódulo abuelo, más pequeño que un neutrón, pero que pesaría varios millones de toneladas.

Duncan habría querido hacer muchas más preguntas. ¿Cómo se manejaban estos diminutos pero enormemente macizos objetos? Ahora que el *Sirius* caía libremente, el nódulo seguiría flotando donde estaba; pero, ¿qué le impediría salir despedido del tubo al empezar la aceleración? Presumió que alguna combinación de poderosos campos eléctricos y magnéticos lo mantenían en su sitio y transmitían su impulso a la nave.

—¿Qué ocurriría —preguntó Duncan— si tratase de tocarlo?

—Le diré una cosa: *todo el mundo*, sin excepción, hace esta pregunta.

—No me extraña. ¿Cuál es la respuesta?

—Bueno, tendría que abrir la cámara del vacío, y, al entrar el aire, se desataría un verdadero infierno.

—Entonces, lo haría de otra manera. Me pondría un traje espacial, me deslizaría por el túnel y alargaría un dedo...

—¡Y sería muy listo si tocase el punto exacto! Pero, si lo hiciese, al introducir el dedo, digamos un milímetro, las fuerzas gravitacionales empezarían a tirar de él. En cuanto los primeros átomos cayesen en el campo, soltaría toda su masa-energía, y usted pensaría que una pequeña bomba de hidrógeno había estallado ante sus narices. Probablemente, la explosión volaría el tubo en una buena fracción de la velocidad de

la luz.

Duncan lanzó una risita nerviosa.

—Ciertamente, habría que ser muy listo para robarle uno de sus pequeños. ¿No le producen éstos pesadillas?

—No; estoy acostumbrado a usar este instrumento y comprendo sus pequeños trucos. En cambio, no me imagino que pudiese manejar los láseres de fuerza; me dan un pánico atroz. ¿Sabe una cosa? El viejo Kipling resumió todo esto, como de costumbre. ¿Recuerda que le hablé de él?

—Sí.

—Escribió un poema titulado *El Secreto de las Máquinas*, y en él hay unos versos que recuerdo a menudo cuando estoy aquí:

Mas recuerda la Ley que rige nuestras vidas,  
No estamos contruidos para entender mentiras,  
No podemos amar, llorar ni perdonar.  
Si nos manejas mal, ¡encontrarás la muerte!

Y esto es verdad en todas las máquinas, en todas las fuerzas naturales que hemos aprendido a manejar. No hay una diferencia real entre la primera fogata del hombre de las cavernas y el nódulo en el corazón del Impulsor Asimptótico.

Una hora más tarde, Duncan yacía insomne en su litera, esperando que el Impulsor se pusiese en marcha y el *Sirius* empezase los diez días de desaceleración que le conducirían a la Tierra. Todavía veía aquella mota diminuta en la estructura del espacio, suspendida en el campo del microscopio, y comprendió que su imagen le perseguiría durante todo el resto de su vida. Y ahora se dio cuenta de que Warren Mackenzie no le había revelado ningún secreto profesional: todo lo que le había dicho hacía sido publicado miles de veces. Pero ni los escritos ni las fotografías eran capaces de producir el impacto emocional que había experimentado.

Unos dedos diminutos empezaron a pincharle; el peso volvía al *Sirius*. Desde una distancia infinita, llegaba el débil zumbido del Impulsor. Duncan se dijo que estaba escuchando el gemido de muerte de la materia, al abandonar ésta el universo conocido y legar a la nave toda la energía de su masa en el momento final de la disolución. Cada minuto, varios kilogramos de hidrógeno caían en aquel diminuto pero insaciable vórtice, en aquel agujero que no podía llenarse jamás.

Duncan durmió mal durante todo el resto de la noche. Tuvo pesadillas en las que él caía también en un veloz torbellino, infinitamente profundo. Y, al caer, algo le aplastaba y le reducía a dimensiones moleculares, atómicas y, por último, subnucleares. Dentro de un momento, todo habría terminado, y él desaparecería en un único destello de radiación...



Pero este momento no llegó, porque, al contraerse el Espacio, el Tiempo se dilataba infinitamente, los sucesivos segundos se hacían más largos... más largos... más largos..., hasta que se vio atrapado para siempre en una inmutable eternidad.

# CAPÍTULO 16

## Port Van Allen

Cuando Duncan se acostó por última vez a bordo del *Sirius*, la Tierra estaba todavía a cinco millones de kilómetros de distancia. Ahora parecía llenar el cielo y aparecía exactamente igual que en las fotografías. Él se había reído cuando viajeros más curtidos le habían dicho que esto le sorprendería; ahora, le sorprendía amargamente su propia sorpresa.

Porque la nave había cruzado la órbita de la Tierra; se acercaban a ésta desde la dirección del Sol, y el hemisferio inferior estaba casi completamente iluminado. Blancos continentes de nubes cubrían la mayor parte del lado diurno, y sólo en raras ocasiones se vislumbraban tierras imposibles de identificar sin un mapa. El deslumbrante resplandor del casquete Antártico, cubierto de hielo, era el rasgo más destacado de la superficie. Allí debía hacer mucho frío; pero Duncan recordó que aquel clima era tropical en comparación con la mayor parte de su mundo.

La Tierra era un planeta hermoso; esto era indiscutible. Pero era también extraño, y sus fríos blancos y azules no enardecían su corazón. Ciertamente, era paradójico que Titán, con sus alegres nubes anaranjadas, pareciese mucho más hospitalario, visto desde el espacio.

Duncan permaneció en el Salón B, observando la Tierra que se acercaba y despidiéndose de muchos amigos temporales, hasta que Port Van Allen fue una brillante estrella sobre el fondo negro del espacio; después, un resplandeciente anillo; después, una rueda enorme que giraba lentamente. El peso disminuyó gradualmente cuando el Impulsor que les había llevado a través de la mitad del Sistema Solar redujo su impulso a cero; después, sólo hubo ocasionales sacudidas al rectificar los motores de baja potencia la dirección de la nave.

La estación espacial seguía dilatándose; su tamaño era increíble, incluso teniendo en cuenta que había crecido continuamente durante casi tres siglos. Ahora eclipsó completamente la Tierra, cuyo comercio dirigía y controlaba, y, un momento después, una vibración apenas perceptible, y que cesó inmediatamente, informó a todos de que la nave había atracado. Unos segundos más tarde, el Capitán confirmó la noticia.

—Bienvenidos a Port Allen, puerta de la Tierra. Celebramos haberles tenido con nosotros y deseamos que su estancia les haya sido agradable. Tengan la bondad de seguir a los camareros y de comprobar que no olvidan nada en sus camarotes. Lamento tener que referirme a esto pero tres pasajeros no han liquidado *aún* su cuenta; el sobrecargo les esperará a la salida...

Unas cuantas risas y exclamaciones burlonas saludaron este anuncio, pero se

extinguieron rápidamente entre el barullo del desembarco. Aunque se presumía que todo estaba minuciosamente organizado, hubo un verdadero caos. Muchos pasajeros iban adonde no debían, mientras el sistema de altavoces llamaba en tono quejumbroso a personas de nombres inverosímiles. Duncan tardó más de una hora en llegar al puerto espacial, y no volvió a ver su equipaje completo hasta el segundo día de su estancia en la Tierra.

Pero al fin cesó la confusión y la gente se deslizó por el cuello de botella del túnel de desembarco, pasando a los correspondientes pisos de la estación. Duncan siguió escrupulosamente las instrucciones y se encontró, con los demás de su grupo alfabético, formando cola ante la Oficina de Cuarentena. Todas las demás formalidades se habían cumplido hacía horas, por circuito de radio; pero esto era algo que la electrónica no podía solucionar. Ocasionalmente, se había cerrado el paso a algún viajero en la misma puerta de la Tierra, y Duncan sintió cierta aprensión al enfrentarse con esta última prueba.

—No recibimos muchos visitantes de Titán —dijo el oficial médico que comprobó su historial—. Entra usted en la clasificación lunar: menos de un cuarto de gravedad. Puede resultarle un poco duro en la primera semana, pero es lo bastante joven para adaptarse bien. Le será más fácil si sus padres...

La voz del médico se extinguió, y se hizo el silencio: había llegado a la casilla con el epígrafe MADRE. Duncan estaba acostumbrado a esta reacción y hacía tiempo que había dejado de preocuparle. En realidad, incluso le divertía un poco la sorpresa que solía producir el descubrimiento de su condición. Al menos, este O.M. no le hizo la tonta pregunta que solían formularle los profanos y a la que siempre respondía automáticamente: «Claro que tengo ombligo, y de los mejores que pueden comprarse con dinero.» En cuanto al otro mito corriente —que los *clones* varones debían ser anormalmente viriles «porque habían tenido padre *dos veces*»—, lo dejaba prudentemente sin respuesta. Esto le había sido útil en varias ocasiones.

Tal vez porque había otras seis personas en la cola, el médico reprimió toda curiosidad científica que pudiese sentir y envió a Duncan «arriba», a la sección de Gravedad Terrestre del puerto espacial. El ascensor, que se movía a lo largo de uno de los radios de la lenta rueda giratoria, pareció tardar mucho tiempo en llegar a su destino; mientras tanto, Duncan sintió que su peso aumentaba implacablemente.

Cuando al fin se abrieron las puertas, salió muy tieso de la jaula. Aunque todavía estaba a mil kilómetros sobre la Tierra, y este nuevo peso era completamente artificial, tuvo la impresión de que estaba ya en las crueles garras del planeta inferior. Si no podía pasar esta prueba, tendría que regresar a Titán, Heno de vergüenza.

Cierto que los que fallaban *por poco* podían seguir un curso acelerado de adaptación, proyectado especialmente para los residentes lunares. Sin embargo, esto sólo era seguro para los que habían pasado la mayor parte de su infancia en la Tierra,

y Duncan no tendría posibilidades de aprobar.

Pero olvidó todos estos temores cuando entró en el mirador y vio la Tierra en creciente, llenando la mitad del cielo y deslizándose lentamente frente a los ventanales de observación, que eran, a su vez, un famoso *tour-de-force* de ingeniería espacial. Duncan no pretendió calcular cuántas toneladas de presión de aire resistían; al acercarse al más próximo, le fue fácil imaginar que no había nada que le protegiese del vacío del espacio. Una sensación excitante y, a la vez, turbadora.

Tenía intención de repasar la lista de comprobación que le había dado el médico, pero aquella vista pasmosa se lo impedía. Permaneció clavado en el suelo, limitándose a cargar alternativamente su desacostumbrado peso sobre uno y otro pie, al quejarse sus hasta ahora ignorados músculos.

Port Van Allen daba una vuelta al mundo cada dos horas, y también giraba sobre su eje tres veces por minuto. Al cabo de un rato, Duncan descubrió que podía dejar de advertir el giro de la estación; su mente era capaz de eliminarlo, como una insignificante música de fondo o como un olor persistente pero neutro. Una vez conseguida esta actitud mental, podía imaginarse que estaba solo en el espacio, que era un satélite humano corriendo sobre el ecuador para pasar de la noche al día. Pues la Tierra crecía visiblemente mientras él la observaba, y la línea curva de la aurora se alejaba progresivamente al volar él hacia el este.

Como de costumbre, había poca tierra visible, y lo que podía verse de ella a través de las nubes parecía no guardar relación con ningún mapa. Y, desde esta altura, no se percibía la menor señal de vida y..., menos aún de inteligencia. Costaba creer que la mayor parte de la historia humana se había desarrollado debajo de aquella sábana blanca y brillante, y que, hasta hacía sólo trescientos años, ningún hombre se había elevado sobre ella.

Todavía estaba buscando señales de vida cuando el disco empezó de nuevo a contraerse y a menguar, y el sistema de altavoces anunció a los pasajeros con destino a la Tierra que debían presentarse en la zona de embarque, Ascensores Dos y Tres.

Tuvo el tiempo justo de detenerse en el lavabo de «Última hora», casi tan famoso como el mirador, y volvió en el ascensor al mundo ingrávigo de la estación, donde el módulo Tierra-Órbita se preparaba a emprender el viaje de regreso.

Allí no había ventanillas, sino que cada pasajero tenía una pantalla visual en el respaldo del asiento de delante, mediante la cual podía ver al frente, hacia atrás o hacia abajo, según sus preferencias. Pero la elección no era completamente libre, aunque no se anunciaba esta circunstancia. Las imágenes que podían resultar inquietantes —como los últimos momentos del aterrizaje— eran cuidadosamente censuradas por la computadora de la nave.

Era agradable sentirse ingrávigo de nuevo —aunque sólo durante los cincuenta minutos necesarios para llegar hasta el borde de la atmósfera— y observar cómo la

Tierra se transformaba lentamente de planeta en mundo. La curva del horizonte se aplanaba más y más, y hubo vistas fugaces de islas y de la nebulosa espiral de una tormenta que rugía en silencio allá en lo hondo. Después, al fin, un cuadro que Duncan pudo reconocer: el estrecho y característico istmo de la costa de California, al descender el módulo en el cielo del Pacífico para su aterrizaje definitivo, todavía a la distancia de un continente.

Ahora estaban sobre unas montañas, achatadas hasta la insignificancia; y, de pronto, un paisaje torturado de cañones entrecruzados, más propios de Marte que de la Tierra, sé deslizó rápidamente bajo sus pies. Debe ser Colorado, pensó Duncan..., *¡y aquí está la gravedad!*

Sintió que se hundía más y más en el perfectamente acolchonado asiento, que repartía la carga con tanta regularidad en su cuerpo que la incomodidad era mínima. Pero le costaba respirar; hasta que recordó el «Aviso a los Pasajeros» que había leído poco antes. No aspiren profundamente, decía; hagan inspiraciones cortas y rápidas, para reducir la tensión de los músculos del pecho. Trató de hacerlo así y vio que daba resultado.

Ahora hubo un ligero traqueteo y se oyó un zumbido lejano, y la pantalla lanzó un destello momentáneo y pasó automáticamente de las llamaradas de la entrada en la atmósfera a la vista que se observaba a popa. Los cañones y los desiertos se perdieron en la lejanía y fueron sustituidos por un grupo de lagos, evidentemente artificiales, en los que se veían claramente las manchitas blancas de unas barcas de vela. Duncan pudo percibir la gran estela en forma de V, de varios kilómetros de longitud, de alguna embarcación que debía deslizarse a gran velocidad sobre el agua, aunque, desde esta altura, parecía completamente inmóvil.

Entonces, el escenario cambió con una brusquedad que le pilló por sorpresa. Dada la uniformidad del paisaje, igual habría podido estar volando de nuevo sobre el océano. Sin embargo, aunque desde esta altura no podía distinguir los árboles, pasaba sobre los infinitos bosques del Medio Oeste americano.

Esto era, ciertamente, una prueba de Vida, a una escala que jamás se había imaginado. En todo Titán, había menos de cien árboles, mimados y protegidos con cariñosa diligencia. En cambio aquí, a sus pies, los había a millones y millones.

Duncan había leído, en algún sitio, la frase «bosque primigenio», y ahora acudió de nuevo a su memoria. Así debió parecer la Tierra en los antiguos tiempos, antes de que el hombre empezase a trabajarla con el fuego y el hacha. Ahora, terminada la breve Edad de la Agricultura, la mayor parte del planeta volvía a su estado primitivo.

Aunque parecía difícil de creer, Duncan sabía perfectamente que el «bosque primigenio» que se extendía interminablemente debajo de él no era mucho más viejo que su abuelo. Hacía sólo un par de siglos, todo aquello eran tierras de labor, divididas en enormes tableros de ajedrez y cubiertas, en otoño, de doradas mieses. (El

concepto de las estaciones era otra realidad local que sólo podía captar con grandes dificultades...) Todavía existían muchas granjas en el mundo, regidas por aficionados excéntricos o por organizaciones de investigación biológica; pero los desastres del siglo XX habían enseñado a los hombres a no volver a confiar en una tecnología que, en el mejor de los casos, tenía una eficacia de apenas el uno por ciento.

El sol se estaba poniendo, arrastrado hacia el oeste con extraordinaria rapidez por la velocidad del módulo. Se agarró unos segundos al horizonte, y desapareció. El bosque permaneció visible durante un minuto más; después, se desvaneció en la oscuridad.

Pero no en la negrura. Como por arte de magia, aparecieron unas débiles líneas de luz en la tierra, como unas telarañas luminosas que se extendían hasta perderse de vista. A veces, tres o cuatro líneas se encontraban en un solo núcleo brillante; también había islas de fosforescencia, aparentemente desconectadas de la red principal. Una prueba más de la existencia humana: aquel bosque inmenso estaba mucho más animado de lo que parecía a la luz del día. Sin embargo, Duncan no pudo dejar de comparar esta modesta exhibición con imágenes que había visto de la primera era atómica, cuando millones de kilómetros cuadrados resplandecían por la noche con un brillo tal que los hombres no podían ver las estrellas.

De pronto, advirtió una constelación compacta de luces centelleantes que se movían independientemente del paisaje luminoso de las profundidades. De momento, se sintió confuso; después, se dio cuenta de que estaba observando una gran aeronave, que se desplazaba no mucho más de prisa que las nubes, con su cargamento de mercancías o de pasajeros. Una experiencia que Titán no podía proporcionarle y que decidió probar en cuanto se le ofreciese una oportunidad.

Y allí estaba una ciudad, una ciudad grande, de al menos cien mil habitantes. El módulo estaba ahora tan bajo que Duncan podía distinguir manzanas de casas, calles, parques... y un estadio resplandeciente de luces, probablemente escenario de algún acontecimiento deportivo. La ciudad se desvió a estribor y, pocos minutos después, todo se perdió en una niebla gris, iluminada por ocasionales relámpagos, poco impresionantes en relación con los de Titán. Dentro del camarote, Duncan no podía oír nada de la tormenta que estaban cruzando, pero la vibración de los motores había cambiado de tono, y pudo advertir que la nave descendía rápidamente. A pesar de lo cual, se sorprendió en gran manera al sentir un súbito aumento de peso y una ligerísima sacudida... y al ver aparecer en la pantalla un mar de cemento mojado, una confusión de luces y media docena de autobuses y de vehículos de servicio que corrían bajo la fuerte lluvia.

Al cabo de treinta años, Duncan Makenzie había regresado al mundo donde había nacido, pero que nunca había visto.

# III TIERRA

## CAPÍTULO 17

### Washington, D. C.

—Lamento ese mal tiempo —dijo George Washington—. Antes teníamos control local del clima, pero lo dejamos correr cuando un desfile del Día de la Independencia quedó bloqueado por la nieve.

Duncan sonrió cortésmente, aunque no estaba muy seguro de que se presumía su credulidad.

—No importa —dijo—. Todo es nuevo para mí. Nunca había visto llover antes de ahora.

Esto no era literalmente cierto, aunque le faltaba poco para serlo. Con frecuencia había circulado a través de tormentas de amoníaco, y todavía recordaba las cascadas venenosas que chorreaban delante de las ventanillas a pocos centímetros de sus ojos. En cambio, esto era agua inofensiva, mejor dicho, *beneficiosa*, fuente de vida tanto en la Tierra como en Titán. Si abría ahora la ventanilla, sólo se mojaría; no moriría de un modo espantoso. Pero los instintos de toda la vida era difíciles de superar, y comprendió que tendría que hacer un verdadero esfuerzo de voluntad para abandonar la protección de la limusina.

Pues era una limusina auténtica..., otra novedad para Duncan. Jamás había viajado en tal sibarítica comodidad, con un tablero de comunicaciones a un lado y un bar bien abastecido al otro. Washington advirtió su expresión admirada y comentó:

—Estupendo, ¿no? Ahora ya no los fabrican. Este fue el coche predilecto del presidente Bernstein.

Duncan no estaba muy fuerte en Presidentes americanos —a fin de cuentas, había habido noventa y nueve—, pero tenía una idea aproximada de la fecha de su mandato. Hizo un rápido cálculo, pero no le satisfizo el resultado, y lo repitió.

—Esto quiere decir... ¡que tiene más de ciento cincuenta años!

—Y, probablemente, aguantará otros ciento cincuenta. Desde luego, la tapicería..., cuero auténtico, fíjese bien..., se cambia cada veinte años, más o menos. Si estos asientos pudiesen hablar, nos contarían algunos secretos. En realidad, lo hicieron más de una vez..., pero puedo asegurarle que han sido totalmente limpiados de oídos indiscretos.

—¿De oídos indiscretos? ¡Ah! Ya entiendo lo que quiere usted decir. En todo caso, yo no tengo secretos.

—Entonces, pronto le proporcionaremos algunos; es nuestra principal industria local.

Mientras el hermoso y viejo coche rodaba en casi absoluto silencio, guiado por



sus mandos automáticos, Duncan trató de ver algo del terreno que estaban cruzando. El puerto espacial estaba a cincuenta kilómetros de la ciudad —todavía no se había inventado el cohete silencioso— y había un intenso tráfico en la autopista de cuatro carriles. Duncan pudo contar al menos veinte vehículos de diversos tipos, y, aunque todos circulaban en la misma dirección, el espectáculo resultaba un poco alarmante.

—Supongo que los demás coches funcionan también automáticamente —dijo, con ansiedad.

Washington le miró, un poco sorprendido.

—Naturalmente —dijo—. La conducción manual de un vehículo por una vía pública es delito grave desde... hace al menos cien años. Sin embargo, todavía tenemos psicópatas ocasionales que se matan o matan a otras personas.

He aquí una confesión interesante: la Tierra no había solucionado *todos* sus problemas. Uno de los mayores peligros de la sociedad tecnológica era el loco imprevisible que traba de expresar —consciente o inconscientemente— sus frustraciones, por medio del sabotaje. En tiempos pasados, se habían dado odiosos ejemplos de esto; tal vez el más conocido era la destrucción del reactor de Gondwana a principios del siglo XXI. Como Titán era aún más vulnerable que la Tierra a este respecto, a Duncan le habría gustado profundizar más en la cuestión; pero, hacerlo al cabo de una hora de haber llegado, habría sido una falta de tacto.

Estaba completamente seguro de que, si daba este *faux-pas*, su anfitrión desviaría lisa y llanamente la conversación, sin producirle la más ligera molestia. En el breve tiempo transcurrido desde que le había conocido, Duncan había comprendido que George Washington era un diplomático refinado, dotado del aplomo que sólo puede proporcionar un árbol genealógico cuyas raíces tienen una profundidad de varios siglos. Sin embargo, habría sido difícil imaginar alguien que se pareciese menos a su distinguido tocayo, pues *este* George Washington era un hombre bajito, calvo, moreno y bastante rechoncho, que vestía elegantemente y llevaba muchas joyas. La calvicie y la gordura resultaban sorprendentes, pues podían corregirse fácilmente. Por otra parte, le prestaban cierto aire de distinción, y tal vez era ésta la causa de su permanencia. Pero éste era otro tema delicado que Duncan debía evitar, al menos hasta que le conociese mucho más. Y quizás ni siquiera entonces.

El coche cruzaba ahora un esbelto puente, tendido sobre un río ancho y bastante sucio. El espectáculo de tanta agua natural era imponente, pero el río parecía muy frío y triste en la lúgubre noche.

—El Potomac —dijo Washington—. Pero espere a verlo a la luz del sol, cuando haya arrastrado todo ese lodo. Entonces lo verá azul y resplandeciente, y le parecerá imposible que se necesitasen doscientos años de duros trabajos para-hacerlo tal cual es. Aquello es Watergate; naturalmente, no el original, que *fue* derribado allá por el año 2000, aunque los demócratas querían convertirlo en monumento nacional. Y el

Kennedy Centre, que sí que *es*, más o menos, el original. Cada cincuenta años, algún arquitecto trató de restaurarlo; pero ahora han renunciado a hacerlo.

Así pues, esto era Washington, viviendo al calor (aunque poco eficazmente, en una noche como ésta) de sus glorias pasadas. Duncan había leído que el aspecto físico de la ciudad había cambiado muy poco en trescientos años, y ahora lo creyó. La mayoría de los viejos edificios oficiales y públicos habían sido cuidadosamente conservados; de ello había resultado, según decían los críticos, el museo habitado más grande del mundo.

Un poco más tarde, el coche entró en una avenida que discurría entre unos jardines muy bien cuidados. Se oyó un ligero zumbido en el tablero de control, y se encendió un pequeño rótulo: CONDUCCIÓN MANUAL. George Washington tomó el volante y avanzó a prudente velocidad entre macizos de flores y recortados arbustos, hasta que se detuvo en el portal de un edificio visiblemente muy antiguo. Parecía demasiado grande para una casa particular y demasiado pequeño para un hotel, aunque en realidad tenía un rótulo, de caracteres tan complicados que casi resultaba imposible su lectura: HOTEL DE CENTENARIO.

El profesor Washington parecía tener una habilidad extraordinaria para anticiparse a las preguntas:

—Fue construido por un rey de los ferrocarriles, a finales del siglo diecinueve. Quería tener un lugar para recibir a los congresistas, y esta inversión le rindió varios miles por ciento. Nosotros lo hemos tomado para esta ocasión, y la mayoría de los invitados oficiales se alojarán aquí.

Para asombro de Duncan —que incluso se sintió violento, pues el servicio personal era desconocido en Titán—, dos caballeros negros, que lucían abigarradas libreas, se hicieron cargo de su exiguo equipaje. Uno de ellos le habló una lengua suave y musical, de la que no pudo comprender una sola palabra.

—Se está usted excediendo, Henry —le reprendió amablemente Washington—. Es posible que ésta sea la jerga auténtica de los esclavos, pero, ¿de qué le sirve si sólo ustedes, los historiadores del lenguaje, pueden comprenderlo? ¿Y de dónde sacó ese disfraz? Yo también necesitaré uno.

A pesar de esta apelación, Duncan tampoco entendió la respuesta. Mientras subían en la dorada jaula del pequeño ascensor, Washington comentó:

—Temo que el profesor Murchison ha asimilado demasiado profundamente el Espíritu del 76. Sin embargo, esto demuestra que hemos progresado algo. Si, hace un par de siglos, le hubiese sugerido usted que representase el papel de uno de su más humildes antepasados, incluso en una comedia, le habría partido la cabeza. Ahora, se está divirtiendo de lo lindo, y nos costará mucho hacerle volver a su aula de Georgetown.

Washington contempló su mano rolliza y morena, y suspiró.

—Cada vez se hace más difícil encontrar una piel negra *auténtica*. Yo no soy un chiflado de la raza —añadió apresuradamente—, pero será una lástima que todos acabemos teniendo la misma tez blanca desvaída. A propósito, supongo que se ha dado cuenta de que usted *tiene* una ventaja ligeramente injusta.

Duncan le miró un momento sin comprenderle. Jamás había prestado más atención al color de su piel que al de su cabello; incluso le habría costado describirlos, si le hubiesen pedido de pronto que lo hiciese. Ciertamente, nunca se había considerado negro; pero ahora se daba cuenta, con comprensible satisfacción, de que era varios grados más oscuro que George Washington, descendiente de reyes africanos.

Cuando la puerta de la suite del hotel se cerró detrás de él y no tuvo ya necesidad de mantener las apariencias, Duncan se dejó caer muy satisfecho en uno de los fuertemente acolchonados sillones. Este se inclinó hacia atrás de un modo tan voluptuoso que Duncan sospechó que había sido especialmente diseñado para visitantes de mundos de baja gravedad. Washington era, ciertamente, un anfitrión admirable, y parecía haber pensado en todo. Sin embargo, Duncan comprendió que tendría que pasar mucho tiempo antes de que se sintiese realmente como en su casa.

Aparte de la atracción de la gravedad, había docenas de detalles que le recordaban de un modo sutil que no estaba en su mundo. Uno de ellos era el *tamaño* de la habitación; comparada con las de Titán, era enorme. Y estaba amueblada con un lujo que jamás había visto en la vida real, y sí, solamente, en las comedias históricas. Aunque, naturalmente, este escenario era del todo apropiado, pues ahora vivía en la mitad de la Historia. Esta mansión había sido construida antes de que los hombres se aventurasen más allá de la atmósfera, y presumía que la mayor parte de sus instalaciones correspondían a la época. Las vitrinas llenas de delicada cristalería, las pinturas al óleo, las curiosas y viejas fotografías de estiradas y olvidadas eminencias (tal vez la del primitivo Washington..., pero no, pues aún no se habían inventado las cámaras), los pesados tapices: nada de esto tenía parangón en Titán, y Duncan dudó incluso de que sus modelos holográficos figurasen en la Biblioteca Central.

Incluso la mesa de comunicaciones parecía remontarse al siglo pasado. Aunque todos sus elementos le eran familiares —la apagada pantalla gris, el teclado alfanumérico, las lentes y la rejilla para hablar—, algo en su disposición les daba un aspecto anticuado. Cuando sintió que podía volver a caminar unos cuantos metros sin temor de derrumbarse, Duncan se acercó cautelosamente a la mesa y se instaló pesadamente en la silla que había delante.

La marca y los números de serie estaban en el sitio acostumbrado, junto a uno de los lados de la pantalla. Sí, aquí estaba la fecha: 2183. Tenía casi cien años.

Sin embargo, aparte de que la «e» y la «a» de las teclas de contacto estaban un poco borrosas, no había prácticamente señales de desgaste. ¿Y por qué había de

haberlas, en una pieza de equipo que no tenía ninguna parte móvil?

Esto era otro elocuente recordatorio de que la Tierra era un mundo viejo, que había aprendido a conservar el pasado. La novedad por la novedad era una desdeñable reliquia de los siglos de despilfarro. Si un instrumento funcionaba satisfactoriamente, no era sustituido porque cambiase simplemente el estilo, sino solamente cuando se rompía o cuando se introducía alguna mejora fundamental en su funcionamiento. La mesa casera de comunicaciones —o consola— había alcanzado su más alto nivel tecnológico a principios del siglo XXI, y Duncan habría apostado cualquier cosa a que había unidades, en la Tierra, que habían prestado un servicio continuo durante más de doscientos años.

Y esto no era ni la décima parte de la historia de este mundo. Por primera vez en su vida, Duncan sintió una impresión casi abrumadora de inferioridad. Nunca había creído realmente que los moradores de la Tierra le mirasen como a un bárbaro surgido de la oscuridad exterior; pero, ahora, ya no estaba tan seguro.

# CAPÍTULO 18

## En la embajada

El Minisec de Duncan era un regalo de despedida que le había ofrecido Colin, y aquél no se había familiarizado aún completamente con sus mandos. En realidad, su viejo aparato funcionaba bien, y lo había dejado con cierto pesar; pero el estuche estaba manchado y gastado por el uso, y había tenido que reconocer que no habría resultado lo bastante elegante en la Tierra.

El 'Sec era el tamaño corriente de estas unidades, diseñadas para que pudiesen caber cómodamente en la mano del hombre. A primera vista, no se diferenciaba mucho de las pequeñas calculadoras electrónicas que habían empezado a ser de uso general a finales del siglo XX; sin embargo, era infinitamente más variado, y Duncan no podía imaginarse que la vida fuese posible sin él.

Dada la dimensión finita de los torpes dedos humanos, no tenía más controles que sus antepasados de hacía tres siglos. Había cincuenta pequeños botones; sin embargo, cada uno de ellos tenía virtualmente un número ilimitado de funciones, según el modo de operación, pues el carácter visible de cada botón cambiaba de acuerdo con el modo. Así, en ALFANUMÉRICO, veintiséis botones llevaban las letras del alfabeto, y diez mostraban los dígitos, desde cero hasta nueve. En MATEMÁTICAS, las letras desaparecían de los botones alfabéticos y eran substituidas por  $\times$ ,  $+$ ,  $\div$ ,  $-$ ,  $=$ , y todas las funciones matemáticas corrientes.

Otro modo era el DICCIONARIO; el 'Sec conservaba más de cien mil palabras, cuyas definiciones en tres líneas podían hacerse aparecer en la pequeña y brillante pantalla, girando página tras página, si se deseaba. El RELOJ y el CALENDARIO también empleaban la pantalla para sus exposiciones; pero, si se trataba de grandes cantidades de información, era conveniente enlazar el 'Sec con la pantalla mayor de una *comsola* normal. Esto podía hacerse a través de la conexión óptica de la unidad, una diminuta lente-Transmisora-Receptora que operaba en el campo próximo al ultravioleta. Mientras esta lente estuviese al alcance visual del correspondiente sensor de una *comsola*, las dos unidades podían intercambiar felizmente información a razón de millones de elementos por segundo. Así, cuando la memoria interna del 'Sec estaba saturada, su contenido podía verterse en un depósito mayor para su conservación permanente; o, a la inversa, se podía extraer, a través del enlace óptico, para obtener cualquier dato especial que se necesitase para una labor determinada.

Duncan lo empleaba ahora para su más sencillo objeto: como registrador de un discurso, lo cual era casi un insulto para una máquina dotada de tanto poder. Pero, ante todo, había que resolver una cuestión importante: la seguridad.

Una palabra que pudiese recordarse fácilmente y, sobre todo, que nunca se hubiese empleado en un contexto semejante, sería la clave más sencilla. Mejor aún: una palabra inexistente, que nunca podría poner accidentalmente en funcionamiento la memoria del ‘Sec.

De pronto, dio en el clavo. Había un nombre que nunca olvidaría; y si, deliberadamente, lo escribía mal...

Marcó cuidadosamente la palabra KALINDY, seguida de la serie de instrucciones que pondrían en funcionamiento la memoria. Después, desprendió el pequeño radiomicro, lo enganchó en su camisa, pronunció un mensaje de prueba y se aseguró de que la máquina sólo lo repetiría después de recibir la orden correcta.

Duncan no había llevado nunca un diario, pero había decidido hacerlo en cuanto llegase a la Tierra. En pocas semanas, conocería más gente y visitaría más lugares que en toda su vida anterior, y ciertamente pasaría por experiencias que nunca se repetirían cuando volviese a Titán. Estaba decidido a no perderse nada, pues las memorias que recogiese ahora serían de inestimable valor en los años venideros. ¿Cuántas veces repetiría —se preguntó— estas palabras de su juventud, cuando fuese viejo...?

«12 de junio de 2276. Todavía me estoy adaptando a la gravedad de la Tierra, y no creo que llegue a acostumbrarme realmente a ella. Pero ahora puedo aguantar una hora seguida, sin sentir demasiados dolores y molestias. Ayer vi un hombre que *saltaba*. Apenas si di crédito a mis ojos...

»George, que piensa en todo, me ha proporcionado un masajista. No creo que me haya servido de nada, pero ha sido una experiencia interesante.»

Duncan interrumpió la grabación, reflexionando sobre este ligero menosprecio. Estos lujos eran raros en Titán, y él no había recibido un masaje en su vida. Bernie Patras, el amable y campechano joven que le había visitado, había demostrado tener un notable (mejor dicho, sorprendente) conocimiento de la fisiología, y también le había dado muchos consejos útiles. Era especialista en el tratamiento de las personas ajenas a su mundo y tenía una receta segura contra las dolencias causadas por la gravedad: ‘Pase una hora al día flotando en un baño, al menos durante el primer mes. No deje nunca de hacerlo, por muchas que sean sus ocupaciones. Si no tiene *más remedio*, puede hacer mucho trabajo en la bañera, leyendo, dictando, etcétera. Le diré que el embajador de la Luna solía dar sus instrucciones con sólo la boca y la nariz sobresaliendo del agua. Decía que, de este modo, pensaba mejor...’.

Esto sería sin duda un espectáculo muy poco diplomático, se dijo Duncan; algo único, incluso en esta ciudad, que probablemente había visto muchas cosas.

«Hace tres días que llegué aquí, y es ésta la primera vez que he tenido la energía —y el deseo— y la oportunidad de poner orden en mis ideas. Pero juro que, de hoy en adelante, lo haré todos los días...

»La primera mañana después de mi llegada, George —que es como le llaman todos— me llevó a la Embajada, que está a unos cientos de metros del hotel. El embajador Robert Farrell se disculpó de no haber podido acudir al puerto espacial. Pero, dijo, “sabía que, con George, estaba en buenas manos; es el mejor organizador del mundo.” Después, George nos dejó, y tuvimos una larga conversación privada.

»Yo conocí a Bob Farrell en su última visita a Titán, hace tres años, y él me recordaba bien; al menos, me dio esta impresión, arte que supongo que deben dominar todos los diplomáticos. Se mostró muy amistoso y servicial, pero tuve la impresión de que me estaba sondeando y de que no me decía todo lo que sabía. Comprendo que se halla en una situación ambigua, pues, siendo natural de la Tierra, tiene que representar nuestros intereses. Esto puede ser un día causa de dificultades, pero no sé cómo podría remediarse, pues ningún nativo de Titán podría vivir en la Tierra.

»Afortunadamente, no hay problemas urgentes, ya que el Tratado del Hidrógeno no debe renegociarse hasta 2280. En cambio, yo llevaba docenas de pequeñas notas en mi libreta y le di muchos temas en que pensar. Por ejemplo: ¿Por qué no nos sirven más rápidamente nuestros pedidos de equipos? ¿No se pueden mejorar los programas de embarque? ¿Por qué falló el último intercambio de estudiantes? Y otras cuestiones de importancia galáctica. Me prometió facilitarme entrevistas con todas las personas capaces de solventar estos asuntos; pero yo le insinué que deseaba pasar algún tiempo estudiando la Tierra. A fin de cuentas, no es sólo nuestro comisionado en Washington, sino también nuestro representante en el planeta Tierra...

«Pareció muy sorprendido cuando le dije que pensaba permanecer en la Tierra casi un año; pero, de momento, pensé que era mejor no confiarle la razón principal de mi propósito, aunque estoy seguro de que no tardará en adivinarla. Cuando me preguntó discretamente sobre mi presupuesto, le expliqué que el Comité del Centenario me había ayudado mucho y que todavía conservaban los Makenzie algún dinero en el Banco Mundial, que estaba dispuesto a utilizar. “Comprendo —dijo—. El viejo Malcolm debe tener más de ciento veinte años, ¿no? Incluso en la Tierra, todo el mundo procura dejar lo menos posible al alcance del Fondo Comunitario.” Y después añadió, no muy esperanzado, que todos los saldos personales podían legarse legalmente a la Embajada para sus gastos corrientes. Le dije que esto era muy interesante y que lo tendría en cuenta...

»Se ofreció a ayudarme en mi discurso, y se lo agradecí. Cuando le dije que estaba trabajando en él, me recordó que era absolutamente necesario que tuviese redactado el borrador definitivo a finales de junio, para que todos los comentaristas importantes pudiesen estudiarlo de antemano. En otro caso, pasaría inadvertido entre toda la palabrería del Cuatro de Julio. Era éste un punto importante en el que no había pensado; pero le dije: “¿No harán exactamente lo mismo los otros oradores?”, y él me

respondió: "Claro que sí, pero yo tengo buenos amigos en los medios de información, y existe un gran interés por Titán. Ustedes siguen siendo intrépidos pioneros en el borde del Sistema Solar; están labrando una nueva civilización en un lugar salvaje. Puede que no haya aquí muchos voluntarios, pero nos gusta enterarnos de estas cosas." Entonces tuve la impresión de que íbamos a entendernos, y por esto me atreví a pincharle: "¿Quiere usted decir que es cierto... que la Tierra *está* en decadencia?" Y él me miró, haciendo una mueca, y respondió inmediatamente: "¡Oh, no! *Nosotros* no estamos en decadencia." Hizo una pausa, y añadió: "Pero lo estará la *próxima* generación." Me pregunto hasta qué punto bromeaba...

»Después, hablamos durante diez minutos de mutuos amigos, como los Helmer, los Wong, los Morgan y los Lee... Sí, parece conocer a todas las personas importantes de Titán. Por último, me preguntó por la abuela Ellen, y le dije que seguía como siempre, cosa que comprendió perfectamente. Entonces volvió George y me llevó a su casa de campo... Fue mi primera oportunidad de ver el paisaje abierto a la luz del día. Todavía estoy tratando de dominar mi emoción...»



# CAPÍTULO 19

## Mount Vernon

—No se tome demasiado en serio este programa —dijo George Washington—. Lo están cambiando todos los días. Pero sus principales compromisos, que he marcado, no sufrirán alteración. En particular los del Cuatro de Julio.

Duncan hojeó el pequeño folleto que aquél le había entregado al subir a la limusina del presidente Bernstein. Era un documento espantoso, lleno de discursos y recepciones y bailes y desfiles y conciertos. Ningún habitante de la capital dormiría mucho en los primeros días de julio, y Duncan compadeció al pobre presidente Bernstein.

Como muestra de cortesía, en este año del Centenario, no era sólo presidente de los Estados Unidos, sino también de la Tierra. Y, desde luego, no había pedido ninguno de ambos cargos; de *haberlo* hecho —o incluso de haberse sospechado semejante *faux-pas*— habría sido automáticamente eliminado. Durante el último siglo, casi todos los principales nombramientos políticos de la Tierra se habían hecho por selección de una computadora entre el caudal de individuos que reunían las cualidades necesarias. La raza humana había necesitado varios miles de años para comprender que había cargos que nunca deberían darse a las personas que los solicitaban y, en especial, si mostraban demasiado entusiasmo. Como observó un agudo comentarista político: «Queremos un presidente que tenga que ser llevado a rastras a la Casa Blanca, pero que después trabaje lo mejor que pueda, de modo que le quede tiempo para portarse bien.»

Duncan dejó el programa a un lado; ya tendría tiempo de estudiarlo más tarde. De momento, sólo tenía ojos para contemplar por vez primera el planeta Tierra en un brillante día de sol.

Y *éste* era el primer problema: jamás, en su vida, se había visto expuesto a un resplandor semejante. Aunque se lo habían advertido, todavía le pasmaba la flameante ferocidad de un sol casi cien veces más brillante que la estrella que iluminaba suavemente su propio mundo. Mientras el automóvil zumbaba automáticamente a través de los arrabales de Washington, siguió reajustando la transmisión de sus gafas oscuras para encontrar su nivel más cómodo.

Era como un niño recién nacido que viese el mundo por primera vez. Casi todos los objetos individuales de su campo visual le resultaban extraños o sólo identificables a través de los informes que había estudiado. Las impresiones caían sobre él a tal velocidad que se sentía absolutamente confuso; hasta que decidió que lo único que podía hacer era concentrarse en una sola categoría de objetos y prescindir

de todos los demás, aunque llamasen clamorosamente su atención.

Por ejemplo, los árboles. Los había a millones; pero esto lo esperaba ya. Lo que no había previsto era la enorme variedad de sus formas, tamaños y colores. Y no tenía palabras para ninguno de ellos; en realidad —según tuvo que confesarse avergonzado— no habría podido identificar siquiera los pocos árboles de su propio Parque Meridiano. Aquí estaba todo un universo complejo que era parte de la vida cotidiana para la mayoría de los hombres desde el comienzo de la Historia, y él no podía pronunciar una sola frase enjundiosa acerca de ello, por falta de vocabulario.

Después, estaban las flores. Al principio, Duncan se había sentido intrigado por las imprevistas manchas de color que percibía de vez en cuando. Las flores no eran raras en Titán; pero, generalmente, eran ejemplares de alto precio, singulares, aunque había algunos grupos de unas cuantas docenas en el Parque. Aquí, eran tan innumerables como los árboles e incluso más variadas. Y, una vez más, carecía de palabras para designarlas. Este mundo estaba lleno de cosas bellas, de las que no podía hablar. Vivir en la Tierra significaba experimentar frustraciones imprevistas...

—¿Qué es *aquello*? —exclamó de pronto.

Washington giró en redondo en su asiento, con el tiempo justo de ver una cosita que acababa de cruzar la carretera.

—Una ardilla, supongo. Hay muchas en estos bosques y, con frecuencia, se hacen atropellar. Es un problema que nadie ha podido resolver. —Hizo una pausa, y añadió amablemente—: Supongo que no había visto ninguna antes de ahora.

Duncan se echó a reír de mala gana.

—Nunca había visto *ningún* animal..., salvo el hombre.

—¿No hay ningún zoo en Titán?

—No. Lo hemos discutido durante años, pero los problemas son demasiado grandes. Y, si he de serle franco, creo que la mayoría de la gente tiene miedo de alguna desgracia... Recuerde la plaga de ratas en la colonia lunar. Sin embargo, lo que realmente nos espanta son los insectos. Si alguien se enterase de que una mosca se ha deslizado en el servicio de cuarentena, se produciría un ataque de histerismo a escala mundial. Tenemos un ambiente limpio y estéril, y queremos conservarlo como está.

—¡Hum! —dijo Washington—. No le resultará fácil adaptarse a nuestro sucio e infestado mundo. Sin embargo, muchos de los nuestros se vienen quejando desde hace un siglo de que está demasiado limpio y aseado. Desde luego, esto es una tontería; hay más salvajismo ahora que en cualquier época del último milenio.

El coche había llegado a la cima de un pequeño monte, y Duncan tuvo, por primera vez, una visión completa del terreno circundante. Podía ver al menos una extensión de veinte kilómetros, y el efecto de este espacio abierto le resultaba abrumador. Ciertamente había contemplado vistas más amplias —y mucho más

dramáticas—, en Titán; pero los paisajes de su mundo eran indefectiblemente letales, y, cuando viajaba sobre su superficie abierta, tenía que aislarse del medio hostil con todos los recursos de la tecnología moderna. Era casi imposible creer que no hubiese aquí, desde un horizonte al otro, un solo lugar donde tuviese que protegerse al aire libre y donde no pudiese respirar libremente en una atmósfera que no le quemaba los pulmones. Y este conocimiento no le producía una impresión de libertad, sino de vértigo.

Y aún era peor cuando contemplaba el cielo, tan diferente del techo bajo y carmesí de Titán. Había cruzado la mitad del Sistema Solar y, sin embargo, jamás había sentido una impresión de espacio y de distancia tan fuerte como la que experimentaba ahora, al mirar las blancas nubes que parecían sólidas y que navegaban en un abismo azul que se diría infinito. Era inútil que se dijese que estaban solamente a diez kilómetros, distancia que una nave espacial podía recorrer en una fracción de segundo. Ni siquiera los campos de estrellas de la Vía Láctea sugerían estas visiones de infinito.

Por primerísima vez se daba cuenta Duncan, al contemplar los campos y los bosques que se extendían a su alrededor bajo el cielo abierto, de la inmensidad del planeta Tierra en razón a la única medida que contaba: la escala del ser humano individual. Y ahora comprendía la enigmática observación que había hecho Robert Kleinman antes de salir para Saturno: «El espacio es pequeño; sólo los planetas son grandes.»

—Si hubiese estado usted aquí hace trescientos años —dijo su anfitrión, muy satisfecho—, habría visto el ochenta por ciento de este paisaje ocupado por casas y carreteras. Ahora, la cifra ha descendido al diez por ciento, y *ésta* es una de las zonas del continente donde hay más construcciones. Se ha necesitado mucho tiempo, pero al fin hemos limpiado los escombros que nos legó el siglo XX. Al menos, la mayor parte de ellos, pues hemos conservado algunos como recuerdo. Todavía hay un par de torres de acero intactas en Pensilvania; su visita es una experiencia educativa que no se olvida, pero que no se desea repetir.

«Uno de mis principales problemas, cuando hablo con personas de otros mundos como usted —siguió diciendo Washington con cierta tristeza, después de una pausa—, es que les explico prolijamente cosas que saben perfectamente, aunque su cortesía les impide hacérmelo notar. Hace un par de años, llevé a un estadístico de Tranquilidad por este camino y le di una brillante conferencia sobre los cambios de población en esta región de Washington-Virginia en el curso de los últimos trescientos años. Pensé que le interesaría, y así fue. Pero, si hubiese hecho debidamente mi trabajo casero, cosa que *suelo* hacer pero que, por alguna razón, olvidé en este caso, me habría enterado de que él había escrito la obra clásica sobre el tema. Cuando se marchó, me mandó un ejemplar con una amable dedicatoria.

Duncan se preguntó cuánto «trabajo casero» habría hecho George sobre él; seguramente, mucho.

—Puede estar seguro de mi total ignorancia en estas materias. Sin embargo, tendría que haberme dado cuenta de que la tecnología del fusor debe ser casi tan importante *en* la Tierra como fuera de ella.

—Este no es mi campo: pero, probablemente, tiene usted razón. Cuando se hizo más barato y más sencillo fundir una casa subterránea que construirla encima del suelo, y proveerla de pantallas de visión mejores que cualquier ventana, no es de extrañar que la superficie perdiese gran parte de su atractivo.

El gran automóvil redujo la marcha, al percibir su ordenado cerebro una salida al frente. Después, se apartó de la carretera del parque y subió velozmente por un camino estrecho cuya superficie se convirtió rápidamente en un sendero cubierto de hierba. Washington empuñó el mando manual un segundo antes de que la luz de FIN AUTOMÁTICO se encendiese en el tablero de control.

—Le llevo a la casa de campo por varias razones —dijo—. Nos esperan días muy agitados, en cuanto empiecen a llegar nuevos visitantes. Esta puede ser nuestra última oportunidad de repasar su programa en paz y tranquilidad. Además, en un lugar como éste, los forasteros pueden aprender rápidamente muchas cosas sobre la Tierra. Pero, si he de serle sincero, la verdad es que estoy orgulloso de este sitio y me gusta enseñarlo.

Ahora se acercaban a un alto muro de piedra, que se extendía varios cientos de metros en ambas direcciones. Duncan trató de calcular el trabajo que esto representaba, si todas aquellas piedras de formas irregulares habían sido acopladas a mano, como sin duda debió hacerse. La cifra era tan inverosímil que se resistió a creerla.

Y la enorme puerta era... de madera *auténtica*, pues estaba sin pintar y podía ver el grano. Al abrirse automáticamente, Duncan leyó la placa y se volvió, sorprendido, al profesor.

—Yo creía... —empezó a decir.

George Washington le miró, un poco confuso.

—Es una broma —confesó—. El verdadero Mount Vernon está a cincuenta kilómetros al sudeste de aquí. No debe dejar de verlo.

Esta última frase, pensó Duncan, se repetiría muchas veces en los meses venideros, hasta el día en que volviese a embarcar rumbo a Titán.

Dentro del recinto, el camino, ahora de gravilla bien apisonada, discurría en línea recta a través de una cuadrícula de pequeños campos. Algunos de éstos estaban arados, y un tractor trabajaba en uno de ellos, bajo control directo humano, pues un hombre estaba sentado en el asiento descubierto del conductor. Duncan tuvo la impresión de que su viaje le había llevado muy atrás en el tiempo.

—A propósito, ¿reconoce algunas de esas mieses? —preguntó el profesor.

—Temo que no... Aunque son hierbas, ¿verdad?

—Bueno, técnicamente, casi todo lo que hay aquí lo es. Las hierbas incluyen todos los cereales: cebada, arroz, maíz, trigo, avena... Nosotros cultivamos todo esto, menos el arroz.

—Pero, ¿por qué? Quiero decir, si no es por interés científico o arqueológico... ¿Puede resultar eficaz? Con este sistema, ¿no se requiere un kilómetro cuadrado para alimentar a un hombre?

—En las inmediaciones de Saturno, tal vez; pero temo que ha añadido unos cuantos ceros. En caso *necesario*, esta finca podría alimentar cómodamente a cincuenta personas, aunque su dieta sería bastante monótona.

—No tenía la menor idea. ¡Dios mío! ¿Qué es *aquello*?

—Bromea usted... ¿No lo reconoce?

—¡Oh! Ya sé que es un caballo. Pero es *enorme*. Yo pensaba que...

—Bueno, no puedo censurarle; aunque, espere a ver un elefante. Carlomagno es probablemente el caballo más grande del mundo; es un percherón y pesa más de una tonelada. Sus antepasados solían transportar caballeros armados de punta en blanco. ¿Quiere conocerle?

Duncan iba a decir: «No, no se moleste», pero no llegó a tiempo. Washington había detenido el automóvil, y la gigantesca criatura se acercaba a ellos.

Hasta este momento, la limusina había permanecido cerrada y ellos habían viajado en la comodidad del aire acondicionado. Ahora, se abrieron las ventanillas y Duncan percibió el olor de la Tierra Primitiva.

El profesor Washington se inclinó por delante de su encogido invitado y abrió una mano en la que aparecieron mágicamente dos terrones de azúcar. Igual que hubiese besado una doncella, los labios del caballo rozaron la mano de Washington, y la golosina desapareció como en un sorbo. Unos ojos dulces y amables, que, desde esta distancia, parecían grandes como puños, miraron fijamente a Duncan, el cual soltó una risita nerviosa al retirarse la aparición.

—¿Por qué lo encuentra divertido? —preguntó Washington.

—Mírelo desde *mi* punto de vista. Acabo de conocer el primer Monstruo del Espacio Exterior. Afortunadamente, era manso.

## CAPÍTULO 20

### El sabor de la miel

—¿Ha dormido bien? —preguntó George Washington, cuando salieron a la brillante luz de la mañana estival.

—Muy bien, gracias —respondió Duncan, ahogando un bostezo y lamentando que su afirmación no fuese cierta.

Esta noche había sido tan mala para él como la primera que había pasado en el *Sirius*. Solo que, allí, los ruidos eran mecánicos, mientras que, aquí, eran producidos por... cosas.

Dejar la ventana abierta había sido un grave error; pero, ¿quién podía imaginarlo?

—En esta época del año, no necesitamos aire acondicionado —le había explicado George—. Lo cual es buena cosa, ya que aquí no lo tenemos. Las autoridades querían escatimar incluso la luz eléctrica en una casa de cuatrocientos años. Si siente frío, aquí tiene varias mantas de repuesto. Primitivas, pero muy eficaces.

Duncan no había tenido frío pues la noche era deliciosamente templada. Pero también había sido muy agitada.

Había oído unos golpes lejanos que, según pensó, debía producirlos Carlomagno al trotar por el campo con sus mil kilos de músculos. También había oído chillidos y susurros al otro lado de su ventana, y un lamento agudo que terminó de pronto y que sólo podía deberse a un desgraciado animalito prematuramente aniquilado.

Al fin se quedó dormido..., pero sólo para despertar súbitamente, con la más horrible impresión que puede experimentar un hombre en la absoluta oscuridad de un dormitorio desconocido. *Algo* rondaba por la habitación.

Se movía casi sin ruido, pero con asombrosa rapidez. Producía una especie de susurro y, de vez en cuando, un fantástico zumbido, tan agudo que Duncan se preguntó al principio si era producto de su imaginación. Al cabo de unos minutos, resolvió, a pesar suyo, que era un fenómeno real. Fuese lo que fuese, aquello procedía del aire. Pero, ¿qué podía ser, una cosa capaz de moverse tan velozmente en una oscuridad total, sin chocar con los muebles y las instalaciones del dormitorio?

Al reflexionar sobre el problema, Duncan hizo lo que habría hecho cualquier hombre sensato: se cubrió la cabeza con la sábana; y, al cabo de un rato, para gran alivio suyo, el susurrante fantasma, después de unos cuantos silbidos agudos, salió y desapareció en la noche. Cuando hubo recobrado todo su valor, Duncan saltó de la cama y cerró la ventana. Pero le pareció que tardaba horas en recobrar el equilibrio de su sistema nervioso.

A la brillante luz de la mañana, sus temores parecían tan tontos como debían serlo

en realidad, y resolvió no preguntar nada a Washington sobre su visitante nocturno; sin duda había sido algún pájaro de noche o algún insecto grande. Todo el mundo sabía que no quedaban animales peligrosos en la Tierra, salvo en reservas bien guardadas.

Sin embargo, las criaturas que George parecía ahora empeñado en presentarle tenían un aspecto francamente amenazador. A diferencia de Carlomagno, poseían armas naturales.

—Supongo —dijo Washington, dudando un poco—, que reconocerá a esos animales.

—Desde luego. Conozco *un poco* la zoología terrestre. Si un animal tiene cuatro patas, y cuernos, no es un caballo, sino una vaca.

—Sólo le daré aprobado. No todas las vacas tienen cuernos. Y, a propósito, hubo un tiempo en que había caballos cornudos. Pero se extinguieron cuándo no quedaron vírgenes para llevarlos de la brida.

Duncan no había resuelto aún si se trataba de una broma, cuando otra cosa llamó vivamente su atención; algo increíble volaba en dirección a ellos.

Era muy pequeño —no debía tener más de diez centímetros de envergadura— y volaba a sacudidas y en zigzag, y a menudo parecía que iba a posarse en un arbusto o en una mata de hierba, pero cambiaba de intención en el último momento. Como una joya viva, resplandecía con todos los colores del arco iris; su belleza impresionó a Duncan como una súbita revelación. Sin embargo, se preguntó al mismo tiempo qué finalidad podía cumplir una criatura tan bella y tan exuberante..., mejor dicho, tan arrogante.

—¿Qué es? —murmuró a su compañero, mientras el animalito revoloteaba a un lado y a otro, a dos metros sobre la hierba.

—Una mariposa.

Pero Duncan casi no le oyó. Aquella iridiscente criatura, que se movía con tanta naturalidad en el aire, le hizo olvidar el terrible campo gravitacional que le tenía preso. Corrió en su dirección... con el indefectible resultado.

Afortunadamente, cayó sobre una blanda alfombra de hierba.

Media hora más tarde, sintiéndose muy cómodo pero bastante estúpido, se hallaba Duncan sentado en la antigua casa de campo, con el vendado tobillo apoyado en un taburete, mientras la señora Washington y sus dos hijas preparaban la comida. Había sido transportado como un guerrero herido, desde el campo de batalla, por dos robustos labradores que cargaban con su peso con despectiva facilidad y que —no pudo dejar de advertirlo— exhalaban un definido olor a Carlomagno.

Debía ser extraño, pensó, vivir en lo que era virtualmente un museo, aunque sólo fuese como pasatiempo. Él habría temido constantemente romper algún artefacto inestimable, como la rueca que le había mostrado la señora Washington. Al propio

tiempo, se daba cuenta de que toda esta actividad estaba llena de sentido. No había otra manera de comprender perfectamente el pasado, y todavía había muchas personas en la Tierra que consideraban atractivo este estilo de vida. La veintena de trabajadores de la finca, por ejemplo, vivían permanentemente aquí, en verano y en invierno. En realidad, le resultaba difícil imaginárselos en otro ambiente, incluso después de bien restregados.

Pero la cocina era inmaculada, y salía de ella un olor muy agradable. Duncan pudo reconocer muy pocos de sus ingredientes, pero uno de ellos era inconfundible, aunque lo olía por primera vez en su vida. Era la deliciosa fragancia del pan recién cocido.

Todo irá bien, aseguró a su todavía un poco inquieto estómago. Tenía que prescindir del hecho innegable de que todo lo que se pondría en la mesa había crecido del polvo y del estiércol, y no de la síntesis de limpios productos químicos en una fábrica inmaculada.

Durante un momento de mareante angustia, hasta que Washington le tranquilizó, había temido que le sirviesen verdadera carne. Por lo visto, ésta se vendía aún en el mercado y no había ninguna ley que lo prohibiese, aunque se habían realizado muchos intentos en este sentido. Los que se oponían a la Prohibición alegaban que los esfuerzos de imponer legalmente la moral eran siempre contraproducentes; si se prohibía la carne, todo el mundo querría comerla, aún a costa de marearse. Y, a fin de cuentas, era una perversión que no perjudicaba a nadie... De ninguna manera, replicaban los prohibicionistas; causaría un daño irreparable a innumerables animales inocentes y resucitaría el asqueroso comercio del carnicero. Y el debate proseguía, sin que se viese el final.

Confiando en que la comida le ofrecería misterios, pero no horrores, Duncan resolvió hacer todo lo posible por pasarlo bien. En conjunto, lo consiguió; probó valientemente todo lo que le presentaron, rechazando un tercio después del primer bocado, tolerando otro tercio y apreciando el resto sin reservas. En realidad, nada le disgustó del todo; pero algunos platos tenían aromas demasiado extraños y complejos para que le atrajesen desde el primer momento. Por ejemplo, el queso, que era para él una novedad absoluta. Había unas seis clases diferentes, y las probó todas. Pensó que, con un poco de esfuerzo, las dos últimas variedades podían llegar a entusiasmarle. Pero esto podía ser una mala idea, pues sería sumamente difícil persuadir a los químicos dietéticos de Titán de que introdujesen nuevos programas en sus sintetizadoras.

Algunos productos eran muy conocidos; al parecer, las patatas y los tomates sabían casi igual en todo el Sistema Solar. Los conocía ya como productos de lujo de las granjas hidropónicas, pero nunca le habían entusiasmado mucho, pues el kilo costaba varios solares.



El plato fuerte fue..., digamos, interesante. Era algo llamado empanada de bistec y riñón, y tal vez la infortunada denominación hizo que no le gustase, a pesar de que sabía muy bien que el contenido era a base de soja rica en proteínas. Washington le había confesado que era el único artículo no producido en la casa pues la tecnología necesaria para su confección era demasiado complicada.

El postre no fue ningún problema; consistía en una gran variedad de frutas, la mayoría de ellas desconocidas de Duncan, incluso de nombre. Algunas eran insípidas; otras, muy agradables; pero pensó que todas eran perfectamente inofensivas. Las fresas le gustaron mucho, aunque rechazó la crema que le ofrecieron para acompañarlas, cuando descubrió, gracias a un discreto interrogatorio, su exacta procedencia.

Se sentía alegremente satisfecho, cuando la señora Washington le brindó una sorpresa final: una cajita, de madera, conteniendo un trozo de panal de miel. Duncan recordó que el término panal se aplicaba a ciertas estructuras ligeras; pero se necesitaba una *volte-face* mental para comprender que aquello era el artículo genuino, original, confeccionado por insectos de la Tierra.

—Hemos empezado a criar abejas —explicó el profesor—. Son unas criaturas fascinantes, aunque todavía no estamos seguros de que valgan la pena. Creo que le gustará esta miel; pruébela sobre esta corteza de pan tierno.

Sus anfitriones le observaron ansiosamente mientras extendía el dorado fluido, que, según pensó, parecía aceite lubricante. Confió en que el sabor fuese mejor que el aspecto, aunque ahora estaba ya dispuesto a casi todo.

Hubo un largo silencio. Después, tomó otro bocado... y otro.

—¿Y bien? —preguntó George, al fin.

—Es... delicioso; una de las cosas más ricas que jamás he probado.

—Lo celebro muchísimo —dijo la señora Washington—. George, no te olvides de enviar un poco al hotel, para el señor Makenzie.

El señor Makenzie siguió comiendo el pan y la miel, muy despacito. Su rostro mostraba una expresión remota y abstraída, que sus complacidos anfitriones atribuían al mero placer gastronómico. Jamás habrían podido adivinar la verdadera razón.

Duncan no había sentido nunca un interés especial por la comida, ni había hecho ningún esfuerzo por probar las ocasionales novedades que se importaban en Titán. Las pocas veces que le habían obligado a catarlas, no le habían gustado; todavía hacía muecas al recordar una famosa golosina a la que llamaban caviar. Por consiguiente, estaba completamente seguro de que nunca en su vida había probado la miel.

Sin embargo, la reconoció en seguida; y esto era sólo la mitad del misterio. Como esos nombres que tenemos en la punta de la lengua y que resisten nuestros esfuerzos por captarlos, el recuerdo de aquel primer encuentro se mantenía justo por debajo del nivel de su conciencia. Había ocurrido hacía mucho tiempo..., pero, ¿dónde y

*cuándo?* Durante un fugaz momento, casi se tomó en serio la idea de la reencarnación. Tú, Duncan Makenzie, fuiste criador de abejas en alguna vida anterior en la Tierra...

Tal vez se equivocaba al pensar que conocía aquel sabor; alguna filtración casual entre circuitos mentales podía haber provocado la asociación. Y sin embargo, no podía tratarse de algo baladí.

Estaba convencido; fuese lo que fuese, la cosa era muy importante.

# CAPÍTULO 21

## Calindy

El paquete había sido entregado en la habitación de Duncan, mientras éste estaba en una conferencia. Era un cilindro pequeño y cuidadosamente envuelto, de unos quince centímetros de alto y diez de ancho, y él no se imaginaba lo que podía contener.

Lo sopesó varias veces; era bastante pesado, pero no tanto como para ser de metal macizo. Lo golpeó y oyó un ruido sordo y sin vibraciones.

Abandonó las fútiles especulaciones y abrió el sobre que estaba adherido al cilindro.

Mt. Vernon Farm

Querido Duncan:

Lamento el retraso, pero sufrimos un pequeño accidente. A Carlomagno se le ocurrió pisotear las colmenas una noche. Afortunadamente —o desgraciadamente, según el punto de vista—, nuestras abejas no pican. Sin embargo, la producción sufrió graves daños.

Recordando su reacción de aquel día, Clara y yo pensamos que tal vez le gustaría este recuerdo de su visita.

Cordialmente,  
George.

Son muy amables, pensó Duncan. Quitó el envoltorio y descubrió un frasco transparente de plástico, lleno de un líquido dorado. El mecanismo de cierre de la tapa le desconcertó al principio —tenía que empujarse hacia abajo y *apretarse* para poder abrirlo—, pero después de unos minutos de frustrados esfuerzos, consiguió abrirlo.

El olor era delicioso, y, una vez más, había algo familiar en él. Igual que un niño pequeño, no pudo resistir la tentación de meter un dedo y lamer la punta.

Algún circuito mental atrasado empezaba a funcionar; en lo más recóndito de su memoria, el sentido más primitivo —y más poderoso— abría puertas que habían permanecido cerradas durante años.

Su cuerpo recordó antes que su mente. Y, al relajarse satisfecho, en un cálido ambiente de sensualidad puramente animal, todo volvió a su memoria.

La miel sabía como Calindy...

Desde luego, más pronto o más tarde, se habría puesto en contacto con ella. Pero quería ajustar el tiempo y sentirse en la Tierra como en su casa, en la medida de lo posible. Así se lo había dicho; pero no era ésta la única razón.

La porción lógica de su mente no quería que volviese a sumergirse en el torbellino que le había engolfado cuando era un muchacho. Pero, en cuestiones del corazón, la lógica salía siempre perdiendo. A la larga, sólo podía decir: «Ya te lo dije...» Pero, entonces, era demasiado tarde.

Él había conocido el cuerpo de Calindy, pero entonces era demasiado joven para conocer su amor. Ahora era un hombre... y Karl no podía detenerle.

Lo primero que tenía que hacer era localizar a Calindy; se sentía un poco desilusionado de que ella no hubiese intentado ponerse en contacto con él, ya que la noticia de su llegada había tenido mucha publicidad. ¿Era por indiferencia, o por un estado de cierta turbación? Tenía que ser por esto último.

Duncan se dirigió a la consola, y la pantalla se animó al pulsar él el botón de EN MARCHA. Esto era, desde luego, un milagro jamás soñado por ningún poeta, una cajita mágica abierta a todos los mares, a todas las tierras. A través de esta ventana podía verse todo lo que el hombre había descubierto sobre el universo y todas las obras de arte salvadas de los estragos del tiempo. Todas las bibliotecas y museos que jamás hubiesen existido podían canalizarse hasta esta pantalla y los millones de pantallas semejantes distribuidas sobre la faz de la Tierra. Incluso el hombre más insensible tenía que sentirse abrumado por la idea de que se podía hacer funcionar una consola durante un tiempo equivalente a miles de vidas..., sin obtener más que unas muestras de los conocimientos guardados en los bancos de memoria que permanecían por triplicado en cavernas separadas, más seguras que cualquier depósito de oro. Por adecuada ironía del destino, dos de estos complejos enterrados habían sido antaño centros de control de misiles nucleares.

Pero, ahora, nada le importaba a Duncan esta herencia de la humanidad; su objetivo era mucho más modesto. Sus dedos pulsaron la palabra INFO, y la pantalla respondió inmediatamente:

SÍRVASE CONCRETAR LA CATEGORÍA

01. General
02. Ciencia
03. Historia
04. Arte
05. Diversión
06. Geografía

- 07. Guía de la Tierra
  - 08. Guía de la Luna
  - 09. Guía de los Planetas
- etcétera, hasta más de treinta rúbricas.

Al pulsar el 07, Duncan no pudo dejar de recordar su primera confrontación con el sistema terrestre de consola. Las categorías eran casi las mismas que en Titán; pero el botón de ACCIÓN estaba al lado izquierdo del teclado, y esta posición desacostumbrada había hecho que se olvidase de pulsarlo. Por consiguiente, nada ocurrió durante cinco segundos; después, apareció una joven muy linda en la pantalla y dijo, en una voz tan dulce que Duncan habría podido escuchar eternamente: «Parece que está usted en dificultades. ¿Ha recordado pulsar ACCIÓN?»

Él se la quedó mirando hasta que se desvaneció con una deslumbradora sonrisa de gato de Cheshire que quedó flotando en su memoria. Pero, aunque repitió cinco veces seguidas la misma falta, la joven no reapareció. Cada vez era una chica diferente. Bueno, se dijo; probablemente, todas murieron hace años.

Cuando apareció la GUÍA DE LA TIERRA, le pidieron que diese nombre y apellido, número personal y última dirección conocida: región, país, provincia y clave postal. Y aquí estaba el problema; nada había sabido de Calindy desde hacía cinco años y nunca había conocido su número personal. E incluso le costaba recordar su apellido; si éste hubiese sido Smith o Wong o Lee, todos sus esfuerzos habrían sido inútiles.

Marcó ELLERMAN, CATHERINE LINDEN, y una serie de NO LO SÉ. La consola preguntó: ¿QUÉ INFORMACIÓN DESEA? Duncan respondió:

DIRECCIÓN Y NÚMERO DE VÍDEO: ACCIÓN.

¿Y si Calindy hubiese cambiado de nombre? No era probable; no era de esas mujeres capaces de dejarse dominar por un hombre, aunque estableciese con uno de ellos una relación duradera. Duncan podía imaginar que el hombre cambiase de nombre, pero no ella.

Apenas había completado este pensamiento cuando, para su sorpresa, la pantalla anunció:

ELLERMAN, CATHERINE LINDEN

Atlántico Norte

Nueva York

Personal: 373:496:000:000

Vídeo: 99:373:496:000:000

La rapidez con que el sistema había localizado a Calindy era tan sorprendente que transcurrieron varios segundos antes de que otras dos cosas, aún más sorprendentes, fuesen registradas por la mente de Duncan.

La primera era que Calindy había conseguido una identificación personal de — literalmente— uno entre un millón; la segunda, de que había podido incorporarla a su número Vídeo. Algo que Duncan habría creído imposible; el propio Karl había tratado de conseguirlo una vez, y había fracasado. Las facultades de persuasión de Calindy habían sido siempre muy notables, pero ahora se dio cuenta de que no las había apreciado en todo su valor.

Bueno, ella estaba aquí; no sólo en este planeta, sino también en este continente, a sólo quinientos kilómetros de distancia. Sólo tenía que marcar aquel número, y podría volver a ver aquellos ojos que tantas veces le habían sonreído desde la burbuja estéreo.

Sabía que lo haría; esto era indudable. Sin embargo, vaciló, en parte saboreando el momento de expectativa, y en parte preguntándose lo que le diría. Todavía no había decidido esto último, cuando, casi impulsivamente, pulsó los catorce dígitos que abrían el camino del pasado.

Duncan no la habría reconocido, si se hubiesen encontrado en la calle; había olvidado el efecto que podían producir varios años de gravedad terrestre. Durante largos segundos, contempló la imagen, incapaz de hablar. Por último, ella rompió el silencio, con una voz ligeramente impaciente:

—Diga. ¿Qué desea?

Antes de responder, Duncan sintió la necesidad de respirar de nuevo.

—Calindy —dijo—, ¿no te acuerdas de mí?

La expresión de los lustrosos ojos cambió imperceptiblemente. Después, Duncan percibió la sombra de una sonrisa, aunque parecía un tanto cansada. Sé razonable, se dijo; es imposible que te reconozca, después de quince años. ¿A cuántos miles de personas habrá conocido en este tiempo, en este mundo atareado y lleno de gente? (¿Y a cuántos amantes, desde Karl?)

Pero ella le sorprendió, como de costumbre.

—Claro que sí, Duncan. ¡Cuánto me alegro de verte! Sabía que estabas en la Tierra y me preguntaba cuándo me llamarías.

Él se sintió un poco confuso, que era tal vez lo que ella pretendía.

—Perdóname —dijo—. He estado terriblemente ocupado. Las fiestas del Centenario, ¿sabes?

Mientras miraba fijamente la pantalla, las recordadas facciones fueron surgiendo poco a poco en aquella persona extraña que le contemplaba a su vez. El impacto de los años no era tan grande como él había presumido: buena parte de lo que le parecía desconocido era puramente artificial. Ella se había cambiado el color del cabello, que ya no era negro, sino castaño y con mechones de oro. El óvalo de la cara era el mismo, y la piel marfileña seguía siendo inmaculada. Cuando se olvidó de la imagen de la burbuja estéreo, pudo ver que seguía siendo Calindy, más madura e incluso más

deseable.

También vio que estaba en una oficina llena de gente, con figuras borrosas que iban y venían a su alrededor y que, ocasionalmente, le tendían fajos de documentos. Sin saber por qué, nunca se había imaginado a Calindy como un atareado ejecutivo; pero estaba completamente seguro de que, si este papel se le había metido en la cabeza, debía representarlo con éxito total. En todo caso, era evidente que éste no era momento para tiernos arrumacos; lo más que podía esperar era concertar una cita a la mayor brevedad posible.

Había hecho todo el trayecto desde Saturno; por consiguiente, no habría de resultarle muy difícil recorrer unos cuantos kilómetros entre Washington y Nueva York. Pero, por lo visto, existían problemas; incluso tuvo la impresión de que había cierta vacilación, cierta renuencia, por parte de Calindy. Esta consultó una agenda bastante complicada, le dio varias fechas y pareció ligeramente aliviada cuando Duncan comprobó que coincidían con sus propios compromisos.

Empezaba a sentirse muy descorazonado, cuando ella exclamó de pronto:

—Espera un momento. ¿Estás libre el viernes próximo?

—Creo que sí. Sí, puedo arreglarlo.

Faltaba casi una semana; tendría que tener paciencia.

—¡Magnífico!

Una lenta y maliciosa sonrisa se dibujó en el rostro de la mujer y, por un instante, resucitó la antigua Calindy.

—Es perfecto, lo *más* adecuado... No habría podido arreglarlo mejor, si me lo hubiese propuesto.

—Arreglado, ¿*qué*? —preguntó Duncan.

—Ponte en contacto con los Van Hyatt en este número; están en las afueras de Washington..., y haz *exactamente* lo que ellos te digan. Diles que Enigma les pide que te acompañen, como mi invitado personal. Son muy simpáticos y te gustarán. Y ahora tengo que cortar; nos veremos la próxima semana. —Hizo una pausa momentánea y añadió, precavidamente—: Debo advertirte que estoy tan ocupada que no podremos estar mucho tiempo juntos. Pero te prometo... que disfrutarás con la experiencia.

Duncan la miró, vacilante. A pesar de sus seguridades, se sentía desorientado; y también le fastidiaba verse metido en algo que no podía controlar. Los Makenzie organizaban siempre a los demás..., para bien de éstos, desde luego, aunque la víctima no estaba siempre de acuerdo. Esta inversión del procedimiento corriente le hacía sentirse inquieto.

—Iré —dijo, lanzándose de cabeza—. Pero, al menos, dime de qué se trata.

Calindy le dedicó aquella terca y pequeña *moue* que él recordaba tan bien.

—No —le respondió, con firmeza—. Violaría la norma de mi organización, y ni

siquiera la vicepresidente puede hacerlo.

—¿Qué organización?

—¿De veras no lo sabes? —dijo ella, con sonrisa de gran satisfacción—. Pensaba que el nombre de Enigma era bastante conocido, pero esto mejora aún las cosas. Cualquiera habitante de la Tierra te dirá nuestro eslogan... —Se interrumpió un segundo, para recoger unos documentos que le tendía un apresurado auxiliar—. Adiós, Duncan, *tengo* que cortar. Hasta pronto.

—¡Vuestro eslogan! —casi gritó él.

Ella le lanzó un beso con la punta de los dedos.

—Pregunta a los Van Hyatt. Adiós.

La pantalla se oscureció.

Duncan no llamó inmediatamente a los Van Hyatt; esperó unos minutos, para lograr una completa descompresión emocional, y llamó a su anfitrión y consejero.

—George —dijo—. ¿Ha oído usted hablar de la Asociación Enigma?

—Sí, desde luego. ¿Qué le interesa de ella?

—¿Conoce su eslogan?

—Nosotros asombramos.

—¿Eh?

Washington repitió la frase, lenta y cuidadosamente.

—Bueno, el asombrado soy yo. ¿Qué significa?

—Podría decirse que son contertulios muy refinados, o empresarios que trabajan sobre una base sumamente individual. Cuando uno se aburre y quiere novedades, acude a ellos. Confían mucho en el elemento sorpresa. Pero, ¿cómo se enteró de su existencia? ¡Confío en que no *estará* aburrido!

Duncan se echó a reír.

—No he tenido tiempo para este lujo. Pero acabo de hablar con una antigua amiga que, por lo visto, es vicepresidente de la organización, y que me ha invitado a reunirme con un grupo el próximo viernes. ¿Me aconseja que vaya?

—Sea cual fuere el programa al que le haya invitado, será tranquilo e inofensivo. Sus probabilidades de supervivencia son excelentes.

—Gracias —dijo Duncan—. Es cuanto quería saber.

Cuando, un poco más tarde, se presentó a los Van Hyatt, éstos le dieron unos cuantos detalles más. Eran una pareja amable pero bastante estirada, de edad madura, lo cual resultaba bastante tranquilizador.

—Según las instrucciones —dijo Bill van Hyatt—, debemos reunirnos en el Río Hudson y llevar trajes viejos. También dicen: «Se proporcionarán cascos en caso necesario.» Me pregunto para qué diablos servirán.

Duncan tomó las medidas necesarias para poder acudir a la cita en la orilla del río el viernes siguiente, se inscribió y, después, se preguntó si habría obrado bien.



Pasó algún tiempo antes de que advirtiese de pronto una curiosa omisión por parte de Calindy, una omisión que le sorprendió y le entristeció al mismo tiempo: no le había preguntado por Karl.

## CAPÍTULO 22

### El fantasma del fondo del mar

A lo largo de la ribera del río, había muchas pequeñas villas y tiendas y cafés, así como docenas de pequeños muelles donde estaban atracadas embarcaciones de placer. Aunque los transportes marítimos no existían virtualmente desde hacía más de dos siglos, el agua seguía ejerciendo una fascinación irresistible sobre una buena parte de la raza humana. Incluso ahora, un vapor de ruedas pintado con vivos colores, cargado de curiosos, navegaba junto a la orilla de New Jersey; Duncan se preguntó si sería auténticamente antiguo o sólo una reconstrucción moderna.

Los Hyatt condujeron a Duncan hacia un enorme medio cilindro traslúcido, de más de trescientos metros de longitud, colocado junto a la orilla. Parecía una estructura provisional, temporal, pues contrastaba —tanto por su tamaño como por su aspecto— con el estudiado buen gusto de todo cuanto lo rodeaba.

Junto con otros que formaban sin duda parte del grupo Enigma, entraron en un pequeño edificio auxiliar, tan parecido a la cámara de embarque de una estación aérea que era fácil imaginar que se dirigían al espacio. Y realmente, *era* una especie de estas cámaras, pues había en ella trajes de protección, impermeables, botas de caucho y... los cascos que tanto habían intrigado a Bill van Hyatt. En un curioso silencio expectante, con sólo unas cuantas fugaces sonrisas provocadas en cada uno por el cambiado aspecto de los demás, recorrieron el pasadizo interior.

Duncan había esperado ver un barco. En esto, al menos, no se sorprendió. Pero se quedó absolutamente pasmado al ver sus dimensiones: casi llenaba la enorme estructura que lo envolvía. Sabía que, en los últimos tiempos, los petroleros habían sido gigantescos, pero no tenía la menor idea de que los barcos de pasajeros hubiesen sido tan descomunales. Y saltaba a la vista, por el número de tragaluces y de cubiertas, que aquel buque había sido construido para transportar personas y no mercancías.

La galería de observación donde se hallaban estaba al mismo nivel de la cubierta principal, un poco delante del puente. A la derecha, Duncan pudo ver un grande pero truncado mástil y un laberinto de grúas, tornos, ventiladores y escotillas, sucediéndose hasta la proa. Mirando a la izquierda, en dirección a la oculta popa del barco, se extendía una pared de acero que parecía interminable, salpicada de centenares de tragaluces. Y, elevándose majestuosamente sobre todo aquello, había tres enormes chimeneas que casi tocaban el techo curvo de la estructura envolvente. Su distancia relativa indicaba claramente que faltaba una cuarta chimenea.

Había otras muchas señales de daños sufridos por el buque. Las ventanas estaban

rotas, parte del suelo de las cubiertas había sido arrancado, y, cuando Duncan examinó el casco, hacia abajo, pudo ver una enorme plancha de metal, de al menos cien metros de longitud, justo debajo de la línea de flotación.

Sólo entonces pudo juntar todas las piezas del rompecabezas. El acontecimiento se había producido cuando él no era más que un chico de un mundo lejano; pero todavía recordaba haber leído la noticia de que el *Titanic*, a los trescientos cincuenta años de su viaje inaugural, había llegado al fin al puerto de Nueva York.

«Nunca construyeron otro barco como éste; marcó el final de una época, de una época de riqueza y elegancia que fue aniquilada, sólo dos años más tarde, por la primera guerra mundial. ¡Oh, sí! Construyeron barcos más veloces y más grandes, en el medio siglo que transcurrió antes de que los viajes aéreos cerrasen para siempre aquel capítulo. Pero ninguno rivalizó jamás en lujo con el que ustedes están viendo ahora. Su pérdida llenó de aflicción a muchos corazones.»

Duncan lo creía; aquello le parecía un sueño. El magnífico Gran Salón, con sus grandes espejos, sus columnas doradas y su alfombra, donde los pies se hundían hasta el tobillo, eran de una opulencia superior a cuanto hubiese podido imaginar, y el sofá en el que se arrellanó le hizo casi olvidar la gravedad de la Tierra. Sin embargo, lo más increíble era que todo lo que veía y tocaba había yacido tres siglos y medio en el fondo del Atlántico.

No se había dado cuenta, hasta entonces, de que el mar profundo era casi tan eterno cómo el espacio. «Todos los daños —había explicado el guía— se produjeron en la primera mañana. Cuando el barco se hundió, dos horas y media después de que el témpano de hielo abriese un boquete en el casco de estribor, lo hizo de proa y casi verticalmente. Todos los objetos sueltos cayeron hacia delante, hasta ser detenidos por los mamparos, cuando no atravesaron éstos. Por milagrosa suerte —y esto les dará una idea de su soberbia construcción—, los tres motores permanecieron en su sitio; si se hubiesen desprendido, el casco habría sufrido tales daños que jamás habríamos podido recuperarlo.

»Pero, cuando hubo llegado al fondo, a tres kilómetros de profundidad, permaneció a salvo, a pesar de los siglos. El agua está allí a sólo dos grados sobre cero; la combinación del frío y la presión impide la oxidación y la descomposición. En los frigoríficos, encontramos carne tan fresca como cuando salió de Southampton, el 10 de abril de 1912, y todo lo que estaba en conserva o embotellado sigue en perfectas condiciones.

»Cuando hubimos remendado el barco —un trabajo simple, aunque se necesitó un año para tapar todos los agujeros y reforzar los puntos débiles—, expulsamos el agua con los cohetes fríos de impulso cero inventados por el servicio de recuperación en mares profundos. Naturalmente, las condiciones meteorológicas tenían una importancia esencial; por fortuna, hubo una predicción ideal para el 15 de abril de

2262, y así, el barco volvió a la superficie a los trescientos cincuenta años de su naufragio. Las condiciones eran idénticas: calma chicha, temperatura por debajo de cero. Y, aunque les cueste creerlo, ¡tuvimos que esquivar un iceberg cuando empezábamos a remolcarlo!

»Así, pues, lo trajimos a Nueva York, lo llenamos de nitrógeno para evitar la oxidación, y dejamos que se secase poco a poco. Esto no tenía ningún problema: los arqueólogos submarinos han conservado barcos diez veces más antiguos que el *Titanic*. Fue sólo el *volumen* del trabajo lo que nos costó catorce años y nos costará al menos diez más. Hay que clasificar miles de piezas de mobiliario roto y trasladar cientos de toneladas de carbón, casi todo él a mano.

»A veces nos preguntan: ¿por qué lo hacen ustedes? ¿Por qué gastan años de trabajo y millones de solares en recuperar el pasado? Pues bien, puedo darles algunas razones prácticas. Este barco es parte de nuestra historia; estudiándolo, podemos comprendernos mejor nosotros mismos, y nuestra civilización. Alguien dijo una vez que un barco hundido es una cápsula del tiempo, porque preserva todos los artefactos de la vida cotidiana, tal como eran cuando se emplearon por última vez. Y el *Titanic* fue símbolo crucial de toda una sociedad, momentos antes de que ésta empezase a descomponerse.

»Tenemos el camarote de John Jacob Astor, con todos los valiosos efectos personales que el hombre más rico de su tiempo llevaba a Nueva York. Habría podido comprar doce veces el *Titanic*. Y tenemos la caja de herramientas que llevaba Pat O'Connor al embarcar en Queenstown, con la esperanza de encontrar una vida mejor en una tierra que nunca llegaría a ver. Tenemos incluso los cinco soberanos que había conseguido ahorrar, después de muchísimos años de calamidades.

»Estos son los dos extremos; entre ellos, tenemos todos los estilos de vida: un tesoro inestimable para el historiador, el economista, el artista, el ingeniero. Pero, aparte de todo ello, este barco tiene una magia que ha mantenido su nombre actual a lo largo de los siglos. La historia del primero y último viaje del *Titanic* ha sido repetida de generación en generación, para que el hombre no olvide las acciones del destino y de la suerte.»

Duncan estaba tan absorto que, de momento, no reconoció a la mujer que acababa de entrar en el Gran Salón y estaba de pie junto a una de las adornadas puertas.

Incluso con el casco y el amorfo impermeable de plástico que la cubría desde el cuello hasta los pies, Calindy parecía apuesta y elegante. Él se levantó y avanzó en su dirección, prescindiendo de las miradas de sus acompañantes. Sin decir palabra, abrió los brazos, la estrechó en ellos y la besó en la boca. No era tan alta como la recordaba, o tal vez él había crecido, porque tuvo que inclinarse.

—¡Bueno! —exclamó ella, cuando logró desprenderse—. ¡Después de quince años...!

—No has cambiado lo más mínimo.

—Embustero. Pero deseo haber cambiado. A los veintiún años, era una rapaza irresponsable.

La chispeante conversación se interrumpió de pronto; los dos se miraron, y también les miraron todos los que estaban en el Gran Salón. Estoy seguro, pensó tristemente Duncan, que se imaginan que somos viejos amantes. Si al menos fuese verdad...

—Duncan, *dahrling*..., perdón, siempre empiezo a hablar como a principios del siglo XX cuando estoy aquí... Señor D. Makenzie, ten la bondad de excusarme unos minutos, mientras hablo con mis otros invitados. Después, podremos recorrer juntos el barco.

Él la observó mientras iba deliberadamente de un grupo a otro, verdadera encarnación de la administradora eficaz, asegurándose de que todo discurría según lo proyectado. ¿Representaba otro de sus papeles, o era ésta la verdadera Calindy, si era que existía esta criatura?

Volvió al cabo de cinco minutos, seguida de todos sus sumisos asociados.

—Duncan, te presento al comandante Innes, que sabe más de este barco que sus propios constructores. Él nos lo mostrará.

Mientras se estrechaban la mano, Duncan dijo:

—Me ha gustado muchísimo su explicación. Siempre es estimulante conocer a un verdadero entusiasta.

Durante la hora siguiente, exploraron las entrañas del barco, y Duncan se alegró de llevar aquellas prendas protectoras. Todavía había barro y petróleo en la cubierta G, y varias veces se dio de cabeza con escaleras y tuberías de ventilación inesperadas. Pero el esfuerzo y las incomodidades valían la pena, pues sólo de esta manera podía apreciar debidamente toda la habilidad y todo el ingenio que se habían invertido en esta ciudad flotante. Lo más conmovedor de todo fue tocar los retorcidos pétalos de acero muy por debajo de la línea de flotación, a estribor, e imaginar las heladas aguas que habían penetrado a través de ellos en aquella trágica noche.

Estaba rendido cuando remontó el alfabeto, desde la cubierta G a la A (el comandante Innes aseguró que, algún día, volverían a funcionar los ascensores), y se sintió dichoso cuando se sentaron a comer en el Salón de Fumar de Primera Clase.

Cuando trató de concertar con Calindy otra cita en circunstancias menos febriles, ella se mostró curiosamente evasiva. No era que estuviese arisca, pues parecía sinceramente contenta de verle. Pero *algo* la preocupaba y hacía que se mantuviese a distancia. Casi como si alguien le hubiese advertido que él podía traer gérmenes letales de Titán a la Tierra. Todo lo que pudo conseguir de ella, antes de que se despidiesen, fue una vaga promesa de que se pondría al habla con él «en cuanto termine la temporada»..., fuese lo que fuere esto.

Los miembros de Enigma no le habían defraudado; en cambio, su vicepresidente le había dejado turbado y triste. Duncan reflexionó sobre el problema durante la media hora de viaje hasta Washington, en el metro que funcionaba en el vacío. (Afortunadamente, los Van Hyatt se habían quedado en Nueva York... No le habría gustado su compañía, en su actual estado de ánimo.)

Se daba cuenta de que nada podía hacer. Si, como cualquier galán enfermo de amores, se empeñaba en atosigar a Calindy, no haría más que empeorar las cosas. Sólo el tiempo podía resolver ciertos problemas, si era que éstos podían tener solución.

Tenía mucho que hacer; se olvidaría de Calindy...

Con un poco de suerte, durante una hora, de vez en cuando.

## CAPÍTULO 23

### Akenaton y Cleopatra

Sir Mortimer Keynes estaba sentado en su sillón, en Harley Street, y miraba con interés clínico a Duncan Makenzie, al otro lado del Atlántico.

—Con que es usted el último de los famosos Makenzie. Y quiere asegurarse de que no será el postrero.

Era una declaración, más que una pregunta. Duncan no respondió, sino que siguió observando al hombre que, en un sentido casi literal, era su creador.

Mortimer Keynes tenía bastante más de ochenta años y el aspecto de un león un tanto tosco y decrepito. Tenía cierto aire de autoridad, pero también de resignación e indiferencia. Después de ser, durante medio siglo, el primer cirujano genético de la Tierra, ya no esperaba ninguna sorpresa de la vida; pero aún no había perdido todo su interés en la comedia humana.

—Dígame —prosiguió—, ¿por qué ha venido personalmente de Titán? ¿Por qué no se limitó a enviar las necesarias muestras biotípicas?

—Tenía cosas que hacer aquí —respondió Duncan—. Aparte de la invitación para el Centenario. Era una oportunidad demasiado buena para desperdiciarla.

—De todos modos, habría podido enviar las muestras anticipadamente. Ahora tendrá que esperar nueve meses... Es decir, si quiere llevarse a su hijo.

—Esta visita fue concertada de un modo inesperado, en un plazo muy breve. En todo caso, dispongo de tiempo. Es mi única oportunidad de ver la Tierra. Dentro de diez años, no podría soportar su gravedad.

—¿Por qué es tan importante producir otro Makenzie, garantizado al cien por ciento?

Probablemente, Colin se había encontrado en idéntica situación con Keynes; pero esto había sido treinta años atrás, y sabía Dios cuántos miles de *clonings* había realizado el cirujano desde entonces. Sin duda no lo recordaba siquiera; pero, por otra parte, debía tener registros detallados, y, probablemente, los estaba comprobando en este mismo instante, en el tablero montado sobre su mesa.

—Para contestar *esta* pregunta —dijo pausadamente Duncan—, tendría que explicarle primero la historia de Titán durante los últimos setenta años.

—No creo que sea necesario —le interrumpió el cirujano, resiguiendo rápidamente con la mirada lo que se exponía en su tablero oculto—. Es una vieja historia; sólo varían los detalles según las épocas. ¿Ha oído usted hablar de Akenaton?

—¿De quién?

—¿Y de Cleopatra?

—¡Oh, sí! Fue una reina egipcia, ¿no?

—Una reina de Egipto, pero no egipcia. Amante de Antonio y de César. El último y más grande Tolomeo.

¿Qué diablos tiene que ver esto conmigo?, pensó atolondradamente Duncan. No era la primera vez, ni sería la última, que se sentía abrumado por la enjundia y la complejidad de la historia de la Tierra. Sin duda Colin, a quien tanto interesaba el pasado, habría comprendido la intención de Keynes; pero Duncan estaba completamente desorientado.

—Me refiero al problema de la sucesión. ¿Cómo puede uno asegurarse de que su dinastía continuará después de su muerte, en la línea que *uno* desea? Desde luego, es imposible garantizarlo; pero se pueden aumentar las probabilidades dejando una copia exacta de uno mismo...

»Los Faraones egipcios realizaron un intento heroico en este sentido, lo más que se podía hacer sin contar con la ciencia moderna. Como pretendían ser dioses, no podían casarse con mortales y, por esto, se casaban los hermanos con sus hermanas. De estos matrimonios, salían a veces genios, pero también fenómenos, y en el caso de Akenaton, ambas cosas a la vez. Sin embargo, continuaron la tradición durante más de mil años, hasta que terminó con Cleopatra.

»Si los Faraones hubiesen sido capaces de clonizarse, sin duda lo habrían hecho. Habría sido la solución perfecta, que habría evitado el problema del matrimonio entre consanguíneos. Pero esto crea otros problemas. Como los gérmenes no se mezclan, se para el reloj de la evolución. Y esto significa el final de todo progreso biológico.»

¿A dónde quiere ir a parar?, se preguntó Duncan, con impaciencia. La entrevista no se desarrollaba en el sentido que él había proyectado. Había parecido bastante sencillo establecer las condiciones, tal como habían hecho Colin y Malcolm, tres y siete décadas atrás, respectivamente. Pero ahora parecía que el hombre que había hecho más *clonings* que nadie en la Tierra estaba tratando de disuadirle de su propósito. Se sentía confuso y desorientado, y también un poco enojado.

—No tengo nada que objetar al *cloning* —siguió diciendo el cirujano—, *siempre* que esté combinado con una restauración genética, caso que, como sin duda sabe, no se da en usted. Cuando fue clonizado de... Colin, fue un simple intento de perpetuar la dinastía. No implicaba ninguna curación; sólo política y vanidad personal. ¡Oh!, estoy seguro de que sus dos predecesores están convencidos de que lo hicieron por el bien de Titán, y es posible que tengan toda la razón. Pero lamento decirle que he renunciado a representar el papel de Dios. Lo siento, señor Makenzie. Y ahora, discúlpeme... Le deseo una agradable visita. Adiós.

Duncan se quedó mirando fijamente y con la boca abierta la vacía pantalla. Ni siquiera tuvo tiempo de despedirse, y menos de dar recuerdos de Colin al hombre que



los había creado a los dos.

Estaba sorprendido, desorientado y... dolido. Sin duda podría arreglar el asunto con otras personas, pero no se le había ocurrido siquiera ir a un lugar distinto de su punto de origen. Se sentía como un hijo repudiado por su padre.

Aquí había un misterio; y, de pronto, en un destello de intuición, Duncan pensó que había encontrado la solución. Sir Mortimer se había clonizado... y la cosa había salido mal.

La teoría era ingeniosa y no carecía de cierta verdad poética. Pero se daba el caso de que era equivocada.

## CAPÍTULO 24

### Juegos de sociedad

Era buena cosa para Duncan el sentirse cada vez menos pasmado ante las ostentosas manifestaciones de cultura. Impresionado, sin duda alguna; pero abrumado... ¡no! Un complejo de inferioridad colonial demasiado fuerte le habría impedido divertirse en esta recepción.

Había asistido a otras fiestas desde su llegada, pero ésta era, con mucho, la más importante. Estaba patrocinada por la Sociedad Geográfica Nacional... —no, *esto* era mañana—... por la Fundación Congresional, fuese ésta lo que fuere, y había al menos mil invitados deambulando por los salones de mármol.

—Si el techo se derrumbase ahora sobre nuestras cabezas —oyó decir a alguien, con bastante afectación—, la Tierra empezaría a correr sin rumbo fijo, como un pollo sin cabeza.

No parecía haber ningún peligro de un desastre semejante: la Galería Nacional de Arte se había mantenido en pie durante casi cuatrocientos años. Desde luego, muchos de sus tesoros eran mucho más antiguos; nadie hubiese podido valorar las pinturas y esculturas que se exhibían en sus salones. La *Ginevra de Benci* de Leonardo, el milagrosamente recobrado bronce de *David* de Miguel Ángel, el *Willie Maugham, Esq.* de Picasso, la *Aurora Marciana* de Levinski, eran sólo las más famosas entre las maravillas que había reunido durante siglos. Duncan sabía que podía estudiarlas una a una, con mayor detalle, por medio de hologramas; pero no era lo mismo. Aunque las copias podían ser técnicamente perfectas, éstos eran los originales, eternamente únicos; los fantasmas de los artistas muertos desde hacía largo tiempo vagaban por los salones. Cuando volviese a Titán, podría jactarse ante sus amigos: «Sí; he estado a un metro de un Leonardo auténtico.»

También divertía a Duncan pensar que, en su mundo, nunca podría moverse entre una multitud semejante, sin que nadie le reconociese. Dudaba de que hubiese aquí diez personas que le conociesen de vista. Todavía era, como había observado certeramente George Washington, una de las grandes celebridades desconocidas en la Tierra. Y así permanecería, salvo enojosas contingencias, hasta que se dirigiese al mundo el día 4 de julio. Y tal vez incluso después de esto.

Sin embargo, su identidad podía ser fácilmente descubierta, menos por individuos muy cortos de vista; pues llevaba una insignia en la que se leían, en grandes caracteres, las palabras DUNCAN MACKENZIE, TITÁN. Le había parecido inoportuno protestar por la ortografía; como Malcolm, había renunciado hacía tiempo a discutir sobre esto.

En Titán, estos rótulos habrían sido completamente innecesarios; aquí, eran esenciales. Los adelantos de la microelectrónica había relegado al olvido dos problemas que, hasta finales del siglo XX, habían sido virtualmente insolubles: en una fiesta realmente importante, ¿cómo saber quién estaba allí, y cómo localizar a una persona dada? Cuando Duncan se presentó en recepción, se encontró ante un gran tablero que contenía centenares de nombres. En él quedaba registrada la lista de invitados, o mejor dicho, de aquellos invitados que querían que se conociese su presencia. Pasó varios minutos estudiándola, y eligió media docena de posibles objetivos. Desde luego, George estaba allí, y también el embajador Farrell. Inútil buscarles, pues los veía todos los días.

Al lado de cada nombre, había un botón y una diminuta lámpara. Si se apretaba el botón, la insignia del invitado emitía un zumbido sólo lo bastante fuerte para que lo oyese él mismo, y su lucecita empezaba a lanzar destellos.

Entonces, tenía dos alternativas. Podía disculparse con el grupo en el que estaba y dirigirse a la zona de citas central. Cuando llegaba a ella, en un tiempo que podía oscilar entre un minuto y media hora después de la señal, según el número de encuentros *en route*, el que le había citado podía estar allí, o podía haberse hartado de esperar.

La otra alternativa era apretar un botón de la propia insignia, que cortaba la señal. Entonces, la luz del tablero tenía un brillo continuo, informando a todo el mundo que el llamado no quería que le molestasen. Sólo el inquisidor más terco, o mal educado, no haría caso de esta advertencia.

Aunque algunas anfitrionas encontraban este sistema demasiado mecánico y frío, y no lo habrían empleado a ningún precio, era en realidad deliberadamente imperfecto. Cualquiera que quisiese pasar inadvertido podía dejar de recoger su rótulo, y se presumiría que no había acudido. Para ayudar a este engaño, había una serie de distintivos falsos, y el consiguiente protocolo era de ritual. Si se veía una cara conocida sobre un insignificante JOHN DOE o MARY SMITH, había que hacerse el distraído. En cambio, un JESUCRISTO o un JULIO CÉSAR eran fácilmente asequibles.

Duncan no creyó necesario conservar el anónimo; le gustaba entablar relación con quienes quisiesen conocerle; por consiguiente, dejó su distintivo en situación de funcionamiento, mientras daba un repaso al bien abastecido *buffett* y se retiraba después a una mesita. Aunque ahora podía soportar la gravedad de la Tierra mucho mejor de lo que antes había creído posible, todavía aprovechaba todas las oportunidades de permanecer sentado. Y, en este caso, tal posición era esencial incluso para los moradores de la Tierra, a menos que tuviesen la habilidad de sostener tres platos y una copa con dos manos.

Había sido uno de los primeros en llegar —era una manía de la que no pudo

curarse durante toda su estancia en la Tierra—, pero, cuando hubo terminado de mordiscar todas aquellas desconocidas golosinas, el salón estaba ya bastante lleno. Entonces, decidió circular entre los otros invitados, para que no le tomaran por lo que realmente era: un forastero perdido y solitario.

No trató de fisgonear *deliberadamente*; pero los Makenzie tenían un oído muy fino, y los terrícolas —al menos los que iban a las fiestas— parecían empeñados en difundir la mayor información posible. Como un electrón suelto en un semiconductor, Duncan fue de un grupo a otro, cambiando ocasionalmente unas palabras de saludo, pero sin entretenerse nunca más de un par de minutos. Le gustaba su papel de observador pasivo, y el noventa por ciento de las conversaciones que oía eran insignificantes o aburridas. Pero no todas...

«*Odio* estas fiestas, ¿y usted?»

«Dicen que es el único juego auténtico de muebles hinchables antiguos del mundo. Desde luego, no está permitido *sentarse* en ellos».

«... comprar a uno cincuenta y vender a uno ochenta. ¿Puede usted creer que antaño había hombres que se pasaban *toda* la vida haciendo esto?»

«La ambición de Bill es morir a los doscientos años, asesinado de un tiro por una mujer celosa.»

«¿Cómo marcha la Revolución? Si necesitan más dinero del Comité de Medios y Recursos, hágamelos saber.»

«La comida debería tomarse en píldoras, cumpliendo la voluntad de Dios...»

«¿Hay alguien en este salón que *no* se haya acostado con ella?»

—Bueno, tal vez esa estatua de Zeus.»

—«Estoy preparando una instancia para salvar las zonas desiertas de la Luna.

—Pensaba que era el Cinturón Van Allen.

—¡Oh! Esto fue el año *pasado*.»

Al llegar a este punto, la insignia de Duncan empezó a zumbar suavemente. De momento, se sintió sorprendido; había olvidado completamente que formaba parte de un sistema de fichas. Miró a su alrededor, buscando el punto de reunión, que no se había preocupado de averiguar donde estaba. Al fin, descubrió una discreta pancarta en la que se leía: L-S AQUÍ, POR FAVOR. Inútil decir que estaba en el extremo opuesto del salón y que tardó cinco minutos en abrirse paso entre la multitud.

Media docena de completos desconocidos le esperaban ilusionados debajo de la pancarta; observó en vano sus caras, buscando alguna señal de reconocimiento. Pero, cuando empezó a leer los nombres, un hombre salió del grupo y se acercó a él con las manos extendidas.

—Señor Makenzie, ha sido usted muy amable al venir. Sólo le robaremos unos pocos minutos de su tiempo.

Por amarga experiencia, Duncan sabía que esta era una promesa falsa muy

corriente en la Tierra. Miró recelosamente al que había hablado, tratando de valorarle y de adivinar lo que se proponía. Lo que vio era bastante tranquilizador: un hombrecillo pulcro, con perilla, que vestía el tradicional *shervani* chino-indio, abrochado hasta el cuello. No parecía un latoso ni un fanático; pero éstos raras veces parecían lo que eran.

—A su disposición, señor... Mandel'stahn. ¿En qué puedo servirle?

—Había intentado ponerme al habla con usted... Por pura casualidad vi su nombre en la lista... Sabía que sólo podía haber *un* Makenzie... ¿Qué significa la D? ¿Donald, Douglas, David...?

—Duncan.

—¡Ah, sí! Sentémonos en aquel diván... Estaremos más tranquilos... Además, adoro aquel cuadro de Winslow Homer, *Fair Wind*, aunque la técnica es muy tosca... Casi se pueden oler los peces que se deslizan alrededor de la barca... Bueno, ¿no es una coincidencia? ¡Tiene *exactamente* cuatrocientos años de antigüedad! ¿No cree que las coincidencias son fascinadoras? Las he estado coleccionando durante toda la vida.

—Nunca había pensado en esto —respondió Duncan, sintiéndose ya un poco inquieto.

Temía que, si tenía que escuchar demasiado rato al señor Mandel'stahn, empezaría a hablar también a sacudidas. ¿Qué quería aquel hombre? Y, a propósito, ¿había manera de descubrir las intenciones de una persona cuyas frases parecían obedecer a impulsos desordenados?

Afortunadamente, en cuanto se hubieron sentado, el señor Mandel'stahn se mostró mucho más coherente. Lanzó a su alrededor una mirada recelosa, para asegurarse de que nadie podía oírles, salvo los pescadores de Winslow Homer, y prosiguió su charla en un tono de voz completamente distinto.

—Prometí robarle sólo unos minutos. Aquí tiene mi tarjeta, donde figura mi número. Sí; digo que soy comerciante de antigüedades, pero este título encubre muchos pecados. Mi interés principal está en las piedras preciosas: tengo una de las colecciones privadas más importantes del mundo. Y ahora, probablemente, habrá adivinado por qué ansiaba conocerle.

—Prosiga.

—*Titanita*, señor Makenzie. No hay más que una docena de fragmentos en toda la Tierra, cinco de ellos en los museos. Ni siquiera el Smithsonian tiene una muestra, y su Conservador de Gemas, aquel hombre alto que está allí, lo lamenta *enormemente*. Supongo que sabe usted que la titanita es uno de los pocos materiales que no pueden imitarse.

—Así lo tengo entendido —respondió cautelosamente Duncan.

El señor Mandel'stahn había puesto en claro su interés, aunque no sus

intenciones.

—Por consiguiente, comprenderá usted que si se presentase súbitamente un caballero moreno y cornudo, entre una nube de humo, con un contrato de venta de varios gramos de titanita, a cambio de mi firma escrita en sangre, no perdería un momento en leer la letra menuda.

Duncan no sabía exactamente lo que significaba «cornudo», aunque captó en seguida la imagen general y respondió con un indiferente movimiento de cabeza.

—Bueno, algo de esto ha ocurrido durante los últimos tres meses, aunque, naturalmente, no de un modo tan espectacular. Le diré, confidencialmente, que se me ha acercado un comerciante que dice tener titanita en venta, en lotes de hasta diez gramos. ¿Qué le parecería a usted?

—Lo miraría con gran recelo. Probablemente es una falsificación.

—No se puede falsificar la titanita.

—¿Ni... sintetizarla?

—Ya había pensado en esto... Es una idea interesante, pero se habrían tenido que hacer tantos descubrimientos científicos *en alguna parte*, que no habría podido mantenerse en secreto. No sería un trabajo fácil, como la manufactura de diamantes. Nadie tiene la menor idea de cómo puede producirse la titanita. Hay al menos cuatro teorías que demuestran que es imposible.

—¿La ha visto alguna vez?

—Naturalmente; el fragmento del Museo de Historia Natural de Nueva York, y el bello ejemplar del Museo Geológico de South Kensington.

Duncan se abstuvo de añadir que había un ejemplar aún mejor en el Hotel de Centenario, a menos de diez kilómetros de allí. Hasta que se aclarase el misterio y supiese algo más acerca del señor Mandel'stahn, debía reservarse esta información. No creía que fuese probable una visita de ladrones, pero habría sido una tontería arriesgarse innecesariamente.

—No acabo de ver en qué puedo servirle. Si está seguro de que la titanita es auténtica y de que no ha sido adquirida ilegalmente, ¿cuál es su problema?

—Simplemente, esto. No todo lo raro es valioso..., pero todo lo valioso es raro. Si alguien ha descubierto unos cuantos kilos de titanita, ésta se convertirá en otra piedra preciosa ordinaria, como el ópalo, el zafiro o el rubí. Naturalmente, no quiero hacer una gran inversión, si hay peligro de que el precio descienda súbitamente.

Vio la expresión burlona de Duncan y se apresuró a añadir:

—Desde luego, ahora que no existe el móvil del beneficio, hago esto por afición. Lo que más me preocupa es mi reputación.

—Comprendo. Pero, si se hubiese realizado tal hallazgo, estoy seguro de que me habría enterado. Mi Gobierno habría sido informado de ello.

Las cejas del señor Mandel'stahn se elevaron perceptiblemente.

—Tal vez sí. Y tal vez no. Sobre todo si fue encontrada... fuera del planeta. Me refiero, naturalmente, a las teorías que sostienen que no es indígena de Titán.

Desde luego está bien informado, se dijo Duncan. En realidad, estoy seguro de que sabe mucho más que yo acerca de la titanita...

—Supongo que se refiere a la teoría de que puede haber yacimientos mayores en las otras lunas, ¿no?

—Sí. De hecho, se han detectado indicios en Japeto.

—No lo sabía; pero sólo me habría enterado si se hubiese producido un hallazgo importante. Lo cual supongo que es lo que usted sospecha.

—Entre otras cosas.

Durante unos segundos, Duncan sopesó en silencio esta información. Si era cierta —y no había motivos para pensar que Mandel'stahn estuviese mintiendo—, su deber de funcionario de la administración de Titán era investigar el asunto. Pero lo que menos deseaba ahora era hacer trabajos extraordinarios, sobre todo si podían producir embrolladas complicaciones. Si algún operario astuto hacía contrabando de titanita, Duncan preferiría permanecer en una dichosa ignorancia. Tenía cosas más importantes en que ocuparse.

Tal vez Mandel'stahn comprendió la razón de su vacilación, pues añadió en voz baja:

—La suma involucrada puede ser muy grande. *A mí*, esto no me interesa, naturalmente...; pero la mayoría de los Gobiernos se muestran muy agradecidos con los que descubren algún fraude en sus ingresos. Me encantaría poder ayudarle a merecer esta gratitud.

Te comprendo perfectamente, dijo Duncan para sus adentros, y esto hace mucho más atractiva la proposición. No conocía las leyes de Titán sobre estas materias, e incluso si había alguna recompensa, sería falta de tacto su reclamación por parte del Ayudante Especial del Primer Administrador. Pero su labor sería mucho más fácil, si —como presumía tristemente— se veía obligado a pedir más solares terrestres antes de dar por terminada su estancia.

—Le diré lo que voy a hacer —dijo a Mandel'stahn—. Mañana enviaré un mensaje a Titán e iniciaré investigaciones, desde luego muy discretas. Si descubro algo, se lo haré saber. Pero no confíe demasiado... o nada en absoluto.

Mandel'stahn pareció muy satisfecho con este ofrecimiento, y se despidió con afectadas muestras de gratitud. Duncan decidió que también era hora de que abandonase la fiesta; había estado más de dos horas en pie, y todas sus vértebras empezaban ahora a protestar al unísono. Mientras se dirigía a la salida, buscó con la mirada a George Washington y logró descubrirle —a pesar de su baja estatura— sin tener que acudir al sistema de nombres.

—¿Todo bien? —le preguntó George.

—Sí; he pasado un rato muy interesante. Y he conocido a un tipo muy curioso que dice ser experto en piedras preciosas.

—Ivor Mandel'stahm. ¿Qué quería de usted el viejo zorro?

—¡Oh! Información. Me mostré amable, pero poco comunicativo. ¿Puedo tomarle en serio y confiar en él?

—Ivor es el mejor experto en piedras preciosas del mundo. Y, en *esta* materia, está fuera de toda sospecha. Puede confiar absolutamente en él.

—Gracias. Es cuanto quería saber.

Media hora más tarde, de regreso en su hotel, Duncan abrió el estuche y sacó la serie de pentóminos que le había regalado la abuela; ni siquiera los había tocado desde su llegada a la Tierra. Cuidadosamente, levantó la cruz de titanita y la sostuvo contra la luz...

La primera vez que había visto la gema había sido en casa de la abuela Ellen, y sabía exactamente la fecha del acontecimiento. Calindy estaba con él; por consiguiente, él debía tener entonces dieciséis años. No podía recordar cómo lo había conseguido; dada la antipatía que sentía la abuela por los extraños (e incluso por los parientes), aquella visita debió ser un gran éxito diplomático. Recordaba que Calindy había mostrado gran interés en conocer a la famosa anciana y deseado traer consigo a sus amigos; pero esta última petición había sido rotundamente denegada.

Era uno de los días en que el sistema coordinado de Ellen Makenzie coincidía con el del mundo exterior, y trató a Calindy como si ella estuviese realmente allí. Indudablemente, el hecho de que tuviese una novedad para exhibir debió influir mucho en su desacostumbrada campechanía.

No era el primer ejemplar de titanita que se había descubierto, pero sí el segundo o el tercero, y el mayor hasta la fecha, con una masa de casi quince gramos. Tenía una forma irregular, y Duncan comprendió que la cruz que sostenía ahora debió ser tallada de ella. En aquellos tiempos, nadie pensaba que la titanita tuviese un gran valor; era sólo una curiosidad.

La abuela había pulido una sección de unos pocos milímetros y colocado la muestra en un microscopio binocular, haciendo incidir en ella un rayo de luz pseudo-blanca de un láser tricromático. La mayor parte de la iluminación de la estancia había sido apagada, pero puntos refractados y reflejados, muchos de ellos separados en sus tres colores componentes, brillaban fijos en lugares inesperados del techo y las paredes. Podía haber sido el cuarto de un mago o la celda de un alquimista; y, en cierto modo, lo era. Probablemente, en épocas remotas, Ellen Makenzie habría sido tenida por una bruja.

Calindy miró a través del microscopio durante largo rato, mientras Duncan esperaba más o menos impaciente. Después, murmuró: «Es hermoso. ¡Nunca había visto algo parecido!», y se apartó de mala gana...



Un pasillo exagonal de luz se perdía en el infinito, marcado por millones de puntos resplandecientes en una disposición perfectamente geométrica. Cambiando el foco, Duncan podía deslizarse por este pasillo sin llegar nunca al final. ¡Era increíble que semejante universo pudiese estar encerrado dentro de un trozo de piedra de un milímetro de grueso!

El más ligero cambio de posición, y el brillante exágono se desvanecía; dependía críticamente del ángulo de iluminación, así como de la orientación del cristal. Si se perdía, incluso las hábiles manos de la abuela tardaban minutos en volver a encontrarlo.

—Es algo único —había dicho, entusiasmada (Duncan no la había visto nunca tan alegre)— y para lo que no tengo explicación; sólo media docena de teorías. Ni siquiera estoy segura de que estamos viendo una estructura real, o una especie de *moiré* en tres dimensiones, si es que esto es posible.

Esto había sido quince años atrás, y, en este tiempo, cientos de teorías habían sido formuladas y destruidas. Sin embargo, se admitía generalmente que la extraordinariamente perfecta estructura en celosía de la titanita tenía que haber sido producida por una combinación de bajísimas temperaturas y una ausencia total de gravedad. Si esta teoría era correcta, no podía haberse originado en ningún planeta ni mucho más cerca del Sol que la órbita de Neptuno. Partiendo de esto, algunos científicos habían elaborado una teoría sumamente complicada de «cristalografía interestelar».

Pero se habían hecho sugerencias todavía más fantásticas. Algo tan extraño como la titanita, forzosamente tenía que despertar el afán especulativo de Karl.

—No creo que sea natural —había dicho una vez a Duncan—. Un material como éste no puede producirse *espontáneamente*. Es obra de una civilización superior, como... ¡oh!, una de tus memorias de cristal.

Duncan se había sentido impresionado; era una de esas teorías que parecían lo bastante locas para ser verdad, y, con intervalos de varios años, siempre salía alguien que la «redescubría». Pero, como el asunto seguía debatiéndose furiosamente sin llegar a ninguna conclusión, el público perdió pronto su interés; sólo los geólogos y los gemólogos seguían encontrando en la titanita una fuente de inagotable fascinación..., como Mandel'stahn acababa de demostrar.

Los Makenzie cumplían siempre sus promesas, incluso en las cuestiones más triviales. Lo primero que haría Duncan por la mañana sería enviar un mensaje a Colin. No había prisa; y suponía —y medio esperaba— que con esto terminaría el asunto.

Con gran delicadeza, volvió a colocar la cruz de titanita en su sitio, entre los pentóminos F, N, U y V. Un día *sacaría* un apunte de la configuración.

Si las piezas se caían de la caja, tardaría horas en volver a meterlas.

## CAPÍTULO 25

### Los rivales

Después de su choque con Mortimer Keynes, Duncan se lamió las heridas en silencio durante varios días. No tenía ganas de discutir el asunto con sus acostumbrados confidentes, George Washington y el embajador Farrell. Y, aunque no dudaba de que Calindy sabría todas las soluciones —o tardaría poco en encontrarlas—, también vacilaba en llamarla. El instinto, más que la lógica, le decía que podía no ser una buena idea. Escudriñando en su corazón, Duncan tuvo que confesarse tristemente que, aunque ciertamente deseaba a Calindy, y quizás incluso la amaba, no confiaba en ella.

La sección «Clasificada» de la consola no le sirvió de gran cosa; cuando pidió información sobre servicios de clonación, obtuvo varias docenas de nombres que nada significaban para él. No le sorprendió ver que Keynes no estaba ya en la lista; cuando comprobó la ficha personal del cirujano, apareció en la pantalla la palabra «Retirado». Si lo hubiese descubierto antes, se habría ahorrado un mal rato; pero, ¿quién habría podido suponerlo?

Como tantos problemas, éste se resolvió inesperadamente por sí solo. Estaba gruñendo bajo las manipulaciones de Bernie Patras, cuando se dio súbitamente cuenta de que la persona que podía ayudarle estaba precisamente aquí, pulverizándole con despiadada habilidad.

Un hombre puede tener secretos para su criado, pero no para su masajista. Duncan había establecido una cordial y alegre relación con Bernie, sin distraerle de su terapéutica profesional, gracias a la cual no sólo podía moverse, sino que cobraba gradualmente vigor.

Bernie era un chismoso inveterado, lleno de historias escandalosas; pero Duncan había observado que nunca revelaba nombres y que estaba tan celoso de sus fuentes como cualquier reportero. A pesar de su garrulería, podía confiarse en él; y tenía también una buena *entré*e en la profesión médica. Era exactamente el hombre que le hacía falta.

—Tendría que hacerme un favor, Bernie.

—Con mucho gusto. Dígame sólo si se trata de chicos o de chicas, y cuántos quiere, y, más o menos, de que formas y tamaños. Los detalles corren de mi cuenta.

—*Esto* es serio. Sabe que soy un clone, ¿no?

—Sí.

Duncan lo había presumido; no era uno de los secretos que se guardaban mejor en el Sistema Solar.

—Bien. ¿Ha oído hablar de Mortimer Keynes?

—¿El cirujano genético? Claro que sí.

—¡Bravo! Fue el hombre que me clonizó. Pues bien, el otro día le llamé, sólo para... saludarle. Y se comportó de un modo extraño; en realidad, casi con rudeza.

—¿Le llamó usted «Doctor»? A veces, esto no gusta a los cirujanos.

—No. Al menos, creo que no. No hubo en ello nada personal. Sólo trató de decirme que el clonig es mala cosa, y que es contrario a él. Tuve la impresión de que debía disculparme por existir.

—Comprendo sus sentimientos. ¿En qué puedo servirle? Mis honorarios son bastante elevados, pero puedo hacerle una rebaja.

—Antes de llegar a *esto*, debería investigar algo entre sus amigos médicos. Me gustaría mucho saber por qué Sir Mortimer cambió de idea..., suponiendo que alguien conozca la razón.

—Lo averiguaré, no tema; aunque puedo tardar unos días.

A Bernie le satisfizo visiblemente el encargo; también resultó que su cálculo había sido pesimista, pues llamó a Duncan a la mañana siguiente.

—No hay problema —dijo en tono triunfal—. Todo el mundo conoce la historia. Yo mismo hubiese debido recordarla. ¿Está listo para grabar? Ahí van unos cuantos kilorrecortes del *World Times*...

La tragicomedia había tenido resonancias hacía quince años, y durante varios meses en todos los servicios de noticias de la Tierra, y todavía se hablaba de ella de vez en cuando. Era un viejo cuento, tan viejo como la historia humana, en una u otra forma. Duncan había leído apenas unos párrafos cuando pudo imaginarse todo lo demás.

El brillante pero ya viejo cirujano tenía un joven ayudante, no menos brillante que él y que, si todo seguía su curso natural, sería su sucesor. Juntos habían conocido triunfos y fracasos, y su relación había sido tan estrecha que el mundo los consideraba casi como una sola persona.

Entonces habían disputado sobre una nueva técnica inventada por el joven. Este sostenía que no era necesario esperar los inmemoriales nueve meses entre la concepción y el nacimiento, ya que controlaban todo el proceso. Si se tomaban ciertas precauciones para salvaguardar la salud de la madre adoptiva humana que gestaba el óvulo fecundado, no había razón para que la preñez hubiese de durar más de dos o tres meses.

Inútil decir que esta teoría había llamado mucho la atención; incluso se hablaba alegremente de «clones instantáneos». Mortimer Keynes no había discutido las teorías de su colega, pero había censurado todo intento de llevarlas a la práctica. Con un conservadurismo que algunos consideraban curiosamente inadecuado, sostenía que la Naturaleza había fijado los nueve meses por alguna razón y que la raza

humana debía respetarlos.

Muchos críticos se apresuraron a observar que, habida cuenta de que el clonning violentaba el proceso normal de reproducción, esta actitud parecía bastante extraña. Esto sólo sirvió para aumentar la obstinación de Sir Mortimer, y, leyendo entre líneas, Duncan tuvo la casi completa seguridad de que las objeciones que hacía el cirujano no eran las verdaderas. Por alguna razón desconocida, y probablemente imposible de conocer, había experimentado una crisis de conciencia; ahora no se oponía solamente al acortamiento del período de gestación, sino también a todo el procedimiento del clonning.

Naturalmente, el joven estaba en total desacuerdo con él. La disputa se había hecho más y más virulenta, y había ganado también en publicidad, al ser atizada por los buscadores de sensaciones, deseosos de ver un buen combate. Después de un fallido intento de reconciliación, la sociedad se disolvió y los dos hombres no volvieron a hablarse. Uno de los mayores problemas de los congresos médicos del último decenio había sido asegurarse de que no coincidiesen en ninguna sesión.

Este había sido el fin de la carrera activa de Mortimer Keynes; la famosa clínica que había fundado cerró sus puertas aunque él conservó su consultorio de Harley Street, donde hacía todavía algunos reconocimientos. Su ex socio, que tenía el notable don de conseguir fondos públicos y privados, no tardó en establecer una nueva base, donde continuó sus experimentos.

Mientras Duncan leía, con creciente curiosidad y excitación, se daba cuenta de que éste era el hombre que necesitaba. Más tarde decidiría si quería someterse a la técnica de clonning a gran velocidad; lo interesante era saber que la opción existía y que, si lo deseaba, podría regresar a Titán varios meses antes de lo previsto.

Ahora sólo tenía que localizar al ex colega y sucesor de Sir Mortimer. Afortunadamente, no tenía que buscarle sólo por el nombre, pues éste aparecía, en una u otra forma, medio millón de veces en la Guía Mundial. Le bastaba con consultar la Sección Clasificada.

Y así descubrió Duncan, en una pequeña isla de la costa oriental de África, a El Hadj Yehudi ben Mohammed.

Acababa de tomar las medidas oportunas para volar a Zanzíbar, cuando llegó una pequeña bomba de Titán. Llevaba el número de identidad de Colin, pero Duncan no le encontró ningún sentido hasta que se dio cuenta de que el mensaje estaba cifrado con la clave privada de los Makenzie. Incluso después de traducirlo dos veces por medio de su Minisec, su contenido le pareció bastante misterioso.

«Prioridad aaa seguridad aaa

No consta ningún embarque titanita registrado oficina de recursos últimos dos años posible infracción Leyes de Hacienda si venta privada en solares convertibles no aprobada por Banco de Titán persistentes rumores importante descubrimiento en Luna exterior pido Helmer investigue informaré lo antes posible Colin.»

Duncan leyó varias veces el mensaje sin ninguna reacción inmediata. Después, poco a poco, las piezas del rompecabezas empezaron a formar nuevas figuras y surgió un nuevo esquema, que no gustó en manera alguna a Duncan.

Naturalmente, Colin se habría dirigido a Armand Helmer, Interventor de Recursos, pues la exportación de minerales caía bajo su jurisdicción. Además, Armand era geólogo; en realidad, había descubierto personalmente un trozo de titanita, del cual estaba muy orgulloso.

¿Era concebible que el propio Armand estuviese comprometido? Esta idea cruzó por la mente de Duncan, pero la alejó inmediatamente. Conocía a Armand de toda la vida y, a pesar de sus muchas diferencias políticas y personales, no creyó ni un momento que el Interventor se comprometiese en ninguna ilegalidad, y menos en materia propia de su Oficina. ¿Y con qué finalidad? ¿Sólo para acumular unos cuantos miles de solares en algún banco de la Tierra? Armand era ahora demasiado viejo y demasiado susceptible a la gravedad para volver a la Tierra, y no era hombre capaz de vulnerar la ley por un motivo tan trivial como importar objetos de lujo de la Tierra. En especial cuando estas trapacerías eran siempre descubiertas, más pronto o más tarde; los contrabandistas nunca podían resistir la tentación de mostrar sus tesoros. Y entonces, era otra adquisición para el paupérrimo Museo de Titán, mientras el delincuente se veía excluido de los mejores círculos durante un mes como mínimo.

No; Armand podía ser descartado. Pero, ¿y su hijo? Cuanto más pensaba Duncan en esta posibilidad, más verosímil le parecía. No tenía ninguna *prueba*; sólo una serie de hechos que apuntaban todos en una dirección.

Veámoslos: Karl había sido siempre un joven atrevido y aventurero, dispuesto a correr riesgos, si pensaba que los motivos eran suficientes. De chico, disfrutaba violando los reglamentos..., salvo, naturalmente, las normas básicas de seguridad que ningún residente de Titán se habría atrevido jamás a desafiar.

Si se había descubierto titanita en uno de los otros satélites, Karl debía encontrarse en una situación excelente para aprovecharse de ello. En los últimos tres años, había intervenido en media docena de inspecciones Titán-Tierra. Que Duncan supiese, era uno de los pocos hombres que habían estado en Encélado, Tetis, Dione, Rea, Hiperión, Japeto, Artemis, Cronos y Prometeo. Y ahora estaba en el remoto Mnemósine.

Duncan se imaginaba ya la seductora y plausible escena. Karl podía haber hecho

él mismo el descubrimiento; indudablemente, habría visto todas las muestras que llegaban a bordo de la nave de inspección, y su conocida suerte habría hecho lo demás. Lo más seguro sería que el verdadero descubridor no se hubiese enterado siquiera de su hallazgo; pocas personas habían visto titanita en bruto, y no era fácil identificarla antes de ser pulimentada.

Entonces, habría sido sencillo enviar un paquetito a la Tierra, tal vez en una de las naves de abastecimiento que ni siquiera tocaban en Titán. (¿Cuál sería entonces la situación legal? Podía ser un asunto espinoso. Titán tenía jurisdicción sobre los demás satélites *permanentes*, pero su autoridad sobre los temporales, como Artemis y Cia., seguía estando en tela de juicio. Incluso era posible que no se hubiese quebrantado ninguna ley...)

Pero esto eran meras especulaciones. No tenía la menor prueba sólida. En realidad, ¿por qué había pensado en Karl en este contexto?

Releyó el mensaje, que todavía aparecía en el monitor de la consola: «Importante descubrimiento en luna exterior pido Helmer...». *Esto* era lo que había provocado su línea de pensamiento. Culpa por asociación, quizás; la yuxtaposición podía ser pura coincidencia. Pero los Makenzie podían leer sus respectivos pensamientos, y Duncan sabía que la fraseología era deliberada. No había necesidad de que Colin mencionase a Helmer; le enviaba una primera señal de alerta.

Era ridículo acumular especulaciones, pero Duncan no pudo resistir la tentación de avanzar un paso más. Presumiendo que Karl estuviese comprometido..., ¿cuál era la razón?

Karl podía arriesgarse, podía cometer incluso pequeñas ilegalidades, pero siempre lo hacía por buenas razones. Si —y este «si» seguía siendo enorme— trataba de acumular fondos en la Tierra, debía perseguir un objetivo de largo alcance.

El más evidente era el establecimiento de una base de poder... precisamente como estaba haciendo Duncan.

Debe tener un agente aquí, alguien en quien pueda confiar plenamente. No sería difícil; Karl conoce a cientos de habitantes de la Tierra...

—¡Oh, Dios mío! —jadeó Duncan—. *Esto* lo explica todo...

Se preguntó si debería cancelar su viaje a Zanzíbar; no, esto tenía prioridad sobre todo, menos sobre el discurso que había venido a pronunciar y por el que había recorrido mil millones de kilómetros. En todo caso, no veía qué más podía hacer en Washington, hasta que tuviese más noticias de casa.

Todavía discurría sobre meras presunciones, sin un átomo de prueba. Pero un sentimiento frío y mortal inundaba su corazón; y de pronto, sin ninguna razón, pensó en aquel solitario iceberg, deslizándose hacia el sur en la invisible corriente, en busca de su irrevocable destino.

## CAPÍTULO 26

### La isla del doctor Mohammed

El doctor Todd, ayudante de El Hadj, era uno de esos médicos que parecen irradiar, no siempre justificadamente, una aureola de confianza. Esto, a pesar de su relativa juventud y de su campechanía; por razones que Duncan nunca descubrió, sus colegas le apodaban «Sweeney».

—Lamento que no pueda entrevistarse esta vez con El Hadj —dijo, en tono de disculpa—. Tuvo que salir precipitadamente para Hawaii, para una operación urgente.

—Me sorprende que esto sea necesario en nuestra época.

—Normalmente, no lo es. Pero Hawaii está exactamente al otro lado del mundo, lo cual significa que hay que trabajar por medio de *dos* comsats en serie. En una operación telequirúrgica, esta demora puede ser crítica.

Así pues, pensó Duncan, también en la Tierra puede ser un problema la lentitud de las ondas de radio. Un retraso de medio segundo puede no tener importancia en una conversación; pero, entre la mano y el ojo de un cirujano, puede ser fatal.

—Hasta hace veinte años —explicó el doctor Todd—, esto fue un famoso laboratorio de biología marina. Por consiguiente, tiene casi todas las condiciones que necesitamos, incluido el aislamiento.

—¿Por qué es éste necesario? —preguntó Duncan.

Le había extrañado que la clínica se encontrase en un lugar tan fastidiosamente apartado.

—Nuestro trabajo despierta un grandísimo interés emocional, y tenemos que regular las visitas. A pesar de los transportes aéreos, esto puede hacerse más fácilmente en una isla que en cualquier otra parte. Y, sobre todo, tenemos que proteger a nuestras madres. Pueden no ser muy inteligentes, pero son sensibles y no les gusta que se las queden mirando.

—Todavía no he visto ninguna.

—¿Le interesa de veras?

Era una pregunta difícil de responder, pues Duncan sentía que sus emociones tiraban de él en direcciones opuestas. Treinta y un años atrás, él debió nacer en un lugar no muy distinto de éste, aunque probablemente de una belleza no tan espectacular. Si había pasado por todo el período de gestación —y presumió que, en aquellos tiempos, lo pasaban todos los clones—, alguna mujer desconocida lo había llevado en su cuerpo al menos durante ocho meses después de la implantación. ¿Viviría ella todavía? ¿Figuraría su nombre en algún registro, o sería sólo un número en una ficha de computadora? Tal vez ni siquiera esto, pues la identidad de la madre

adoptiva carecía de toda importancia biológica. Un útero puramente mecánico habría sido igualmente útil, pero nunca se había sentido la necesidad de perfeccionar un aparato tan complicado. En un mundo donde la reproducción estaba severamente limitada, siempre abundarían las voluntarias; el único problema era seleccionarlas.

Duncan no conservaba ningún recuerdo de su desconocida madre adoptiva, ni de los meses que debió pasar en la Tierra, en su primerísima infancia. Todos sus intentos de despejar la niebla que envolvía los comienzos de su existencia habían sido en vano; no estaba seguro de si esto era normal o de si le habían ocultado deliberadamente la primera parte de su vida por medio de un amnesia provocada. Sospechaba que esto último era lo cierto, pues sentía una clara repugnancia a investigar detalladamente la cuestión.

Cuando formó el concepto «Madre» en su mente, vio instantáneamente a Sheela, la esposa de Colin. Su cara era su primer recuerdo; su afecto, su primer amor, más tarde compartido por la abuela Ellen. Colin había elegido cuidadosamente, pues había aprendido de los errores de Malcolm.

Sheela había tratado a Duncan exactamente igual que a sus propios hijos, y él siempre había considerado a Yuri y a Glynn como su hermano y su hermana mayores. No podía recordar cuándo se habían enterado de que Colin no era su padre y de que, por tanto, no tenían con él la menor relación genética; en todo caso, nunca pareció que esto importase lo más mínimo.

Ahora comprendía la discreta habilidad que había presidido la creación de una «familia» tan bien adaptada; esto habría sido imposible en las viejas épocas de matrimonio exclusivo y de posesión sexual. Incluso hoy, no era tarea fácil; esperaba que él y Mirissa tuviesen el mismo éxito y que Clyde y Carline aceptasen al pequeño Malcolm como su hermano, con el mismo entusiasmo con que Yuri y Glynn le habían aceptado a él...

—Perdone —dijo Duncan—. Estaba soñando despierto.

—No puedo reprochárselo; este lugar es demasiado hermoso. A veces tengo que correr las cortinas cuando quiero trabajar.

Esto era fácil de creer; sin embargo, la belleza no había sido lo que primero le había impresionado al aterrizar en la isla. Incluso ahora, su sentimiento dominante era de pasmo, mezclado con una dosis no insignificante de miedo.

Empezando a doce metros de distancia, y llenando su campo visual hasta la definida línea azul del horizonte, había más agua de lo que jamás había podido imaginar. Ciertamente había visto los océanos de la Tierra desde el espacio; pero, desde aquel olímpico observatorio, no había podido captar sus verdaderas dimensiones; incluso el mar más extenso parecía pequeño, cuando se podía cruzar en diez minutos.

El nombre de este mundo era sin duda inadecuado; hubiesen debido llamarlo Océano, no Tierra. Duncan realizó un tosco cálculo mental, una de las habilidades



que los Makenzie habían conservado cuidadosamente, a pesar de la omnipresente computadora. Radio seis mil, y sus ojos estaban aproximadamente a seis metros sobre el nivel del mar; era sencillo: seis raíz dos, o sea, ocho kilómetros aproximadamente. ¡Sólo ocho! Era increíble; habría dicho que el horizonte se hallaba a cien kilómetros de distancia. Su visión sólo podía abarcar el uno por ciento de la distancia hasta la otra orilla.

Y lo que veía ahora no era más que la piel bidimensional de un universo extraño, que bullía con formas extrañas de vida que buscaban otras a quienes devorar. Para Duncan, esta extensión de pacífico azul ocultaba un mundo mucho más hostil y mucho más terrorífico que el Espacio. Incluso Titán, con sus peligros conocidos, parecía benigno en comparación con esto.

Y sin embargo, allí había niños que chapaleaban en los bajíos y que permanecían muchísimo tiempo debajo del agua. Duncan tuvo la seguridad de que uno de ellos había estado más de un minuto sumergido.

—¿No es peligroso? —preguntó, inquieto, señalando el agua.

—No les dejamos sumergirse hasta que están bien entrenados. Y si uno *tiene* que ahogarse, éste es el mejor sitio para hacerlo, pues tenemos algunos de los aparatos médicos mejores del mundo. En los últimos quince años, sólo se ha producido una muerte definitiva. Incluso entonces habría sido posible la reanimación; pero, después de estar una hora sumergido, las lesiones del cerebro son irreversibles.

—¿Y qué me dice de los tiburones y de todos los otros grandes peces?

—Nunca han atacado más acá de los arrecifes, y sólo una vez fuera de ellos. Un precio muy bajo para entrar en el País de las Hadas. Mañana sacaremos el gran trimarán. ¿Por qué no nos acompaña?

—Lo pensaré —dijo Duncan, sin querer comprometerse.

—Ya. Supongo que no ha estado nunca debajo del agua.

—Nunca he estado *en* ella, salvo en piscinas.

—Bueno, no tiene nada que perder. Aunque no terminaremos las pruebas hasta dentro de cuarenta y ocho horas, estoy seguro de que podremos clonizar con éxito, a base de los genotipos que usted nos ha dado. Puede confiar en su seguro de inmortalidad.

—Muchísimas gracias —dijo secamente Duncan—. Esto lo cambia todo.

Saltaba a la vista que aquellos chiquillos se estaban divirtiendo, y su confianza era un reproche a su valor. El orgullo de los Makenzie estaba en juego; contempló tristemente la espantosa masa de agua, y comprendió que tendría que hacer algo antes de abandonar la isla.

Nunca se había sentido menos entusiasmado por un proyecto en su vida.

La noche era hermosa y brillaban en ella más estrellas de las que jamás podría ver

desde la superficie de Titán, por muchos años que viviese. Aunque sólo eran las mil novecientas —demasiado temprano para cenar, y sobre todo para irse a dormir—, habríase dicho que el sol no había existido nunca, tan total era la oscuridad fuera de la iluminación de los edificios principales y de algunas lucecitas a lo largo de los senderos de coral pulverizado.

De algún lugar, en medio de aquella oscuridad, llegaba un sonido de música: un rítmico redoble de tambores, tocados con más entusiasmo que pericia. Sobre este fondo rítmico y continuo, se elevaban ocasionales retazos de canciones y voces de mujeres que se llamaban las unas a las otras. Estas voces hicieron que Duncan se sintiese súbitamente solo y nostálgico; echó a andar por el estrecho sendero en dirección al jolgorio.

Después de recorrer varios caminitos sin salida —uno de los cuales terminó en un encantador y recóndito jardín, del que se alejó después de presentar cumplidas disculpas a la pareja que lo ocupaba—, llegó al claro donde se celebraba la fiesta. En su centro, una gran fogata lanzaba llamas y una columna de humo hacia las estrellas, y una veintena de figuras danzaban a su alrededor, como sacerdotisas de alguna religión primitiva.

No bailaban con mucha gracia ni energía; en realidad, habría sido más exacto decir que circulaban en un digno balanceo. Pero, a pesar de su evidente estado avanzado de embarazo, se divertían de lo lindo y mostraban toda la actividad aconsejable en tales circunstancias.

Era un espectáculo grotesco y, al mismo tiempo, extrañamente conmovedor, que despertaba en Duncan una mezcla de compasión y de ternura, e incluso un amor impersonal y que nada tenía de erótico. Esta ternura era la que sienten todos los hombres ante la inminencia de un nacimiento y la maravilla de su propia existencia; la compasión tenía una causa diferente.

La fealdad y la deformidad eran raras en Titán, y aún más raras en la Tierra, ya que ambas cosas podían corregirse. Casi siempre, pero no siempre. Había pruebas de ello.

La mayoría de aquellas mujeres eran sumamente vulgares; algunas, feas, y unas pocas, francamente horribles. Y, aunque Duncan observó dos o tres que podían pasar por bonitas, le bastó una mirada para comprender que eran mentalmente subnormales. Si su difunta «hermana» Anitra hubiese llegado a la edad adulta, se habría encontrado como en su casa en esta extraña asamblea.

Si las bailarinas —y las que estaban simplemente sentadas a su alrededor, aporreando tambores y rascando violines— no hubiesen sido tan evidentemente felices, habrían ofrecido un espectáculo inquietante o incluso desolador. Pero esto no trastornó a Duncan; aunque le sorprendió un tanto, estaba preparado para ello.

Sabía cómo se elegían las madres adoptivas. Naturalmente, el primer requisito era

que no tuviesen defectos genéticos. Esta exigencia era fácil de satisfacer; pero no era tan sencillo tener en cuenta los factores psicológicos, y esto fue sin duda una tarea virtualmente imposible en los tiempos en que aún no se había perfilado la población mundial por medio de las computadoras.

Siempre había mujeres que ansiaban desesperadamente dar a luz, pero que, por algún motivo, no podían cumplir esta misión. En épocas pasadas, la mayoría de ellas estaban condenadas a las frustraciones de las solteras; e incluso en este mundo de 2276, había muchas que sufrían esta suerte. Había más aspirantes a la maternidad de lo que permitía el control de nacimientos; pero las que se hallaban en una situación particularmente desventajosa podían encontrar aquí alguna compensación. Las perdedoras en la lotería del destino podían ganar un premio de consolación y conocer, durante unos meses, la dicha que de otro modo les era negada.

Y así, la computadora mundial había sido programada como un instrumento de compasión; este acto humanitario había contribuido más que nada a silenciar a los que se oponían al clonaje.

Desde luego, todavía existían problemas. Todas estas madres debían saber, aunque vagamente, que, poco después del nacimiento, tendrían que separarse para siempre del hijo que habían traído al mundo. Ningún hombre habría podido soportar este dolor; pero las mujeres eran más fuertes que los hombres y, la mayoría de las veces, se sobrepondrían al dolor participando en la creación de otra vida.

Duncan permaneció oculto en la sombra, no deseando que le viesen y menos que le obligasen a participar en la fiesta; algunas de aquellas madres incipientes podían hacerle añicos si le agarraban y le arrastraban en su danza. Pues había advertido que un puñado de hombres —probablemente ordenanzas o personal de la clínica— giraban animadamente con las madres y compartían su espíritu festivo.

No pudo dejar de preguntarse si también aquí se había producido alguna deliberada selección psicológica; varios de los hombres parecían muy afeminados y trataban a sus compañeras con lo que sólo podía calificarse de afecto de hermana. Saltaba a la vista que eran buenos amigos y que nunca serían más que esto.

Nadie pudo ver, en la oscuridad, la divertida sonrisa de Duncan. Acababa de recordar —por primera vez desde hacía años— a un muchacho que se había enamorado de él cuando su adolescencia tocaba a su fin. Es difícil rechazar a alguien que le adora a uno, pero, aunque Duncan había sucumbido unas pocas veces, por buena voluntad, a las zalamerías de Nikki, había conseguido al fin desanimar a su admirador, a pesar de los torrentes de lágrimas de éste. La compasión no es una buena base para cualquier clase de relación, y Duncan no podía sentirse nunca completamente a gusto con alguien cuyos afectos estuviesen exclusivamente polarizados hacia un sexo. ¡Qué contraste con la agresiva normalidad de Karl, a quien le importaba un bledo que tuviese más amoríos con chicos que con chicas, o

*viceversa!* Al menos, hasta el episodio de Calindy...

Estos recuerdos, inesperadamente surgidos del pasado, hicieron que Duncan se diese cuenta de las complicadas y opuestas corrientes emocionales que debían barrer este lugar. Y, de pronto, recordó la desagradable conversación —o mejor dicho, monólogo— con Sir Mortimer Keynes.

Duncan había dado siempre por supuesto, sin posible discusión, que seguiría los pasos de Colin y de Malcolm. Pero ahora, ya bien avanzada la jornada, comprendía que todas las cosas tienen su precio, y que debía reflexionar profundamente antes de la firma definitiva del contrato.

El clonig no era bueno ni malo; lo único importante era su objeto. Y este objeto no debía ser nunca trivial ni egoísta.

## CAPÍTULO 27

### El arrecife de oro

La vívida franja verde de palmeras y el brillante y blanco semicírculo de la perfecta playa estaban ahora a más de un kilómetro de distancia, al otro lado de la barrera de arrecifes. Incluso a través de las gafas oscuras que no se atrevía a quietarse un solo instante, la escena era casi dolorosamente deslumbrante; cuando miró en la dirección del sol y captó sus destellos sobre el hinchado océano, Duncan quedó completamente cegado. Aunque esto era un incidente baladí, aumentó su sentimiento de separación de todos sus compañeros. Ciertamente que la mayoría de éstos llevaban también gafas oscuras; pero, en su caso, era por conveniencia, no por necesidad. A pesar de sus genes totalmente terrestres, parecía que se había adaptado irremisiblemente a la luz de un mundo diez veces más alejado del Sol.

Debajo de los suaves y resbaladizos flancos del triple casco, el agua era tan clara que aumentaba la impresión de inseguridad de Duncan. La embarcación parecía suspendida en el aire, sin visibles medios de apoyo, sobre el moteado fondo del mar, cinco o diez metros más abajo. Parecía extraño que esto le preocupase, después de haber contemplado la tierra desde una órbita situada a cientos de kilómetros por encima de la atmósfera.

Le sorprendió un súbito y lejano chasquido, completamente fuera de lugar en la idílica y tranquila mañana. Procedía de algún punto del mar, y Duncan giró en redondo con el tiempo justo para ver una columna de espuma que volvía a caer lentamente en el agua. Seguro que no se permitían las explosiones submarinas en esta zona.

Ahora surgió un chorro de vapor que se elevó oblicuamente sobre el mar, flotó un momento bajo el ardiente sol y se dispersó gradualmente.

Durante un minuto, no ocurrió nada. Y entonces...

Duncan quedó paralizado por el asombro. Con increíble lentitud, pero con la fatalidad de un continente que surgiese de las profundidades primordiales, una enorme forma gris brotó del mar. Hubo un destello blanco, al golpear las olas una cola monstruosa y crear otra nube de espuma. Y aquella masa inverosímil siguió ascendiendo, como desafiando la gravedad, y permaneció un momento inmóvil sobre la línea azul del horizonte. Después, también con lento movimiento, como resistiéndose a abandonar un elemento extraño, volvió a sumergirse en el océano y se desvaneció debajo de un último surtidor de espuma. El chasquido del agua pareció tardar siglos en llegar.

Duncan no se había imaginado nunca semejante espectáculo, pero no necesitó

ninguna explicación. *Moby Dick* era una de las obras clásicas de la Tierra que sólo conocía de nombre, pero ahora comprendió lo que debió sentir Herman Melville al ver, por vez primera, surcar el mar un lomo brillante y grande como un barco volcado, y vio en la imagen de la ballena blanca un símbolo de las fuerzas que alientan detrás del universo.

Esperó muchos minutos, pero el gigante no volvió a salir, aunque, de vez en cuando, surgían breves chorros de vapor, que se fueron alejando hasta perderse de vista.

—¿Por qué hizo eso? —preguntó al doctor Todd, con voz todavía velada por la persistente aureola de aquel ser majestuoso.

—Nadie lo sabe de fijo. Puede ser pura *joie-de-vivre*. Tal vez ha querido impresionar a alguna amiguita. O tal vez ha querido librarse de parásitos, pues las ballenas se ven continuamente hostigadas por las lapas y las lampreas.

Una tremenda incongruencia, pensó Duncan. Parecía casi un ultraje que un dios pudiese tener piojos.

Ahora, el trimarán reducía su velocidad, y la extrañeza y la belleza del escenario submarino atrajo tan completamente la atención de Duncan, que éste olvidó lo lejos que estaba de la tierra. Las formas fantásticas de los corales, y los colores de los peces que se deslizaban o vagaban a su alrededor eran toda una revelación. Ya se había admirado ante la variedad de vida en la tierra; pero su admiración era mucho mayor ante la inverosímil profusión del mar.

Algo parecido a un antiguo reactor pasó despacio, con graciosas ondulaciones de sus alas moteadas. Ninguno de los otros peces le hizo el menor caso; para sorpresa de Duncan, no vio señales de la carnicería que había esperado presenciar en un reino donde cada cual se alimentaba de los otros. En realidad, resultaba difícil imaginar una escena más tranquila; los pocos peces que perseguían a otros lo hacían, evidentemente, sólo para proteger su territorio. La impresión que había sacado de los libros y de las películas parecía casi completamente errónea. La colaboración, no la lucha, parecía imperar en el arrecife.

El trimarán se detuvo, y echaron el ancla, seguida, casi inmediatamente, de dos botes de caucho, cuatro médicos, cinco enfermeras y un copioso equipo de inmersión. La escena pareció sumamente confusa a Duncan; en realidad, había sido planeada y organizada mucho mejor de lo que creía. Los nadadores se dividieron en seguida en grupos de a tres, y cada trío se alejó en uno de los botes, dirigiéndose deliberadamente a puntos evidentemente elegidos de antemano.

—Si no hay ningún peligro —observó Duncan, al cesar los últimos chapaleos—, ¿por qué todos llevan cuchillos y esas pequeñas lanzas de tan cruel aspecto?

El trimarán estaba ahora casi desierto; sus únicos ocupantes, además de Duncan, eran el patrón, que se había dormido inmediatamente junto a la rueda del timón, el

mecánico, que había desaparecido bajo cubierta, y el doctor Todd.

—No son armas. Son útiles de jardinería.

—Deben tener ustedes unas plantas muy feroces. No me gustaría tropezarme con ellas.

—¡Oh! —dijo Todd—. Algunas de ellas luchan bravamente. ¿Por qué no va a echar un vistazo? Después se arrepentirá de haber despreciado la ocasión.

Era la pura verdad; pero Duncan vaciló. El agua sobre la que se mecía el trimarán era muy poco profunda; en realidad, no parecía serlo más que la de la piscina del Hotel del Centenario.

—Yo le acompañaré. Puede permanecer en la escalera, hasta que se acostumbre a la mascarilla. Respirar a través de un tubo debe ser fácil para los que están habituados a los trajes espaciales.

Duncan no quiso informarle de que nunca se había puesto un verdadero traje espacial; sin embargo, el sistema vital de superficie de Titán debía ser un buen entrenamiento. Y en todo caso, ¿qué podía pasar en unos pocos metros de agua? Incluso había sitios donde podía permanecer de pie con la cabeza fuera del agua. Sweeney Todd tenía razón; si despreciaba esta oportunidad única, nunca se lo perdonaría.

Diez minutos más tarde, chapaleaba torpe pero firmemente en la superficie. Aunque le había parecido asombroso —e incluso indigno— tener que vestirse para meterse en el agua. Todd había insistido en que se vistiese de los pies a la cabeza, poniéndose una especie de mono de un tejido muy apretado. Apenas entorpecía sus movimientos, pero se habría encontrado más a gusto sin él.

—Algunos de esos corales pican —le había explicado el médico—. Podrían estropearle la jornada, si tropezaba con uno de ellos, e incluso sufrir una reacción alérgica.

—¿Algo más?

—No; esto es todo. Fíjese en mí, y agárrese al bote cuando quiera descansar.

Ahora ganaba rápidamente confianza y empezaba a divertirse de lo lindo. Evidentemente, no había ningún peligro; pero él se deslizaba detrás del bote de caucho, sin soltar la cuerda que pendía sobre el agua. Además, le tranquilizó observar que el doctor Todd se mantenía siempre a un brazo de distancia de él; tantas precauciones resultaban casi ridículas. Incluso en el caso de que llegase un tiburón, surgiendo de las profundidades, Duncan estaba convencido de que podría subir al bote en dos segundos, a pesar de la gravedad de la Tierra.

Cuando hubo dominado el tubo para respirar, mantuvo constantemente la cabeza dentro del agua, e incluso intentó pequeñas zambullidas que le obligaban a aguantar la respiración durante un buen rato. Ciertamente, el panorama submarino era tan fascinador que, en ocasiones, Duncan se olvidaba de su necesidad de respirar y

emergía tosiendo como un estúpido.

El primer rótulo estaba a una profundidad de cinco metros y decía, en fluorescentes caracteres amarillos: PROHIBIDO EL PASO A VISITANTES NO AUTORIZADOS. El segundo aviso era una resplandeciente exhibición holográfica entre dos aguas, que debía resultar muy intrigante para los peces. Anunciaba ominosamente: ESTE ARRECIFE ESTÁ CONTROLADO. Duncan no pudo ver rastro de proyectores; debían estar hábilmente disimulados.

Todd señalaba al frente, hacia la hilera de submarinistas que trabajaban a lo largo del borde del arrecife. Por lo visto, no lo había dicho en broma; sus movimientos eran, inconfundiblemente, los de unos jardineros arrancando hierbas nocivas. Y cada uno de ellos estaba rodeado de una nubecilla de peces de brillantes colores, que sin duda se beneficiaban de su actividad.

Las formaciones de coral parecían cambiar de forma. Incluso a los ojos inexpertos de Duncan, parecían extrañas, o aún anormales. Se había acostumbrado a las ramificadas astas de ciervo, a los enroscados laberintos que parecían cerebros gigantescos, a los delicados hongos que a veces tenían varios metros de diámetro. Todavía estaban aquí, pero ahora aparecían sutilmente deformados.

Entonces vio el primer destello metálico; después, otro, y otro. Al acercarse más, y al dejar el reflejo azul de la distancia de amortiguar los detalles del mundo subacuático, supo Duncan la causa de que el acantilado fuese tan apreciado y estuviese tan protegido.

Dondequiera que mirase, brillaba y centelleaba el oro.

Doscientos años antes, éste había sido uno de los grandes triunfos de la mecánica biológica, que había dado fama mundial a sus creadores. Por una ironía del destino, el éxito había sido alcanzado cuando ya no era necesario; lo que había sido proyectado para satisfacer una necesidad vital, había resultado no ser más que un *cul-de-sac* tecnológico.

Se sabía, desde hacía siglos, que algunos organismos marinos eran capaces de extraer, en beneficio de sus propias economías internas, elementos presentes en el agua del mar en proporciones increíblemente pequeñas. Si las esponjas y las ostras y otras criaturas no menos vulgares eran capaces de realizar esta hazaña química con el yodo y el vanadio, los biólogos de los años 2100 habían preguntado: ¿por qué no se les podía enseñar a hacer lo mismo con elementos más valiosos?

Y así, gracias a heroicas manipulaciones genéticas, habían persuadido a varias especies de coral a convertirse en mineros de oro; las más afortunadas habían sido capaces de sustituir casi un 10 por 100 de sus esqueletos de cal por el metal precioso. Sin embargo, este éxito sólo era mensurable en términos humanos. Dado que, normalmente, el oro no representa ningún papel en las reacciones bioquímicas, las



consecuencias fueron desastrosas para los corales; los arrecifes auríferos nunca eran saludables, y tenían que ser cuidadosamente protegidos de los predadores y las enfermedades.

Sólo unos pocos cientos de toneladas de oro fueron extraídas con esta técnica, antes de que la transmutación en gran escala la hiciese antieconómica; los hornos nucleares podían fabricar oro tan barato como cualquier otro metal. Durante un tiempo, los arrecifes más accesibles fueron conservados como atracciones turísticas; pero los cazadores de recuerdos tardaron poco en destruirlos. Ahora sólo quedaba éste, y el personal del doctor Mohammed estaba resuelto a conservarlo.

Por esto, a intervalos regulares, los médicos y las enfermeras aprovechaban algunos ratos perdidos y disfrutaban de vacaciones duramente atareadas en el arrecife. Vertían fertilizantes y antibióticos cuidadosamente seleccionados para mejorar la salud de los corales vivos, y luchaban denodadamente contra sus enemigos, en particular la espectacular estrella de mar y su pariente menor, el erizo de mar.

Duncan flotaba, perfectamente relajado, en el agua tibia, braceando perezosamente de cuando en cuando, para permanecer a la sombra del bote neumático. Ahora comprendía el objeto de aquellos siniestros cuchillos y lanzas; los enemigos a combatir estaban bien protegidos.

A pocos metros debajo de él, uno de los buceadores hostigaba a toda una colonia de pequeñas esferas negras, protegidas todas ellas por un formidable dispositivo de espinas finas como alfileres. De cuando en cuando se abría una de las esferas, y los peces se precipitaban para agarrar los trozos de carne blanca que salían flotando. Era una golosina de la que difícilmente habrían disfrutado sin la intervención humana; Duncan no se podía imaginar que aquellos espinosos bichos tuviesen enemigos naturales.

El submarinista —una de las enfermeras— advirtió la presencia de los dos espectadores e hizo seña a Duncan para que se reuniese con ella. Estaba tan fascinado por todo aquello que obedeció automáticamente, sin un segundo de reflexión. Después de hacer varias inspiraciones profundas y de exhalar en parte la última, se deslizó lentamente hacia abajo, agarrándose a la cuerda que sujetaba el bote a su pequeña ancla.

La distancia era mayor de lo que había imaginado —más próxima a los cinco metros que a los tres—, pues había olvidado el efecto de refracción del agua. A medio camino, sintió un desconcertante «clic» en un oído; pero el doctor Todd le había advertido acerca de esto, y no interrumpió el descenso. Cuando llegó al ancla y se agarró a su astil, sintió una enorme impresión de triunfo. Era un submarinista: ¡había alcanzado la fabulosa profundidad de cinco metros! Bueno, al menos cuatro y medio...

Se vio rodeado de destellos de oro. Sólo lucía una chispa diminuta, más pequeña que un grano de arena, en cada sitio; pero las había en todas partes. Duncan tuvo la impresión de que estaba flotando junto al *chef-d'oeuvre* de un joyero loco, resuelto a crear una obra maestra barroca, sin reparar en gastos. Sin embargo, estos pináculos, tablas y capiteles retorcidos, eran obra de inconscientes pólipos, y no —salvo indirectamente— producto de la inteligencia humana.

Subió de mala gana a la superficie, en busca de aire. Era fácil, y sintió vergüenza de su miedo anterior. Ahora comprendía las reacciones de los visitantes de Titán; la próxima vez, cuando alguien rehusase cortésmente una invitación a dar una vuelta por el exterior, se mostraría más tolerante.

—¿Qué son esas cosas negras? —preguntó al doctor Todd, que seguía vigilándole.

—Erizos de mar de púas largas, *Diadema* y no sé que más. Cuando se ven tantos, es señal de contaminación o de un desequilibrio de la ecología. En realidad, no perjudican el arrecife como los *Acanthaster*, pero son feos y engorrosos. Si se tropieza con uno de ellos, las espinas pueden tardar un mes en desprenderse. ¿Va a bajar otra vez?

—Sí.

—Bien; pero no se exceda. ¡Y cuidado con esas púas!

Duncan se deslizó de nuevo a lo largo de la cuerda del ancla, y la submarinista agitó la mano al verle acercarse. Después, le ofreció un cuchillo de terrible aspecto y señaló un pequeño grupo de erizos de mar. Duncan asintió con la cabeza, asió el cuchillo por el mango y empezó a pinchar desmañadamente, pero cuidando de evitar las amenazadoras púas negras.

Y entonces se dio cuenta, con gran sorpresa por su parte, de que aquellos animales inferiores advertían su presencia y no se limitaban, a una defensa estática. Las largas púas se inclinaban hacia él, orientándose en la dirección de máximo peligro. Probablemente, era sólo un simple reflejo automático; pero le hizo detenerse un momento. Allí había más de lo que veían los ojos: tal vez los primeros y débiles indicios de una conciencia incipiente.

Su cuchillo era más largo que las púas del erizo, y pinchó fuertemente con él, una y otra vez. El caparazón era sorprendentemente duro, pero al fin cedió, y los peces que esperaban se apresuraron a morder en la carne blanca y cremosa descubierta de pronto.

Y entonces, con creciente malestar, Duncan advirtió que su víctima no moría en silencio. Hacía un rato que percibía débiles sonidos en el agua, a su alrededor: el repiqueteo de los otros buceadores en el arrecife, el ocasional «clang» del ancla en las piedras. Pero este ruido venía de mucho más cerca y era muy peculiar, incluso inquietante. Era un sonido crujiente, chirriante; aunque la analogía era

ostensiblemente ridícula, sólo podía compararse al chirrido de miles de dientes diminutos, chocando en un acceso de ira y de agonía. Y era indudable que procedía del destripado erizo de mar.

El débil e inhumano estertor fue tan inesperado que Duncan interrumpió su ataque y permaneció inmóvil en el agua. Había olvidado completamente la necesidad de aire, y la parte consciente de su mente había desdeñado los crecientes síntomas de asfixia como algo baladí, a resolver más tarde. Pero, al fin, no pudo seguir ignorándolos y subió jadeando a la superficie.

Con un profundo sentimiento de desazón —incluso de vergüenza—, Duncan se dio cuenta de que acababa de destruir una criatura viva. Jamás se habría imaginado, antes de salir de Titán, que podría pasar por semejante experiencia.

Era difícil sentirse culpable por la muerte de un erizo de mar; sin embargo, Duncan Makenzie había matado, por primera vez en su vida.

## CAPÍTULO 28

### El sabueso

Cuando Duncan volvió a Washington, la segunda bomba de relojería de Colin le estaba esperando en el Hotel del Centenario. Una vez más, el mensaje era tan enigmático que habría resultado casi ininteligible para cualquier extraño que hubiese logrado descifrarlo.

Confirmando tu viejo amigo tiene cuenta no autorizada 65842 sucursal Ginebra primer Banco de Aristarco saldo varias decenas de miles de solares esta información no debe revelarse bajo ninguna circunstancia presumo procede venta titanita investigo Mnemósine mientras tanto sugiero estés alerta saludos Colin.

Duncan comprendió perfectamente porqué «no debía revelarse» esta información; los bancos lunares guardaban bien sus secretos, y sólo Dios sabía con qué prodigios de persuasión o de delicado chantaje había conseguido Colin hacerse con el número de la cuenta de Karl. Aún así, había sido incapaz de obtener la cifra del saldo; pero ésta debía ser considerable. Diez mil solares era mucho más de lo que se necesitaba para comprar unos cuantos artículos de lujo terrestres, y *varias* veces más de lo que tenían los Makenzie en sus propias y absolutamente legales cuentas. Semejante cantidad de dinero no debía ser solamente motivo de envidia, sino que era inquietante, sobre todo si estaba destinada a un empleo clandestino.

Duncan se permitió unos momentos de ensoñación, imaginando lo que podría hacer con veinte o treinta mil solares; después, rechazó la seductora visión y concentró su mente en el problema. Mientras la artimaña de Karl no había sido más que una vaga sospecha, no había querido perder tiempo en un análisis detallado del cómo, el cuándo y —sobre todo— el *porqué*. Pero ahora que la presunción se había convertido en certeza, no podía seguir eludiendo la cuestión.

¡Lástima que la línea de acción más evidente era totalmente imposible! Era absurdo llamar al Primer Banco de Aristarco y pedir una copia de la cuenta 65842. Ni siquiera el Gobierno Mundial podía hacer una cosa *así*, a menos que se hubiese demostrado, sin la menor sombra de duda, la existencia de un fraude o de un crimen. Incluso la más discreta investigación provocaría un revuelo enorme; alguien sería despedido, y Colin tendría que responder a embarazosas preguntas.

Un antiguo filósofo había dicho que el único problema *real* de la vida era saber lo

que había que hacer a continuación. Todavía no existía ningún lazo con Calindy... ni con cualquier otra persona. A Duncan no le gustaba representar el papel de celoso y anticuado espía o detective de melodrama, y ni siquiera estaba seguro de cómo debía empezarse esta actuación. Colin habría servido mucho más para esto; de los tres Makenzie, era el único que tenía olfato para los subterfugios, el engaño y el secreto. Probablemente, ahora estaba disfrutando de lo lindo, sobre todo porque nunca le había tenido simpatía a Karl y era una de las pocas personas inmunes a su atractivo.

Pero Colin, aunque estaba haciendo un buen trabajo, se hallaba a más de mil millones de kilómetros de distancia, y los mensajes tardaban tres horas en llegar. En la Tierra, no había nadie en quien Duncan pudiese confiar; éste era un asunto privado de Titán, y todavía podía convertirse en una tormenta en un vaso de agua. En todo caso, si el asunto era grave, cuantas menos personas estuviesen enteradas de él, tanto mejor sería.

Duncan consideró, y rechazó, la idea de hablar con el embajador Farrell. Este tendría quizás que entrar en escena más tarde, pero no ahora. Duncan no tenía un concepto muy elevado de la discreción de Farrell, y, desde luego, éste *era* terrícola. Además, si la Embajada descubría que había una gran cantidad de dinero sin dueño flotando en la Tierra, esto desencadenaría una fiera lucha. Ciertamente que el alquiler de Wyoming Avenue tenía que pagarse, pero las exigencias de Titán eran aún más apremiantes.

Y sin embargo, tal vez había un hombre en la Tierra en quien podía confiar: el hombre que había suscitado la cuestión y que estaba igualmente interesado en hallar la respuesta. Duncan marcó el nombre en su consola, preguntándose si ésta aceptaría el ridículo apóstrofo. (Había traspapelado la tarjeta del comerciante, que habría hecho automáticamente la llamada.)

—¿Señor Mandel'stahn? —dijo, al iluminarse la pantalla—. Soy Duncan Makenzie. Tengo algunas noticias para usted. ¿Dónde podemos reunirnos para una conversación privada?

—¿Está usted *absolutamente* seguro de que nadie puede oírnos? —preguntó ansiosamente Duncan.

—Ha visto usted demasiadas películas históricas, señor Makenzie —respondió Ivor Mandel'stahn—. No estamos en el siglo veinte, y sólo un estado policíaco singularmente riguroso podría poner micrófonos en todos los ómnibus automáticos de Washington. Yo siempre resuelvo mis asuntos confidenciales dando vueltas por el Mall. No tiene de qué preocuparse.

—Muy bien; es imperativo que este asunto no siga adelante. Estoy casi seguro de saber el origen de la titanita. Más aún, tengo fundadas sospechas sobre la identidad de su agente en la Tierra, que por lo visto ha realizado ya algunas ventas importantes.

—Sabía esto —dijo Mandel'stahn, en tono ligeramente compungido—. ¿Sabe usted *cuál* es su importancia?

—Varias decenas de miles de solares.

Para sorpresa de Duncan, Mandel'stahn se animó visiblemente.

—¿Sólo esto? —exclamó—. Es un gran consuelo. ¿Puede darme usted el nombre del agente principal? He estado operando a través de un intermediario sumamente discreto.

Duncan vaciló.

—Creo que dijo usted que ninguna ley *terrestre* había sido vulnerada...

—Exacto. Las gemas extra-terrestres no pagan aranceles de importación. En nuestro mundo, la cosa es perfectamente legal..., a menos, naturalmente, que la titanita haya sido robada y que el agente de Tierra sea cómplice del delito.

—Estoy seguro de que no es así. Mire usted..., y esto no es una coincidencia tan grande como parece..., el agente es amigo mío.

Una sonrisa comprensiva se pintó en la cara de Mandel'stahn.

—Entiendo su problema.

No, *no* lo entiendes, se dijo Duncan. Era una situación endiabladamente complicada. Ahora estaba completamente seguro de por qué Calindy le había rehuido. Karl debió avisarla de su viaje a la Tierra, y aconsejarle que se mantuviese alejada de su camino. Sí; Karl debía estar muy preocupado en la pequeña Mnemósine, pensando que Duncan podía descubrir sus actividades.

Era esencial mantenerse completamente fuera del cuadro; Calindy no debía sospechar nunca que él estaba enterado. No había manera de que le relacionase con Mandel'stahn, con el cual estaba ya en tratos por medio de un discretísimo intermediario.

Sin embargo, Duncan seguía vacilando, como un maestro de ajedrez ante una jugada crucial. Analizaba sus propios motivos y su propia conciencia; porque sus intereses personales y oficiales estaban ahora casi indisolublemente ligados.

Estaba ansioso por saber lo que hacía Karl y, en caso necesario, hacerle fracasar. Quería que Calindy se avergonzase de su engaño y... tal vez, aprovechar su confusión para sus fines sentimentales. (Una esperanza bastante vana, porque Calindy no se aturrullaba fácilmente...) Y deseaba ayudar a Titán y, por ende, a los Makenzie. Todos estos objetivos resultaban difícilmente compatibles, y Duncan empezaba a lamentar el descubrimiento de la titanita.

Sin embargo, se le ofrecía indudablemente una magnífica oportunidad, si era bastante inteligente para hacer las jugadas correctas.

El ómnibus automático se deslizaba ahora a una velocidad impresionante entre el Capitolio y la Biblioteca del Congreso. La vista recordó a Duncan su otra responsabilidad; estaba ya en la última semana de junio, y su discurso no era más que

un puñado de cuartillas llenas de notas. La preparación minuciosa era uno de los puntos flacos de los Makenzie; la actitud «de la noche a la mañana» era ajena a su carácter. Pero, a pesar de este defecto con frecuencia valioso y del que tenía plena conciencia, Duncan empezaba a experimentar un débil sentimiento de pánico.

El problema era muy sencillo; pero su diagnóstico no le había sugerido el remedio. Por más que se esforzase, era incapaz de decidir el tema fundamental a tratar, un mensaje de Titán más enjundioso que los acostumbrados saludos oficiales.

Ahora, el vehículo pasó junto a la copia —de cien metros— del Saturno V, que yacía en el lugar donde había estado antaño el cuartel general de la NASA. No podían pasarse todo el día dando vueltas por el centro de Washington. Bueno, se dijo Duncan, con un suspiro...

—¿Me promete usted que no aparecerá mi nombre, bajo ninguna circunstancia?

—Sí.

—¿Y no hay peligro de que... mi amigo... se vea en dificultades?

—Puedo garantizarle que él no perderá ningún dinero. Y que, en todo caso, no habrá problemas legales en la jurisdicción de la Tierra.

—No es un «él». No entraré en detalles, pero debe hacer usted alguna investigación discreta sobre la vicepresidente de la Asociación Enigma: Catherine Linden Ellerman.

## CAPÍTULO 29

### El día de las estrellas

Aunque trataba de convencerse de que hacía lo que debía —incluso lo único que podía hacer—, Duncan estaba todavía un poco avergonzado. En lo más hondo de su corazón, se sentía culpable de traicionar una antigua amistad. Se alegraba de que algún impulso le hubiese impedido mencionar a Karl, y, con parte de su mente, todavía esperaba que Mandel'stahn —y Colin— se encontrasen en un callejón sin salida, y fracasase toda la investigación.

Mientras tanto, tenía tantas cosas que hacer y tantas cosas que ver, que, durante largos períodos, olvidaba sus remordimientos de conciencia. Parecía ridículo haber hecho el largo trayecto hasta la Tierra, para estarse sentado varias horas cada día (¡y con un tiempo espléndido!) en una habitación de hotel, hablando a una consola.

Pero, cada vez que Duncan pensaba que había terminado uno de los innumerables encargos que le habían hecho antes de salir de casa, se encontraba con un mensaje que volvía a abrir el tema o añadía nuevas complicaciones. Sus deberes oficiales le ocupaban mucho tiempo; pero lo peor eran los encargos de los parientes, amigos e incluso desconocidos, que debían pensar que no tenía nada más que hacer que buscar antiguos conocidos, obtener fotos de hogares ancestrales, ir a la caza de libros raros, estudiar genealogías terrestres, localizar oscuras obras de arte, hacer de agente de ilusionados autores y artistas de Titán, conseguir becas y pasajes gratuitos para la Tierra... y dar gracias por tarjetas de felicitación del Día de las Estrellas, recibidas diez años antes y no contestadas.

Lo cual recordó a Duncan que no había enviado sus propias tarjetas con motivo de esta ocasión cuatrienal. Todavía estaba a tiempo de enviarlas a todos sus amigos de la Tierra: el embajador Farrell, los Washington, Calindy, Bernie Patras y unos pocos más. En cuanto a los de Titán, no corría prisa. Aunque tardasen seis meses en llegar, las tarjetas, con sus hermosos sellos sobredorados del Centenario (cinco solares cada uno, nada menos, en correo espacial de segunda clase), serían debidamente apreciadas.

A pesar de estos problemas, Duncan había encontrado algunas oportunidades de relajarse. Había hecho tele-visitas individuales a Londres, Roma y Atenas, que era lo mejor después de los viajes de verdad. Sentado en una pequeña y oscura cabina, con 360 grados de visión y sonido de alta calidad, podía imaginarse perfectamente que estaba recorriendo las calles de las antiguas ciudades. Podía hacer preguntas al guía invisible que era su *alter ego*, hablar con los transeúntes, cambiar el itinerario y contemplar más de cerca cualquier cosa que le llamase la atención. Sólo los sentidos



del olfato y el tacto permanecían desocupados, e incluso éstos podían tele-extenderse, si uno estaba dispuesto a pagar la factura. Duncan no podía permitirse este lujo extraordinario, y, en realidad, no notaba su falta.

Desde luego, Bernie Patras, se había brindado a ayudarlo en todo lo posible y le había facilitado varias citas muy agradables, una de ellas con una cariñosa y experta damita que, según juró él, era su propia amiguita y «sólo hacía esto con personas a las que *realmente* deseaba conocer». Y, en realidad, había demostrado un sincero interés por Titán y sus problemas; pero, cuando Bernie, como parte interesada, quiso intervenir en su diversión, Duncan, egoísta, le despidió por las buenas.

Esto fue poco antes de que Ivor Mandel'stahn —esta vez en el ómnibus automático de Penn-Mass— destruyese totalmente su tranquilidad mental. Acababan de salir del Dupont Circle Interchange, cuando dijo a Duncan:

—Tengo algunas noticias interesantes para usted, pero no sé lo que esto significa. Tal vez pueda usted explicármelo.

—Lo intentaré.

—Creo poder afirmar, sin exageración ni jactancia, que puedo llegar hasta cualquier persona de la Tierra con sólo dar un paso. Pero, a veces, la discreción exige que se den *dos*, y esto fue precisamente lo que hice con Miss Ellerman. Nunca había tratado personalmente con ella, o al menos así lo *creía* hasta que usted me hizo ver lo contrario; pero tenemos amigos mutuos. Por consiguiente, hice que uno de estos, en quien confío plenamente, la llamase... Dígame una cosa: ¿ha intentado, recientemente, establecer contacto con ella?

—No, desde..., bueno, hace al menos una semana. Pensé que era mejor mantenerme apartado.

Duncan no añadió, a esta plausible excusa, que había sentido vergüenza de enfrentarse con Calindy.

—Ella contestó a la llamada de mi amigo, pero se dio una extraña circunstancia: no quiso conectar el vídeo.

Desde luego, era curioso; la cortesía normal obligaba a no desconectar *nunca* el circuito visual, a menos que hubiese una razón muy sólida para ello. A veces, esto podía ser causa de grandes apuros, hecho explotado hasta el máximo en innumerables comedias. Pero, fuese cual fuere la verdadera razón, la urbanidad exigía alguna explicación. Decir que el vídeo estaba averiado provocaba una total incredulidad, incluso en las raras ocasiones en que era cierto.

—¿Qué excusa dio? —preguntó Duncan.

—Una muy plausible. Dijo que había sufrido una fuerte caída y se disculpó por no mostrar la cara.

—Espero que la lesión no sea grave.

—No lo creo, aunque parecía bastante disgustada. De todos modos, mi amigo

tuvo una breve conversación con ella y suscitó el tema de Titán; tenía una buena excusa para ello, sin despertar sospechas. Sabía que ella había estado allí y le preguntó si podía ponerle en contacto con algún titaniano que estuviese en la Tierra. Añadió que, en realidad, estaba pensando en una exportación.

—La excusa no era muy buena. Todos los negocios se tramitan por medio de la Sección de Comercio de la Embajada, y habría podido ponerse al habla con ésta.

—Si me permite decirlo, señor Makenzie, tiene usted aún mucho que aprender. Podría darle media docena de razones para *no* acudir a la Embajada..., al menos para un primer contacto. Mi amigo lo sabe, y puede estar seguro de que Miss Ellerman lo sabe también.

—Si usted lo dice..., será verdad. ¿Cuál fue su reacción?

—Temo que voy a causarle una desilusión. Dijo que *tenía* un buen amigo titaniano que podría ayudarle; que acababa de llegar para las Fiestas, y que estaba en Washington...

Duncan se echó a reír; el anticlímax era ridículo...

—Así pues, su amigo perdió el tiempo. Volvemos a estar donde empezamos.

—En *este* aspecto, sí. Pensé que le divertiría. Pero hay algo más.

—Adelante —dijo Duncan, sintiendo menguar un poco su confianza en Mandel'stahn, después de esta *débâcle*.

—Probé otras líneas de investigación, pero sin resultado. Incluso pensé en llamar personalmente a Miss Ellerman y decirle francamente que sabía que era ella quien llevaba el negocio de la titanita, aunque, naturalmente, sin acusarla de nada.

—Me alegro de que no lo hiciese.

—¡Oh! Habría sido algo perfectamente razonable; ella no se habría sorprendido de que lo hubiese descubierto. Pero, en realidad, tuve una idea mejor, una idea que hubiese debido poner en práctica antes que nada. Comprobé sus visitantes durante el último mes.

—¿Cómo pudo hacer una cosa así? —preguntó Duncan, asombrado.

—Es el truco más viejo del mundo. ¿No ha visto usted ninguna película policíaca francesa del siglo veinte? No; supongo que no. Sencillamente, lo pregunté al *concierge*.

—¿A quién?

—¿No los tienen en Titán?

—Ni siquiera sé lo que son.

—Tal vez es una suerte para usted. En la Tierra, son un mal indispensable. Miss Ellerman, y supongo que usted lo sabe ya, vive en un lujosísimo Sótano Décimo, al sur de Mount Rockefeller. En realidad, ocupa el Ático Subterráneo, un capricho que nunca he comprendido, pues, en lo que *a mí* toca, la profundidad aumenta mi claustrofobia. Bueno, todos los grandes edificios tienen un portero en la entrada, para

informar a los visitantes de quién está en casa y quién ha salido, tomar recados, aceptar paquetes... y autorizar a las personas adecuadas a que vayan a los pisos adecuados. *Esto es el conserje.*

—¿Y pudo usted introducirse en su banco de memoria?

Mandel'stahn tuvo el acierto de mostrarse ligeramente turbado.

—Es sorprendente lo que puede conseguirse, cuando se sabe a quién hay que acudir. ¡Oh! No me interprete mal. No cometí ninguna ilegalidad, pero prefiero guardarme los detalles.

—En Titán, somos muy rigurosos en lo que respecta a las intromisiones en la vida privada.

—Y también lo somos en la Tierra. Cualquiera que realmente lo desee, puede esquivar al *conserje*. Y esto hace que, en realidad, no crea que Miss Ellerman tenga una conciencia culpable, ni nada que ocultar. Pero, dígame, señor Makenzie, ¿sabía usted que tenía un invitado titaniano viviendo en su casa?

Duncan le miró fijamente, boquiabierto; pero no tardó en recobrase. Desde luego, Karl podía haber persuadido a algún amigo de confianza para que actuase de correo. Pero esto tenía que haber sido muchos meses atrás, pues no había habido ninguna nave de pasajeros durante los seis meses anteriores al *Sirius*. ¿Quién podía...?

Pero esto podía esperar; antes, tenía que poner en claro una pequeña cuestión.

—¿Ha dicho usted *viviendo en su casa*?

—Sí, es decir, al menos hasta hace dos días.

Esto lo explicaba todo... o casi todo. ¡No era extraño que Calindy le hubiese esquivado! En iguales proporciones, Duncan sentía celos, inquietud y... alivio, al comprobar que sus maniobras habían sido, a fin de cuentas, justificadas por los hechos.

—¿Quién es ese titaniano? —preguntó, tristemente—. Tal vez le conozca.

—Esto es lo que me interesa saber. Se llama Karl Helmer.

## CAPÍTULO 30

### Un mensaje de Titán

—Esto es completamente imposible —dijo Duncan, cuando se hubo recobrado de la impresión de momento—. Dejé a Helmer en Saturno... y vine en la nave más rápida del Sistema Solar.

Mandel'stahn se encogió significativamente de hombros.

—Entonces, tal vez alguien está usando este nombre, por razones que él debe saber. El *concierge* de Miss Ellerman no es muy inteligente (raras veces lo son), y tuvimos la suerte de que llegamos a tiempo antes de que se borrara el registro ordinario a fin de mes. Pude copiar los datos de reconocimiento visual, y aquí está la reconstrucción.

Mostró la tosca pero perfectamente expresiva síntesis. Duncan pudo identificarla con la misma rapidez que cualquier circuito de detección de imágenes robot.

Sin lugar a dudas, era Karl.

—Así pues, usted le conoce —dijo Mandel'stahn.

—Mucho —respondió Duncan con voz apagada.

Su mente estaba aún en plena confusión; ni siquiera ahora podía creer plenamente lo que veían sus ojos. Tardaría mucho tiempo en deducir todas las implicaciones que podía tener este pasmoso suceso.

—Dijo usted que ya no está en la casa de Cal... de Miss Ellerman. ¿Sabe dónde está ahora?

—No; confiaba en que *usted* podría darme alguna idea. Pero, ahora que sabemos su nombre, podré localizarle..., aunque tal vez tarde algún tiempo.

Y le cueste algún dinero, pensó Duncan.

—Dígame, señor Mandel'stahn, ¿por qué se toma todo este trabajo? Francamente, no comprendo lo que piensa sacar de ello.

—¿No? Bueno, es una buena pregunta. En realidad, me metí en esto por un simple y honrado afán de conseguir titanita, y confío en que, a su debido tiempo, mi esfuerzo se verá recompensado. Pero ahora hay algo más. La única cosa más valiosa que las piedras preciosas y las obras de arte es la diversión. Y esta pequeña intriga, señor Makenzie, es más interesante que todo lo que he visto en el vídeo desde hace muchas semanas.

A pesar de sus amargas preocupaciones, Duncan no pudo dejar de sonreír. Se había acercado con recelo a Mandel'stahn; pero, ahora, empezaba a sentir un afecto auténtico por el comerciante. Era astuto y tal vez, incluso, un poco marrullero, y Duncan no dudaba de que andaba detrás de un buen negocio. Pero estaba

absolutamente convencido de que George Washington tenía razón: podía confiarse plenamente en Ivor Mandel'stahn, en todas las cosas que tuviesen verdadera importancia.

—¿Puedo hacerle una pequeña sugerencia?

—Desde luego —respondió Duncan.

—Ahora que hemos llegado a estas alturas, ¿cree usted que hay alguna razón para que *no* llame a Miss Ellerman, le diga que acaba de enterarse, por Titán, de que su mutuo amigo señor Helmer está en la Tierra, y le pregunte si *sabe* dónde está?

Duncan reflexionó; la sugerencia era evidente, pero él, en su atolondramiento, la había olvidado completamente. Incluso ahora, no estaba seguro de que pudiese aquilatarla con exactitud.

Pero el asunto ya no era cuestión de táctica y de política impersonales, que pudiese solventarse como en la última jugada de una partida de ajedrez. Su amor propio y su tranquilidad mental exigían un enfrentamiento con Calindy.

—Tiene usted razón —dijo—. No hay motivo que impida que la llame. Lo haré en cuanto llegue al hotel. Detengámonos en Union Station y tomemos el exprés...

Cuando Duncan llegó al hotel, veinte minutos más tarde (el hombre de «exprés» no era muy adecuado), tuvo la segunda sorpresa del día, aunque ahora fue una especie de anticlímax. El texto más largo que jamás le había enviado Colin le estaba esperando en la consola.

Después de la primera y rápida lectura, la reacción de Duncan fue: «Al menos *esta vez*, me he adelantado.» Pero comprendió que ni siquiera esto era absolutamente cierto, si se tenía en cuenta que el mensaje de Colin había salido de Titán hacía dos horas.

«Seguridad aaa prioridad aaa

Pesquisas en Mnemósine revelan Karl salió mediados Marzo en vuelo a tierra no programado y llegó aproximadamente dos semanas antes que tú Armand muestra sorpresa y total ignorancia tal vez dice verdad necesario localices Karl averigües qué está haciendo y caso necesario le adviertas consecuencias procede con extrema cautela como ansioso evitar publicidad de complicaciones interplanetarias verás que situación puede favorecernos pero discreción esencial sugiero Calindy puede saber dónde está él, Colin y Malcolm.

Duncan releyó el mensaje más despacio, captando sus matices. No contenía nada que no supiese o que no hubiese adivinado; sin embargo, no le gustó su tono inflexible. Al estar firmado por Colin y Malcolm, tenía la autoridad de una orden directa, algo poco corriente en los asuntos de los Makenzie. Aunque Duncan admitía

la sensatez del mensaje, no dejaba de advertir un matiz subyacente de satisfacción. Por un instante, concibió la desagradable imagen de sus dos gemelos mayores cerniéndose en el aire como un par de buitres avistando una presa.

Al propio tiempo, sentía una aviesa satisfacción al ver que Colin había redactado el telex apresuradamente; éste contenía media docena de palabras superfluas, lo cual vulneraba las normas económicas del Clan.

Tal vez, a fin de cuentas, no servía para la política, pues sentía un creciente desengaño ante estas maquinaciones. A pesar de la genética, existían sutiles diferencias entre los Makenzie, y era posible que él no fuese tan duro —o tan ambicioso— como sus predecesores.

En todo el caso, el primer paso que debía dar era evidente, tanto más cuanto que lo habían sugerido todos sus consejeros. La segunda jugada la decidiría más tarde.

No se sorprendió cuando Calindy no apareció en la pantalla de su consola, y pronto comprendió que aquella convención social estaba plenamente justificada; a menos que hubiese una razón excelente, era de mala educación desconectar el circuito visual. Duncan se sintió frustrado y, al mismo tiempo, en situación desventajosa, pues sabía que Calindy podía verle, mientras que él no podía verla a ella. La voz no bastaba para transmitir todos los matices emocionales; muchas veces, la expresión de los ojos desmentía las palabras pronunciadas.

—Bueno, ¿qué te sucede, Calindy? —preguntó Duncan, con fingido asombro.

Si realmente estaba herida, sentiría verdadera compasión por ella; pero prefería reservarse su juicio.

La voz de ella —¿o era pura imaginación por su parte?— no era absolutamente serena. Calindy parecía sorprendida, o quizás desconcertada, de verle.

—Lo siento muchísimo, Duncan, pero no quiero que me veas la cara. Me caí y me lastimé un ojo: tiene un aspecto *horrible*. Pero no es nada importante; estaré bien dentro de unos días.

—Lamento este accidente. No quisiera molestarte, si no te encuentras bien.

Esperó, confiando en que Calindy habría leído la preocupación que había imprimido en su rostro.

—¡Oh! No hay ningún problema. Todo sigue como siempre. Sólo he interrumpido mi visita semanal a la oficina, y ahora lo hago *todo* por medio de la consola.

—Bueno, esto me tranquiliza. Y ahora, voy a *darte* una noticia. Karl está en la Tierra.

Hubo un largo silencio antes de que Calindy respondiese. Cuando lo hizo al fin, Duncan comprendió, con irónica mortificación, que no estaba realmente a la altura de ella. No podía confiar en que durase mucho su ventaja.

—Duncan —dijo ella, en tono resignado—, ¿*de veras* no sabías que estaba conmigo?

Duncan se esforzó en mostrar incredulidad, disgusto y sospecha, por este orden.

—¿Por qué no me lo dijiste? —exclamó.

—Porque él me pidió que no lo hiciese. Esto me colocó en una situación difícil, pero, ¿qué podía hacer? Dijo que ya no estabais en buenas relaciones... y que su negocio era sumamente confidencial.

Duncan presumió que Calindy le estaba diciendo la pura verdad, si la verdad podía ser pura. Sus resquemores se evaporaron en parte, si no del todo.

—Bueno, estoy contrariado y disgustado. Pensaba que me tenías confianza. En fin, ya no hay necesidad de... *subterfugios*..., ahora que sé que está aquí. Tengo un mensaje urgente para él. ¿Dónde puedo localizarlo?

Hubo otra larga pausa; después, Calindy respondió:

—No sé donde está. Se marchó precipitadamente y no me dijo adonde iba. Tal vez ha regresado a Titán.

—¿Sin despedirse? ¡No lo creo! Y no sale ninguna nave para Titán hasta dentro de un mes.

—Entonces, supongo que seguirá en la Tierra o que no habrá ido más lejos de la Luna. Simplemente, no lo sé.

Aunque parezca extraño, Duncan la creyó. Su voz tenía un acento de verdad, aunque él no se engañaba sobre su poder de burlarle si se lo proponía.

—Si es así, tendré que encontrarle por otros medios. Es preciso que nos veamos.

—Yo no te lo aconsejaría, Duncan.

—¿Por qué?

—Está... muy enojado contigo.

—No sé por qué razón —replicó Duncan, aunque podía imaginarse varias.

La voz de Calindy tenía un matiz tan auténtico de alarma que él se sintió fuertemente conmovido por su preocupación.

En todo caso, parecía que este camino se había cerrado, al menos por ahora. Sabía que era inútil discutir con Calindy. Sumido en mezcladas emociones, le expresó sus deseos por una rápida mejoría y cortó la comunicación. Confió en que ella interpretaría su actitud como una muestra de pesar y de indignación, y que se sentiría arrepentida.

Un minuto más tarde, contemplaba —con cierto alivio— una pantalla que ya no estaba vacía y podía revelar las reacciones del interlocutor.

—¿Sabía *usted* —preguntó al embajador Farrell— que Karl Helmer está en la Tierra?

Su Excelencia pestañeó.

—Desde luego, *no*. No estableció contacto conmigo. Veré si saben algo en Cancillería.

Pulsó unos cuantos botones, y saltó a la vista que no pasaba nada. El embajador

miró a Duncan, fastidiado.

—Ojalá pudiésemos comprar un nuevo sistema de intercomunicación —dijo, en tono acusador—. Cuestan una pequeñísima fracción del Producto Nacional Bruto de Titán.

Duncan pensó que era mejor hacer oídos sordos, y, afortunadamente, el embajador pudo establecer comunicación al segundo intento. Murmuró unas cuantas preguntas inaudibles, esperó un minuto y, después, miró a Duncan y meneó la cabeza.

—No hay rastro de él; ni siquiera una dirección en la Tierra donde pueda recibir correspondencia de Titán. Es *muy* raro.

—¿Quiere usted decir... sin precedentes?

—Pues... sí. Nunca supe de nadie que no se pusiese inmediatamente en contacto con la Embajada al llegar a la Tierra. En general, conocemos su llegada con varias semanas de antelación. No hay ninguna ley que les *obligue* a hacerlo; pero es una cuestión de cortesía. Y también de conveniencia.

—Es lo que yo pensé. Bueno, si tiene noticias de él, ¿me lo hará saber?

El embajador le miró fijamente y en silencio durante un momento, mientras una enigmática sonrisa se pintaba en su semblante. Después, dijo:

—¿Qué piensan Malcolm y Colin que está haciendo? ¿Preparando un *coup d'état* con armas de contrabando?

Después de la primera sorpresa, Duncan rió la chanza.

—Ni siquiera Karl *está* tan loco. Francamente, este asunto me tiene completamente desconcertado; pero estoy resuelto a localizarle. Aunque haya quinientos millones de personas en la Tierra, él no puede pasar inadvertido. Por favor, téngame al corriente. Y ahora, adiós.

Dos fracasos, pensó Duncan, y el asunto en el aire. Tenía que volver a Ivor Mandel'stahn, en su papel, libremente asumido y en modo alguno inútil, de investigador privado.

Pero la consola de Ivor respondió: No molesten. Si desean dejar algún recado, sírvanse dictarlo.

Duncan se sintió contrariado; estaba ansioso de comunicar sus noticias, pero no quería guardarlas en una consola. Tendría que esperar a que Mandel'stahn le llamase.

Tardó dos horas en hacerlo, y, mientras tanto, no era fácil concentrarse en otros trabajos. Cuando el comerciante correspondió al fin a su llamada, se deshizo en excusas.

—Estuve probando otro camino —explicó—. Me pregunté si habría comprado algo en Nueva York con tarjeta de crédito. No hay muchos apellidos que empiecen por hache, y la computadora central los repasó en una hora... Por desgracia, debe emplear dinero efectivo. Esto no es un delito, naturalmente. Pero sí un engorro para



los investigadores honrados.

Duncan se echó a reír.

—Fue una buena idea. Yo he tenido un poco más de suerte: al menos, he eliminado algunas posibilidades.

Dio a Mandel'stahn un breve *résumé* de sus conversaciones con Calindy y el embajador Farrell, y añadió:

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—No lo sé. Pero no se preocupe, ya se me ocurrirá algo.

Duncan le creyó; ahora tenía una confianza casi ciega en la sinceridad del comerciante y en su influencia y su conocimiento de los procedimientos de la Tierra. Si *alguien* era capaz de localizar a Karl —sin acudir a la policía o insertar un anuncio personal en el *World Times*—, éste era Mandel'stahn.

En realidad, sólo tardó treinta y seis horas.

## CAPÍTULO 31

### El ojo de Alá

—Le he encontrado —dijo Mandel'stahn, con expresión cansada pero triunfal.

—Sabía que lo conseguiría —respondió Duncan, con sincera admiración—. ¿Dónde está?

—No se impacienta y déjeme disfrutar un poco. Me lo he ganado.

—Bueno, ¿a qué *concierge* engatusó esta vez?

Mandel'stahn pareció ligeramente afligido.

—A ninguno. Ante todo, procuré averiguar todo lo posible sobre su amigo Helmer, por el brillante sistema de buscarle en el *Interplanetary Who's Who*. Presumí que estaría allí, y estaba, en cien líneas de imprenta. A propósito, también le busqué a usted. Le dedican cincuenta líneas, si esto le sirve de consuelo.

—Lo sé —dijo Duncan, armándose de paciencia—. Prosiga.

—Pensé que tal vez mencionarían algún interés o relación terrestres, y de nuevo me sonrió la suerte. Pertenece al Instituto de Ingenieros Electrónicos, a la Real Sociedad Astronómica, al Instituto de Física y al Instituto de Astronáutica, así como, naturalmente, a varias organizaciones profesionales de Titán. También consta que ha escrito media docena de ensayos científicos, y algunos otros en colaboración. La Ionosfera de Saturno, Orígenes de la Radiación Electromagnética de Onda Ultra-Larga, y otros emocionantes temas esotéricos... En fin, nada que nos interese.

»Los astrónomos están desde luego en Londres; pero los ingenieros, los astronautas y los físicos, están todos en Nueva York, y resolví ponerme en contacto con ellos. Por consiguiente, llamé a uno de mis serviciales amigos, esta vez un científico muy eminente y que tiene entrada en todas partes. Pensé que la visita de un colega titaniano era un fenómeno lo bastante raro para llamar la atención... y no me equivoqué.

Mandel'stahn hizo otra de sus largas pausas, dejando que Duncan se cociese a fuego lento durante un rato, y prosiguió:

—*Esto* es lo que más me intriga. Aparte de no acudir a la embajada y de decirle a Miss Ellerman que guardase silencio, no ha hecho absolutamente *nada* para cubrir sus huellas. No creo que una persona que tuviese mucho que ocultar actuase de esta forma.

»En realidad, fue muy sencillo. Los ingenieros electrónicos nos ayudaron gustosos. Dijeron que había salido de North Atlan y que se podía establecer contacto con él por medio del Segundo Jefe de Ingenieros de la Sección C de la Jefatura de Comunicaciones Mundiales, en Teherán. Una dirección que es difícil relacionar con

el contrabando de piedras preciosas y el tráfico ilegal interplanetario.

«Llamé a Teherán, y se me escapó por un pelo. Pero no importa. Estará todavía un par de días en la misma dirección, y, en vista de su historial, ahora tenemos *al fin* algo que parece lógico.

»La Sección C de Comunicaciones Mundiales es la encargada de llevar adelante el Proyecto Cíclope. Incluso yo tengo noticias de esto.

Había sido concebido al despuntar la brillante aurora de la era espacial; el más grande, más costoso y potencialmente más prometedor instrumento científico que jamás se hubiese inventado. Aunque podía servir para muchos fines, tenía uno principal: la busca de vida inteligente en otras partes del universo.

Era uno de los más antiguos sueños de la humanidad, y había seguido siendo un sueño hasta que surgió la radioastronomía, en la segunda mitad del siglo XX. Entonces, en el breve plazo de dos decenios, la habilidad combinada de los ingenieros y los científicos dio a la humanidad el poder de medir los abismos interestelares..., si estaba dispuesta a pagar el precio.

Los primeros y pequeños radiotelescopios, de unas pocas decenas de metros de diámetro habían escuchado, esperanzados, aguardando alguna señal de las estrellas. En realidad, nadie había esperado que aquellos primitivos esfuerzos tuviesen éxito, y no lo tuvieron. A base de alguna presunción plausible acerca de la distribución de la inteligencia en la Galaxia, era fácil calcular que el descubrimiento de una civilización que emitiese por radio requería telescopios de kilómetros —no decámetros— de diámetro.

Sólo había un método práctico de conseguir este resultado; al menos, con estructuras emplazadas en la superficie de la Tierra. Construir una sola taza gigantesca era inconcebible; pero podía obtenerse el mismo resultado con un dispositivo de cientos de ellas, más pequeñas. *Cíclope* había sido concebido como un «campo» de antenas, de discos de cien metros, uniformemente repartidos en un círculo de unos cinco kilómetros de diámetro. Las débiles señales de cada elemento de este ejército de antenas serían acumuladas y, después, minuciosamente analizadas por computadoras programadas para buscar las señales exclusivas de inteligencia, sobre el fondo de los ruidos cósmicos.

Este sistema costaría tanto como el antiguo Proyecto Apolo; pero, a diferencia del Apolo, podría realizarse por etapas, en un período de años o incluso decenios. En cuanto se hubiese construido un número relativamente pequeño de antenas, *Cíclope* podría empezar a funcionar; y, desde el primer momento, sería un instrumento de inmenso valor para los radioastrónomos. Con los años, podrían instalarse más y más antenas, hasta que se completase toda la serie; y, mientras tanto, aumentarían el poder y la capacidad de *Cíclope*, que profundizaría más y más en el sondeo del universo.

Era una noble perspectiva, aunque no faltaban los que temían su éxito tanto como

su posible fracaso. Sin embargo, durante la Época de Confusión que marcó el no lamentado final del siglo XX, hubo pocas esperanzas de llevar adelante tal proyecto. Sólo podía pensarse en él en un período de estabilidad política y financiera; por consiguiente, *Cíclope* no empezó a materializarse hasta cien años después de sus estudios iniciales.

Producto del breve pero brillante Renacimiento Musulmán, contribuyó a absorber parte de las inmensas riquezas acumuladas por los países árabes durante la era del petróleo. Los millones de toneladas de mineral necesarios procedían de los virtualmente ilimitados recursos de la cuenca del Mar Rojo, que surgían a lo largo del Gran Valle. Aquí, donde la corteza de la Tierra se abría literalmente por las costuras, al separarse lentamente las plataformas continentales, había metales y minerales más que suficientes para desterrar cualquier temor de escasez en los siglos venideros.

Lo ideal habría sido situar a *Cíclope* en el ecuador, de modo que sus radio-espejos de búsqueda pudiesen barrer los cielos de un polo al otro. También se necesitaba un buen clima, a salvo de terremotos y de otros desastres naturales, y, a ser posible, un círculo de montañas que actuasen de escudo contra las interferencias. Desde luego, no existía un lugar perfecto, y, además, había que contraer muchos compromisos políticos, geográficos y técnicos. Después de decenios de a veces agrias discusiones, se eligió la desolada «Región Vacía» de la Arabia Saudita; fue la primera vez que se pensó que podía servir para algo.

Se trazaron anchas y toscas pistas a través del desierto, de modo que los camiones de diez mil toneladas pudiesen transportar los elementos desde las fábricas de las orillas del Mar Rojo; más tarde, se completó el servicio con transportes aéreos. En la primera fase del proyecto, se dispusieron sesenta antenas parabólicas en forma de una cruz gigantesca, cuyos brazos de cinco kilómetros se extendían de norte a sur y de este a oeste. Algunos fieles objetaron que esto era el símbolo de una religión extraña, pero se les explicó que la situación sería temporal. Cuando estuviese terminado el «Ojo de Alá», aquel signo ofensivo se diluiría completamente en la instalación total de setecientos discos enormes, uniformemente espaciados en un círculo de ochenta kilómetros cuadrados de extensión.

Sin embargo, a finales del siglo XXI, sólo se había instalado la mitad de los setecientos elementos proyectados. Doscientos de ellos ocupaban la mayor parte del núcleo central de la instalación, y los demás formaban una especie de valla que señalaba la circunferencia del gigantesco instrumento. Esta reducción de la escala, aparte de ahorrar miles de millones de solares, sólo había perjudicado muy ligeramente la eficacia del aparato; *Cíclope* había cumplido virtualmente todos los objetivos propuestos, y, en el curso del siglo XXII, había revolucionado la astronomía casi tanto como los reflectores de Monte Wilson y Monte Palomar doscientos años antes. Sin embargo, a finales de aquel siglo, habían surgido contratiempos, aunque no

por culpa de sus constructores, ni del ejército de ingenieros y de científicos que lo servían.

*Cíclope* no podía competir con los sistemas que ahora habían sido construidos en la cara oculta de la Luna, y que estaban casi perfectamente aislados de la interferencia terrestre por tres mil kilómetros de sólida roca. Durante muchos decenios, había trabajado en colaboración con ellos, pues dos grandes telescopios en cada extremo de una línea de base Tierra-Luna formaban un interferómetro que podía captar detalles de sistemas planetarios situados a una distancia de cientos de años luz. Pero, ahora, había radiotelescopios en Marte, y el observatorio lunar podía conseguir mucho más con su colaboración que con la de la cercana Tierra. Una línea base de doscientos millones de kilómetros de longitud permitía estudiar los astros circundantes con una precisión jamás imaginada.

Como ocurre más pronto o más tarde con todos los instrumentos científicos, el desarrollo técnico había dejado atrás a *Cíclope*. Pero éste, a mediados del siglo XXIII, se enfrentó con otro problema que podía resultar fatal: *la Región Vacía había dejado de ser un desierto*.

*Cíclope* había sido construido en una región en la que podía no llover en cinco años seguidos; en Al Hadidah, había meteoritos que yacían en la arena sin oxidarse desde los tiempos del Profeta. Todo esto había sido cambiado por la plantación de bosques y el control del clima; por primera vez, desde el período glacial, los desiertos se batían en retirada. Ahora, en la Región Vacía, llovía más en unos días que antes en varios años.

Los artífices de *Cíclope* no habían previsto esto; con bastante lógica, habían concebido sus proyectos en base a un medio cálido y árido. Ahora, el personal encargado de la conservación se hallaba empeñado en una continua lucha contra la corrosión, la humedad en los cables coaxiales, las interrupciones en los circuitos de alta tensión a causa de los hongos, y todos los otros males que afligen al equipo electrónico a la menor oportunidad. Algunas de las antenas de cien metros se habían oxidado hasta el punto de quedar inmobilizadas, por lo que tuvieron que desecharse por inservibles. Durante casi veinte años, el sistema había funcionado con eficacia decreciente, mientras los ingenieros, los administradores y los científicos se enzarzaban en una discusión triangular, en la que ninguna parte era capaz de convencer a las otras. ¿Valía la pena invertir miles de millones de solares en restaurar el sistema, o era mejor gastar este dinero en la cara oculta de la Luna? Era imposible llegar a una conclusión claramente definida, porque nadie había sido capaz de dar un valor a la pura investigación científica.

Fuesen cuales fueren sus problemas actuales, *Cíclope* había sido un éxito espectacular y había contribuido a reformar las opiniones del hombre sobre el universo, no una, sino muchas veces. Había empujado las fronteras del conocimiento

hasta el microsegundo, después del propio Big Bang, y había captado ondas de radio que habían circulado por todo el ámbito de la creación. Había sondeado las superficies de estrellas remotas, detectado sus planetas ocultos y descubierto entidades tan extrañas como soles de neutrinos, antitaquiones, lentes gravitacionales y terremotos del espacio, y revelado los reinos inverosímiles de la probabilidad negativa de los estados «Fantasma» y de la materia invertida.

Pero había una cosa que no había logrado. A pesar de muchas falsas alarmas, nunca había conseguido detectar señales de seres inteligentes en cualquier otra parte del universo.

O el Hombre estaba sólo, o nadie más empleaba transmisores de radio. Y ambas explicaciones parecían igualmente improbables.

## CAPÍTULO 32

### Encuentro en Cíclope

Sabía lo que debía esperar, o así lo había creído, pero la realidad no fue por ello menos abrumadora. Duncan se sintió como un niño en un bosque de gigantescos árboles metálicos, que se extendía en todas las direcciones hasta perderse de vista. Cada uno de los «árboles» idénticos tenía un tronco ligeramente cónico y una escalera que subía en espiral a su alrededor hasta la plataforma que sostenía el mecanismo impulsor. Descollando sobre esto, veíase la enorme pero sorprendentemente delicada taza, de cien metros de anchura, de la antena propiamente dicha, inclinada en dirección al cielo, como escuchando señales de las profundidades del espacio.

La antena 005, como indicaba su número, estaba cerca del centro de la instalación, aunque era imposible saberlo a simple vista. Dondequiera que mirase Duncan, las filas y columnas de las torres de acero menguaban de tamaño al alejarse, hasta formar un sólido muro de metal.

Toda la enorme instalación era un milagro de precisión mecánica, a una escala que no tenía parangón en la Tierra. Era absolutamente adecuado que muchos componentes clave hubiesen sido fabricados en el espacio; los metales espumosos y las fibras de cristal, que daban resistencia y ligereza a los reflectores parabólicos, sólo podían producirse en las fábricas que giraban en órbita a gravedad cero. En más de un aspecto, *Cíclope* era hijo del espacio.

Duncan se volvió al guía que le había conducido a través del laberinto de túneles de acceso, en el pequeño scooter químicamente propulsado.

—No veo a nadie —se lamentó—. ¿Está usted *seguro* de que se encuentra aquí?

—Aquí le dejamos hace una hora. Debe estar en la unidad pre-amplificadora, arriba, en la plataforma. Tendrá usted que gritar; naturalmente, *aquí* no se permiten los aparatos de radio.

Duncan no pudo reprimir una sonrisa ante esta muestra de las casi fanáticas precauciones de la dirección de *Cíclope* contra las interferencias. Incluso le habían pedido que dejase su reloj, para que sus débiles latidos electrónicos no fuesen confundidos con señales de una civilización extraña, situada a una distancia de unos cientos de años luz. Su guía llevaba un reloj de muelle, el primero que veía Duncan en su vida.

Haciendo bocina con las manos, Duncan levantó la cabeza en dirección a la torre de metal que se erguía sobre él y gritó:

—¡Karl!

Una fracción de segundo después, la «K» rebotó en la próxima antena y reverberó luego débilmente en las más lejanas. Después de esto, el silencio pareció más profundo que antes; Duncan no sintió ganas de romperlo de nuevo.

Y tampoco tuvo necesidad de hacerlo. A cincuenta metros encima de él, una figura se movía en la pasarela que circundaba la plataforma, y llevaba consigo el familiar brillo de oro.

—¿Quién está ahí?

¿Quién te imaginas?, se dijo Duncan. Desde luego, era difícil reconocer a una persona desde arriba, en sentido vertical, y la voz se deformaba en este lugar deshumanizado.

—Soy Duncan.

Hubo una pausa que pareció durar casi un minuto, pero que, en realidad, sólo debió ser de unos segundos. Karl estaba evidentemente sorprendido, aunque tenía que haberse enterado ya de la presencia de Duncan en la Tierra. Después, respondió:

—Estoy haciendo un trabajo. Puedes subir, si quieres.

Esto podría interpretarse difícilmente como una bienvenida, pero la voz no parecía hostil. La única emoción que pudo Duncan advertir a esta distancia era una especie de resignación cansada; y tal vez incluso esto era pura imaginación.

Karl había desaparecido de nuevo, sin duda para continuar lo que estaba haciendo. Duncan contempló reflexivamente la escalera en espiral que se enroscaba en el tronco de la antena; cincuenta metros era una distancia insignificante, pero no en términos de la gravedad terrestre. Era el equivalente de doscientos cincuenta metros en Titán; y nunca había tenido que subir un cuarto de Kilómetro en su mundo.

Desde luego, Karl debió tener menos dificultades, puesto que había pasado sus primeros años en la Tierra y sus músculos habrían recobrado ya buena parte de su vigor original. Duncan se preguntó si sería un reto deliberado, algo típico en Karl, y que no le dejaba ninguna alternativa.

Mientras subía el primer escalón de metal perforado, su guía de *Cíclope* observó, esperanzado:

—Hay poco espacio en la plataforma. Si no me necesita, le esperaré aquí.

Duncan sabía reconocer a un hombre perezoso al primer golpe de vista, pero aceptó de buen grado la excusa. No deseaba la presencia de ningún extraño cuando se enfrentase con Karl. Ojalá hubiese podido evitar esta confrontación; pero era una tarea que no podía delegar en nadie, aunque las instrucciones de Colin y Malcolm se lo hubiesen permitido.

La subida era bastante fácil, aunque la barandilla de seguridad no era tan sólida como Duncan hubiese deseado. Además, había trozos muy oxidados, y ahora que estaba lo bastante cerca para tocar el metal, comprendía que aquel acceso estaba en peores condiciones de lo que había imaginado. A menos que se realizasen



reparaciones urgentes, *Cíclope* no vería la aurora del siglo XXIV.

Cuando Duncan hubo subido el primer tramo circular, el guía le gritó:

—Olvidé decirle que buscaremos un nuevo objetivo dentro de cinco minutos. Le parecerá bastante espectacular.

Duncan levantó la cabeza y contempló el enorme platillo que le impedía ahora toda visión del cielo. La idea de aquel montón de toneladas de metal girando sobre su cabeza resultaba bastante inquietante, y se alegró de que le hubiesen avisado a tiempo.

El otro vio su movimiento y lo interpretó correctamente.

—No se preocupe. *Esta* antena permanece inmóvil desde hace al menos diez años. Los mandos están agarrotados, y no vale la pena repararlos.

Esto confirmaba una sospecha de Duncan, que había rechazado como una ilusión óptica. La gran parábola, encima de él, estaba ligeramente desviada en relación con las demás; ya no era parte activa del complejo de *Cíclope*, sino que apuntaba ciegamente al cielo. La pérdida de un elemento —o incluso de una docena de ellos— produciría solamente una pequeña merma en el sistema, pero esto era típico de la negligencia general reinante.

Una espiral más, y estaría en la plataforma. Duncan hizo una pausa para cobrar aliento; había empezado a subir muy despacio, pero las piernas empezaban a dolerle a causa del desacostumbrado esfuerzo. No había vuelto a oír a Karl. ¿Qué *estaba* haciendo, en este fantástico lugar de viejos triunfos y desvanecidos sueños?

¿Y cómo reaccionaría a este inesperado —y sin duda no deseado— encuentro, cuando se hallasen frente a frente? Algo tardíamente, se le ocurrió pensar que esta pequeña plataforma, a una altura de cincuenta metros, y con *esta* espantosa gravedad, no era el mejor lugar para tener una disputa. Sonrió ante la imagen mental provocada por esto; por muy grandes que fuesen sus discrepancias, la violencia era algo inverosímil.

Bueno, no del todo inverosímil, ya que había pensado en ella...

Sobre su cabeza, había ahora una estrecha plancha de metal perforado, apenas lo bastante ancha para la abertura rectangular que daba paso a la escalera. Con una sincera impresión de alivio, e impulsándose con las manos manchadas de orín, Duncan subió los últimos peldaños y se encontró entre unos cojinetes monstruosos, unos silenciosos motores hidráulicos, un lío de cables, muchas tuberías desmontadas y la delicada tracería de las vigas que sostenían la ahora inútil parábola de cien metros.

Todavía no había señales de Karl, y Duncan echó a andar cautelosamente alrededor de la armadura de la antena. El pasillo era de unos dos metros de anchura y la barandilla protectora le llegaba casi hasta la cintura; por consiguiente, no había verdadero peligro. Sin embargo, se mantuvo alejado del borde y evitó mirar el abismo

de cincuenta metros.

Apenas había recorrido la mitad del circuito, cuando Parecieron abrirse las puertas del infierno. Hubo un súbito zumbido de motores, el grave estruendo de grandes máquinas en movimiento e incluso un ocasional acompañamiento de chirridos de protesta de bielas y cojinetes que no querían ser molestados.

Por todos lados, los enormes platos que miraban al cielo, empezaron a girar al unísono, volviéndose hacia el sur. Sólo el que estaba sobre la cabeza de Duncan permaneció inmóvil, como un ojo ciego, incapaz de reaccionar a cualquier estímulo. El estrépito era sorprendente y continuó durante varios minutos. Después, se detuvo tan bruscamente como había empezado; *Cíclope* había localizado un nuevo objetivo para su escrutinio.

—Hola, Duncan —dijo Karl, en el súbito silencio—. Bienvenido a la Tierra.

Había salido, mientras Duncan estaba distraído con el estruendo, de una pequeña cabina de la parte interior de la parábola, y bajaba ahora por unas escalerillas colgantes un poco inestables. Su descenso parecía particularmente aventurado, puesto que empleaba una sola mano; con la otra, sujetaba fuertemente una gran libreta de notas, y Duncan no respiró hasta que vio a Karl a salvo en la plataforma, a pocos metros de él. Karl no se acercó más, sino que se quedó mirando a Duncan con una expresión absolutamente impenetrable, ni amistosa ni hostil.

Después, hubo una de esas enojosas pausas que se producen cuando nadie quiere ser el primero en hablar, y, mientras ésta se prolongaba interminablemente, Duncan advirtió por primera vez un débil y omnipresente zumbido a su alrededor. El complejo *Cíclope* había cobrado vida; sus cientos de motores trabajaban con exacto sincronismo. No había movimiento perceptible de las grandes antenas, pero éstas giraban ahora a una fracción de centímetro por segundo. Las múltiples facetas del ojo de *Cíclope*, después de haber fijado la mirada en las estrellas, se volvían ahora a la velocidad exacta para contrarrestar la rotación de la Tierra.

¡Qué estupidez, en este pasmoso santuario consagrado al cosmos, que dos hombres maduros se comportasen como chiquillos, tratando cada cual de impresionar al otro! Duncan tenía la doble ventaja de la sorpresa y de una conciencia limpia; no perdería nada con hablar el primero. Pero no quería tomar la iniciativa y tal vez irritar a Karl; por consiguiente, era mejor empezar con alguna trivialidad inofensiva.

No; *no* el tiempo —¡era increíble lo mucho que hablaban del tiempo los hombres de la Tierra!—, pero algo igualmente inocuo.

—Ha sido mi trabajo más duro desde que llegué aquí. No puedo creer que haya gente que *escale* montañas en este planeta.

Karl estudió esta brillante frase por si contenía una posible trampa. Después, se encogió de hombros y respondió:

—La montaña más alta de la Tierra es *doscientas* veces más alta que esto. Y todos

los años hay gente que sube a ella.

Al menos se había roto el hielo y establecido la comunicación. Duncan se permitió un suspiro de alivio; al propio tiempo, ahora que estaban cerca el uno del otro, le impresionó el aspecto de Karl. Parte de sus cabellos de oro se habían convertido en plata, y tenía muchos menos que antes. En un año que no se habían visto, Karl parecía haber envejecido diez. Tenía patas de gallo alrededor de los ojos y su ceño estaba permanentemente fruncido. También parecía haberse *encogido* mucho, sin que pudiera culparse enteramente de ello a la gravedad de la Tierra, pues Duncan era aún más vulnerable a esto. En Titán, tenía que levantar la cabeza para mirar a Karl; aquí, sus ojos estaban al mismo nivel.

Pero Karl evitaba su mirada y se movía inquieto adelante y atrás, sujetando fuertemente la libreta que llevaba. Ahora, avanzó hasta el borde de la plataforma y se abalanzó, casi con ostentosa imprudencia, sobre la barandilla protectora.

—¡No *hagas* eso! —protestó Duncan—. Me pones nervioso.

Que era, según presumió, lo que se proponía el otro con aquel ejercicio.

—¿Por qué habría de importarte?

La brusca respuesta afligió profundamente a Duncan. Sólo pudo responder:

—Si realmente no lo sabes, es tarde para explicártelo.

—Bueno, ya sé que esto no es una visita de cumplido. Supongo que habrás visto a Calindy.

—Sí, la he visto.

—¿Qué os proponéis?

—No puedo hablar por Calindy. Ella ni siquiera sabe que estoy aquí.

—¿Qué os proponéis los *Makenzie*? Naturalmente, por el bien de Titán.

Duncan no tenía ganas de discutir; ni siquiera se sentía irritado por la deliberada provocación.

—Lo único que yo trato de hacer es evitar un escándalo..., si no es demasiado tarde.

—No sé qué quieres decir.

—Lo sabes perfectamente. ¿Quién autorizó tu viaje a la Tierra? ¿Quién paga los gastos?

Duncan esperaba que Karl mostrase alguna señal de culpabilidad, pero se equivocó.

—Tengo amigos aquí. Y no creo que los *Makenzie* se preocupen mucho por los reglamentos. ¿Cómo consiguió Malcolm el primer contrato de suministro de combustible en órbita lunar?

—Esto fue hace cien años, cuando trataba de impulsar la economía de Titán. *Ahora* no hay excusa para las irregularidades financieras. Especialmente con fines puramente personales.

Esto era, desde luego, un golpe a ciegas, pero pareció haber dado en el blanco. Por primera vez, Karl pareció enojado.

—No sé de lo que estás hablando —replicó—. Un día, Titán...

*Cíclope* le interrumpió, suavemente pero con firmeza. Habían olvidado completamente el lento movimiento de las grandes antenas por todos los lados, y ni siquiera percibían ya el débil zumbido de los centenares de motores. Hasta hacía unos segundos, la plataforma superior de 005 había sido resguardada por la sombrilla invertida de la antena próxima; pero, ahora, su sombra ya no caía sobre ellos. El eclipse artificial había terminado, y recibían de lleno el furioso sol tropical.

Duncan cerró los ojos, hasta que sus gafas oscuras se hubieron adaptado al resplandor. Cuando volvió a abrirlos, se encontró en un mundo dividido rotundamente en día y noche. A un lado, todo era claramente visible, mientras que, en la sombra, no se veía nada a pocos centímetros. El contraste entre la luz y la oscuridad, exagerado por sus gafas, era tan grande, que Duncan casi podía imaginarse que estaba en la Luna carente de atmósfera.

También era incómodamente cálido, en especial para los titanianos.

—Si *no* te importa —dijo Duncan, todavía resuelto a mostrarse cortés—, nos pondremos a la sombra.

Lo propio de Karl habría sido negarse, ya por simple terquedad, ya para hacer alarde de superioridad. Ni siquiera llevaba gafas oscuras, aunque utilizaba la libreta para cubrirse los ojos.

Pero, para sorpresa de Duncan, Karl le siguió mansamente por la pasarela, hasta la agradable sombra del lado norte de la torre. La misma futilidad de la interrupción parecía haberle desequilibrado.

—Estaba diciendo —prosiguió Duncan, cuando se hubieron parado de nuevo— que sólo tratamos de evitar una situación desagradable, que resultaría molesta tanto para la Tierra como para Titán. No hay nada personal en esto, y lo que más lamento es que no lo haga otra persona; puedes creerme.

Karl no respondió en seguida, sino que se inclinó y colocó cuidadosamente la libreta sobre el sector de la barandilla más enmohecido que pudo encontrar. Esta acción recordó tan vivamente a Duncan los tiempos pasados, que se sintió absurdamente conmovido. Karl no había sido nunca capaz de expresar debidamente sus emociones, a menos que tuviese libres las manos, y, ahora, la libreta era para él un enojoso estorbo.

—Escucha con atención, Duncan —empezó Karl—. Sea lo que fuere lo que te ha dicho Calindy...

—Ella no me ha dicho nada.

—Debió ayudarte a encontrarme.

—Ni siquiera esto. No sabe que estoy aquí.

—No te creo.

Duncan se encogió de hombros y guardó silencio. Su estrategia parecía dar resultado. Dando a entender que sabía mucho más de lo que sabía en realidad —que ciertamente era muy poco—, confiaba en quebrantar la confianza de Karl y hacerle confesar más cosas. Pero no tenía la menor idea de lo que haría después; sólo podía confiar en la habilidad de Colin Para las circunstancias imprevistas.

Karl había empezado a caminar arriba y abajo de un modo tan agitado que Duncan se sintió, por primera vez, francamente nervioso. Recordó la advertencia de Calindy, y, una vez más, se dijo, con inquietud, que éste no era el mejor lugar para enfrentarse con un adversario que podía estar un poco desequilibrado.

De pronto, Karl pareció tomar una decisión. Detuvo su inseguro paseo sobre la estrecha pasarela y giró sobre sus talones con tanta brusquedad que Duncan dio involuntariamente un paso atrás. Entonces advirtió, con tanto alivio como sorpresa, que Karl había extendido las manos en ademán de súplica, no de amenaza.

—Duncan —empezó a decir, con una voz totalmente cambiada—. *Tú puedes ayudarme. Lo que estoy tratando de hacer...*

Fue como si el Sol hubiese explotado. Duncan se cubrió los ojos con las manos y apretó éstas fuertemente para protegerse del insoportable resplandor. Oyó un grito de Karl, y, un momento después, éste chocó violentamente con él, rebotando en seguida.

La detonación actínica había durado sólo una fracción de segundo. ¿Podía haber sido un relámpago? Pero, si era así, ¿dónde estaba el trueno? Con un destello tan intenso, tenía que haber retumbado inmediatamente.

Duncan se atrevió a abrir los ojos y descubrió que podía ver, aunque a través de un velo de niebla rosada. Pero era evidente que Karl no veía nada; se movía ciegamente, con las manos apretadas sobre los ojos. Y el trueno no llegaba...

Si Duncan no hubiese estado medio paralizado por la impresión, habría podido actuar a tiempo. Todo parecía ocurrir en movimiento retardado, como en un sueño; no podía creer que fuese real.

Vio que el pie de Karl tropezaba con la preciosa libreta, de modo que ésta giró en el espacio y bajó aleteando como un pájaro ciego y extraño. A pesar de no ver, Karl debió darse cuenta de lo que había hecho. Totalmente desorientado, lanzó un fútil zarpazo al aire vacío y, después, chocó con la barandilla. Duncan trató de agarrarle, pero era demasiado tarde.

Incluso entonces, podía no haber pasado nada; pero los años y el orín habían hecho su trabajo. Al partirse el traicionero metal, Duncan creyó que Karl gritaba su nombre, en el último segundo de su vida.

Pero nunca estaría seguro de esto.

## CAPÍTULO 33

### Los oyentes

—No está usted legalmente obligado —le había explicado el embajador Farrell—. Si lo desea, puedo alegar la inmunidad diplomática para usted. Pero sería una imprudencia y podría crear... dificultades. En todo caso, esta investigación es en mutuo interés de todos los afectados. Nosotros, igual que ellos, queremos averiguar lo que ha pasado.

—¿Quiénes son *ellos*?

—Aunque lo supiese, no podría decírselo. Digamos el Servicio de Seguridad de la Tierra.

—¿Todavía tienen aquí estas tonterías? Yo creía que los espías y los agentes secretos habían desaparecido hace doscientos años.

—Las burocracias se perpetúan por sí solas; *usted* debería saberlo. Pero la civilización siempre tendrá sus descontentos, según leí en alguna parte. Aunque la policía cuida de casi todos los asuntos, como en Titán, hay casos que requieren... un tratamiento especial. A propósito, me han pedido que le diga que todo lo que quiera usted decir se considerará materia reservada y no se publicará sin su consentimiento. Y, si lo desea, yo le acompañaré para guiarle y prestarle un apoyo moral.

Ni siquiera ahora estaba Duncan muy seguro del papel que representaba el embajador, pero su ofrecimiento era razonable y lo había aceptado. No veía ningún mal en aquella reunión privada; naturalmente, era necesaria alguna investigación judicial, pero, cuanto menos publicidad se hiciese, tanto mejor sería.

Él había medio esperado que le llevarsen en un coche cerrado por un largo y tortuoso trayecto, hasta un gran complejo subterráneo en las profundidades de Virginia o Maryland; era un poco molesto terminar en una pequeña habitación del viejo Departamento de Estado, hablando con un subsecretario auxiliar que respondía al improbable nombre de John Smith. Una comprobación ulterior por parte de Duncan confirmó que se llama realmente así; sin embargo, pronto se puso en claro que esta habitación era mucho más importante de lo que parecía deducirse de su mesa vulgar y sus tres cómodos sillones.

Las sospechas de Duncan sobre el gran espejo que cubría la mayor parte de una pared se vieron rápidamente confirmadas. Su interlocutor —o su inquisidor, para emplear un término más melodramático— vio la dirección de su mirada y le dirigió una ingenua sonrisa.

—Con su permiso, señor Makenzie, quisiéramos registrar esta entrevista. Y hay otros participantes que esperan; pueden intervenir de cuando en cuando. Si no le

importa, me abstendré de presentárselos.

Duncan hizo un cortés movimiento de cabeza en dirección al espejo.

—Nada tengo que objetar a la grabación —dijo—. ¿Le importa que emplee también mi minisec?

Se hizo un penoso silencio, interrumpido solamente por un chasquido de lengua del embajador. Después, el señor Smith respondió:

—Preferiríamos proporcionarle una copia. Le prometo que será absolutamente literal.

Duncan no insistió. Probablemente sería un engorro qué algunas de las voces fuesen reconocidas por extraños. En todo caso, una copia era perfectamente aceptable; podía confiar en su memoria para suplir las omisiones o subsanar los errores.

—Muy bien —dijo el señor Smith, visiblemente aliviado—. Vamos a empezar.

Simultáneamente, ocurrió algo extraño en la estancia. Su acústica cambió bruscamente, como si se hubiese ampliado de pronto. No hubo la menor alteración visible, pero Duncan tuvo la extraña impresión de muchas presencias invisibles a su alrededor. Nunca sabría si estaban realmente en Washington o en el otro extremo de la Tierra, y esto le producía la incómoda y cruda sensación de que estaba rodeado de invisibles oyentes... y espías.

Un momento más tarde, una voz habló suavemente en el aire, precisamente frente a él.

—Buenos días, señor Makenzie; le agradecemos que haya querido dedicarnos parte de su tiempo, y le rogamos que nos disculpe nuestra insistencia. Si se imagina que esto es una especie de melodrama del siglo XX, le pedimos excusas. Noventa y nueve veces de cada cien, estas precauciones son totalmente innecesarias. Pero nunca podemos saber cuál será la centésima.

Era una voz amable y fuerte, profunda y resonante; pero había en ella algo ligeramente antinatural. ¿Una computadora?, se preguntó Duncan. Era una presunción demasiado sencilla; en todo caso, no había manera de distinguir entre la vocalización de una computadora y el habla humana, en particular ahora, cuando un número adecuado de «hum...», «bueno...» y frases incompletas y palpables errores gramaticales, podían ser incorporados para que los participantes no electrónicos en la conversación se sintiesen a sus anchas. Duncan se imaginó que estaba escuchando a un hombre que hablaba a través de un circuito que disfrazaba su acento.

Cuando aún trataba de decidir si debía responder, otro orador tomó la palabra; esta vez, la voz sonó a cosa de medio metro de su oído izquierdo.

—Debemos tranquilizarle sobre un punto, señor Makenzie. Que nosotros sepamos, no se ha infringido ninguna ley de la Tierra. No hemos venido a investigar un delito, sino solamente a resolver un misterio, a explicar una tragedia. Si ha sido

vulnerado algún reglamento *de Titán*, esto es problema de ustedes, no nuestro. Espero que lo comprenderá.

—Sí —respondió Duncan—. Lo había presumido, pero celebro su confirmación.

Desde luego, era un alivio; pero sabía que no podía estar tranquilo. Tal vez esta declaración era lo que parecía ser: una Petición amistosa de colaboración. Pero también podía ser una trampa.

Ahora, una voz de mujer sonó inmediatamente detrás de él, y tuvo que hacer un esfuerzo para no volverse a mirar a la que hablaba. Este innecesario cambio de voz y de lugar, ¿era un deliberado intento para desorientarle? ¿Tan *naïve* se imaginaban que era?

—Para ahorrar tiempo, permítame decirle que tenemos una relación completa del historial del señor Helmer. (Y del mío, pensó Duncan.) Su Gobierno se ha mostrado muy servicial, pero usted puede tener información que nos es desconocida, ya que era uno de sus íntimos amigos.

Duncan asintió con la cabeza, sin tomarse la molestia de hablar. Sin duda lo sabían todo sobre su amistad... y su final.

Como respondiendo a una señal oculta, el señor Smith abrió su cartera y dejó cuidadosamente un objeto sobre la mesa.

—Sin duda reconocerá esto —prosiguió la voz femenina—. La familia Helmer ha pedido que se lo entregásemos a usted para guardarlo, junto con las otras pertenencias del difunto.

La vista del minisec de Karl —virtualmente del mismo modelo que el suyo— le causó tanta impresión que, de momento, no captó el resto del mensaje. Después, Duncan reaccionó de pronto y dijo:

—¿Quiere usted repetir esto?

Tardaron tanto en contestar que se preguntó si su interlocutora estaba en la Luna; durante el curso de la sesión, Duncan estuvo casi seguro de ello. El intercambio era rápido con todos los demás inquisidores, pero, con aquella mujer solitaria, siempre había esta pausa invariable.

—Los Helmer han pedido que sea usted el depositario de los efectos de su hijo, hasta que se tomen las disposiciones oportunas.

Era una señal de paz, sobre la tumba de todas sus esperanzas, y Duncan sintió en los ojos un escozor de lágrimas no vertidas. Contempló el puñado de microelectrónica de encima de la mesa y ni siquiera se atrevió a tocarlo. Eran secretos de Karl; ¿le habrían pedido los Helmer que los guardase, si hubiesen tenido algo que ocultar? Pero Duncan estaba seguro de que Karl había ocultado muchas cosas a su propia familia; el minisec debía guardar muchas cosas que sólo él sabía. Aunque, ciertamente, debían estar disimuladas en claves cuidadosamente seleccionadas, algunas de ellas posiblemente conectadas con circuitos de *borradura* para evitar



intrusiones no autorizadas.

—Naturalmente —siguió diciendo la voz de la Luna (si *era* realmente de la Luna) —, nos interesa lo que puede haber en ese minisec. En particular, nos gustaría tener una lista de contactos en la Tierra: direcciones o números personales.

Sí, pensó Duncan; lo comprendo. Estoy seguro de que te habrás sentido tentada a hacer alguna interrogación, pero has tenido miedo a los posibles circuitos de *borradura* y quieres intentar primero otras alternativas.

Contempló reflexivamente la cajita que estaba sobre la mesa, con sus múltiples botones y su ahora oscura pantalla de lectura. Era un aparato cuya complejidad superaba todos los sueños de edades anteriores: un virtual micro-simulacro de un cerebro humano. En su interior, había miles de millones de informaciones, guardadas en infinitos dispositivos atómicos, esperando ser despertadas por la señal adecuada, o borradas por la que no lo fuese. De momento, estaban muertos, inertes, como la propia conciencia en las más recónditas profundidades del sueño. Pero no; no completamente inertes; los circuitos de reloj y de calendario seguían funcionando, marcando los segundos, los minutos y los días, que ahora ya no importaban a Karl.

Sonó otra voz, esta vez a la derecha.

—Hemos preguntado al señor Armand Helmer si su hijo dejó alguna clave, como suele hacerse en estos casos. Esperamos poder decirle algo más acerca de esto en breve plazo. Mientras tanto, no se hará ningún intento para obtener lectura alguna. Con su permiso, quisiéramos retener de momento el minisec.

Duncan empezaba a cansarse de que tomasen decisiones por él, y, por lo visto, los Helmer habían declarado que *él* tenía que hacerse cargo de los efectos de Karl. Pero de nada le serviría hacer objeciones; y, si las hacía, sin duda se materializaría alguna formalidad legal en el mismo aire tenue donde vibraban las misteriosas voces.

El señor Smith volvía a hurgar en su caja.

—Hay una segunda cuestión. Supongo que también reconocerá esto.

—Sí; Karl solía llevar siempre una libreta de notas. ¿Es esa la que llevaba cuando...?

—Lo es. ¿Tiene la bondad de examinarla y ver si encuentra en ella algo que le llame la atención como desacostumbrado, fuera de lo normal, que pueda tener valor para esta investigación? Aunque le parezca trivial o insignificante, no vacile en decirlo.

¡Qué abismo tecnológico —pensó Duncan— entre estos dos objetos! El minisec era un triunfo de la Edad Nueoelectrónica; la libreta de notas existía, virtualmente idéntica desde hacía al menos mil años, y lo propio podía decirse del lápiz que la acompañaba. Como había dicho algún filósofo de la Historia en una ocasión, la humanidad nunca abandonaba del todo los antiguos utensilios. Sin embargo, la libreta de Karl había sido siempre una muestra de afectación; podía hacer buenos diseños de

ingeniería, pero nunca había dado señales de auténtico talento artístico.

Mientras Duncan volvía lentamente las hojas, sentía vivamente las miradas de ojos ocultos a su alrededor. Sin duda alguna, cada página había sido cuidadosamente copiada, empleando todas las técnicas capaces de revelar marcas invisibles y borraduras. Era difícil creer que pudiese añadir gran cosa a las investigaciones ya realizadas.

Por lo visto, Karl utilizaba su libreta para tomar nota de todo lo que le interesaba, para entablar una especie de diálogo consigo mismo y para expresar sus emociones. Había palabras misteriosas y números en diminuta y clara caligrafía, fragmentos de cálculos y ecuaciones, fórmulas matemáticas...

Y había bocetos espaciales, toscos dibujos de escenarios de las lunas exteriores, con el formal círculo-y-elipse de Saturno suspendido en el cielo...

... diagramas de circuitos, con más cálculos llenos de lambdas y de omegas, y omegas, y notas de vectores que Duncan podía reconocer, pero no comprender... y entonces, súbitamente, sobresaliendo de las páginas de notas impersonales y de esbozos bastante imperfectos, algo que respiraba vida, algo que podía haber sido obra de un *verdadero* artista: un retrato de Calindy, dibujado con evidente y amoroso cuidado.

Tenía que reconocerlo inmediatamente; sin embargo, y aunque parezca extraño, Duncan lo miró inexpresivamente durante una fracción de segundo. No era la Calindy que ahora conocía, porque la mujer real borraba ya la imagen del pasado. Aquí estaba la Calindy que ambos habían recordado, la muchacha fijada para siempre en la burbuja estéreo, fuera del alcance del tiempo.

Duncan contempló el dibujo durante largos minutos, antes de volver la página. Era realmente excelente, muy distinto de todos los demás bocetos. Entonces, ¿cuántas veces lo había dibujado Karl, una y otra vez, en los años transcurridos?

Nadie hablaba en el aire, a su alrededor, ni interrumpía sus pensamientos. Al rato, siguió hojeando el cuaderno.

... más cálculos..., diseños de exágonos, menguando al alejarse... ¿Por qué? ¡Claro!

—Es el enrejado de la titanita; pero el número escrito al lado no significa nada para mí. Parece una clave de vídeo terrestre.

—Tiene usted razón. Es el número de un experto en piedras preciosas, residente en Washington. *No* es Ivor Mandel'stahn, como tal vez pensó. La persona en cuestión nos asegura que el señor Helmer nunca se puso en contacto con ella, y creemos que dice la verdad. Probablemente, el señor Helmer consiguió este número de algún modo, lo anotó, pero no lo utilizó.

... más cálculos, ahora con muchas frecuencias y ángulos de fase. Sin duda materia de comunicaciones, que era parte del trabajo regular de Karl...

... diseños geométricos, muchos de ellos fundados en el tema del exágono...

... otra vez Calindy, pero esta vez sólo en silueta, sin el cuidado amoroso del dibujo anterior...

... una especie de colmena de pequeños círculos, vista en un plano y en relieve. Sólo unos pocos círculos aparecían dibujados con detalle, pero saltaba a la vista que debían ser varios cientos. La interpretación era igualmente obvia.

—La instalación *Cíclope*. Sí; escribió el número de elementos y las dimensiones totales.

—¿Por qué cree usted que le interesaba tanto?

—Es muy natural. Este es el más grande y más famoso radio-telescopio de la Tierra. Con frecuencia lo comenté conmigo.

—¿Le habló alguna vez de visitarlo?

—Es probable, pero no lo recuerdo. A fin de cuentas, han pasado muchos años.

Los dibujos de las páginas siguientes, aunque muy toscos y esquemáticos, eran claramente detalles de *Cíclope*: elementos de las antenas, mecanismos de rastreo, oscuros diseños de circuitos, mezclados con más cálculos. Uno de los diseños estaba sin terminar; Duncan lo miró tristemente y volvió la Página. Como había supuesto, ésta estaba en blanco.

—Siento desilusionarles —dijo, cerrando el libro—, pero no saco nada en claro de esto. La especialidad de Karl..., del señor Helmer, era la ciencia de las comunicaciones; contribuyó a diseñar la Red Titán-Planetas Interiores. Todo esto es parte de su trabajo; su interés es muy comprensible, y no veo en ello nada raro.

—Es posible, señor Makenzie. Pero todavía no ha terminado.

Duncan miró, sorprendido, el aire vacío. Entonces, el subsecretario Smith señaló el cuaderno de notas.

—No esté tan seguro —dijo amablemente—. Empiece por el *final*.

Sintiéndose un poco lelo, Duncan volvió a abrir el cuaderno y, al hojearlo, se dio cuenta de que Karl lo había usado en ambas direcciones.

La cubierta de atrás estaba en blanco; pero, en la primera página, aparecía una sola y enigmática palabra: Argos. Esta no significaba nada para Duncan, aunque despertó en él un débil e indefinible eco de la Historia. Volvió la página... y recibió una de las más grandes impresiones de su vida.

Al mirar, con incredulidad, el dibujo que ocupaba toda la superficie del papel, se vio súbitamente transportado al Arrecife de Oro. No había engaño posible; sin embargo, que él supiese, Karl no había mostrado nunca el menor interés en las *minutiae* de la zoología terrestre. La simple idea de que un titaniano pudiese sentirse fascinado por la biología marina era un poco incongruente.

Sin embargo, era un estudio minucioso, con la perspectiva meticulosamente trabajada alrededor de los débilmente sombreados ejes en x y en z del erizo de mar

*Diadema*. Sólo se veía una docena de las finas e irradiantes púas, pero estaba claro que las había a cientos, ocupando todo el espacio circundante.

Esto era bastante sorprendente, pero había algo todavía más notable. Este dibujo tenía que haber requerido horas de ardua labor. Karl había dedicado, a un pequeño y nada simpático invertebrado —¡que seguramente no había visto en su vida!—, todo el amor y la habilidad que había puesto en el retrato de Calindy.

Bajo la brillante luz del sol, ante el viejo Departamento de Estado, Duncan y el embajador tuvieron que esperar cinco minutos a que llegase el ómnibus siguiente, deslizándose en silencio por Virginia Avenue. Nadie podía oírles, y Duncan dijo, en voz baja y apremiante:

—¿Significa la palabra «Argos» algo para usted?

—En realidad, sí; aunque no veo que pueda servirnos de nada. Todavía conservo algún resto de instrucción clásica, y, si no me equivoco, Argos era el nombre del viejo perro de Ulises. Reconoció a éste, cuando llegó a Itaca después de veinte años de viaje, y se murió.

Duncan reflexionó unos segundos sobre esta información y se encogió de hombros.

—Tiene usted razón; no sirve de nada. En todo caso, quisiera saber porqué esa gente a quien he conocido, o a quien *no* he conocido, siente tanto interés por Karl. Ellos mismos confesaron al principio que no hay el menor indicio de que hiciese algo ilegal, al menos en lo que concierne a la Tierra. Y supongo que sólo interpretó a su manera algunas leyes de Titán, sin vulnerarlas.

—¡Un momento! ¡Un momento! —dijo el embajador—. Me hace usted pensar en el algo.

Unas cuantas contorsiones melodramáticas se dibujaron en su rostro; después, se serenó, miró a su alrededor con aire de conspirador, y comprobó que nadie podía oírles y que el ómnibus tardaría aún tres minutos en llegar, según el reloj de la parada.

—Creo que tal vez lo tengo, aunque le agradeceré que no me atribuya el descubrimiento. Considere esta estrafalaria hipótesis:

»Todos los organismos tienen un mecanismo de defensa para protegerse. Usted acaba de descubrir uno de ellos: parte del sistema de seguridad de la Tierra. Este grupo particular, sean cuales fueren sus responsabilidades, se compone probablemente de un corto número de personas importantes. Supongo que conozco a la mayoría de ellas... En realidad, hubo una vez... Pero dejemos esto...

«Podríamos llamarlo un comité de vigilancia. Este comité tiene que tener un nombre; un nombre secreto, naturalmente. En el desempeño de mis funciones, oigo hablar en ocasiones de estas cosas, y procuro olvidarlas...

»Ahora bien, Argos es un *perro guardián*. Luego, ¿qué nombre mejor para un

grupo de esta clase? Piense que *todavía* no afirmo nada. Pero imagínese la alarma de una organización secreta que descubre su nombre minuciosamente registrado en circunstancias sumamente misteriosas.»

Era una teoría muy plausible, y Duncan tenía la seguridad de que el embajador no la habría formulado sin tener buenas razones. Pero esto no les hacía avanzar mucho.

—Todo esto está muy bien, y estoy dispuesto a aceptarlo. Pero, ¿qué diablos tiene que ver con un dibujo de un *erizo de mar*? Creo que me estoy volviendo loco.

El vehículo se detuvo ahora delante de ellos, y el embajador le invitó a subir.

—Si le sirve de consuelo, Duncan, le diré que está en muy buena compañía. Yo daría una buena parte de mi modesta pensión de retiro por oír lo que dicen ahora el subsecretario Smith y sus invisibles amigos.

## CAPÍTULO 34

### Negocios y deseo

Nadie habría podido decir, cuando Duncan se plantó junto a la ventana del departamento de Calindy, que no estaba contemplando el intenso tráfico de la calle 57 en una fría noche de invierno, al caer los primeros copos de nieve, que se fundían al punto al tocar las cálidas aceras. Pero estaban en verano, no en invierno; y ni siquiera la limusina del presidente Bernstein era tan vieja como los coches que discurrían en silencio, doscientos metros más abajo. Estaba observando el pasado, tal vez un holograma de finales del siglo XX; en todo caso, aunque Duncan sabía que estaba realmente bajo tierra, no podía convencer de ello a sus sentidos.

Al fin estaba a solas con Calindy, aunque en circunstancias que ni siquiera habría soñado unos días antes. Por extraña ironía, ahora que tenía la oportunidad, apenas si sentía el menor atisbo de deseo.

—¿Qué es esto? —preguntó, receloso al ofrecerle Calindy una esbelta copita de cristal que contenía unos pocos centímetros de un líquido rojo como la sangre.

—Si te lo dijese, el nombre no significaría nada para ti; y, si te dijese lo que cuesta, no te atreverías a beberlo. Paladéalo despacio, pues nunca tendrás otra ocasión, y te sentará bien.

*Era* muy bueno, suave, ligeramente dulce y, según pensó Duncan, cargado con varios megatones de energía adormecedora. Lo sorbió muy lentamente, desde luego, sin dejar de observar a Calindy, que iba de un lado a otro en la habitación.

En realidad, él no había esperado encontrar nada determinado, pero, a pesar de esto, el departamento de Calindy le había sorprendido. Era casi ascético en su sencillez, pero grande y bien proporcionado, con paredes gris perla y techo azul y *abovedado* como el mismo cielo, y una alfombra verde que daba la impresión de un pequeño mar de hierba lamiendo lo muros. Había menos de una docena de muebles: cuatro mullidos sillones, dos divanes, un escritorio cerrado, una vitrina llena de delicadas piezas de porcelana, una mesa baja sobre la que había una cajita y un magnífico libro de primitivos del siglo XXII, y, desde luego, la indispensable consola, con su pantalla llena ahora de arte abstracto que estaba muy lejos de ser primitivo.

Incluso sin la fuerza de gravedad, para recordárselo, no había peligro de que Duncan se olvidase de que estaba en la Tierra. Dudaba de que cualquier casa particular de cualquier otro planeta pudiese lucir como ésta; pero no *le* habría gustado vivir en ella. Todo era demasiado perfecto, y mostraba con demasiada claridad la obsesión de los moradores de la Tierra por el pasado. De pronto recordó la

observación del embajador Farrell: «Nosotros no somos decadentes, pero nuestros hijos lo serán.» Esto incluía la generación de Calindy; quizá el embajador tenía razón...

Tomó otro sorbo, mientras observaba en silencio a Calindy, que evolucionaba en la estancia. Claramente incómoda, Calindy movió un sillón una invisible fracción de pulgada, y realizó un ensayo de un también invisible arreglo. Después, volvió al diván y se sentó al lado de Duncan.

Con un poco más de decisión, se inclinó sobre la mesa de café y tomó la cajita que había encima de ella.

—¿Conoces esto? —preguntó, abriendo la tapa.

Reposando en un nido de terciopelo, había algo parecido a un huevo grande de plata, de un tamaño equivalente al doble de los huevos de verdad que había visto en el Hotel de Centenario.

—¿Qué es? —preguntó—. ¿Un objeto esculpido?

—Cógelo, pero ten cuidado de que no se te caiga.

A pesar de esta advertencia, a punto estuvo de dejarlo caer. El huevo no pesaba mucho, pero parecía vivo; incluso parecía agitarse en su mano, a pesar de que no podía percibirse el menor movimiento. Sin embargo, cuando lo observó con mayor atención, pudo ver unas débiles franjas opalescentes que se deslizaban sobre la superficie y empañaban momentáneamente su brillo de espejo. Parecían ondas calóricas, aunque no producían sensación de calor.

—Sostenlo con *ambas* manos —le dijo Calindy— y cierra los ojos.

Duncan obedeció, a pesar de un deseo casi irresistible de ver lo que realmente le pasaba al extraordinario objeto. Se sentía completamente desorientado, porque le parecía que el sentido del tacto —el mensajero más fiel del universo exterior— le estaba traicionando.

Pues la textura del huevo cambiaba constantemente. Ya no parecía de metal, sino que, increíblemente, era *velludo*. Igual habría podido estar acariciando un animalito peludo, un gato, tal vez...

Pero sólo durante unos segundos. El huevo se estremeció y se volvió duro y tosco: estaba hecho de papel de lija, lo bastante áspero para rascar la piel...

... el papel de lija se convirtió en seda, tan suave y fina que tuvo ganas de acariciarla. Pero, casi sin darle tiempo a obedecer a este impulso...

... el huevo empezó a licuarse y se volvió gelatinoso; casi parecía rezumar entre sus dedos, y Duncan tuvo que hacer un esfuerzo para no dejarlo caer con asco. Sólo la convicción de que esto no podía ocurrir *en realidad* le dio fuerzas para dominar el reflejo...

... ahora era de madera; no cabía la menor duda, pues podía incluso sentir el grano...

... antes de disolverse en miles de millones de cerdas separadas, tan afiladas y distintas que podía sentir sus pinchazos en la piel...

Y había sensaciones que ni siquiera podía identificar; algunas, deliciosas; la mayoría, neutras; pero, otras, tan desagradables que apenas si podía dominar su repugnancia. Por fin, cuando Duncan sintió en las palmas de sus manos el tacto único, incomparable, de la piel humana, su curiosidad y su asombro triunfaron sobre su voluntad:

Abrió los ojos: el huevo de plata no había cambiado en absoluto, aunque, por el tacto, se hubiese dicho que estaba tallado en jabón.

—Por el amor de Dios, ¿cómo se llama esto?

—Es un tactoide. ¿No habías oído hablar de ellos?

—No.

—Fascinador, ¿verdad? Hace, al sentido del tacto, lo que un calidoscopio al sentido de la vista. No; no me preguntes *cómo* funciona... Tiene algo que ver con el estímulo eléctrico controlado.

—¿Para qué sirve?

—¿Tiene que servir todo para algo? No es más que un juguete, una novedad. Pero yo tenía buenas razones para mostrártelo.

—¡Oh, ya sé! «Lo último de la Tierra.»

Calindy le dirigió una sonrisa pensativa; recordaba la antigua frase, que ahora hacía que ambos evocasen aquellos días que habían pasado en Titán, hacía tanto tiempo...

—Duncan —dijo ella, en voz tan baja que él distinguió apenas las palabras—, ¿crees que todo fue por mi culpa?

Ahora estaban sentados a dos metros de distancia en el diván, y él tuvo que volverse para mirarla a la cara. La mujer que veía ahora ya no era la serena funcionaria y directora que había encontrado en el *Titanic*, sino una niña afligida y vacilante. Se preguntó cuánto tiempo duraría su ánimo contrito, que, de momento, era bastante sincero.

—¿Cómo puedo contestar a esto? —respondió él—. Todavía estoy completamente a oscuras. No sé lo que estaba haciendo Karl en la Tierra ni por qué vino aquí.

Esto era sólo verdad en parte; el minisec de Karl había empezado a revelar sus secretos. Pero Duncan no estaba aún dispuesto a discutirlo con nadie, y menos con Calindy.

Ella le miró con aire de débil sorpresa, y dijo:

—¿Quieres decir que nunca te habló de ello... en quince años?

—Hablarme, ¿de qué? —preguntó Duncan.

—De lo que ocurrió aquella última noche a bordo del *Mentor*.



—No —respondió Duncan, con dolorosa lentitud—. Nunca me habló de ello.

Después de tantos años, aquella traición seguía siendo para él un amargo recuerdo. Ahora sabía, desde luego, que era absurdo que dos jóvenes adultos, como Karl y Calindy, obsesionados en su propio dolor, prestasen la menor atención a los sentimientos de un muchacho que les adoraba a ambos. Ahora no podía censurarles; pero, en el fondo de su corazón, nunca les había perdonado.

—Entonces, ¿no sabías que habíamos empleado una Máquina de Placer?

—¡Oh, *no!*

—Pues sí. No fue idea *mía*. Karl insistió, y no pude disuadirle. Sólo tuve el sentido común suficiente para no emplearla yo misma. Bueno, sólo a muy baja potencia...

—Ya en aquellos tiempos, eran ilegales. ¿Cómo podía haber una a bordo del *Mentor*?

—Había muchas cosas en el *Mentor* de las que nadie tuvo jamás conocimiento.

—Lo supongo. ¿Y qué pasó?

Calindy se puso de nuevo en pie y empezó a pasear nerviosamente arriba y abajo. Esquivando la mirada de Duncan, prosiguió:

—No me gusta hablar de esto; incluso ahora, me asusta, y puedo comprender por qué la gente se aficionaba irremediabilmente a aquello. Estoy segura de que tus dedos no habían tocado nunca nada tan..., bueno, supongo que *palpable* es la única palabra..., como este tactoide. La Máquina de Placer es exactamente lo mismo; hace que la vida real parezca pálida y mísera... y, no lo olvides, Karl la empleó en su máxima potencia. Le dije que no lo hiciese, pero él se echó a reír. Confiaba en que podría manejarla...

Sí, pensó Duncan; esto era muy propio de Karl. Aunque nunca había visto un Amplificador de Emociones, había uno, debidamente guardado, en el Hospital Central de Oasis. Era un instrumento psiquiátrico muy valioso; pero, cuando las versiones simples y portátiles, bautizadas rápidamente con el nombre de «Máquinas de Placer», se había puesto al alcance de todos a mediados de siglo, se habían extendido como una plaga en los mundos deshabitados. Nadie sabría cuántas mentes jóvenes y en formación habían sido arruinadas por ellas. Los «cerebros quemados» habían sido una enfermedad de los años sesenta, hasta que la epidemia había cesado, dejando cientos de cabezas emocionalmente huera. Karl había tenido suerte de escapar...

Pero, no; no se había librado. Aquí estaba la verdad de su «crisis nerviosa» y la explicación de su cambiada personalidad. Duncan empezó a sentir una ira fría contra Calindy. No creía en sus protestas de inocencia; tenía que haberlo impedido, incluso entonces. Pero parte de su indignación se fundaba en motivos morales; censuraba a Calindy porque estaba viva, mientras que Karl yacía helado en el depósito de

cadáveres de Aden, como una espléndida estatua de mármol deteriorada por el tiempo y cuidadosamente restaurada. Allí tendría que esperar hasta que se cumpliesen todas las formalidades legales indispensables para disponer de un cadáver extraterrestre. Este era otro deber que había caído sobre Duncan; había hecho todo lo que había creído necesario, antes de despedirse del amigo que había perdido mucho antes de su muerte.

—Me imagino la escena —dijo Duncan, con tanta acritud que Calindy le miró con súbita sorpresa—. Pero cuéntame el resto. ¿Qué pasó después?

—Karl solía enviarme largas y fogosas misivas, selladas y certificadas. Decía que nunca podría amar a nadie más; yo le respondía que no fuese tonto, que me olvidase lo más rápidamente posible, puesto que nunca volveríamos a vernos. ¿Qué más podía decirle? No me daba cuenta de que mis consejos eran absolutamente inútiles..., como si le dijese que dejase de respirar. Como no me atrevía a preguntarlo, sólo años más tarde supe lo que una Máquina de Placer podía hacerle al cerebro.

»Sí, Duncan; él decía la pura verdad cuando afirmaba que no podría amar a nadie más. Al reforzar los circuitos del placer, esas máquinas crean una pauta de deseos *permanente*, casi indestructible. Los psicólogos llaman a esto electro-impresión; creo que actualmente existen técnicas encaminadas a corregir este efecto, pero no las había quince años atrás, ni siquiera en la Tierra. Y menos aún en Titán.

»Al cabo de un tiempo, dejé de contestarle, pues nada podía decirle. Pero seguí recibiendo noticias de Karl varias veces al año; juraba que, más pronto o más tarde, vendría a la Tierra y volveríamos a vernos. Yo no lo tomaba desde luego en serio.»

Tal vez no, pensó Duncan; pero estoy seguro de que no te disgustaba en absoluto. Debía ser halagador tener en la mano el alma de un hombre tan inteligente y hermoso como Karl, aunque su esclavitud hubiese sido accidental, con la ayuda de una máquina...

Ahora comprendía claramente por qué todos los ulteriores amoríos y matrimonios de Karl habían terminado violentamente. Estaban condenados al fracaso desde el principio. La imagen de Calindy se había erguido siempre, como un ideal inalcanzable, entre Karl y su felicidad. ¡Cuán solo debía sentirse! ¡Y cuántas malas interpretaciones habrían podido evitarse, si se hubiese conocido a tiempo la causa de su comportamiento!

Sin embargo, tal vez no se habría podido hacer nada, y, en todo caso, era fútil soñar en oportunidades perdidas. ¿Qué antiguo filósofo había dicho: «La raza humana nunca conocerá la dicha, mientras puedan pronunciarse las palabras. ‘Si al menos...’»?

—Debió producirte una gran sorpresa, cuando al fin *apareció*.

—No. Me había hecho varias insinuaciones, y casi le esperaba desde hacía un año. Entonces, me llamó desde Port Van Allen; me dijo que acababa de llegar en un

vuelo especial y que nos veríamos en cuanto hubiese terminado su readaptación a la gravedad.

»Era una nave de abastecimiento del Servicio Terrestre de Vigilancia, que volvía de vacío... y a toda velocidad. Sin embargo, tardó cincuenta días.»

Y no debió ser un viaje muy cómodo, se dijo Duncan. Cincuenta días en uno de aquellos camiones espaciales, con un mínimo de sistemas vitales. ¡Qué contraste con el *Sirius*! Lo sintió por los oficiales que habían sucumbido cándidamente a la persuasión de Karl, y esperó que el Tribunal de Instrucción no perjudicase sus carreras.

Calindy había recobrado parte de su aplomo; dejó de pasear arriba y abajo y se sentó junto a Duncan en el diván.

—Yo no estaba segura de si, después de tantos años, deseaba realmente volver a verle; pero sabía lo terco que era y que habría sido inútil tratar de mantenerle alejado. Por consiguiente..., supongo que puedo decir que adopté la línea de menor resistencia. —Esbozó una triste sonrisa, y prosiguió—: Desde luego, no me sirvió de nada, como hubiese debido suponer. Entonces nos enteramos, por un noticiario, de que acababas de llegar a la Tierra.

—Esto debió ser una sorpresa para Karl. ¿Qué dijo?

—Poca cosa; pero me di cuenta de que estaba disgustado y muy asombrado.

—Pero debió hacer *algún* comentario.

—Sólo me advirtió que, si hablabas conmigo, no debía decirte que él estaba en la Tierra. Fue la primera vez que sospeché algo irregular y empecé a preguntarme sobre la titanita que me había pedido que vendiese.

—Esto no tiene importancia; olvídalo. Digamos que era solamente uno de los muchos medios de que se valía Karl para alcanzar su objetivo. Pero quisiera saber una cosa: la primera vez que te llamé, ¿estaba aún contigo?

Otra vacilación, que era ya media respuesta. Después, Calindy contestó, en tono un tanto desafiador:

—¡Claro que estaba! Y se enfadó mucho cuando le dije que nos habíamos visto. Tuvimos una fuerte disputa por esta causa. Pero no era la primera —suspiró, con dramatismo ligeramente exagerado—. Por aquel entonces, incluso Karl se había dado cuenta de que la cosa no podía marchar, de que no había nada que hacer. Yo se lo había advertido muchas veces, pero él no había querido creerme. Se negaba a reconocer el hecho de que la Calindy que había conocido quince años antes, y cuya imagen estaba grabada al fuego en su cerebro, había dejado de existir...

Duncan no se había imaginado nunca que vería lágrimas en los ojos de Calindy. Pero se preguntó: ¿Lloraba por Karl o por su propia juventud perdida?

Trató de mostrarse cínico, pero no lo consiguió. Estaba seguro de que su dolor era, en parte, absolutamente auténtico, y, a pesar suyo, esto le conmovía

profundamente. Y algo más, pues ahora, para gran sorpresa suya, descubrió que la compasión no era la única emoción que Calindy despertaba en él. Hasta entonces, no se había dado cuenta de que el dolor compartido podía ser un afrodisíaco.

No hizo nada para coartar este sentimiento, pero tampoco quería apresurar las cosas. Todavía esperaba saber mucho más, y sólo Calindy podía informarle.

—Por eso parecía siempre inquieto cuando hacíamos el amor —siguió diciendo ella, con voz llorosa—, aunque al principio trataba de disimularlo. Yo lo advertía... y esto no era nada agradable para mí. Hacía que me sintiese... inadecuada. Entonces yo había aprendido mucho sobre la electro-impresión, y sabía exactamente donde estaba el mal. El caso de Karl no era único...

»Lo cierto es que aumentó su frustración... y también su violencia. A veces, me asustaba. Ya sabes lo vigoroso que era... Mira esto.»

Con otro ademán teatral, se abrió el vestido y mostró la parte superior del brazo izquierdo..., además de todo el seno izquierdo.

—Me golpeó *aquí*, con tanta fuerza que me contusionó gravemente. Todavía puedes ver la señal.

A pesar de toda su buena voluntad, Duncan no pudo descubrir ninguna huella de contusión en la piel blanca, suave como la seda, que se ofrecía a su mirada. Sin embargo, aquella revelación no le dejó indiferente.

—Y esta fue la causa de que desconectases el vídeo —dijo, compasivo, y se acercó un poco más.

—Entonces me llamó el amigo de Ivor, preguntándome acerca de Titán. Pensé que era una extraña coincidencia... ¿Sabes, Duncan, que fue una mala jugada?

Parecía más triste que irritada, y no se separó de él. Casi la mitad del sofá estaba ahora sin ocupar.

—Y entonces, todo se precipitó repentinamente. ¿Sabías que el Servicio de Seguridad de la Tierra envió a dos de sus agentes para interrogarme?

—No, pero lo sospeché. ¿Qué les dijiste?

—Todo, naturalmente; se mostraron muy amables y comprensivos.

—Y también muy torpes —dijo Duncan, amargamente.

—¡Oh, Duncan, aquello fue un *accidente*! Tú eras un invitado importante; *tenían* que protegerte. Si te hubiese ocurrido algo, precisamente antes de hablar ante el Congreso, se habría producido un escándalo interplanetario. Pero hiciste mal en buscar a Karl en un lugar tan peligroso.

—No era peligroso, y nuestra conversación era perfectamente amistosa. ¿Cómo iba yo a saber que aquel fogoso idiota estaba espiando en la antena contigua?

—¿Qué querías que hiciese? Le habían ordenado que te protegiese a toda costa, y le habían advertido que Karl podía mostrarse violento. Pareció que iniciabais una pelea... y aquel disparo de láser sólo habría cegado a Karl por unas Pocas horas. Fue

un terrible accidente; nadie tuvo la culpa.

Tal vez, pensó Duncan; en cuanto a él, tardaría muchísimo tiempo en poder considerar desapasionadamente toda la secuencia de acontecimientos. Si existía culpa, ésta estaba muy repartida entre dos mundos. Como la mayoría de las tragedias humanas, ésta no había sido causada por malas intenciones, sino por errores de juicio, por malas interpretaciones...

Si Malcolm y Colin no hubiesen insistido en que tuviese una explicación con Karl, presentándole los hechos..., si él no hubiese *querido* que Karl demostrase su inocencia y no le hubiese dado la oportunidad de hacerlo, hasta el punto de ponerse—inconscientemente, ahora lo veía— en su poder... Tal vez Karl era realmente peligroso; pero nunca lo sabría.

Parecía como si ambos hubiesen sido atrapados en una red complicada del destino, de la que no tenían posibilidad alguna de escapar. Y Duncan volvió a recordar el *Titanic*, aunque el desastre de éste había sido tanto más grande que toda comparación resultaba ridícula. También el *Titanic* estaba condenado—como si los propios dioses conspirasen contra él— por una serie de circunstancias aparentemente casuales y triviales. Si los avisos radiados no se hubiesen perdido entre los mensajes de salutación y de negocios... Si aquel iceberg no se hubiese introducido de modo tan increíble a través de varios compartimientos estancos... Si el radiotelegrafista del barco no hubiese terminado su servicio, después de sólo veinte kilómetros, cuando se lanzaron los primeros SOS en la noche del Atlántico... Si no hubiesen faltado botes salvavidas... Había sido como el fracaso de toda una serie de dispositivos de seguridad contra improbables contingencias, hasta que la catástrofe fue inevitable.

—Tal vez tienes razón—dijo Duncan, tratando de consolarse y consolar al mismo tiempo a Calindy—. En realidad, no culpo a nadie. Ni siquiera a Karl.

—¡Pobre Karl! Me amaba de veras. Haber hecho el largo trayecto hasta la Tierra...

Duncan no respondió, aunque, por un instante, estuvo tentado de hacerlo. ¡Calindy no podía creer que ésta hubiese sido la única razón! Incluso un hombre de cerebro quemado, marcado por una de aquellas diabólicas Máquinas de Placer, era impulsado por más de una pasión. Y el principal objetivo de Karl había sido tan formidable que, incluso ahora, Duncan podía apenas creer la imagen que surgía poco a poco de la libreta de notas y de las recónditas porciones del minisec.

Karl había tenido un sueño—o una pesadilla— y Duncan era el único hombre vivo que, siquiera en parte, lo comprendía. ¡Cuán chasqueado y pasmado debía estar el Comité Argos! Esta idea dio a Duncan una fuerte impresión de poder, aunque había veces en que deseaba que la carga del conocimiento hubiese llegado a él de otra manera, o no hubiese llegado en absoluto...

Porque el poder y la felicidad eran incompatibles. Karl había querido tener ambas

cosas, y ambas se le habían escapado de las manos. Duncan no sabía aún cómo aprovecharía esta lección, pero estaba seguro de que no la olvidaría nunca.

Pero, si la felicidad era inalcanzable, al menos el placer estaba a su alcance y no debía despreciarlo. Por unos momentos, se olvidó de los negocios oficiales y volvió la espalda a un enigma mucho más profundo que todos los que Calindy ofrecía a sus clientes.

Era extraña la manera en que la rueda del destino había dado la vuelta completa. Quince años atrás, él y Karl se habían unido para llorar la pérdida de Calindy. Ahora, él y Calindy lloraban a Karl.

Y ahora conoció Duncan algo de la inquietud que debió sentir Karl, aunque sólo podía ser una débil sombra de su hambre insaciable. ¡Cuán cierto era que nunca podía recobrase del todo el pasado...!

Aquello fue tan bueno como había esperado; pero le faltó una cosa.

Calindy ya no sabía a miel.

## CAPÍTULO 35

### Argus Panoptes

Así, pues, se habían equivocado de Argos; si hubiese sido momento para risas, Duncan se habría reído de buena gana.

Colin le había puesto sobre la pista, con uno de sus siempre económicos telex. No habría sido necesario hacer todo el trayecto hasta Titán para comprobar un punto tan elemental.

—«¿A QUE ARGOS TE REFIERES? —había preguntado Colin—. HABÍA TRES».

Un par de minutos con la sección *ENCICLOPEDIA* de la consola lo había confirmado. Como había recordado el embajador Farrell, Argos era ciertamente el viejo y fiel perro guardián de Ulises, que había reconocido a su amo al volver éste del destierro. El nombre era desde luego adecuado para una organización del servicio secreto, aunque, cuando Duncan había empezado a investigar, había resultado que el Comité Argos no era tan secreto como él mismo habría deseado. Bernie Patras (inútil decirlo) había oído hablar de él, y también George Washington, que confesó con cierta turbación:

—Claro que me han hecho preguntas. Pero no hay nada que deba preocuparnos.

Ivor Mandel'stahn había sido más asequible, e incluso se había mostrado un poco irónico.

—Yo estoy acostumbrado al secreto en mi profesión, y podría decirle un par de cosas a esa gente. No habrían durado cinco minutos bajo el régimen de Stalin, o incluso de los antiguos zares. Pero supongo que son necesarios. La sociedad necesitará siempre algún servicio de vigilancia, para localizar a los descontentos antes de que puedan causar verdaderos disturbios. Sólo dudo de que *cualquier* sistema funcione realmente, cuando es más necesario.

El segundo Argos había sido constructor de la mítica —o quizás no tan mítica— nave de Jasón. Duncan nunca había oído hablar del Vellochino de Oro, y la leyenda le fascinó. *Argos* sería un buen nombre para una nave espacial, pensó; pero esto tampoco tenía nada que ver con las notas de Kart Helmer.

Se preguntó cómo habría descubierto Karl el tercer Argos; su inquisitiva mente debió recorrer muchos caminos de la fantasía, junto con los de la ciencia. Y, ahora que tenía la clave, Duncan comprendió la razón de que el proyecto que había claramente dominado los últimos días de Karl sólo podía tener un nombre: el del dios que todo lo veía, Argus Panoptes, cuyos múltiples ojos le permitían mirar simultáneamente en todas direcciones. A diferencia del pobre *Cíclope*, que sólo tenía

una línea de visión...

Transcurrieron casi treinta horas antes de que la computadora legal de Titán pudiese autenticar el testamento de Karl. Después, Armand Helmer informó de que, tal como Duncan había esperado, contenía una lista de palabras evidentemente cifradas, probablemente claves de las memorias privadas del minisec.

Armand estaba dispuesto a enviar las claves por telex, y Duncan se lo había impedido con el tiempo justo. Gracias a sus recientes experiencias, el *naïve* joven Makenzie, que sólo llevaba unas semanas en la Tierra, padecía ya una ligera paranoia. Confiaba en que ésta no llegaría a hacerse obsesiva, como parecía sucederle a veces a Colin. Sin embargo, Colin tenía razón...

Duncan no permitió que Armand radiase las claves desde Titán hasta que el Comité Argos no le hubo devuelto, con cierta renuencia, el minisec de Karl. Ahora ya no importaba que las interceptasen, pues sólo él podía emplearlas.

En total, había doce combinaciones, con idéntico formato. Todas ellas empezaban con la instrucción A o ADELANTE, seguida de los seis dígitos binarios 101000. Este podía ser un número arbitrario, pero era más probable que tuviese algún significado mnemónico. Un truco corriente era emplear el día o el año del nacimiento del interesado; Karl había nacido el año 40, y Duncan no se sorprendió ante la solución, al convertir 101000 a la base diez, aunque le desilusionó un poco un subterfugio tan evidente.

Sin embargo, la clave era bastante segura, pues había poquísimas probabilidades de que cualquier persona, buscando al azar, diese con las secuencias alfabéticas subsiguientes. Aunque eran fáciles de recordar —al menos para un titaniano—, estaban a salvo de un descubrimiento accidental. Cada una de ellas era un nombre escrito al revés; otro truco viejo, pero que siempre resultaba eficaz.

La lista empezaba con A 101000 SAMIN y continuaba con A 101000 SITET, A 101000 ONAJ, A 101000 ENOID, A 101000 SIMETRA. Por lo visto, Karl se había cansado de las lunas, pues la siguiente era, cosa nada sorprendente, A 101000 DNAMRA. Este debía ser un mensaje personal, como lo era, desde luego, A 101000 YDNILAC...

No había ningún A 101000 NACNUD. Aunque habría sido ilógico esperarlo, Duncan se sintió momentáneamente desilusionado.

Seguían unos cuantos nombres conocidos, pero casi no se fijó en ellos. Pues sus ojos habían captado ya la última nota: A 101000 SOGRA. La búsqueda había terminado.

Pero su triunfo no era aún completo; podía existir una última barrera. La mayoría de las personas tenían algún secreto que deseaban conservar incluso después de la muerte. Era posible que, si estas claves no se usaban correctamente, pudiesen provocar una instrucción de *BORRADURA*.



Era *posible*, pero no probable. Estaba claro que Karl había pretendido que estas memorias fuesen reveladas, pues, en otro caso, no habría consignado las claves en su testamento, sin ninguna advertencia adjunta. Tal vez lo más prudente sería enviar un nuevo telex a Armand, para el caso de que Karl hubiese dejado otras instrucciones no advertidas por su afligido padre.

Pero esto requeriría horas, y podía no demostrar nada. Duncan volvió a repasar la lista, buscando alguna pista y sin encontrar ninguna. La secuencia 101000 *podía* significar *BORRADURA*; pero, por más que especulase, no llegaría a ninguna parte.

No había ninguna señal de # o *EJECUCIÓN* al final de las secuencias; pero esto no demostraba nada, pues eran pocos los que se tomaban el trabajo de escribir algo tan evidente; nueve veces de cada diez, se omitía como cosa sabida. Sin embargo, una de las maneras más corrientes de cancelar una orden secreta de *BORRADURA* era marcar dos veces *EJECUCIÓN* en rápida sucesión; otra manera era hacerlo con un intervalo determinado entre las dos pulsaciones. ¿Tenía la omisión de Karl algún significado, o había seguido simplemente la costumbre?

El problema contenía su propia solución, aunque la emoción, más que la inteligencia, señalaban el camino. Duncan no pudo ver ningún fallo, por más que exploró todas las posibilidades que pudo imaginar. Después, sintiendo un débil atisbo de culpa, pulsó A 101000 YDNILAC e hizo una pausa de una fracción de segundo antes de completar la secuencia con #.

Si erraba, Calindy nunca sabría lo que había perdido. Y, aunque el último mensaje de Karl dirigido a ella podía borrarse, ninguna de las otras memorias almacenadas correría peligro.

Sus temores eran infundados. Duncan sólo oyó las primeras palabras: «Hola, Calindy; cuando oigas esto, yo estaré...», antes de pulsar la llave de STOP y hacer callar al minisec. Él iba a la caza de cosas más importantes. Tal vez un día, cuando tuviese tiempo...; no, él tendría fuerza bastante para resistir *esta* tentación...

Y así, en el lujoso y reservado cuarto del Hotel del Centenario, después de poner el rótulo de *NO MOLESTEN*, por si llegaba algún visitante o algún mensaje, Duncan pulsó A SOGRA #. Durante dos días, canceló todos sus compromisos y se hizo servir las comidas en la habitación. Ocasionalmente, hacía alguna llamada para comprobar algún punto técnico, pero, la mayoría de las veces, comunicaba a solas con los muertos.

Al fin se sintió en condiciones de enfrentarse de nuevo con el Comité Argos, pero tal como a él le convenía. Lo comprendía todo..., salvo, naturalmente, el misterio mayor de todos. ¡Qué entusiasmado se habría sentido Karl, si hubiese sabido lo del Arrecife de Oro...!

La estancia no había cambiado, y tal vez el invisible auditorio era también el

mismo. Pero ahora no había indicios del ligeramente inseguro Duncan que, sólo unos días antes, se había preguntado si debía optar por la inmunidad diplomática.

Ellos habían aceptado, sin discusión, su explicación de la palabra «Argos», aunque no le pareció que se sintiesen demasiado impresionados por su recién adquirido conocimiento de la mitología clásica. El breve interrogatorio le dio a entender que estaban un poco desconcertados; tal vez el Comité tendría que encontrar otra justificación de su existencia. (¿Había realmente un movimiento clandestino organizado en la Tierra, o era simplemente un juego? No parecía el momento más adecuado para formular esta pregunta, aunque Duncan se sintió tentado a hacerlo.)

Sin embargo, por extraña ironía, había una pequeña conspiración en esta misma estancia, una conspiración en la que todos estaban de acuerdo. El Comité apreciaba ahora la significación de la palabra Argos para la seguridad terrestre, y él sabía que *aquél* lo sabía. Cada bando comprendía perfectamente al otro, y pronto se aceptó el nuevo tema de discusión.

—Entonces, ¿qué era el Argos del señor Helmer? —preguntó la mujer a quien Duncan había situado, hipotéticamente, en la Luna—. ¿Y puede usted explicar su extraño comportamiento?

Duncan abrió la manchada libreta de notas, para mostrar aquel asombroso dibujo de toda una página que tanto le había impresionado al verlo por primera vez. Incluso ahora que sabía su verdadero alcance, sólo podía pensar en él como un dibujo de un erizo de mar. Pero *Diadema* sólo tenía treinta o cuarenta centímetros de ancho; Argus tendría al menos mil kilómetros de diámetro, si el análisis de Karl era acertado. Y Duncan no tenía la menor duda de esto, aunque nunca podría explicarlo por entero.

—Karl Helmer tuvo una visión —empezó diciendo—. Trataré de explicarla lo mejor que pueda, aunque esto no corresponda a mi campo de conocimientos. Pero conocía su psicología, y tal vez pueda hacerles comprender lo que se proponía hacer.

Tal vez sea para ti una nueva desilusión, se dijo; tal vez debas rechazar todo este concepto como una loca ilusión de científico. Pero errarías si lo hicieses; esto puede ser infinitamente más importante que cualquier trivial conspiración contra tu lindo y pequeño mundo...

—Karl era un científico, que siempre esperaba hacer algún gran descubrimiento..., pero que jamás lo hizo. A pesar de que era sumamente imaginativo, sus más locas ilusiones se fundaban siempre solamente en la realidad. Y era ambicioso...

—*Si era así* —murmuró quedamente una voz a su lado—, *fue una grave falta. Y César lo reconoció afligido.* Discúlpeme... Tenga la bondad de proseguir.

Duncan no recordó la cita y mostró su disgusto por la interrupción, haciendo una pausa de varios segundos.

—Le interesaba todo, tal vez *demasiadas* cosas, pero su gran pasión era el

problema, todavía no resuelto, de las CEIT (comunicaciones con inteligencias extra-terrestres). Nosotros solíamos discutir horas enteras sobre esto, cuando éramos muchachos; yo nunca sabía seguro cuándo hablaba él en serio. Pero, ahora, lo sé.

»¿Por qué no hemos detectado nunca señales de radio de las sociedades avanzadas que, con toda seguridad, existen en el espacio exterior? Karl tenía muchas teorías, pero, en definitiva, se resumían en la más sencilla. No es original, y tengo la seguridad de que ustedes la conocen.

»Nosotros enviamos señales por radio durante, solamente, unos cien años, correspondientes, más o menos, al siglo veinte. Al terminar aquel periodo, pasamos a los sistemas por cable, ópticos y por satélites, concentrando todo su poder allí donde era necesario y no derrochándolo en las estrellas. Esto pudo ser igual en todas las civilizaciones con tecnología comparable a la nuestra. Se limitaron a contaminar el universo con confusos ruidos de radio durante un siglo o dos, lo cual significaba una fracción muy breve de su historia.

»Así, aunque haya millones de sociedades avanzadas en esta Galaxia, posiblemente sólo hay un puñado de ellas que estén exactamente donde estábamos nosotros hace trescientos años..., cuando enviábamos ondas de radio en todas direcciones. Y las leyes de probabilidades hacen sumamente improbable que cualquiera de estas primitivas culturas electrónicas puedan ser detectadas por nosotros; las más próximas, pueden estar a una distancia de miles de años luz.

»Pero, antes de abandonar la investigación, debería estudiar todas las posibilidades; y sólo hay una que no haya sido nunca estudiada, porque, hasta ahora, poco podíamos hacer a este respecto. Durante tres siglos, estudiamos las ondas de radio en bandas de centímetros y metros. Pero prescindimos casi completamente de las ondas realmente muy largas, de decenas y centenas de kilómetros de longitud.

»Desde luego, había varias y buenas razones para esta negligencia. En primer lugar, es imposible estudiar estas ondas en la Tierra, pues no atraviesan la ionosfera y, por consiguiente, nunca llegan a su superficie. Hay que salir al espacio para observarlas.

»Pero, cuando se trata de las ondas *más largas*, no basta con ponerse en órbita, ni siquiera con pasar a la cara oculta de la Luna, donde se construyó el *CÍCLOPE II*. Hay que llegar a la mitad del camino de los límites del Sistema Solar.

»Pues el Sol tiene una ionosfera, lo mismo que la Tierra, con la diferencia de que es miles de millones de veces más grande. Absorbe todas las ondas de más de diez o veinte kilómetros de longitud. Si queremos detectarlas, tenemos que ir hasta Saturno.

»Estas ondas han sido observadas, pero sólo en pocas ocasiones. Hace unos cuarenta años, las captó una misión de vigilancia solar; no buscaba ondas de radio, sino que medía los campos magnéticos entre Júpiter y Saturno. Observó pulsaciones que debían ser debidas a una explosión de radio de unos quince kilohertz,

correspondientes a una longitud de onda de veinte kilómetros. Al principio, se pensó que procedían de Júpiter, que todavía está lleno de sorpresas electromagnéticas; pero tuvo que descartarse esta fuente, y su origen sigue siendo un misterio.

»Desde entonces, se han hecho media docena de observaciones, todas ellas con instrumentos que medían otras cosas. Nadie buscó directamente estas ondas; pronto sabrán por qué.

»El ejemplo más imponente fue detectado hace diez años, en el 66, por un equipo que desempeñaba una misión en Japeto. Obtuvieron una larga grabación, sintonizada exactamente a nueve kilohertz, lo cual corresponde a una longitud de onda de treinta y tres kilómetros. Pensé que les gustaría escucharla...»

Duncan consultó un trozo de papel y pulsó cuidadosamente una larga serie de números y letras en el minisec. En el silencio sin resonancias de la extraña habitación, Karl habló desde la tumba, en tono vivo y práctico.

—Esta es una grabación completa, demodulada y acelerada sesenta y cuatro veces, de modo que dos horas están comprimidas en dos minutos. Empieza *ahora*.

Después de veinte años, volvió súbitamente a Duncan un recuerdo de su infancia. Recordó que escuchaba, en la noche de Titán, aquel grito de los confines del espacio, preguntándose si sería efectivamente la voz de algún animal monstruoso, pero sin acabar de creer su conjetura, incluso antes de que Karl la destruyese. Ahora volvía aquella fantasía, más poderosa que nunca.

Este sonido —o mejor dicho, este infrasonido, pues la modulación original estaba fuera del alcance del oído humano— era como el lento latido de un corazón gigantesco, o como el toque de una campana tan enorme que habría podido contener una catedral en su interior, y no a la inversa. O tal vez las olas del mar, rompiendo eternamente y con ritmo invariable contra una costa desolada, en un mundo tan viejo que, aunque el tiempo seguía existiendo en él, el cambio había muerto...

La grabación produjo, como siempre, escalofríos en Duncan y un cosquilleo a lo largo de su espina dorsal, y le trajo también otro recuerdo: la imagen de la más poderosa de todas las criaturas de la Tierra, surgiendo enorme y gloriosa sobre el Arrecife de Oro. ¿Podría haber animales entre las estrellas, para quienes los hombres serían tan insignificantes como los parásitos de la ballena?

Fue un alivio cuando terminó la grabación, y Karl comentó, con voz sorprendentemente desprovista de emoción:

«Adviertan la notable constancia de la frecuencia: el período original es de 132 segundos, y no varía más de un cero uno por ciento. Esto implica un elevado *Q*, digamos de...»

—El resto es técnico —dijo Duncan, interrumpiendo la grabación—. Sólo quería que oyesen ustedes lo que el equipo de vigilancia de Japeto trajo consigo. Y esto es algo que *nunca* habría podido captarse dentro de la órbita de Saturno.

Una voz nueva —joven y un tanto doctoral— vibró en el aire detrás de él.

—Pero todo esto es material antiguo, conocido de todos los expertos en el campo. Sandemann y Koralski sostuvieron que esas señales eran, casi con toda seguridad, oscilaciones de relajación, probablemente en una nube de plasma próxima a uno de los puntos troyanos de Saturno.

Duncan sintió que su fachada de competencia técnica se desmoronaba rápidamente; tenía que haber presumido que habría, entre su auditorio, alguien que sabría mucho más que él sobre el tema, y, posiblemente, incluso más que Karl.

—No tengo competencia para discutir esto —replicó—. Me limito a transmitir las opiniones del doctor Helmer. Él creía que había aquí toda una ciencia nueva, que esperaba a que alguien iniciase su estudio. A fin de cuentas, siempre que hemos explorado alguna nueva región del espectro, esto nos ha llevado a descubrimientos asombrosos y *totalmente inesperados*. Helmer estaba convencido de que esto volvería a suceder.

—Pero, para estudiar estas ondas gigantescas, de hasta un millón de veces más largas que las observadas en la radioastronomía clásica, tenemos que emplear sistemas de antenas igualmente gigantescos. Tanto para captarlas, pues son muy débiles, como para determinar las direcciones de donde proceden.

—*Este* era el Argos de Karl Helmer. Sus grabaciones y apuntes contienen explicaciones muy detalladas; dejaré que otros se pronuncien sobre su importancia práctica.

»Argos miraría simultáneamente en todas direcciones, como los grandes radares descubridores de misiles en el siglo veinte. Sería el equivalente tridimensional de *Cíclope*, pero varias veces más grande, porque tendría que tener al menos mil kilómetros de diámetro. Y mejor aún diez mil, para una buena eficacia resolutoria a estas bajísimas frecuencias.

»Sin embargo, necesitaría mucho menos material que *Cíclope*, porque sería construido en el profundo espacio, en condiciones de ingravidez. Helmer eligió, para su emplazamiento, el satélite Mnemósine, la luna más exterior de Saturno, y su elección parece muy lógica. En realidad, la única...

»Porque Mnemósine está a veinte millones de kilómetros de Saturno, lejos de la débil ionosfera del planeta y también a suficiente distancia para que sus fuerzas de atracción sean insignificantes. Pero, y esto es lo más importante, su rotación es casi de cero. Bastaría la modesta fuerza de un cohete para detener completamente su giro. De este modo, Mnemósine sería el único cuerpo del universo sin *ninguna* rotación, y Helmer sugiere que podría ser un laboratorio ideal para diversos experimentos cosmológicos.

—Tales como una prueba del principio de Mach —interrumpió la voz joven y confiada.

—Sí —convino Duncan, más impresionado que nunca por su desconocido crítico—. Esta era una de las posibilidades que mencionó. Pero, volviendo a Argos...

»Mnemósine serviría de base o núcleo de la instalación. Miles de elementos, poco más que alambres rígidos, irradiarían del satélite, como... como las púas de un erizo de mar. De este modo, se podría rastrillar todo el cielo en busca de señales. A propósito, la temperatura alrededor de Mnemósine es tan baja que podrían emplearse superconductores baratos, aumentando con ello enormemente la eficacia del sistema.

»No entraré en los detalles de las maniobras que permitirían que el Argos orientase eléctricamente sus antenas, sin moverlas *físicamente*, para concentrarse en cualquier región particular del cielo. Todo esto y mucho más lo había desarrollado Helmer en sus notas, empleando técnicas tomadas de *Cíclope* y de otros radiotelescopios.

»Tal vez se preguntarán ustedes, como me lo pregunté yo, cómo esperaba poner en marcha este proyecto gigantesco. Pensaba hacer una demostración sencilla, que estaba seguro de que sería suficiente para probar sus teorías.

»Iba a lanzar dos pesos iguales y macizos en direcciones exactamente opuestas, remolcando cada uno de ellos un fino alambre de varios cientos de kilómetros de longitud. Cuando los hilos hubiesen sido completamente desplegados, podrían arrojarse los pesos, y se tendría una simple antena bipolar, de tal vez mil kilómetros de longitud. Confiaba en que podría convencer al sistema de Explotación Solar de que se hiciese el experimento, que resultaría muy barato y produciría ciertamente *algún* resultado valioso. Después, habría continuado con proyectos más ambiciosos, lanzando hilos en ángulos rectos, etcétera...

«Pero creo que ya he dicho bastante para que juzguen ustedes mismos. Hay mucho más, que no he tenido tiempo de transcribir. Les ruego un poco de paciencia, al menos hasta después del Centenario. Pues, como saben ustedes muy bien, vine precisamente para esto... y tengo todavía mucho que hacer...»

—Gracias por su apoyo moral, Bob —dijo Duncan, cuando salió con Su Excelencia el Embajador de Titán al brillante sol de Virginia Avenue.

—No dije esta boca es mía. Estaba completamente pasmado. Y esperaba que alguien formulase la pregunta cuya respuesta estoy ansioso de saber.

—¿Cuál es? —preguntó Duncan, con recelo.

—¿Cómo pensaba Helmer que podría realizarlo?

—¡Oh, eso! —dijo Duncan, ligeramente chasqueado, pues este aspecto de la cuestión le parecía desprovisto de interés—. Creo que comprendo su estrategia. Hace cuatro años, cuando rechazamos su proyecto de un simple sistema detector de onda larga, porque no podíamos pagarlo y porque no quiso decirnos lo que *realmente* se proponía, decidió que tendría que acudir directamente a la Tierra y convencer a sus

más eminentes científicos. Esto significaba que debía disponer de fondos. Estoy seguro de que esperaba que, al reconocerse en seguida sus méritos, olvidaríamos sus pequeñas infracciones de las leyes monetarias. Naturalmente, era peligroso, pero se sentía tan importante que estaba resuelto a correr el riesgo.

—¡Hum! —dijo el embajador, visiblemente poco impresionado—. Sé que Helmer era amigo suyo, y no quiero hablar de él en duros términos. Pero, ¿no sería justo llamarle genio científico... y psicópata delincuente?

Para sorpresa suya, Duncan se sintió irritado por esta descripción. Sin embargo, tenía que admitir que había en ella algo de verdad; uno de los atributos del psicópata —término todavía popular entre los profanos, a pesar de trescientos años de intentos profesionales por eliminarlo— era una ceguera moral por todos los intereses distintos de los propios. Desde luego, Karl habría podido siempre argüir que *sus* intereses beneficiarían a todos los afectados. Y Duncan pensó, con cierto malestar, que también los Makenzie eran duchos en esta clase de ejercicio.

—Si había algunos elementos irracionales en el comportamiento de Karl, éstos se debían en parte a que sufrió una crisis nerviosa hace quince años. Pero ésta no afectó nunca a su criterio científico; todas las personas con quienes he hablado del asunto convienen en que Argos era un proyecto sensato.

—No lo dudo; pero, ¿por qué es *importante*?

—Pensé —dijo Duncan, suavemente— que lo había expuesto claramente a nuestros invisibles amigos.

Y creo que lo hice, dijo para sus adentros, al menos para uno de ellos. Su agudo inquisidor era, sin duda alguna, uno de los más eminentes radioastrónomos de la Tierra. *Él* comprendería, y, a este nivel, unos pocos aliados eran suficientes. Duncan estaba seguro de que algún día volverían a encontrarse, esta vez cara a cara y sin referirse a ningún encuentro anterior.

—En lo tocante a su importancia, le diré algo, Bob, que no mencioné al Comité y que pienso que Karl no tuvo en cuenta, porque estaba demasiado absorto en sus propios asuntos. ¿Se da cuenta de lo que significaría un proyecto como Argos para la economía de Titán? Nos produciría miles de millones y nos convertiría en el eje científico del Sistema Solar. Incluso podría resolver a largo plazo nuestros problemas financieros, cuando empiece a menguar la demanda de hidrógeno en los años ochenta.

—Aprecio esto —dijo secamente Farrell—, sobre todo porque repercutirá en mis impuestos. Pero nada debe interponerse en la Marcha de la Ciencia.

Duncan se echó a reír, con simpatía. Apreciaba a Bob Farrell, que le había ayudado extraordinariamente. Pero cada vez estaba menos seguro de la lealtad del embajador, a quien tal vez habría que buscar pronto un sustituto. Desgraciadamente, tendría que ser también un hombre de la Tierra, debido a su gravedad infernal; pero

éste era un problema insoluble para Titán.

Desde luego, nunca diría al embajador, y menos al Comité Argos, por qué el invento de Karl podía ser tan vital para la raza humana. En el minisec, había especulaciones —afortunadamente, no aparecía el menor indicio de ellas en la libreta de notas— que no deberían publicarse en muchos años, hasta que se hubiese demostrado la viabilidad del proyecto.

Karl había demostrado tantas veces su razón en el pasado, captando verdades más allá de los límites de la lógica y de la razón, que Duncan tenía la seguridad de esta última y pasmosa intuición era también correcta. O, si no lo era, la verdad era aún más extraña; en todo caso, era una verdad que había que aprender. Aunque el conocimiento podía ser abrumador, el precio de la ignorancia podía ser... la extinción.

Aquí, en las calles de esta hermosa ciudad, llena de sol y de Historia, era difícil tomar en serio los comentarios finales de Karl, al especular sobre el origen de aquellas ondas misteriosas. Y, seguramente, ni siquiera el propio Karl había creído *realmente* en todas las ideas que había confiado a la memoria secreta de su minisec, durante el largo viaje a la Tierra...

Pero era diabólicamente persuasivo, y sus argumentos tenían una lógica irresistible y una fuerza propia. Aunque no hubiese creído en todas sus conjeturas, éstas podían ser acertadas.

«Otro sí —había murmurado (debía haber sido difícil aislarse en aquella nave de carga, y Duncan podía imaginarse sus ruidos y el movimiento de la tripulación)— estas ondas kilohertz tienen un alcance limitado debido a la absorción interestelar. Normalmente, no podrían pasar de una estrella a otra, a menos que las nubes de plasma actuasen como guías de ondas, canalizándolas a lo largo de grandes distancias. Por consiguiente, su origen *debe* estar cerca del Sistema Solar.

»Todos mis cálculos apuntan a una fuente —o fuentes— situada aproximadamente a un décimo de año luz del Sol, sólo a un catorceavo de la distancia hasta el Alfa de Centauro, pero a cien veces la distancia de Plutón... La tierra de nadie, el borde del desierto entre las estrellas. Pero allí es *exactamente* donde nacen los cometas, en una concha grande e invisible que envuelve el Sistema Solar. Allí hay material bastante para un *billón* de esos extraños objetos que giran en las frías profundidades cósmicas.

»¿Qué sucede en esas enormes nubes de hidrógeno y helio y todos los demás elementos? No hay mucha energía, pero debe ser bastante. Y, donde hay materia y energía —y tiempo—, más pronto o más tarde hay organización.

»Llamémoslos *Animales Estrellas*. ¿Estarán vivos? No; esta palabra no es adecuada. Digamos solamente “Sistemas organizados”. Tendrían ciento o miles de kilómetros de diámetro, y podrían vivir —quiero decir, mantener su identidad



individual— durante millones de años.

»*He aquí* una idea. Los cometas que observamos, ¿son cadáveres de Animales Estrellas, enviados al Sol para su cremación? ¿O delincuentes ejecutados? Soy ridículamente antropomórfico, pero, ¿qué otra cosa puedo ser?

»¿Y serán inteligentes? Pero, ¿qué significa *esta* palabra? ¿Son inteligentes las hormigas? ¿Son inteligentes las células del cuerpo humano? ¿Forman todos los Animales Estrellas que rodean el Sistema Solar una sola entidad, y sabe ésta algo de nosotros? Y si lo sabe, ¿le importa?

»Tal vez el Sol los mantiene a raya, como, en los viejos tiempos, las fogatas de los campamentos a los lobos y a los tigres de afilados colmillos. Pero todavía estamos muy lejos del Sol, y, más pronto o más tarde, nos encontraremos con ellos. Cuanto más aprendamos, tanto mejor.

»Y hay otra cuestión en la que casi me aterroriza pensar. ¿Serán dioses? ¿O SERÁN DEVORADORES DE DIOSES?»

# CAPÍTULO 36

## El día de la independencia

Extracto del *Acta del Congreso* de 4 de julio de 2276. Discurso del Honorable Duncan Makenzie, Auxiliar Especial del Presidente de la República de Titán.

Señor Presidente, miembros del Congreso, distinguidos invitados: Permitidme, ante todo, expresar mi profunda gratitud al Comité del Centenario, cuya generosidad hizo posible mi visita a la Tierra y a los Estados Unidos. Os traigo a todos saludos de Titán, el mayor de los satélites de Saturno, y el mundo más lejano ocupado hasta ahora por la humanidad.

Hace quinientos años, este país era también una frontera, no sólo geográfica, sino también políticamente. Hace menos de veinte generaciones, vuestros antepasados crearon la primera constitución democrática que funcionó de veras... y que sigue funcionando en la actualidad, en mundos que ellos no podían imaginar siquiera en sus sueños más fantásticos.

Durante esta conmemoración, muchos oradores han hablado del legado que los fundadores de la República nos dejaron aquel día, medio milenio atrás. Pero ha habido cuatro centenarios desde entonces; yo quisiera dar un breve repaso a cada uno de ellos y ver las lecciones que nos brindaron.

En el primero, en 1876, los Estados Unidos se estaban todavía recobrando de una desastrosa Guerra Civil. Sin embargo, estaban también sentando los cimientos de la revolución tecnológica que pronto había de transformar la Tierra. Tal vez no fue pura coincidencia que, en aquel mismo año del primer Centenario, este país realizase el invento que inició en realidad la conquista del espacio.

Pues, en 1876, Alexander Graham Bell confeccionó el primer teléfono práctico. Nosotros consideramos las comunicaciones electrónicas como algo tan normal, que no podemos imaginarnos una sociedad sin ellas; nos quedaríamos sordos y mudos si desapareciesen de pronto estas extensiones de nuestros sentidos. Recordemos, pues, que, hace sólo cuatrocientos años, el teléfono empezó a abolir el espacio..., al menos en *este* planeta.

Un siglo más tarde, en 1976, este proceso había casi terminado, y estaba a punto de empezar la conquista del espacio interplanetario. En aquellos días, los primeros hombres habían llegado ya a la Luna, empleando técnicas que hoy nos parecen increíblemente primitivas. Aunque todos los historiadores convienen en que el Proyecto Apolo marcó el logro supremo de los Estados Unidos y su gran momento

triumfal, dicho proyecto estuvo inspirado por motivos políticos que parecían risibles —incluso incomprensibles— a nuestras mentalidades modernas. Y no es de extrañar que los brillantes esfuerzos iniciales de aquellos primeros ingenieros y astronautas terminasen en un callejón sin salida tecnológico, y que los viajes espaciales serios no empezasen hasta varias décadas más tarde, con vehículos y sistemas de propulsión mucho más adelantados.

Un siglo después, en 2076, todos los instrumentos necesarios para abrir las puertas de los planetas estaban al alcance de la mano. Se habían perfeccionado sistemas de larga duración para la conservación de la vida; después de los desastres iniciales, se había dominado la impulsión por fusión. Pero la humanidad estaba agotada por el esfuerzo de reconstrucción global que siguió a la Era de Confusión, y después de aquella quiebra de la población había poco entusiasmo por la colonización de nuevos mundos.

A pesar de estos problemas, la humanidad había pisado irrevocablemente el camino de las estrellas. Durante el siglo veintiuno, la Base Lunar pudo sostenerse por sí misma, se estableció la Colonia de Marte y se aseguró una cabeza de puente en Mercurio. Venus y los Gigantes Gaseosos nos desafiaron —como nos desafían en la actualidad—, pero visitamos todos los grandes satélites y asteroides del Sistema Solar.

En 2176, hace sólo cien años, una fracción importante de la raza humana no había nacido en la Tierra. Por primera vez, tuvimos la seguridad de que, pasara lo que pasase en el mundo madre, no se perdería nuestra herencia cultural. Ésta estaba asegurada hasta que muriese el Sol, y quizás hasta más tarde...

El siglo que hemos dejado atrás ha sido de consolidación más que de descubrimientos nuevos. Estoy orgulloso de que mi mundo haya representado un papel importante en el proceso, pues, sin el fácilmente accesible hidrógeno de la atmósfera de Titán, los viajes entre los planetas serían desmesuradamente caros.

Y ahora surge la vieja cuestión: ¿adónde iremos desde aquí? Las estrellas siguen siendo tan remotas como siempre, nuestras primeras sondas, después de dos siglos de viaje, no han llegado aún a la Próxima de Centauro, el vecino más próximo del sol. Aunque nuestros telescopios pueden ahora ver hasta los límites del espacio, ningún hombre ha viajado todavía más allá de Plutón. Y *todavía* no hemos pisado la lejana Perséfone, a la que habríamos podido llegar en cualquier momento, durante los últimos cien años.

¿Es cierto que, como dijeron muchos, la frontera ha sido cerrada de nuevo? Los hombres lo creyeron otras veces, y siempre se equivocaron. Ahora podemos reírnos de aquellos viejos pesimistas del siglo veinte que se lamentaban de que no hubiese más mundos por descubrir..., en el mismo momento en que Godard y Korolev y Von Braun jugaban con sus primitivos cohetes. Y, todavía antes, justo antes de que Colón

descubriese el camino de *este* Continente, los pueblos de Europa debieron pensar que el futuro no podía reservarles nada que igualase los esplendores del pasado.

Yo no creo que hayamos llegado al final de la Historia, y que el futuro sólo nos reserve un perfeccionamiento y una extensión de nuestros actuales poderes, sobre planetas ya descubiertos. Sin embargo, no puede negarse que este sentimiento está hoy muy extendido y se manifiesta de muchas maneras. Existe una morbosa preocupación por el pasado y un intento de reconstruirlo o de resucitarlo. Y me apresuro a añadir que esto no es *siempre* malo, que lo que estamos haciendo ahora demuestra que no lo es.

Deberíamos respetar el pasado, pero no adorarlo. Mientras contemplamos los cuatro centenarios que quedaron atrás, deberíamos pensar también en los que se celebrarán en años venideros. ¿Qué pasará en 2376, 2476... 2776, mil años después de la República? ¿Cómo nos recordarán los hombres de estos tiempos? *Nosotros* recordamos a los Estados Unidos, principalmente, por el Apolo. ¿Podremos legar algún logro comparable a los tiempos del futuro?

En todos los planetas, hay aún muchos problemas por resolver. Todavía existen seres desgraciados, enfermos..., incluso pobres. Estamos lejos de Utopía, y quizás nunca la alcancemos. Pero sabemos que todos estos problemas *pueden* resolverse, con los instrumentos que ya poseemos. Ya no necesitamos pioneros ni grandes descubrimientos. Ahora que han sido eliminados los peores males del pasado, podemos buscar en otra parte, con la conciencia tranquila, nuevas tareas que sean un desafío para la mente y una inspiración para el alma.

La civilización necesita objetivos de largo alcance. Hubo un tiempo en que nos los brindó el Sistema Solar; ahora debemos buscar más lejos. No hablo de viajes *tripulados* a las estrellas, para lo cual habrá que esperar tal vez muchos siglos. Me refiero a la búsqueda de inteligencia en el universo, labor que se inició esperanzadamente hace más de tres siglos... y que todavía no ha dado resultado.

Todos conocéis el *Cíclope*, el radiotelescopio más grande de la Tierra. Fue construido, en principio, para buscar pruebas de civilizaciones avanzadas. Él transformó la astronomía; pero, a pesar de muchas falsas alarmas, nunca detectó un solo mensaje cifrado de las estrellas. Este fracaso ha contribuido mucho a desviar la atención del hombre del amplísimo universo y a concentrar sus energías en el pequeño oasis del Sistema Solar.

¿Es posible que hayamos estado buscando en un lugar equivocado? Quiero decir con ello, en el enormemente amplio espectro de radiaciones que viajan entre las estrellas.

Todos nuestros radiotelescopios han escrutado las ondas cortas, de centímetros o, como máximo, metros, de longitud. Pero, ¿y las ondas largas y ultra-largas, de no sólo kilómetros, sino incluso de *megámetros*, entre sus crestas? Ondas de radio de

frecuencias tan bajas que sonarían como notas musicales, si nuestros oídos pudiesen detectarlas.

Sabemos que estas ondas existen, pero nunca hemos sido capaces de estudiarlas, aquí en la Tierra. Están bloqueadas, en los remotos límites del Sistema Solar, por el vendaval de electrones que sopla en permanencia desde el Sol. Para saber lo que dice el universo con estas vastas y lentas ondulaciones, deberíamos construir radiotelescopios de enorme tamaño, más allá de los límites de la propia ionosfera del Sol, de mil millones de kilómetros de profundidad, es decir, al menos a una distancia igual a la de la órbita de Saturno. Por primera vez, esto es ahora posible. Por primera vez, existen incentivos reales para hacerlo.

Nosotros tendemos a juzgar el universo por nuestras propias dimensiones físicas y según nuestra escala de tiempo; parece natural que trabajemos con ondas que podemos abarcar con nuestros brazos o incluso con las puntas de los dedos. Pero el cosmos no está construido en estas dimensiones, y tal vez tampoco lo están todas las entidades que moran entre los astros.

Estas ondas de radio gigantescas pueden medirse mejor a la escala de la Vía Láctea, y sus lentas vibraciones son una mejor medida de su inmensamente largo Año Galáctico. Pueden tener mucho que decirnos, cuando empecemos a descifrar sus mensajes.

Los estadistas científicos que fueron Franklin y Jefferson, ¡con qué entusiasmo habrían recibido un proyecto semejante! Habrían captado su alcance, ya que no su tecnología, porque les interesaban todas las ramas del conocimiento bajo la capa del cielo.

Los problemas con que tuvieron que enfrentarse hace quinientos años, no volverán a producirse. Terminó la era de los conflictos entre las naciones. Pero tenemos otros desafíos, que pueden exigir de nosotros el máximo tributo. Agradecemos al universo que pueda proporcionarnos siempre grandes objetivos y empresas a las que consagrar nuestras vidas, nuestras fortunas y nuestro honor sagrado.

Duncan Makenzie cerró el magnífico libro recordativo, una obra maestra del arte de imprimir, como no se había visto desde hacía siglos y que tal vez jamás volvería a verse. Sólo se habían tirado quinientos ejemplares, uno por cada año de los que se celebraban. Se lo llevaría en triunfo a Titán, donde lo conservaría el resto de su vida entre sus bienes más preciados.

Muchas personas le habían felicitado por su discurso, guardado para siempre en estas páginas y, más accesiblemente, en las bibliotecas y en los bancos de información de todo el Sistema Solar. Sin embargo, se había sentido incómodo al recibir estos pláceles, pues sabía, en el fondo de su corazón, que no los merecía. El

Duncan de hacía unas semanas no habría sido capaz de concebir semejante parlamento; era poco más que un médium, transmitiendo un mensaje de un muerto. Las palabras eran suyas, pero todas las ideas eran de Karl.

¡Qué asombrados debieron quedarse sus amigos de Titán —se dijo— al observar la ceremonia! Tal vez había sido ligeramente inadecuado emplear un foro como éste, por lo que podía haber en ello de propaganda personal o incluso de instancia especial en beneficio de su propio mundo. Sin embargo, Duncan tenía la conciencia tranquila y, hasta ahora, nadie le había criticado a este respecto. Incluso los que se habían sentido defraudados por su tesis, le habían agradecido la emoción que había inyectado en las formalidades de rutina.

Y, aunque su discurso no fuese más que flor de un día para el público en general, nunca sería olvidado. Había plantado una semilla, que un día germinaría... en la desierta Mnemósine.

Mientras tanto, había un pequeño problema práctico, aunque todavía no urgente. Este espléndido volumen, con su gruesa vitela y su encuadernación de cuero repujado, pesaba casi cinco kilos.

Los Makenzie odiaban el derroche y el lujo desmedido. Sería muy agradable llevarse el libro a casa, pero el exceso de equipaje hasta Titán costaba cien solares el kilo...

Tendría que volver en una nave de pequeña velocidad, en uno de los cargueros no llenos, donde LOS BULTOS PODÍAN GUARDARSE EN EL VACÍO...

## CAPÍTULO 37

### El espejo del mar

El doctor Yehudi ben Mohammed no parecía pertenecer a un hospital moderno, rodeado de centelleantes aparatos registradores de funciones vitales, de pantallas, de voces susurrando en ocultos altavoces y de toda la tecnología aséptica de la vida y de la muerte. Con su túnica blanca inmaculada y el doble cordoncillo de oro alrededor de su cofia, igual habría podido administrar justicia en una tienda del desierto o escrutar el horizonte desde lo alto de su camello, en busca de un oasis.

Duncan recordó que uno de los jóvenes doctores había comentado, durante su primera visita: «A veces pienso que El Hadj se imagina ser una reencarnación de Saladino y de Lawrence de Arabia.» Aunque Duncan no comprendía todos los matices de esta comparación, estaba seguro de que era una broma afectuosa, más que una crítica. ¿Llevaba el cirujano esa túnica en el quirófano?, se preguntó. No sería inadecuada en tal lugar, y, ciertamente, no entorpecía la gracia felina de los movimientos del doctor.

—Me alegro —dijo el doctor Yehudi, jugando con la enjoyada daga sobre su mesa llena de complicadas incrustaciones (únicos detalles antiguos en aquel medio de finales del siglo XXIII)— de que por fin se haya decidido. La... demora ha provocado ciertos problemas, pero hemos podido solventarlos. Ahora tenemos cuatro embriones perfectamente viables, y el primero será trasplantado dentro de una semana. Conservaremos los otros en reserva, para el caso de rechazo, aunque éste es muy raro en la actualidad.

¿Y qué será de los tres innecesarios?, se preguntó Duncan, y eludió la respuesta. Se había creado una vida humana que, en otro caso, no habría existido. *Este* era el aspecto positivo; mejor sería olvidar los tres fantasmas que, por un breve rato, habían permanecido en suspenso sobre la frontera de la realidad. Sin embargo, era difícil guiarse por una fría lógica en asuntos como éste; mientras contemplaba los intrincados arabescos de la mesa, Duncan se interrogaba sobre la psicología de aquella figura tranquila y elegante cuyas hábiles manos habían dirigido tantos destinos. A su propia y mezquina manera, en su propio y pequeño mundo, los Makenzie habían representado el papel de Dios; pero *esto* era algo que escapaba a su comprensión.

Desde luego, uno podía refugiarse siempre en las frías matemáticas de la reproducción. La vieja Madre Naturaleza no tenía la menor consideración por la ética o los sentimientos humanos. En el curso de una vida, cada hombre producía espermatozoides bastantes para poblar todo el Sistema Solar y mucho más... y sólo

dos o tres individuos de esta multitud potencial se salvaban de la muerte. ¿Se había vuelto alguien loco, al considerar cada eyaculación como cien millones de asesinatos? Posiblemente, sí, y no era de extrañar que los adeptos de algunas antiguas religiones se hubiesen negado a mirar por el microscopio...

Detrás de cada acción, había obligaciones e incertidumbres morales; a la larga, el hombre sólo podía obedecer los mandatos de esa misteriosa entidad llamada «Conciencia», y esperar que el resultado no fuese demasiado desastroso. Aunque, desde luego, nadie podía conocer los resultados  *finales*  de cualquier acción.

Era extraño, pensó Duncan, cómo había resuelto las dudas que le habían asaltado cuando vino a la isla por primera vez. Había aprendido a adoptar el punto de vista más amplio y a situar las esperanzas y las aspiraciones de los Makenzie en un amplio contexto. Por encima de todo, había percibido los peligros de una ambición desmesurada; pero la lección del destino de Karl seguía siendo ambigua, y le daría motivos de perplejidad durante toda su vida.

Con una débil impresión de susto, Duncan se dio cuenta de que había firmado ya los documentos legales y los entregaba al doctor Yehudi. No debía preocuparse; los había leído cuidadosamente, y conocía sus responsabilidades. «Yo, Duncan Makenzie, residente en el satélite Titán, actualmente en órbita alrededor del planeta Saturno... —(¿cuándo pensaban los abogados que iba a escaparse?)— ...acepto por el presente documento la custodia de un niño varón clonizado, identificado por el gráfico de cromosomas adjunto, y pondré todo mi esfuerzo..., etc. etc. etc.» Tal vez el mundo habría sido un lugar mejor, si los padres de los hijos normalmente concebidos hubiesen sido obligados a firmar un contrato parecido. Sin embargo, esta idea llegaba con un retraso de varios cientos de miles de millones de nacimientos.

El cirujano irguió sus dos metros de estatura en un movimiento de despedida que, realizado por cualquier otra persona, habría parecido ligeramente descortés. Pero no aquí, pues El Hadj tenía demasiadas cosas en que pensar. Mientras habían estado hablando, su mirada se había apartado raras veces de las líneas pulsátiles de la vida y de la muerte que se dibujaban en las pantallas que cubrían casi toda una pared de su despacho.

En el vestíbulo principal del edificio de Administración, Duncan se detuvo un momento ante la gigantesca hélice del ADN, que giraba lentamente, dominando la entrada. Al seguir con la mirada los peldaños de la escalera de caracol, contemplando sus casi infinitas posibilidades, no pudo dejar de recordar los pentóminos que la abuela Ellen le había mostrado hacía años. Allí sólo había doce formas, y, sin embargo, se necesitaría todo el tiempo de vida del universo para agotar sus posibilidades. Y aquí había miles de millones de sitios a llenar con las letras del código genético. El número total de combinaciones  *no*  podía causar vértigo a la mente, porque esta era incapaz de formarse siquiera una ligera idea de lo que era. El



número de electrones requerido para solidificar todo el universo habría sido virtualmente cero en comparación con aquél.

Duncan salió a la brillante luz del sol, esperó a que sus gafas se adaptasen a ella y fue en busca del doctor Todd, que había sido su guía y su amigo en su anterior visita. Todavía faltaban cuatro horas para su marcha, y debía solucionar una cuestión importante.

Afortunadamente, según le explicó «Sweeney» Todd, no hacía falta ir al Arrecife.

—No puedo imaginarme por qué le interesan tanto esos feos animales. Pero encontrará algunos en un banco de coral muerto, al final de aquel espolón. El agua sólo tiene un metro de profundidad; ni siquiera necesitará aletas; sólo un par de zapatos gruesos. Si tropieza con un pez escorpión, oiremos sus gritos a tiempo de salvarle la vida, aunque sería mejor que lo evitase.

Esto no era muy alentador, pero, diez minutos más tarde, Duncan caminaba en aquellas aguas nada profundas, doblado por la mitad y observando a través de la máscara tomada de prestado.

Allí no había la belleza que había admirado al acercarse al Arrecife de Oro. El agua era cristalina, pero el fondo era un desierto submarino. Era casi todo él de arena blanca, salpicada de trozos de coral que parecían huesos calcinados de animales diminutos. Unos cuantos peces pequeños y parduscos nadaban de un lado a otro, y otros le miraban fijamente, con ojos inquietos y hostiles, desde pequeños surcos de la arena. Una vez, una criatura de un color azul brillante, parecida a una anguila aplanada, salió disparada contra él y, para su gran sorpresa, le dio un doloroso mordisco antes de que pudiera espantarla. La herida tenía tres centímetros de longitud, y Duncan, que nunca había oído hablar de simbiosis de limpieza, temió un envenenamiento durante unos minutos. Sin embargo, al no percibir ningún síntoma de disolución inminente, prosiguió su marcha en el agua tibia.

El espolón de cemento —parte de la defensa de la isla contra la incesante erosión de las olas— tenía un centenar de metros desde la orilla y desaparecía después bajo la superficie. Cerca de la punta, Duncan se encontró con un montón de rocas, tal vez lanzadas allí por una tormenta. Debían llevar muchos años en aquel sitio, porque estaban pegadas entre sí por lapas y pequeñas y melladas ostras. Entre sus hendiduras y grietas, Duncan encontró lo que buscaba.

Cada erizo de mar parecía haber excavado su cavidad en la dura roca; Duncan no podía comprender cómo habían realizado aquellas criaturas su notable excavación. Firmemente anclados, con sólo un erizado friso de púas negras expuesto al mundo exterior, eran invulnerables para todos sus enemigos, a excepción del hombre. Pero Duncan no quería hacerles daño y, esta vez, ni siquiera había traído un cuchillo. No quería más muertes, y su único objeto era confirmar —o refutar— la impresión que le hostigaba desde que había visto aquel dibujo en la libreta de notas de Karl.

Una vez más, las largas y negras púas empezaron a girar lentamente en dirección a su sombra; estas criaturas primitivas, a pesar de su aparente falta de órganos sensoriales, sabían que él estaba allí y reaccionaban a su presencia. Escrutaban su pequeño universo, como Argos escrutaría las estrellas...

Desde luego, las antenas de Argos no tendrían un verdadero movimiento físico; esto era innecesario, y sería imposible en unas estructuras tan frágiles y de mil kilómetros de longitud. Sin embargo, su barrido electrónico de los cielos tendría una extraña semejanza con la reacción protectora de los *Diadema*. Si algún monstruo de dimensiones planetarias, y que usase ondas de radio ultralargas para su visión, podía observar el sistema Argos en funcionamiento, lo que «vería» no sería muy distinto de este humilde morador de los arrecifes.

Por un momento, Duncan tuvo una curiosa fantasía. Se imaginó que era aquel monstruo, observando a Argos en silueta, sobre el brillante telón de fondo de la Galaxia. Había cientos de finas líneas negras, irradiando de un punto central; la mayoría de ellas, estacionarias, pero algunas oscilando lentamente adelante y atrás, como reaccionando a una sombra de los astros.

Sin embargo, era difícil advertir que, aun en el caso de que Argos fuese construido, ningún ojo humano podría verlo nunca en su integridad. La estructura sería tan enorme que sus finos alambres y varillas serían totalmente invisibles desde cierta distancia. Tal vez, como había sugerido Karl en sus notas, habría luces de posición distribuidas en los millones de kilómetros cuadrados de la superficie esférica, y prendidas a lo largo de los seis ejes principales. Para alguna nave espacial que se acercase, parecería una brillante decoración del Día de las Estrellas.

O bien —y esto era más apropiado— un juguete desechado del jardín de infancia de los dioses...

Al atardecer, mientras esperaba el tranvía aéreo que le llevaría al continente, Duncan encontró un rincón apartado en el café-bar que dominaba las tranquilas aguas. Allí permaneció sentado, reflexionando y sorbiendo una bebida terrestre que había descubierto: algo a lo que llamaban Tom Collins. Era mala cosa adquirir vicios que no podían exportarse a Titán; pero, por otra parte, también podía argüirse que era una tontería no disfrutar de los placeres de la Tierra, aunque tuviesen que abandonarse demasiado pronto.

También era divertido observar el juego del viento sobre el agua protegida por la barrera de los arrecifes interiores. Algunos sectores eran absolutamente lisos y reflejaban el azul del cielo despejado como un espejo sin mácula. En cambio, otras zonas, aparentemente iguales, temblaban continuamente, hasta el punto de que su superficie no estaba quieta un solo instante; era cruzada en todas direcciones por innumerables y diminutas ondas, de no más de un centímetro de altura.

Probablemente, este fenómeno, completamente distinto de cuanto hubiese visto Duncan hasta entonces, se debía a alguna relación entre la variada profundidad del agua y la velocidad del viento. Pero, fuese cual fuere la explicación, era algo deliciosamente bello, pues los innumerables reflejos del sol en el agua movediza creaban brillantes dibujos que parecían moverse en la dirección del viento, pero permanecían siempre en el mismo sitio.

Duncan no había sido nunca hipnotizado, y sólo había experimentado alguno de los nueve estados de conciencia intermedios entre la vigilia total y el sueño profundo... El alcohol podía haber contribuido, pero los destellos del mar eran indudablemente el principal factor de su actual estado. Estaba completamente alerta —en realidad, su mente parecía funcionar con desacostumbrada claridad—, pero no se sentía atado por las leyes de la lógica que habían regido toda su vida. Era casi como si viviese uno de esos sueños en los que pueden ocurrir las cosas más fantásticas y éstas son aceptadas como sucesos vulgares y cotidianos.

Sabía que se enfrentaba con un misterio, de la clase anatematizada por los Makenzie, famosos por su sensatez. Aquí había algo que nunca podría explicar a Malcolm y a Colin; estos no se burlarían de él —al menos, así lo esperaba—, pero tampoco le tomarían en serio.

Además, era algo absolutamente trivial. Él no había sido distinguido con una cegadora revelación, como los antiguos profetas al recibir la palabra de Dios. Todo lo que había sucedido era que había descubierto una misma forma desacostumbrada en dos contextos completamente independientes; pudo haber sido mera coincidencia o una simple ilusión de los *dejà-vu*. Esta era la respuesta lógica y sencilla, que sin duda satisfaría a cualquiera que no fuese él.

Pero nunca satisfaría a Duncan. Había experimentado esa indescriptible impresión que un hombre sólo puede sentir una vez en la vida, cuando está en presencia de lo trascendental y siente que vacilan bajo sus pies los firmes cimientos de su mundo y de su filosofía.

Cuando vio aquel minucioso dibujo en el cuaderno de Karl, Duncan lo reconoció en seguida. Pero ahora le parecía que aquel reconocimiento no venía sólo del pasado, sino también del futuro. Era como si hubiese tenido una momentánea visión en el espejo del tiempo, al reflejar éste una cosa que aún no había sucedido. Una cosa que debía ser terriblemente importante, puesto que había conseguido invertir la corriente de la causalidad.

El proyecto Argos era parte del destino de la humanidad; Duncan estaba ahora seguro de esto, sin necesidad de pruebas racionales. Pero, si había de ser beneficioso, era otra cuestión; todo conocimiento era una espada de dos filos, y bien podía ser que los mensajes de las estrellas no fuesen del agrado de la raza humana. Duncan recordó los gritos de agonía del erizo de mar al que había matado en el Arrecife de Oro. ¿Eran

aquellos débiles pero siniestros chasquidos completamente insignificantes y accidentales? ¿O tenían algún significado más profundo? Su instinto no le daba ninguna clave, en un sentido o en otro.

Pero Duncan, y todos aquellos con quienes había trabajado durante toda su vida, creían que era cobardía no enfrentarse con la verdad, fuese ésta la que fuese, y donde quiera que pudiese conducir. Si había llegado el tiempo en que el hombre debía enfrentarse con los poderes de allende las estrellas, tenía que hacerlo. A *él*, no le cabía la menor duda; lo único que sentía era una satisfacción tranquila, aunque fuese la calma del centro de un ciclón.

Duncan observó la luz que temblaba y bailaba sobre el agua, mientras el sol se hundía más y más en el horizonte, hacia la costa oculta de África. A veces pensaba que podía ver, en aquellos brillantes y coruscantes dibujos, las luces de posición de Argos, como hitos de los miles de millones de kilómetros cúbicos de espacio que encerrarían... dentro de cincuenta o de cien años...

Cambiando de forma mientras Duncan lo observaba, el sol besó el horizonte y desplegó una bella sábana carmesí sobre el mar. Ahora parecía la película de una explosión atómica, pero proyectada al revés, de modo que las llamas del infierno se hundían inofensivas en el océano. El último arco dorado del disco que se extinguía permaneció un instante agarrado al borde del mundo, y, en el segundo mismo de su desaparición, hubo un fugaz destello verde.

Duncan no volvería a ver en su vida un espectáculo tan bello y emocionante. Era un recuerdo que se llevaría a Titán de la isla en la que había tomado la más grande decisión de su vida y abierto el próximo capítulo de la historia de los mundos exteriores.

# IV TITÁN

# CAPÍTULO 38

## El regreso

Todo había terminado. Se había despedido de la tripulación y de los pasajeros, se habían cumplido todas las formalidades, y todo lo que Duncan se había llevado de la Tierra era ya trasladado por la cinta de los equipajes. Todo..., menos el don más importante.

Ahora cruzaría la puerta marcada con el rótulo de CIUDADANOS DE TITÁN y se encontraría en casa. Había olvidado ya la engorrosa gravedad de la Tierra; esto —y otras muchas cosas— se desvanecía en el pasado como un sueño al disolverse. Esto era su país, y aquí tendría que realizar el trabajo de su vida. Nunca volvería a navegar en la dirección del Sol, aunque sabía que, en ocasiones, alguna belleza recordada de la madre Tierra sería como una daga en su corazón.

Su familia debía estar esperándole en el salón de llegada; y ahora, cuando sólo faltaban unos segundos para el momento de la reunión, Duncan sintió cierta renuencia a enfrentarse con todo el clan Makenzie. Dejó que otros pasajeros le adelantasen presurosos, y permaneció indeciso, tratando de hacer acopio de valor y estrechando desmañadamente su precioso paquete sobre el pecho. Después, avanzó, pasó bajo la arcada y empezó a bajar la rampa.

¡Cuántos habían venido a esperarle! Malcolm y Colin, naturalmente, y Mirissa, más hermosa y deseable de como la veía en sus más agitados sueños, ahora libres de Calindy para siempre, Clyde y Carline..., ¿cómo podía ésta haber crecido tanto, en tan poco tiempo? Y al menos 20 sobrinos y sobrinas, cuyos nombres sabía como el suyo propio, pero no podía recordarlos de momento.

No... ¡Era imposible! Pero ella estaba allí, un poco apartada de los demás, pesadamente apoyada en su bastón, pero, por lo demás, exactamente igual que cuando la había visto por última vez en los cantiles de Loch Hellbrew. Pero muchas cosas habían debido cambiar, para que la abuela Ellen hubiese vuelto a Oasis, por primera vez en cincuenta años.

Al ver la asombrada mirada de Duncan, le dirigió una sonrisa apenas perceptible. Era más que un saludo; era una seña tranquilizadora. *Ella ya lo sabe*, pensó Duncan; lo sabe y lo aprueba. Cuando toda la furia de los Makenzie estalle sobre mi cabeza, podré confiar en ella...

Brilló en su mente una vieja frase de la Tierra, cuyo origen había olvidado hacía tiempo: La Hora de la Verdad. Bueno, ya había llegado...

Todos se agruparon ansiosamente a su alrededor, al descubrir él el bulto que llevaba. De momento, sintió un poco de aprensión; tal vez hubiese debido avisarles.

Pero no; era mejor así. Ahora sabrían que era al fin dueño de sus actos, que ya no era un peón en manos de los otros... por mucho que les debiese, por mucho que formase *parte* de ellos.

El niño seguía dormido, pero ahora de un modo normal, no en el trance electrónico que le había protegido durante el largo viaje desde la Tierra. De pronto, sacó un brazo rollizo, y unos dedos diminutos agarraron la mano de Duncan con sorprendente vigor; parecían blancuzcos tentáculos de una anémona de mar sobre la piel morena de Duncan.

La cabecita estaba todavía completamente vacía, incluso de sueños, y la cara era tan inexpresiva y amorfa como la de cualquier pequeñín de un mes. Pero, en la lisa y sonrosada piel del cráneo, se percibían ya señales inconfundibles de cabellos; los cabellos dorados que pronto devolverían a Titán el esplendor perdido del lejano Sol.

## RECONOCIMIENTO Y NOTAS

Como otros muchos aficionados, conocí los polióminos gracias al *Scientific American Book of Mathematical Puzzles and Diversions*, de Martin Gardner, el cual se abstiene, sin embargo, maliciosamente, de dar la solución del rectángulo de  $20 \times 3$ . En su decisivo libro, *Polyominoes*, Solomon W. Golomb se apiada de sus lectores; y, con la esperanza de evitar unas cuantas crisis nerviosas, reproduzco aquí su solución:

UXPILNFTWYZV

Cualquiera que desee construir este rectángulo con los 12 pentóminos podrá hacerlo fácilmente colocándolos en el mismo orden de las letras a las que (a veces aproximadamente) se parecen. También es fácil ver que la segunda solución (de las dos únicas posibles) se obtiene haciendo girar una porción central del séptimo elemento.

El doctor Golomb, que es ahora profesor de Mecánica Eléctrica y Matemáticas de la Universidad de California del Sur, ha patentado también un ingenioso juego denominado *Pentóminos*. (Distribuido en América del Norte por Hallmark Cards, y en Europa, por Zimpfer Puzzles.) Tiene más aperturas que el ajedrez; en una primera versión de *2001: A Space Odyssey*, Stanley Kubrick presentó a *Hal* jugando a este juego contra los astronautas.

Agradezco al doctor Robert Forward, del Hughes Research Laboratory, de Malibu, que me iniciase en el fascinador concepto de los mini-agujeros-negros, y que acogiese mi un tanto desaforado sistema de propulsión de *S. S. Sirius* con tan alentadores pláceles, que a punto estoy de patentarlo...

El doctor Grote Rober, padre de la Radioastronomía y constructor del primer radiotelescopio del mundo, me hizo pensar en la extensión de la helioesfera y sus posibles consecuencias. Le agradezco sus comentarios sobre frecuencias cortadas, pero no es en modo alguno responsable de mis alocadas extrapolaciones de sus ideas. El doctor Adrian Webster, del Cavendish Laboratory's Mullard Radio Astronomy Observatory, también me dio mucha información vital, aunque tampoco hay que culparle del uso que he hecho de ella.



Debo gratitud especial al doctor Bernard Oliver, vicepresidente y director de Investigación de Hewlett-Packard, no sólo por su hospitalidad en Palo Alto, sino también por una copia adelantada del Estudio del Proyecto Cíclope (NASA/Ames CR 114445), que él dirigió. Y espero que Barney me perdonará la presunción —que en realidad considero sumamente improbable— de que *Cíclope* no detectará señales inteligentes, después de doscientos años de funcionamiento.

Invito a los indignados diseñadores de antenas que opinen que Argos no funcionaría según mis indicaciones, a que contemplen los radares de búsqueda ABM y a que Piensen en Grande. Sólo diré, en mi defensa, que los elementos del Argos deberían ser superconductores, activos, y estar divididos en muchas subsecciones conectables, tal vez con conexiones cruzadas entre las «púas». Dejo los pequeños detalles prácticos (como en el caso del «Impulso Asimptótico»), como ejercicio para los estudiosos.

Agradezco profundamente a mi viejo amigo William MacQuitty, productor de *A Night to Remember*, su copioso material sobre el *Titanic*.

Algunos lectores pueden pensar que las coincidencias —o las «correspondencias»— que juegan un papel importante en esta historia son demasiado improbables para ser verosímiles. Pero, en realidad, me fueron sugeridas por sucesos mucho más descabellados de mi propia vida; y aquellos que duden de que estas cosas *pueden* ocurrir, que lean *The Roots of Coincidence*, de Arthur Koestler. Yo leí este fascinante libro después de terminar *Tierra Imperial*, aunque este mismo hecho me parezca ahora un tanto improbable.

El curioso comportamiento acústico del erizo de mar, *Diadema Setosum*, fue observado por mí en Unawatuna Reef, en la costa sur de Sri Lanka. No lo he visto mencionado en parte alguna; por consiguiente, puede ser una contribución original a la biología marina.

Por último, mis especulaciones sobre las condiciones en Titán fueron provocadas por una serie de documentos que el doctor Carl Sagan tuvo la bondad de enviarme. Inútil decir que también agradezco a Carl otras muchas ideas estimulantes, difíciles de ignorar en cualquier Universo bien proyectado. «Pues, si no son verdad, están bien

pensadas...»

Arthur C. Clarke  
Cinnamon Gardens, Colombo  
Enero 1974-Enero 1975.

Algunos lectores especializados me han acusado de grave error de aceptar que Malcolm pasara el defecto de Makenzie a sus clones. Aunque conocía el problema (e incluso puse el cuidado de remediarlo de modo genérico) no entré en la materia tan seriamente como debía haberlo hecho. Todavía espero que algún genético ingenioso encuentre una solución; desafortunadamente dudo poder ser capaz de entenderla.

Mientras tanto, para los biólogos que no se resignen, puedo solamente echar mano a lo que en el gremio se llama la Defensa de Bradbury, a saber:

Un niño terrible corrió hacia mí y dijo:

—¿Ese libro suyo, Crónicas marcianas?

—Si —dije.

—En la página 92, donde tiene Vd. las lunas de Marte alzándose en el este.

—Sí —dije.

—No —dijo.

Así que le golpeé

«Marte y la mente humana» (Harper & Row 1973)

Colombo, junio 1976.